

Monstruos del mar

Una antología de terror submarino



Víctor Conde

Lectulandia

Sirenas, monstruos legendarios, tritones, nereidas, serpientes, leviatanes, lamias, terrores primarios asociados con los abismos profundos y azules... El miedo al mar infinito y oscuro ha llevado al ser humano a concebir las más espantosas pesadillas acuáticas, y a darles forma de mujer, de pez, de escamosas criaturas humanoides... Horrores ocultos que habitan nuestra memoria colectiva desde que el ser humano aprendió a mirar al mar y a temer sus misterios.

Ahora, catorce de los mejores escritores de terror de España, pertenecientes todos ellos a la asociación NOCTE, han dado rienda suelta a su imaginación para arrastrarnos por esos tenebrosos piélagos, para sumergirnos en el terror más puro y en la poesía más sobrecogedora, y hablarnos así de los misterios más antiguos que el hombre ha conocido: los que se esconden bajo la engañosamente plácida cadencia de las mareas.

Lectulandia

AA. VV.

Monstruos del mar

Una antología de terror submarino

ePub r1.0

Balhissay 12.12.15

Título original: *Monstruos del mar*

AA. VV., 2013

La mujer del mar de Anna Morgana Alabau

El llanto de Azalea de Carlos L. Hernando

El día que dije no a un imperio o verdades de una botella de Ángel Luis Sucasas

El monstruo era ella de Jacobo Feijóo por

La mujer de agua de Laura Luna

Aguas marrones de David Marugán

La canción de las gaviotas de Juan José Hidalgo

En sus sueños, mar adentro de Juan Ángel Laguna Edroso

Arkhangelsk de Ángel Villán

El faro del acantilado de Joaquín Fernand

Este barco nunca dormirá de José Alberto Arias

La sirena de José Luis Cantos Martínez

La llamada del Dagón de Rubén Serrano

El canto de la lamia de Mikel Rodríguez

Editor digital: Balhissay

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Ruth, por tener tanta paciencia.
Glu, glu, glu.

PREFACIO

Yo he vivido toda mi vida en una isla. Nací isleño, soy isleño y siempre pensaré y viviré como un isleño. Y aun así tengo miedo del mar.

El mar es un ente extraño, un poso de misterios que ha cautivado desde tiempos inmemoriales la imaginación humana y no siempre para bien. El mar es como una cortina opaca sobre la que navegamos, sobre la que podemos desplazarnos para viajar a lugares remotos, pero que esconde mil promesas de peligro. De todos los entornos naturales posibles, el mar es el único que es capaz de esconder algo terrible a pocos centímetros de ti e impedir que lo veas hasta que ese *algo* asoma la nariz y abre una inmensa boca festoneada de colmillos para devorarte. ¿Nunca te ha entrado pánico al asomarte por la borda de un barco, dejando que tu mano rasgue plácidamente la superficie reflectante de las aguas y pensar que justo debajo de ti pueden estar nadando criaturas monstruosas?

Si los antiguos griegos y cartagineses, hombres muy duros y veteranos navegantes curtidos desde niños en los peligros de los mares ignotos, le tenían al agua un respeto rayano con el terror, hoy en día, nosotros (patéticos blandengues de oficina que lo más exigente que hemos visto es una máquina de hacer kilómetros en un gimnasio) no deberíamos perder esa perspectiva.

A principios de 2012 tomé la decisión de continuar con mi saga de revisitación de los monstruos clásicos del terror. Por aquel entonces, la saga constaba de dos novelas publicadas, una sobre el zombie y otra sobre el licántropo medieval. Mucha gente me preguntó qué monstruo sacaría a continuación la papeleta ganadora.

¿Sería el vampiro, con toda su elegante pero mortal aristocracia? ¿Desempolvaría sus vendajes la momia egipcia con rasgos a lo Karloff, o saldría a relucir algo más esotérico como el fantasma victoriano de etéreas vestiduras?

Al final fue una de las criaturas que menos habría imaginado, incluso yo mismo: la sirena. No sé qué tiene ese monstruo en concreto que nos retrotrae a una época anterior, más atávica, tanto histórica como espiritualmente. Tal vez sea su protagonismo en la epopeya del gran Odiseo lo que la conecta con la raíz pura del imaginario fantástico occidental. O esa misteriosa dualidad mujer-monstruo, belleza-muerte, diosa-monstruo, que tan atractiva y a la vez aterradora resulta para los hombres modernos. Incluso estuve a punto de abandonar el proyecto cuando alguien me dijo que cierta autora muy famosa de novelas juveniles iba a dedicarle su próximo libro a una sirena (yo siempre he querido huir de modas y tendencias, y si me entero de que tal o cual tema está a punto de ponerse de moda en el mundo literario, lo aborrezco como al estiércol de vaca). Sea como fuere, al final la chica guapa con cola de pez se llevó el premio de la lotería y comencé una nueva novela con ella de protagonista.

Para apoyar la idea de recuperar el iconostasio de la sirena histórica, la que de verdad da miedo, alejada de las idioteces modernas de la literatura comercial, acudí a

mis compañeros de la asociación NOCTE, un grupo de escritores de literatura de terror que sabía que iban a llevarnos a costas nunca surcadas por la pluma y la tinta. Y ellos respondieron de forma entusiasta... quizá más de lo que yo mismo esperaba, como comprobarán a tenor del grosor del presente volumen. Fue lanzar en la lista de correo de NOCTE la llamada, y durante los meses siguientes llovieron sin cesar en mi correo un cuento detrás de otro, cada cual más distinto e inquietante que el anterior.

En estos cuentos encontrarán aproximaciones muy diversas al mito original de la sirena. Leerán historias inquietantes, otras terroríficas, otras románticas, otras divertidas, otras conectadas con universos familiares e incluso algunas de ciencia-ficción. La consigna fue: escribid historias que jueguen con el concepto clásico de la sirena, pero alterándolo, manipulándolo, esculpiéndolo y disfrazándolo al máximo, de modo que logréis un acercamiento lo más innovador posible.

Creo sinceramente que lo han conseguido. Pero es que la cosa no se quedó ahí, sino que poco tiempo después se amplió.

Después de recibir los primeros cuentos, decidimos que el concepto «sirena» (aún en sus distintas encarnaciones mitológicas e históricas, léase *merrows*, náyades, nereidas, etc. —¿sabían que según ciertas leyendas del siglo XIV, algunas sirenas medían centenares de metros de longitud y parecían calamares gigantes?) se quedaba muy corto para todo lo que queríamos contar sobre el mar. Así que tomamos una decisión drástica, que cambiaba completamente el objetivo de esta antología: Ya no sería únicamente la sirena la protagonista de las historias, sino que dábamos carta blanca a los autores para que escogiesen su monstruo marino favorito.

Y ahí fue cuando la cosa se desmadró, en el buen sentido de la palabra.

Fue entonces cuando entraron en juego los pulpos gigantes, los leviatanes, las lamias, los profundos de Lovecraft e incluso unos cuantos Primigenios más. Hasta el mismísimo Océano como ente y concepto acude para protagonizar su propia historia. Y la antología se enriqueció, porque se volvió más ecléctica. Y ya no se llamó por más tiempo «antología de sirenas» sino «los monstruos del mar», que suena mucho más variado.

Así pues, os invito a pasar la página y abrir este cofre de tesoros, más de uno de los cuales encerrará una terrible maldición que os subyugará para siempre. Asomaos por la borda de esta pequeña y frágil barca de sueños, dejad que repose con placidez vuestra tierna mano sobre la cristalina superficie del agua... que algo informe y gelatinoso, tenedlo por seguro, ascenderá desde las gélidas profundidades para amputárosla. Avisados quedáis.

LA MUJER DEL MAR

Anna Morgana Alabau

Después de que una ola furiosa rompa contra las piedras del muelle o devore a su paso los guijarros de la playa, se crea en el agua un remolino con la misma fuerza exacta, con el mismo poder de destrucción, que arrastra hacia su interior todo cuanto le rodea. Es un hecho innegable, una verdad que todo pescador debería comprender. Aun así, para algunos existen evidencias veladas a nuestros ojos hasta que nos encontramos en el centro mismo de la espiral de muerte y caos que nos arrastra hacia lo más profundo del sufrimiento. Entenderlas entonces no significa nada.

Megara solía mirar el océano al otro lado del cristal resquebrajado de la cocina. Cerraba los ojos e inhalaba el yodo y la sal que se colaban por las pequeñas grietas del vidrio y por la madera hinchada del marco de la ventana. Podía pasarse allí horas, contemplando el vaivén de las olas bajo los barcos pesqueros. Durante aquellos momentos parecía estar en una paz absoluta. Sus ojos adquirían la profundidad y el azul oscuro del mar. Peinaba su pelo rojo con los dedos, cortos, unidos por unas pequeñas membranas cerca de las palmas, y sus labios reseguían incansables palabras que ya no podía pronunciar. Jamás, en ningún otro instante de su existencia en esa casa, había estado tan hermosa como en aquellos momentos de contemplación. Cuando me sorprendía observándola, sin embargo, su gesto se ofuscaba y se oscurecía, sus labios se contraían en una mueca de profundo desprecio y sus facciones se endurecían de tal manera que mirarla llegaba a doler.

Yo solía disculparme con un ademán avergonzado, rascarme la cabeza con nerviosismo o mirar al suelo con tanta insistencia como si pudiera arreglar la madera carcomida. Pero no podía, así que me limitaba a dejar mis aparejos de pesca a un lado de la puerta, quitarme las botas de agua junto a la alfombra de la entrada y mirar de reojo a aquella mujer cuyo odio sentía arañarme la piel y que era lo único valioso que había conseguido en toda mi vida.

La perspectiva del tiempo añade otro punto de vista a las vivencias, aunque ello no nos hace más sabios, sino más culpables. La verdad de lo que Megara era, de dónde venía, de las consecuencias que podía acarrear haberla conseguido, había estado siempre allí y yo lo sabía; pero no podía evitar quererla desde el instante en que la vi, a pesar de lo que suponía.

Los primeros meses habían sido difíciles y felices, a partes iguales. Cualquier cosa que deseara, ella la cumplía sin desagrado ni malevolencia. Su sonrisa iluminaba cada rincón de la oscura cabaña al pie del acantilado. Algunas veces, cuando una tormenta cruel se desataba en el horizonte y parecía que el mundo fuera a llegar a su fin, Megara se acurrucaba contra mi pecho hasta que las olas dejaban de fustigar la playa. Por la mañana, el mar nos regalaba las riquezas arrebatadas a algún barco naufragado, cosa que nos permitía arreglar nuestra pequeña casa y vivir

holgadamente durante algún tiempo, tras el cual otro naufragio premiaba de nuevo nuestro amor y nuestra constancia. O así lo quise creer.

No obstante, tras cada tempestad la cordura de Megara parecía menguar un poco más. Sentada tras la ventana de la cocina, contemplaba las riquezas esparcidas por las olas a la luz del amanecer y, tan pronto como yo salía a recoger los frutos que nos ofrecía el implacable mar, revolvía desesperadamente cada rincón de la cabaña, haciendo pedazos cualquier obstáculo con el que se encontrara en su irrefrenable aunque infructuosa búsqueda. Cuando entraba de nuevo en la cabaña, con las manos y los bolsillos repletos de oro, joyas o especias con las que comerciar, el tiempo parecía detenerse en su mirada azul, la misma que, con el tiempo, se volvió tan negra como su alma atormentada. Las lágrimas que brillaban en sus mejillas reflejaban como espejos un dolor del que no quise darme cuenta hasta que fue demasiado tarde.

En las noches que sucedían a aquellos días me dejaba llevar por la compasión y permitía que mi esposa saliera de la cabaña. Megara caminaba descalza por la playa, junto a los cuerpos de los naufragos que todavía no había enterrado, hasta que los guijarros le hacían sangrar los pies. Le bramaba a la luna, reflejada sobre las aguas del mar en calma, hasta que la melancolía se apoderaba de ella de tal manera que tenía que impedirle que se arrojase a las olas y desapareciera en las oscuras profundidades del océano.

En una de aquellas ocasiones, observando su mirada vacía vagar por los espacios de una casa que no parecía reconocer, se me ocurrió una idea que, esperaba, cambiaría a mejor nuestras vidas. Fui un estúpido al pensar que un niño llenaría de luz nuestro hogar y de calor su corazón.

La noche que lo concebimos, la calma del mar parecía algo sobrenatural. Pensé que aquello sería un buen presagio para nuestro hijo, pero no podía estar más equivocado. En vez de mirar las aguas del océano y la carne blanca y hermosa de la mujer que yacía bajo mi peso, tendría que haber visto las lágrimas que vertían sus mudos alaridos; tendría que haberme dado cuenta de la frialdad que emanaba su piel.

Supongo que Megara sospechó enseguida su estado, aunque no me lo quiso confesar. Las dudas la asediaban y la mantenían en vela todas las noches, dejándola tan exhausta que apenas sí podía tenerse en pie. Sin embargo, cuando tuvo la certeza de que llevaba a mi vástago en las entrañas sacó fuerzas de su maldad, de la locura y del odio e intentó asesinarlo. Aquella tarde, al volver a casa con una captura inmejorable, encontré a mi esposa tendida sobre el suelo de la cabaña, con el sentido desvanecido y un río de sangre manando profusamente de su vientre.

Jamás hasta aquel instante había sentido la verdadera garra del pánico alrededor de mi alma. La levanté a pulso y la llevé al baño. Lavé su cuerpo lo mejor que supe e hice que vomitara para limpiar su estómago de lo que fuera que hubiese tomado. La mirada desvaída que me dirigió en aquel instante me atormentará toda la vida. La llevé hasta la cama y velé su sueño hasta que la conciencia volvió a despertarla. Entonces supe que su intento no había funcionado, que mi hijo seguía vivo en su

interior, y ella también lo supo. Tuve que encadenar sus manos a la cabecera para que no volviera a intentarlo y permanecí en casa hasta que hubo parido. Verla de aquella manera, oír su voz susurrarme clemencia o muerte, me torturaba de una manera que no creí posible soportar.

Cuando por fin tuve a mi hijo en brazos, cuando sus ojos vivaces se abrieron al mundo desde mis manos, creí que la suerte había vuelto a nuestras vidas para quedarse, y no pude más que llorar de felicidad. Megara lloraba también, postrada en la cama como lo había estado los últimos ocho meses. Quise creer que compartía mi dicha; lo quise de verdad.

—Tienes que cuidarlo. Tienes que quererlo —recuerdo que le dije la primera vez que le permití sostenerlo en sus brazos—. Es tu hijo: sangre de tu sangre.

Megara lo miró mientras lo mecía con la suavidad del oleaje en calma y puedo asegurar que algo en ella cambió. La serenidad volvió a su mirada azul y en sus labios se pintó de nuevo una sonrisa.

—¿Qué nombre le quieres poner? —le pregunté, pensando que si accedía a nombrarle ya nunca podría hacerle daño. Ella me miró confusa, como si no hubiese entendido el significado de mis palabras. Miró el niño de arriba abajo y de nuevo a mí.

—Es tan blanco —dijo con tristeza, y sus palabras me hirieron como un arpón, porque sabía qué había esperado al saber que su bebé era un niño—. Es hermoso —repuso, antes de romper a llorar sin que la tristeza ensombreciera esta vez su llanto.

Dimos a nuestro hijo el nombre de Morgan en honor al mar, y le vimos crecer año tras año hasta que la vida se volvió de nuevo insoportable para Megara, y el odio y el rencor llenaron otra vez su corazón.

Cada día que nuestro pequeño y yo salíamos a la playa en busca de los regalos del mar, Megara se enzarzaba nuevamente en las irracionales quimeras que la hacían arrasar nuestro hogar en el vano intento de hallar algo que no estaba allí. Una noche, sin embargo, cuando las fieras olas bajo un cielo apocalíptico reclamaban las vidas y los tesoros de otro navío para otorgárnoslos por la mañana, Megara tuvo la idea que habría de desencadenar el trágico desenlace de nuestras vidas.

Pasó toda la noche acurrucada en un rincón de la cama, como solía hacer durante las terribles tormentas que precedían a los naufragios y, cuando el cielo dejó de clamar, me dijo que quería salir a la playa con nosotros por la mañana y contemplar lo que nos habían traído las olas. Yo, iluso de mí, no pude más que alegrarme pensando que mi mayor deseo se había cumplido y que Megara aceptaba su vida tal y como era junto a nosotros. De modo que accedí.

La cosecha del océano aquella clara mañana de marzo fue mayor que ninguna otra en todos los años que había compartido con mi esposa. Morgan y yo salimos corriendo de la cabaña para empezar a llenarnos ávidamente los bolsillos con cuanto pudiéramos abarcar, pero Megara, práctica como solo puede serlo una mujer, salió a la playa cargada con un capazo y el cubo de pesca. Recuerdo que la abracé al verla

aparecer con todo aquello por la orilla de la playa, y que la quise todavía más por la sonrisa que se le había pintado en la cara.

Nos dejó, a nuestro hijo y a mí, recogiendo anillos y monedas mientras volvía a casa a por la cesta de mimbre en la que solíamos colocar la leña durante el invierno. Salió de nuevo con la cesta del brazo como la auténtica mujer de un pescador. Su pelo se mecía al viento, al son del suave oleaje, y sus pies descalzos pisaban la playa como si flotara en vez de caminar. Recogimos riquezas durante un buen rato; nunca habíamos recuperado tantas. La risa infantil de nuestro hijo era como una melodía hipnotizadora, tanto que perdí de vista a Megara. Si hubiese reparado en el camino hacia el que se dirigían sus pasos, todo habría sido distinto. Aunque quizás solo habría retrasado lo que hoy sé que era inevitable.

Aquella noche, cuando Morgan dormía en su camita, mi esposa y yo separamos y guardamos nuestro pequeño gran tesoro. Megara sonreía de una manera que ya casi no recordaba. ¿Cómo imaginar que lo último que deseaba en el mundo eran riquezas? Estuvimos hablando durante toda la noche como al principio, cuando casi no nos conocíamos, hasta que, apenas dos horas antes del amanecer, nos quedamos dormidos de puro agotamiento. Cuando volví a abrir los ojos, un sol ardiente empezaba a despuntar en el horizonte y Megara, toda odio y llamas, llevaba puesto el sombrero rojo que un día le había robado.

Me sobresalté al verlo, al comprender lo que significaba que al fin hubiese dado con él; mis entrañas se llenaron de terror al descubrir que no podía moverme. Me agité como una de las anguilas que tantas veces había ensartado en mis ganchos. Tenía las manos encadenadas a la cabecera y los pies atados a la cama con redes de pescar.

Una risa gutural escapaba de las branquias que Megara había recuperado; de los dientes afilados y puntiagudos que poblaban su boca ávida.

—No hace falta que grites, mi amor —me susurró con un acento cruel, repitiendo palabras que salieron un día de mis labios—: Nadie puede escucharte.

El infierno de odio, caos, sangre y venganza que desató sobre mí la que había sido mi esposa, la madre de mi hijo, dormido todavía en su pequeña cama, jamás podrá borrarse de mi mente. El dolor de las heridas que Megara me infligió con sus garras, con sus dientes y con su magia me penetró el alma y me sigue retorciendo la carne día a día. Pero de todos los males que desató sobre mí el infernal rencor de aquella mujer del mar y las tempestades, fueron dos los que me provocan el mayor dolor que nadie pueda soportar, en este mundo o en cualquiera.

El primero de ellos sucedió antes de que mi cuerpo desgarrado perdiera el sentido, cuando Megara hundió el cuerpo del pequeño Morgan bajo el agua que llenaba la bañera hasta el borde. Nuestro hijo, mi hijo, pataleó y se sacudió como un pez fuera del agua, hasta que su cuerpecito se inundó y su madre dejó de empujarle entre lágrimas.

—No puedo llevarle conmigo —siseó como para darme a entender que aquel acto

atroz significaba toda la compasión que le quedaba en el alma. Luego abandonó la casa, se despojó de las ropas que le había dado mientras sus branquias se abrían al mar y la larga melena roja adquiría su color verde natural, y se adentró en el océano sin volver la vista atrás.

La segunda de mis condenas fue despertar de toda aquella locura y descubrir que Megara me había devuelto todo lo que yo le había dado. Sentado tras la ventana a través de la que solía observar el mar, habito en un cuerpo que ya no responde a mi mandato, que revive una y otra vez cada punzante momento de nuestra vida en una tortura inacabable. Estoy atado a una silla dentro de esta cabaña inmunda en la que un día encerré a una *merrow* por mi voluntad y contra la suya, para que cumpliera todos mis deseos y enriqueciera mis manos con la muerte de otros hombres. Comprender qué significa arrebatarse la libertad y estar obligado a vivir con las consecuencias de mis atroces deseos me llevará a la locura.

Deseo que ocurra pronto, pero ya no tengo a nadie que cumpla mi voluntad.

EL LLANTO DE AZALEA

Carlos L. Hernando

El mar es un lugar repleto de criaturas extrañas, perversas, malévolas, cuyas intenciones, apenas discernibles, hablan de terrores ciegos, de destrucción y de una crueldad más allá de toda lógica.

El mar es un lugar repleto de humanos. No son inmortales, no son fuertes, ni siquiera respiran bajo el agua. Pero son muchos y poseen extraños y enormes artefactos metálicos que devoran océanos y roban la vida. Son capaces de matar a la más grande bestia o, cuando se les antoja, de arrasarse incontables kilómetros cuadrados de lecho marino. Otras, las peores, emponzoñan las aguas con una sustancia negra, viscosa y mortal. Los seres humanos batallan contra el mar, contra todo cuanto mora en él. Y van ganando.

No siempre fue así, por supuesto. Antaño, hombres y mujeres apenas se atrevían a perder de vista la costa, y sus ridículas embarcaciones no eran más que juguetes para el viento y las olas. Eran tiempos más sencillos, más románticos. En aquel entonces ocupaban un lugar adecuado e inferior al de las criaturas marinas y podían ser amonestados si se dejaban llevar por su orgullo.

Eran tiempos en los que una sirena podía decidir si merecían su amor o su furia, siendo ella juez y parte como le correspondía por derecho.

Azalea evocaba aquellos tiempos perdidos mientras se mecía tranquilamente en las templadas aguas del Mediterráneo. Tenía los párpados entrecerrados, dejando que sus largas pestañas se mecieran al ritmo de las corrientes. El sol casi la cegaba, pero lograba distinguir la verde línea marrón de la costa. Era una distancia que sus hermanas consideraban peligrosa, pues si una podía ver el territorio humano, ellos podían verla a ella. Afortunadamente, no estaban allí para gritarle que se alejara.

«Un poquito más», susurró sin dirigirse a nadie en particular, como una niña que no quisiera salir de la cama.

Su comportamiento desafiaba a la mentalidad de las pequeñas comunidades sirénidas que sobrevivían en el Mediterráneo. En parte por su juventud, de apenas trescientos años. Se perdió la época dorada de su especie. La recordaba como las demás, pero lo que veía en su cerebro no eran más que recuerdos transmitidos por sirenas ancianas. Su memoria albergaba imágenes de un mundo que los humanos apenas tenían documentado. Contempló los rasgos de Ulises y Eurípides, e innumerables rostros de seres anónimos; de sirenas, peces, humanos y criaturas que ni siquiera tenían nombre. Pero eran reminiscencias de otras mentes.

Azalea no había estado allí. Para ella la vida no había sido más que una interminable huida hacia las profundidades y los recuerdos ajenos le sabían a poco. Por eso en ocasiones escapaba hacia el cielo, hacia el oxígeno que no estaba constreñido entre moléculas de hidrógeno. Además, la soledad y no salir nunca a la

superficie acababa minando la salud de las sirenas, que se marchitaban poco a poco. Se les desprendía el pelo y las escamas de la cola, que acababan posándose en el lecho marino. Olvidadas, igual que su belleza.

Pero preferían eso a la muerte casi segura que suponía enfrentarse a los humanos, por lo que, cobijadas en grandes fosas y cuevas submarinas, se acurrucaban muy juntas mientras susurraban sus historias de tiempos mejores. En ocasiones, algún submarinista solitario descubría sus lóbregos refugios y lo desagradables que pueden llegar a ser las vetustas y arrugadas sirenas. No más romanticismo, no más juegos, solo dolor y sangre.

La única esperanza en sus tristes existencias era que los humanos se destruyeran los unos a los otros. Perspectiva que consideraban bastante probable, a tenor de las innumerables pruebas atómicas que habían contemplado en las últimas décadas. La única y terrible duda que albergaban es si acabarían asesinando al mar antes que a sus congéneres.

Para Azalea ya estaban muertas. Pero al menos habían tenido vidas emocionantes, vidas extensas, vidas que merecían ser transmitidas, vidas capaces de constituir un legado. Así que no podía evitarlo: pese a todos los peligros, pese a las advertencias y reproches, tenía que asomarse al sol de vez en cuando. Le encantaba sentir cómo los rayos besaban sus pechos desnudos y hacían relucir las escamas de su cola creando reflejos iridiscentes.

En aquel momento, un rumor artificial lo inundó todo. Azalea abrió los ojos y comprobó que algo bloqueaba el disco solar, algo demasiado consistente para ser una nube. Parecía como si la noche hubiera perdido la paciencia y estuviera determinada a acabar con el día en aquel preciso momento.

Azalea había oído hablar de los eclipses, pero esto tenía aspecto de ser obra de los humanos. Se dispuso a descender a las profundidades, pero no fue lo suficientemente rápida. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando, el mundo se volvió negro y la engulló. Gritó desesperada, pero nadie acudió en su auxilio; de alguna forma seguía rodeada de mar pero ya no estaba en la mar. Se sentía como fuera del agua, aunque era obvio que estaba rodeada por ella. Resultaba extraño y espantoso.

Trató de nadar hacia las profundidades, pero chocó contra una superficie dura y fría. La siguió desesperada con las manos hasta ser consciente de que estaba atrapada en un receptáculo de paredes regulares. Los humanos, de alguna manera, se habían llevado el mar. Sentía como si una fuerza tirara de ella erráticamente de un lado a otro del mismo. Experimentó una indescriptible sensación de desasosiego, sensación compartida por sus entrañas que se aliaron para azotar su sistema digestivo hasta que expulsó cuanto había en su interior.

Azalea trató de huir del vómito en suspensión, pero no había manera de escapar de él. Las desconcertantes corrientes que imperaban en aquel trozo de mar, cambiado y robado, removían todo sin compasión. La sirena trató de redirigir su nadar para al

menos no chocar contra las paredes, pero era inútil, había perdido por completo el sentido de la orientación.

Finalmente, se hizo un ovillo sobre sí misma protegiéndose la cabeza lo mejor que pudo con la cola mientras rezaba para que aquello terminase pronto.

El cielo lloraba lágrimas robadas al mar mientras la tierra gritaba con los aullidos del fuego. Los árboles humeantes estiraban sus brazos hacia el mesías metálico que predicaba con promesas de agua y sal. Pero su mandamiento líquido apenas fue obedecido por las llamas.

El avión anti-incendios remontó el vuelo para volver al mar en busca de más agua. El piloto no era consciente de que, agarrada de forma patética y desesperada a la compuerta del depósito, se encontraba Azalea, apenas consciente de lo que ocurría a su alrededor. Un hilillo de bilis le colgaba de los labios y se perdía en el viento. Para un ser acostumbrado a la presión hidrostática, sentir el tirón de la gravedad a doscientos metros de altura era una pesadilla hecha realidad.

Las compuertas comenzaron a cerrarse inmisericordes. Ella se percató de que en unos segundos le aplastarían las manos. Aterrada, se soltó y dejó que el bosque en llamas acudiera a su encuentro.

Se precipitó como un misil, con su cola de pez agitándose violentamente. Aterrizó en un pequeño claro rodeado por el fuego. En la caída rompió varias ramas y quedó parcialmente sepultada por ellas. Ya estaba inconsciente antes de chocar contra la tierra, librándose de sentir cómo varios de sus huesos estallaban con el impacto.

Sus sueños se vieron agitados por la sombra de las llamas. En ellos nadaba, pero todos los océanos del mundo estaban en llamas. Desde la superficie a las simas más profundas, el mar ardía. Sentía el calor, sentía el humo y sentía el pánico. Estaba rodeada por un fuego que no temía al agua y que estaba a punto de consumirla.

Entonces, una cantidad demasiado grande de humo penetró en sus pulmones. La sirena despertó en el pequeño cráter que había creado su caída. Estaba viva, pero por poco. Además, si no hacía nada, pronto dejaría de estarlo. Todo su cuerpo era un mar de dolores y náuseas, cuyo oleaje la embargaba y hacía que pensar fuera una tortura.

Apenas podía respirar, apenas podía moverse, apenas podía pensar. Las ramas de los árboles le aprisionaban la cola, aunque tampoco es que le fuera a resultar muy útil para moverse en un mundo seco. Por otra parte, el suelo ardía y las llamas cada vez estaban más cerca. Olió a pelo quemado y se dio cuenta de que su melena estaba estropeada. No quemada totalmente, pero sí enmarañada, sucia y con su espesor gravemente reducido.

Aquello terminó de desmoralizarla, más incluso que la perspectiva de morir calcinada. La destrucción de su pelo, su precioso pelo, había sido el detonante de la tensión acumulada en apenas unos minutos. Así que comenzó a llorar. Sus ojos destilaban tristeza y miedo disueltos en lágrimas. Estas sensaciones no se evaporaban con el calor. Los sollozos recorrieron el bosque, encogiendo los corazones de bomberos y voluntarios que no sabían qué ocurría exactamente, pero que perdieron la

determinación.

El fuego era demasiado poderoso, demasiado grande. Azalea emitía una balada de quejidos y lloros que los hacía sentirse desgraciados e impotentes frente a la ígnea fuerza de la naturaleza. Más funesto que ver morir a una madre, más tétrico que el llanto de un niño que lleva semanas sin comer, más luctuoso que una guerra de trincheras. Así era el Llanto de Azalea.

Las reacciones de los afligidos humanos fueron variadas. Unos simplemente se arrodillaron y unieron sus lágrimas a las de Azalea, creando un coro de gimoteos que hacía aún más pesarosa la sensación que transmitía. Cuando el fuego los alcanzaba y les otorgaba su beso mortal, no se movían, sino que ofrecían un contrapunto de alaridos desgarrados que conformaba un *crescendo* en aquel cántico terrible y majestuoso.

Otros, más afortunados, corrían a sus casas con desesperación, con la necesidad imperiosa de abrazar a sus seres queridos. Su presencia acabaría reconfortándolos, pero jamás olvidarían aquel lamento sobrenatural, que minaría sus esperanzas y alegrías durante el resto de sus vidas. Los hubo que simplemente enloquecieron; algunos fueron demasiado impacientes como para esperar al fuego y se suicidaron donde estaban. La mayoría simplemente murió de pura pena.

Pero hubo uno que decidió encontrar el origen de aquella melodía hermosa y aterradora que fascinaba y afligía a partes iguales.

Se llamaba Juan y era bombero. Aunque solo hasta que escuchó el Llanto de Azalea. Ahora sería lo que ella quisiera. Cualquier intérprete de *blues* habría matado por un poder así, pensaba mientras perseguía aquel sonido entre el humo, el fuego y los árboles.

El uniforme lo protegía, pero solo parcialmente. Azalea se encontraba en una zona del bosque bastante inexpugnable por culpa de las llamas, las cuales, ahora sin enemigos, gobernaban con puño de fuego la región.

Juan avanzó como pudo, ignorando las quemaduras y los cortes que le regalaban arbustos y ramas. En ocasiones tuvo que abrirse paso a golpe de hacha.

Pero llegó. El hacha se le cayó al suelo. No recordaba haber corrido desde el límite del claro hasta la joven que yacía en él, pero cuando su mente volvió a centrarse había retirado todos los troncos que aprisionaban sus verdes piernas.

Era una imagen maravillosa, pese a que la chica estaba cubierta de hollín y su cara expresaba el dolor de quien sufre una desgracia por primera vez. Tenía unos ojos verdes, brillantes, más que el fuego, que recordaban a un mar embravecido. Su pelo, castaño, estaba revuelto y chamuscado, pero aun así era bello. Y su rostro... su rostro era del tipo que hace que los hombres conquisten ciudades. Además, estaba desnuda y sus proporciones eran simplemente perfectas. En ese momento cayó en la cuenta de que no era que tuviera las piernas verdes, sino que tenía cola.

Era una sirena. En mitad del fuego.

Aquello no tenía sentido, pero no le importó. No abandonaría su deber ante aquel

desconcierto. Ella no dejó de llorar en ningún momento, pero sintió como si su lánguida canción tuviera letra. Una letra que se repetía una y otra vez: «Llévame al mar... Por favor... Al mar».

El incendio se había desatado cerca de un pueblecito costero de Granada. El bosque estaba muy cerca, por lo que no sería demasiado difícil llevarla hasta allí. Aunque daba igual la distancia. Juan la habría llevado al confín del océano, si es que un lugar así existía.

La tomó delicadamente en brazos y ella lo abrazó tiernamente, algo más aliviada pero igual de melancólica. Estar en brazos de un humano no la tranquilizaba, pero simplemente no tenía otra opción.

El bombero deshizo el camino andado con un cuidado infinito para que su dueña no se lastimara con los restos calcinados de foresta. La sirena, a pesar de todo, olía a sal, a olas y a algo que no podía identificar, como un almizcle dulzón que le embargaba los sentidos. Parecía como si incluso aquella atmósfera fuera incapaz de arrebatarle el aroma a océano del cuerpo.

Juan no solo transportaba a la accidentada sirena. También portaba el Llanto de Azalea. Y allí donde llegaba, los corazones se encogían y la aflicción los atenazaba para que no volvieran a latir tranquilos. Recorrieron las calles desiertas del pueblo mientras sus habitantes se abandonaban a la desesperación. El fuego pronto arrasaría con todo, desde el bosque hasta el mar, y los únicos supervivientes serían aquellos que conservaran las fuerzas para escapar del llanto. Pero aquella música les perseguiría en el mar de sus mentes durante toda su existencia.

Cuando llegaron a la playa, Juan la depositó en la orilla y Azalea se sintió revitalizada al sentir cómo el agua le acariciaba la piel. «Llévame más adentro», susurró en su lamento. Juan la cogió de nuevo con extrema dulzura y la depositó en una de las barcas de pesca que había en la playa. Una vez hecho esto, la arrastró hasta el mar.

Remó durante horas mientras Azalea iba cambiando su melancólica melodía hacia un *tempo* más alegre. Sacaba la cola de la barca y la mecía al ritmo del oleaje. Cuando consideró que estaban a suficiente distancia no dijo nada. Simplemente besó a su salvador y el éxtasis hizo el resto. Empujó al bombero al agua y ella saltó detrás. Se enroscó alrededor de su cuerpo e hicieron el amor hasta el amanecer.

Después, tumbados sobre la barca, Azalea sintió que sus heridas físicas habían sanado. El amor y el mar eran la receta de las sirenas para la longevidad. Sin embargo debía marcharse, quería descansar unos cuantos años en las profundidades y así se lo dijo a su salvador y amante.

Él le imploró que se quedara, que atraparía el mar para ella y sería su eterno esclavo. Pero no le escuchó. Seguía siendo un ser humano al fin y al cabo. Pese a que por un momento había sentido cómo aquel mortal la había ayudado a traer al presente tiempos que parecían totalmente perdidos, seguía siendo un humano, no podía confiar en él sin más. Y además estaba el fuego: no podía evitar evocar el recuerdo del fuego.

Necesitaba apagarlo con toneladas de agua sobre su cabeza.

Se despidieron con un beso y Azalea descendió hacia las profundidades para encontrarse con el resto de sirenas vetustas y marchitas. Ella resplandecía como nunca y su melena regenerada era más larga y más brillante que nunca. Esta vez, sería Azalea la que transmitiese recuerdos. Y a pesar del mal trago y de que tardaría décadas en volver a reunir valor para ascender, estaba satisfecha y sabía que su viaje traería al menos un atisbo de alegría a sus agostadas congéneres.

Una pequeña victoria para las sirenas.

Juan, por su parte, se quedó en la barca con el corazón desintegrado en el pecho. Sintió como si sus restos se desperdigaran por sus arterias, mientras el cuerpo se le volvía frío y endeble.

Decidió dirigirse a mar adentro, hasta que la muerte o el destino lo reclamasen. Mientras remaba, de sus ojos surgían lágrimas. Y aunque el desconsuelo resultaba desgarrador, no podía compararse con el Llanto de Azalea.

EL DÍA QUE DIJE NO A UN IMPERIO O VERDADES DE UNA BOTELLA

Ángel Luis Sucasas

A Nick Nolte, el más grande de los viejos.

Puedes encontrarte cualquier cosa en la bahía. Toda la basura viene aquí. Colinas y colinas de chatarra de este y otros muchos mundos.

Cualquier cosa.

Cualquiera que se te ocurra.

Vivir aquí es cómodo. Sucio, sí. Sin esperanzas, también. Pero muy cómodo.

Los viejos como yo lo tenemos muy fácil con el Concilio. Todo lo que encontremos dentro de nuestro dominio es cosa nuestra, ya sea un compilador de materia con el acelerómetro roto o una oruga de placer cargada de psicotrópicos en mal estado. Tenemos nuestro pequeño reino de mierda definido por el tratado. Y dentro de él, somos absolutos soberanos.

A los imperios, alianzas y confederaciones poco les importamos. Aquí solo estamos los viejos, los fracasados y los que no aguantan más el contacto con otra gente. Los que solo esperan la muerte, vaya. ¿A quién le vamos a importar una mierda?

Eso sí, aunque nosotros no importemos, lo que hacemos sí importa. Según los archivos de la Biblioteca, el universo civilizado se expande en unos diez millones de planetas. Y en todos ellos tienen el mismo problema: aburrimiento.

Nosotros los sacamos de su letargo. Nosotros tenemos la chispa que en las grandes metrópolis se agota muy pronto. Tenemos tiempo. Y silencio.

Con eso basta.

Nos valemos de cualquier material, cualquier deshecho (*orga* o *arti*) y lo transformamos en otra cosa. Se puede decir que vendemos baratijas. También se puede decir que son obras de arte.

En realidad, si lo piensas, tiene su gracia. Tomamos aquello que ya no tiene lugar en el mundo vivo, lo transformamos, lo empaquetamos y lo mandamos de vuelta. Nuestras obras pueden permitirse una segunda oportunidad.

Nosotros no.

El día que comienza esta historia me encontraba trabajando en mi nueva lámpara. Por cierto, eso hago. Lámparas. Puedes darme cualquier cosa; el mayor pedazo de mierda que imagines; y, con tiempo y paciencia, te devuelvo una hermosa lámpara. Porque pueden haber cambiado muchas cosas. Pero allí donde hay ojos humanos, hay miedo a la oscuridad. Y las lámparas ayudan, si no a vencerlo, sí a olvidarlo. Al

menos, mientras están encendidas.

En fin, que me encontraba, como decía, trabajando en mi lámpara. Modestia aparte, era muy hermosa. Me la había encargado una cónsul de Nueva Esperanza, que, por si no lo saben, es una de las colonias del brazo Escudo-Centauro más salvajes de la galaxia. Como cualquier otra cosa en la Vía Láctea, dime quién dices ser y te diré lo que no eres.

El caso es que la cónsul, como todos los políticos, presumía de gustos refinados. Y era neo-budista, lo que complicaba la ecuación. Pero mis últimos trabajos para el Convenio no habían sido bien aceptados, por razones que no vienen al caso, y corría el riesgo de que me arrebataran mi peculiar feudo en la bahía. Si las cosas no mejoraban, podían mandarme tan lejos como al desierto de grafeno. O aún peor, darme Rejuv y reintegrarme en la sociedad galáctica. Si este fuera el caso, me aseguraría de llevarme por delante a algún petimetre y asegurarme una ejecución. Un viejo tiene un lugar para ver pasar los últimos días de su vida. Y solo uno.

Bien, la lámpara... Tubos de vacío, la carcasa de un motor *Hawking*, una luciérnaga *Ti-Seng* integrada en el metal, mucha circuitería y algo más que una pizca de talento. Y así teníamos aquella belleza radial con seis mil trescientos sesenta y dos puntos luminosos que titilaban en diversos colores para dibujar en conjunto un pequeño mandala.

Estaba teniendo problemas con la transmisión de potencial de la luciérnaga a mi circuitería integrada, que debía multiplicar la señal por diez y dividirla en una onda concreta para cada tubo de vacío. Pero, por alguna razón, ese por diez era un por siete; y un por siete peligrosamente oscilante. Tal vez algún fallo en el esquema eléctrico o algún condensador cuántico en mal estado. Y lo malo era que mis limitadas herramientas me obligaban a rastrear la superficie con un pequeño punzón rematado en un rústico sensor de campos para averiguar dónde se encontraba el problema. Aparatoso cuanto menos.

Ya casi lo tenía cuando Boris comenzó la escandalera.

—¡¡¡GI-GI-GI-GILIPOLLAS A LA VISTAAA!!! ¡¡¡GI-GI-GI...!!!

—Oído cocina, Boris. Y, joder, apaga la bocina.

—¡Que te jodan a ti y a tu sobrina!

El bueno de Boris.

En apariencia no había nada. Las colinas de basura, el cielo gris plomo y el mar sereno reflejándolo. Nada que justificara aquella impertinencia de mi servo-robot gravitoide. Pero hombre precavido...

Activé el rastreador de mi guante mecánico y barrí la tranquila estampa en busca de alguna indicación de movimiento, por leve que fuera. Un pitido apenas audible surgió de mi cubierta mano derecha.

Sí. Había algo vivo.

Casi vivo lo describiría mejor. O casi viva.

No soy un viejo especialmente baboso. Me cuesta horrores poner la lanza en ristre y no siento especial nostalgia por los tiempos en que solo con pensarlo ya tenía el acero al rojo blanco.

Pero soy un hombre, por Tero. Y tengo sangre en las venas.

Sobre la costa de desechos, desnuda como un salmón recién pescado, yacía la mujer más hermosa que había visto jamás. Y he visto muchas, créanme. Pero no como ella. No como ella.

Tenía la piel de plata. No sé explicarlo mejor. Era carne, sí, como la mía o la de cualquiera; pero de plata. No solo el color. También el brillo.

De plata también era su melena, aunque una plata más oscura, deslustrada.

Y en cuanto al cuerpo. Pues se pueden imaginar... Pechos perfectos, curvas de ensueño y una cara que apenas con vida te robaba la razón.

Comprobé su pulso y me sorprendí. Era débil y errático; pero esa no era la sorpresa. La sorpresa era el latido, la forma en que sentía la sangre palpar bajo mis dedos. De nuevo me quedo sin saber cómo expresarlo. No se sentía... humano. En absoluto.

Le di un par de (caballerosas) bofetadas y esperé a ver si reaccionaba. Nada de nada. Le di más fuerte. Y siguió igual. En el sueño de los justos.

Hice lo único que podía hacer. La cargué en mis brazos y me la llevé a casa.

Despejé mi mesa de trabajo de cachivaches (no, no duermo), la cubrí con el abrigo más grueso, largo y semi-limpio que encontré, arrastré un taburete a su lado y me senté a contemplarla. Entonces me di cuenta de algo curioso. No respiraba. Al menos, no parecía hacerlo; no por la nariz.

Pero estaba bien viva. Y era tan hermosa...

Suspiré profundamente. Creo que me sentí muy viejo. Más viejo que nunca hasta entonces. Había renunciado a la Rejuv hacía dos ciclos. Y eso me daba como mucho... ¿Otros tres? ¿Menos? ¿Más? En cualquier caso, el tiempo volaría. Pronto debería dormir para siempre y dejar que otro transformara la mierda en lámparas.

Y mirar aquello tan joven y bello no ayudaba a olvidar cuán cerca tenía uno a la Parca. Pero no podía quitarle los ojos de encima. Era un espectáculo digno de verse.

—TOC-TOC, TOC-TOC. ¡¡¡LLAAAMAN A LA PUERTAAAA!!! TOC-TOC, TOC-TOC. LLAMAAA...

Me cagué en la puta que me parió entre dientes. Uno podía pasarse días y días sin una mísera visita. Y justo en aquel jodido momento...

—TOC-TOC, TOC-TOC...

El puñetazo que le azoté a mi siervo robótico me valió un insulto y una amenaza de abandono poco creíble. Lo ignoré y me asomé por la ventana, tratando de ver quién era. Y al verlo me sentí muy frío.

Wilbur, el Loco. Buen colega de pesca. Y confeso maniaco sexual. Solo sabía hablar de coños, tetas y ojetes; todos los coños, tetas y ojetes que no tenía. No era mal tipo, pero era, salvando a alguno de sus harapientos colegas, el peor tipo posible para

el asunto que me traía entre manos.

No perdí un instante. Vací un armario a la carrera, envolví a la chiquilla en el abrigo, la acomodé como bien pude en el interior y cerré la puerta. Y olvidé activar el códec, como lamentaría no mucho después.

Sin más, me dirigí hacia la entrada para invitar a Wilbur el Loco a matar algo de tiempo en mi humilde morada.

Llevábamos ya una hora larga de palique. Y era consciente de que me reía demasiado. De tanto en tanto, captaba una mirada sutil en mi harapiento compadre, un destello de sospecha en su único ojo visible, pues el otro se encontraba cubierto por aquel caro nano-visor del que tanto había presumido.

—¡Ve los átomos!, ¿me oyes? ¡Los átomos! —me repitió una y mil veces, extasiado—. ¡A la mierda el simulador y estar pendiente del monitor del fulcro y la palanca!

El fulcro y la palanca eran su varita mágica y sombrero de copa particular, un rastreador de hidrocarburos y un potente mutágeno radiante que alteraba los átomos a voluntad del ilusionista. Aunque Wilbur era más hechicero que ilusionista. Sus trucos eran muy reales.

Elfos, trasgos y unicornios; hombres batracio y dragones negros. Cualquier gilipollez que deseara el estúpido niño o niña del apoderado de turno eran recreados minuciosamente en miniatura por Wilbur el Loco. Vivos, por supuesto.

El magistral truco que le valió la fama como el más grande bioescultor conocido era su capacidad de reducir a estructuras estables los enlaces C-C. Es decir, que podía condensar la materia y mantener intactas las funciones vitales de lo creado por un tiempo más que razonable. Así, el malcriado mocososo de turno podía montar sus grandes y carísimas batallas de ejércitos mágicos en los que realmente morían sus integrantes.

Desde luego, la inteligencia de las tropas estaba muy mermada (Wilbur introducía los rudimentos básicos bélicos como si fueran instinto en sus criaturas con un Neuronet, una batería de caros algoritmos que habían revolucionado la inteligencia artificial), pero era la suficiente como para que uno se planteara unas cuantas preguntas morales sobre el ocio de los ricos.

Claro que los ricos saben tender muy bien la ropa y airearla para que no huelga.

En fin, volviendo de mis divagaciones, el entusiasmo de Wilbur por su aparatejo había cedido espacio a su tema de conversación favorito: tetas, coños y ojetes. Recordados o imaginarios, pero siempre en abundancia.

Y era en mis exagerados contrapuntos de carcajadas y breves réplicas obscenas, que no había evitado, donde me ganaba aquellas breves y suspicaces miradas. No soy un hombre particularmente efusivo o expresivo. Me río cuando quiero reírme y no cuando quieren que me ría.

Y supongo que Wilbur el Loco no lo estaba tanto como para no captar el cambio.

—¡Tenías que haberla visto! —estaba diciendo, medio ahogado en carcajadas—. ¡Era tan cerda que se hizo operar para tener un segundo coño! ¡¡¡Un segundo coño, por el amor de Teru!!! ¡Ja, ja! ¡Y qué buen partido le sacó!

A esa confesión le siguieron largos minutos de desternille compartidos. Creo que hasta llegué a llorar de gozo, para mi vergüenza, no tan fingido como debiera. Y no fue hasta que Wilbur pudo retomar el habla que la navaja enseñó su filo.

—Y bueno, tú qué, ¿compañero? ¿Qué me dices de tu cerda?

Increíblemente, mi sonrisa despistada y mi réplica fueron sinceras. Por un instante, me había olvidado de mi particular ropa perdida.

—¿Qué? —pregunté bobamente—. ¿De qué coño hablas?

—Del que tienes fresco y mojadito en el armario, amigo. De ese coño hablo.

Evidentemente silencio. Del que cortaba. La sonrisa se borró de mi rostro y se acentuó extrañamente en el de Wilbur, haciéndose peculiarmente cruel.

—No sé de qué estás hablando —me atreví a contestar, pensando en el pequeño aturdidor que aguardaba en uno de mis bolsillos.

—Oh, vamos, vamos, no seas modesto. —Qué poco me gustó aquella sonrisa—. Estoy impresionado. Francamente, siempre pensé que eras un poco pichafloja; alguna puta que te había partido el corazón o algo parecido. No te imaginaba de fulcro o de palanca con otro camarada. Y veo que no me equivocaba.

Mi mano izquierda casi había alcanzado su objetivo. Y la había movido tan lentamente que creí imposible el que mi invitado hubiera notado el cambio.

—Pero los buenos chochos hay que compartirlos con los amigos, ¿no? Y puedes dejar libre esa mano izquierda, te llevo encañonando desde hace un rato.

Miré una de sus manos. Idiota de mí. Era cierto.

—Ahora te diré lo que va a pasar. —Por fin había dejado de sonreír; no me sentí mejor—. Te dejaré tieso. No te mataré. Pero te dejaré tieso. Me caes bien. Eres un tipo decente que sabe escuchar a los viejos trastos como yo. Pero este chochito se va a mi casa. Y no hay más que hablar.

Me gustaría decir que esquivé milagrosamente su disparo, lo derribé al suelo y le di la paliza de su perra vida.

Pero la verdad es que ni pude hacer el primer gesto.

Así terminó de hablar, así me disparó.

Me desmayé, llevándome de recuerdo al lado oscuro las obscenas risitas de Wilbur el Loco.

Habían pasado muchas horas. Cuatro o más. El cielo rosado que se veía tras mis ventanas me lo decía muy claramente. Así que todo lo que pudiera haberle pasado a mi bello hallazgo probablemente había pasado ya.

Y el pensamiento de un rescate era una locura; una ni de las que Wilbur el Loco se atrevería a cometer.

Cada ciudadano de la Bahía, y de toda Vieja Tierra, tenía su miserable cuchitril y

su miserable parcela por foro. Nadie podía traspasar tu frontera sin tu permiso. Nadie. Los servo-robots y otras amenazas dispuestas para el visitante no deseado cuidaban muy bien de que fuera así.

Y además, los galácticos velaban desde las alturas. Una violación del régimen terrestre se saldaba tajantemente en favor del ofensor con sumaria eficacia. Las tierras del responsable del agravio y su expulsión de territorio terrícola.

Así que pensar en allanar las muchas parcelas, ni la mitad amistosas, que me separaban de Wilbur el Loco era, como bien he dicho, una locura. Me podía costar muy caro. Tan caro como los malolientes despojos que me quedaban de vida.

Pero no podía quitarme de la cabeza la idea. Y cuando un hombre ya solo espera la muerte, cualquier idea que no puede quitarse de la cabeza es una que hará o morirá en el intento de llevarla a cabo.

Así que mandé a la mierda al destino y me puse manos a la obra.

Y algo bueno puedo decir de mí sin temor a ser un fatuo. Trabajo bien bajo presión.

Muy bien.

El plan había salido a pedir de boca. Modifiqué mis servos en tiempo récord y los convertí en unos guerrilleros señuelo de primera. Les di una breve ventaja para que montaran el escándalo suficiente en las parcelas que atravesaban la ruta hasta Wilbur y luego monté en mi Slider y puse al rojo vivo su condensador de fluzo.

A seis clics por segundo, me planté en la propiedad de Wilbur en menos de veinte. Y sin un rasguño. Mis señuelos habían cubierto bien mi incursión.

Para los mecánicos perros guardianes de mi compadre tenía una pequeña sorpresa ilegal que de descubrirse ya me podría costar el exilio. Un pequeño orbe poco mayor que una canica que podía detonar un EMP equivalente a una atómica de seis kilotones.

Por fortuna, también traía un regulador de intensidad. Tampoco quería joder los enchufes de todo el vecindario.

Activé mi ilegal aparatito y vi con satisfacción cómo los drones y los servo-robots caían desmadejados al suelo antes de poder reducirme más o menos dolorosamente.

Sin perder un instante, abrí de un tirón la vetusta puerta del chamizo de Wilbur y entré en el interior lleno de sombras.

Hay cosas que, de verlas, pueden hacerte perder la razón. Pasa como con un cristal sometido a la exigencia de una voz muy aguda. Media octava más y las grietas acabarán con la pieza para siempre.

Ahí me quedé yo. A media octava más.

Tras mi breve exploración en la miserable chabola de Wilbur, más miserable aún que la mía, hallé al fin a princesa y dragón en el mismo cuarto. Es decir, a princesa y lo que quedaba de dragón.

Wilbur el Loco seguía siendo Wilbur el Loco por encima del cuello. Por debajo era una... cosa muy difícil de describir. Y de contemplar. Pero haré lo que pueda por

describirlo, pues este es mi pequeño compromiso con la verdad y la memoria, le importe a quien le importe.

Aún tenía un torso. Y cuatro miembros saliendo de él. Pero ni el uno ni los otros tenían nada que ver con lo humano. Bueno, he de corregirme. Apenas tenían nada que ver con lo humano, pues lo más terrible era que aún se podía distinguir la materia prima, por así llamarla, con la que se había esculpido aquel horror.

Una salamandra es el símil más cercano que se me ocurre. En varios tonos de verde y azul, con sus planas manitas delanteras y traseras de cuatro y cinco dedos. De hecho, pensando en el cinco, he de corregirme de nuevo, pues también eran cinco los miembros, sin contar la cabeza, que se prolongaban del tronco. Una cola a medio formar, de un asqueroso color verde fango, se agitaba débilmente.

Y lo más horrible era el apestoso líquido que exudaba por cada poro. Algo parecido al líquido amniótico que protege los fetos, pero como si sus sustancias se hubieran corrompido hasta formar un mejunje burbujeante de insufrible hedor.

No vacilé un instante. Saqué mi bláster, apunté al gimoteante rostro y descargué un proyectil acelerado sobre aquel vestigio humano de lo que había sido Wilbur el Loco. Una explosión de sesos, sangre y esquirlas de hueso fue el adecuado final para aquella pesadilla.

Bella, por su parte, no decía nada. Seguía tan muda como cuando la había encontrado. Pero ya estaba despierta, encogida contra una pared y abrazándose las rodillas, contra las que se apretaba su oculta faz. Aquella bella faz que tanto ansiaba contemplar despierta por lo mucho que me había fascinado dormida. ¿Qué ojos adornarían aquel rostro? Ah, tendría que haber sido un poeta para poder imaginarlos.

Tras un par de amables palabras y suaves caricias, los temblores cesaron. Y mi pregunta quedó contestada cuando el rostro se apartó del velo de sus muslos y me miró frente a frente.

Ya lo dije. No soy un poeta. Así que no puedo contar lo que vi.

Pensándolo ahora, la escena tiene su gracia. Patética y grotesca, pero la tiene. Un viejo de vientre flojo y vestidura más bien reprobable llevando en brazos a una belleza de fábula en sus aún fuertes pero cansados brazos.

Entonces no le vi gracia alguna, la verdad. Supongo que me creía el triunfante héroe de algún holo. O una especie de Mesías de la belleza cargando con su verdad revelada.

Claro que mi epifanía duró cuatro suspiros. O media docena de pasos. Un trío de Sliders surgieron del horizonte y en un instante pasaron de ser motas indistinguibles a presentarse en todo su cromado y hortera esplendor.

A sus lomos, los tres hermanos Piojo: Costras, Sarna y Ladillas. Así los llamaba y así los sigo llamando, pues nunca supe ni me interesé por sus verdaderos nombres. Eran tres paletos de alguna colonia perdida en la Nube Magallánica donde un padre bien podía ser a la vez hermano o abuelo. Vecinos y buenos amigos de Wilbur, como

era de prever dada su compartida pasión por las charlas de tetas, coños y ojetes.

Y allí estaba yo, sosteniendo en mis brazos la sagrada trinidad que aquel trío de salvajes había visto en su vida.

Nuevamente, preferiría mentir y teñir la realidad de heroísmo. Pero debo ser valiente. Al menos ante quien mejor conozco.

Creo que me dio tiempo a cagarme en la puta que los parió antes de que me alcanzara el láser que me rebanó una pierna. O tal vez lo hice mentalmente.

Lo que es seguro es que chillé como una niña y sangré como un cerdo.

Luego vino, por segunda vez en aquel largo día, la bendita oscuridad del desmayo.

Aquello parecía tener sus peculiares e ineludibles ritmos; una serie de fases que había que pasar sí o sí por mucho que uno deseara no hacerlo.

Después del desmayo, aguardaba el horror.

Y esta vez tardó menos en llegar.

Antes me sacudió la sorpresa. Mi pierna izquierda, que había sido limpiamente rebanada sobre la rodilla por un rayo púrpura, lucía en toda su anciana gloria. Y algo más allá de aquel nuevo milagro que contemplaba embobado, yacía el horror. El trío de horrores.

Costras, Sarna y Ladillas. Babosa, araña y lagartija. Con una oreja por allí, un ojo por allá... una mano de dedos residuales que temblaba de terror y tormento... bocas resbalando entre la carne mutante y aún tratando de exhalar un aullido sin garganta que pudiera tomar aliento... Toda una visión.

Y mi bella, con el rostro oculto tras sus rodillas para completar el *déjà vu*, en el centro de la debacle.

Tres disparos del bláster completaron la tragedia.

Luego nos montamos en el *speeder* y volamos hacia mi hogar.

Nunca lo había echado tanto de menos.

Si me he decidido a contar los horrores, también contaré las partes dulces. Y nada hubo más dulce que aquella primera vez.

Junté todos los trapos de mi cuchitril e improvisé en la mesa de trabajo el mejor lecho del que fui capaz. La dejé en él e intenté no derretirme por la gratitud que expresaban sus ojos, esos ojos que ni intento describir porque están más allá de las palabras.

Le sonreí. Le acaricié la mejilla. E hice el gesto de marcharme. Y digo el gesto porque algo no me dejó. Su mano en mi muñeca. Reteniéndome.

He dicho que lo contaría todo. Mentí.

Lo que sucedió después es asunto mío.

No hubo horror tras la oscuridad del sueño, tal vez precisamente por ser sueño y no desmayo. Pero los milagros no cesaron.

La vejez es una puta bien traicionera. Te pone los dedos encima día a día. Y ni a hostias te suelta. Se te cae el vientre, los pectorales se vuelven flácidas tetas y

manchas, varices y demás regalos van transformando tu cuerpo en algo que odias mirar reflejado en un espejo.

Por eso cuando me reflejé en la abigarrada cornucopia que colgaba en mi cuarto de baño (aun medio dormido, pues era visita de viejo la que me llevaba al aseo de madrugada) me quedé sin aliento. Era yo. El yo de hacía cinco décadas. Un joven de carnes prietas y magras. Una dura estatua en que cada músculo parecía marcado con cincel y no con el constante ejercicio.

De hecho, era algo más que el yo que había perdido. Era el yo que nunca fui. Un súper-yo. Una visión idealizada que en honor a la verdad jamás había alcanzado ni en lo más lozano de mi juventud.

Cuando desperté a mi compañera buscando explicación al milagro, me respondió con una risa que pronto fue ronroneo.

Estrené mi juventud con el vigor y ejercicio que merecía.

Otra vez el despertar. Y otra vez un vuelco al corazón.

Ella no estaba allí.

¿Podía haber sido todo un sueño? ¿Podría aquella puta llamada senectud hacer tanto honor a su profesión? Y aunque fuera así, ¿quién me robaba el recuerdo de tal sueño? ¿Era suficiente con eso?

Por fortuna, no hubo que contestar amargamente a tales preguntas. Porque seguía siendo joven. Y eso era respuesta suficiente.

Me vestí, salí al exterior y busqué a mi amada.

Estaba a la vera del mar, sentada sobre la costa de desperdicios y resplandeciendo como una estatua de plata viviente. Su mano izquierda estaba extendida y resplandecía a intervalos, acompañada de un tintineo de campanillas. El haz que surgía del resplandor penetraba en las aguas del océano como si fuera un faro apuntando a un tesoro oculto.

Me senté a su lado y compartí una mirada y una sonrisa. Ella me las devolvió, tierna y fugaz. Toda su atención estaba en las aguas y en su mano brillante.

De improviso, me tomó por las muñecas y me obligó a mirarla directamente a los ojos.

Entonces se me concedió el vínculo más sagrado e imposible con cualquier ser que no seamos nosotros mismos. Me sumergí en sus pensamientos.

Retales fugaces y desordenados. Un despertar burbujeante. Hombres con trajes; armaduras de combate. Una red sónica tratando de doblegarla. Luego un canto, el suyo, y los hombres sufrían aquel horror mutágeno. Nadar. Nadar y nadar en lo profundo del océano hasta perder las fuerzas. Y luego ascender, emerger y, agotada, dejarse llevar por el capricho de las olas. Un vagar inconsciente hasta la costa. Y mi rostro, mi antiguo y viejo rostro, como último engarce en la cadena de recuerdos.

Era más que suficiente para entender.

Sin la menor duda, accedí a su tímida pregunta formulada por aquel leve vínculo telepático.

Su canto moldeó mi ser con nuevos cambios.

Luego hizo lo propio con su cuerpo.

Juntos, coleando con nuestra nueva y escamosa realidad bajo la cintura, nos sumergimos en las frías aguas. Y dejamos atrás el ardiente sol y las tierras de basura que iluminaba.

No sé cuánto duró la odisea bajo el mar. Sé que fueron días, porque la leve luz del sol se fue muchas veces y nos dejó vagando entre tinieblas, con solo la titilante luz guía de mi amada como hechizo contra la negrura.

Para un hacedor de lámparas, la oscuridad es el enemigo. Hacemos lámparas, o al menos yo las hago, porque tememos a ese enemigo. Lo tememos como si fuéramos niños. Así que la situación no era precisamente la deseada.

Pero mi mano siempre se cerraba en torno a la de mi amor y, cuando el miedo me vencía y me negaba a seguir nadando, ella se acercaba a mí y compartíamos nuestra pasión.

Solos, completamente solos, amándonos en un mundo de sombras infinitamente vivo.

Todo encuentra su final. Es algo que he aprendido y de lo que estoy completamente convencido, ahora que tan cerca tengo el mío. Y así nuestro viaje bajo las aguas alcanzó su destino en el interior de una inmensa montaña submarina.

Dentro de su seno, protegida por una burbuja de algo tibio y seguramente vivo, yacía la ciudad más hermosa que jamás hubiese visto. La ciudad de plata. Así quise llamarla. Y, aunque fuera sencillo, no era un mal nombre.

Se extendía radialmente, adaptándose a la esférica configuración de su burbuja protectora. Era de una belleza barroca pero ya decrepita, cubierta de pólipos, corales y anémonas, guardianas del olvido que suplían bajo las aguas a hiedra, moho o telarañas. Pero de alguna manera aquel abandono aumentaba su belleza. La hacía irreal y solemne, salida de un sueño.

Lo más llamativo en su arquitectura eran sus cientos de estatuas. Estaban por todas partes. Sirenas y náyades y hombres tritón; y caballitos de mar gigantes y dragones abisales enjaezados como monturas, y muchas cosas más a las que no sabría ponerle nombre.

El resplandor de la mano nos llevaba a un lugar concreto, en lo profundo de la metrópoli, pero de camino hicimos una pequeña parada obligados por el asombro.

Ante nosotros, en un enorme puente flanqueado de estatuas, se hallaban la nave y los cadáveres mutados que había visto en los recuerdos de mi amor. Y también el primer pedestal vacío que nos habíamos topado hasta el momento.

Las implicaciones de aquel descubrimiento nos tocaron a ambos y las compartimos a través del vínculo que no necesitaba de palabras.

Luego, seguimos avanzando y avanzando, dejando atrás palacios, avenidas, puentes y sagrarios, y mil y un maravillas que merecerían contemplarse en silencio por toda una vida.

Pero teníamos un objetivo que había que cumplir. Y ese objetivo lo dictaba la mano. La mano y la luz.

Aquella sala era muy distinta. Sí, sí, muy bella como las otras, pero... pero muy distinta. Tenía un aura diferente. Tenía poder.

Mi amada y yo avanzamos de la mano, ella muda como siempre y yo callado porque callarse parecía lo correcto. Solo se oían nuestros pasos, perdiéndose en el lejano y abovedado techo.

Caminábamos entre estatuas. Estatuas de gigantes.

A algunos los reconocí de mis lecturas; particularmente del mitólogo y bucanero interestelar E. H. Stardust, el mejor narrador que me haya encontrado nunca en breves y sencillas palabras. Aquella cosa de allí de cuerpo serpentino y largas espinas dorsales brotando entre las escamas era un leviatán. Aquella de allá, todo tentáculos y una enorme y bulbosa cabeza, un kraken. Y encontramos muchas más en el camino. Todas gigantescas. Todas sublimes.

Al fin llegamos al centro de la sala que era a su vez centro de la ciudad. Y justo en ese corazón de corazón, había un tercero, un zafiro tan grande como un puño de branktor flotando sobre un altar. De él emergían extraños símbolos luminosos, cosas que tal vez fueran números o palabras o algo entremedias de ambos.

Mi amada me miró y vi miedo en sus ojos por primera vez. Como si supiera (y seguramente fuera así) que poner las manos sobre tal joya iba a cambiarlo todo. Y tanto me quería que sentí a través de nuestro vínculo que podría darle la espalda, retirarse conmigo adonde fuera y vivir tranquilamente hasta el final de nuestros días.

Aun hoy no sé por qué cerré mi mano sobre la suya, la miré a los ojos con amor y asentí con la cabeza.

El caso es que lo hice.

Y ella, al fin, puso sus manos sobre la joya.

Frío, el frío más intenso. El frío absoluto del vacío entre estrellas penetrando sus dedos y uniendo su cuerpo y el mío en un helor insondable. Luego dos rostros, uno de hombre y otro de mujer, formados sin forma de esa materia oscura. Sonriéndose, retándose. De algún modo, sabíamos sus nombres. Ciencia. Magia. Orden. Caos.

El estallido, el primero de todos. Y luego la luz infinita. Llamas que son nubes que son estrellas. Millones de estrellas. Galaxias.

Una galaxia en concreto. Un brazo de esa galaxia. Una estrella y sus nueve planetas más cercanos. El tercer planeta más próximo: nuestra Vieja Tierra.

El mundo de volcanes y relámpagos. La sopa primigenia. Células dividiéndose. El primer ser que abandona el agua. Junglas exuberantes y titanes de escamas y sangre caliente. El hombre, sabiendo por primera vez quién es. La historia, guerras y ruina y esperanza y gloria. La conquista de las estrellas. El universo. Y en paralelo, aquellos que habíamos olvidado o exterminado. Ogros, tragos, elfos y hadas; náyades, ninfas, kraken y sirenas. Arrastrados de sus hogares. Convertidos en artículo de goce, diversión o sacrificio por el hombre, la más cruel de las bestias. Su último

refugio, el Panthalassa, una montaña sumergida en lo más profundo del océano. Y en su útero de roca, la ciudad de plata y los restos del imperio de magia durmiendo en la piedra.

Y así dormirían, hasta que la primera estatua despertara y decidiera si era hora de equilibrar la balanza a favor de la Gran Dama.

Todo eso vi y su recuerdo me inspira a través del vínculo con mi amada. Otro mundo, otra historia paralela a la nuestra. Otros seres con otros pensamientos. Otro modo de ver la existencia con el que, inevitablemente, el hombre no podría hacer más que luchar. Hasta el fin.

Mi amada alejó sus dedos del corazón de la Ciudad de Plata y volvió a mirarla. Ahora ardía en sus ojos otro fuego bien distinto. Ira. Gloria. Éxtasis.

Asentí con un cabeceo, sintiéndome muy viejo. Y dejé ir la mano que me había acompañado durante todo aquel viaje.

Suavemente, las dos manos de la primera estatua en despertar se posaron sobre aquel reducto de su vieja madre. Y, acercando los labios a los remolinos centelleantes que ardían en su interior, le susurró una palabra.

Y las estatuas despertaron.

Te preguntarás, viajero que has encontrado esta botella, qué fue de aquel anciano muchacho y de su amada reina sirena, pues reina fue.

Lo que puedo contarte es que hubo una pregunta, unos ojos que me suplicaban y una corona sobre mis sienes.

Y a eso solo podía contestar con una palabra.

No.

¿Por qué? Es difícil saberlo... Incluso ahora, que ya voy terminando esta inútil tarea en el papel dictante que absorbe y adorna levemente mis palabras para que suenen en ti más bellas, me cuesta encontrar una respuesta.

Tal vez fuera porque en el cuerpo lozano de aquel joven titilaba, muy débil, el alma de un viejo. Y eran demasiados, cuerpo, corona y rey para tan poca vela.

Por eso dije no y por eso pedí una sola cosa, que me fue a bien concedida.

Volver aquí, con todos mis años, a la bahía y gastarlos en alumbrar nuevas lámparas para aquellos que aún precisen vencer, en esta nueva era de razón contra pasión, los miedos que vacilan entre tinieblas.

A fin de cuentas, puedes encontrarte cualquier cosa en la bahía.

Y más que nada tiempo.

Tiempo y silencio.

Y eso es todo lo que un viejo puede pedir.

Basta.

Basta ya.

Que nade la botella.

Que nade sobre el mar.

EL MONSTRUO ERA ELLA

Jacobo Feijóo

Todo había sucedido muy rápido. Demasiado rápido, como pasa siempre. Ahora estaba viviendo en sus carnes lo que había leído tantas veces en las novelas góticas ambientadas en la mar. La tormenta, la zozobra, el naufragio. La soledad. La oscuridad. La congoja. El agua gélida. La confusión y las olas titánicas de fiereza ciega. El abrazo de la Líquida Dama.

Tildaba a la mar en femenino, pues consideraba que su carácter era cambiante, pasional, arrebatado, caprichoso. Así lo hacían todos los que tenían algún vínculo con ella. Otras veces, en el Caribe, era cálida, melosa, cautivadora, sensual incluso. Eran ambas facetas las que enamoraban a los marinos y luego los hacían estar tristes y mustios cuando, años después, la vejez los obligaba a desembarcarse. La mayoría terminaban alcoholizados sin saber adaptarse a tierra. Añoraban la compañía de su amada. Les fustigaba su ausencia. Se sentían como amantes abandonados a traición por una joven belleza que repudiaba su decrepitud.

Por suerte, su cabeza estaba lo bastante fría como para seguir automáticamente el protocolo de seguridad y pudo liberar una balsa salvavidas equipada para la supervivencia en alta mar. En ella había de todo: localizador GPS, agua, pastillas potabilizadoras, víveres, bengalas, anzuelos, una navaja multiusos... Eso lo tranquilizaba un poco en una situación tan desesperada. Luego, logró alejarse de la embarcación que comenzaba a hacer agua irremisiblemente. A unas decenas de metros vio cómo fenecía en la mar, dejándose morir entre sus brazos viscosos y helados, desmayadamente.

La mar es una mozuela caprichosa y lo que reclama se lo queda para siempre. De sus tres compañeros, uno había desaparecido engullido por una ola violenta que solo dejó caos a su paso en recuerdo de donde antes había habido un hombre, una existencia, una vida entera. Otro, el chico joven y rubio que solo se había embarcado un par de veces, estaba muerto por un golpe agresivo de la botavara que le había dejado los sesos al aire y un charco de espuma bermellón en la cubierta del barco. El tercero se perdía metro a metro, alejándose, arrastrado por una mar que cobra su tributo, agarrado al cadáver de cabeza desfigurada de su (hasta el momento) compañero. Aunque intentó acercarse a él desesperadamente para ayudarlo con la lancha salvavidas, fue imposible.

Pudo ver sus ojos implorantes, oír los gritos desgarrados, afónicos, rotos, su pelo mojado derramándose por la frente en medio de la lluvia. Sus escasos minutos restantes de vida marcados por un fantasmagórico reloj de agua que se escurría llevándose su tiempo. Luego, vio cómo le rindieron las fuerzas y se zafó blandamente del muerto con un brazo, hincando la cabeza en su pecho y hundiéndose con él en un abrazo postrero con la mar, que había decido acoger en su seno a ambos,

envolviéndolos con un capote oscuro.

De cualquier modo, pensó para aliviar la impotencia, en esa situación su amigo habría muerto por hipotermia en poco tiempo. No podía hacer nada más.

Se hizo el silencio mientras sucedía esa escena de incapacidad. Muchas veces, en medio del fragor de la confusión, sentimos cómo todo se ralentizaba. Durante un rato se quedó mudo mirando al pequeño remolino que se formó al morir su amigo. «De nosotros solo quedan remolinos escritos en el agua», pensó. Estaba extenuado de remar hacia él y apenas se había movido un metro. Casi juraría que con un poco más de esfuerzo lo hubiese rozado, habría notado el calor humano de su compañero en la punta de los dedos. Pero ese esfuerzo no fue posible y ya no iba a serlo jamás.

Ahora estaba solo.

La primera reacción de los naufragos en alta mar es de alivio por verse aún vivos. Durante una fracción de segundo los embriaga la felicidad. No hay muerte más fría, oscura y en aislamiento que la que sufre un ahogado, alejado de todo, cerca de nada. Hasta las cucarachas mueren con más dignidad. La segunda reacción es la de miedo y confusión. Cuando amaina la tempestad solo hay silencio. Y cuando al silencio se le une la ausencia de luna y siniestras nubes, la penumbra encapota las estrellas. No hay nada peor para un ser humano que verse en alta mar, agotado, a oscuras, desesperado y con hambre y frío. Horas más tarde, en su delirio de pesadillas, creería ver los ojos de su compañero implorándole ayuda una y mil veces. Luego se despertaría gritando de pavor.

Al cabo de unos minutos comenzó a desperezarse una inquietud en él, ronroneándole. Era una desazón pequeña y fácilmente controlable. La achacó a su situación y no quiso prestarle mayor atención, centrando su actividad intelectual en resolver un problema más grande: la supervivencia. Al cabo de media hora, esa sensación ya alcanzaba el acongoje. Le hacía desconfiar de cada susurro, de cada ruido, temblar por cada soplo de viento, estremecerse por su propio parpadeo. En una hora estaba profundamente aterrorizado, con los ojos saliéndosele de las órbitas, inmerso en una locura de desorientación.

Mar adentro no hay pájaros. Solo la viscosidad del océano, el viento ululante, el frío, el silencio mudo, la nada. Y no hay posibilidad de dirigirse a ninguna parte para huir y salvar así los últimos jirones de vida. Se hizo un ovillo abrazándose las rodillas y sentándose en un extremo de la balsa, en esa posición fetal tan atávica que consuela el alma humana y nos hace regresar a un vientre materno que jamás olvidamos. Movía la mirada en todas direcciones buscando una señal de peligro. Su frente se perlaba de sudor helado, afilado como las espinas de la cruel corona de un Cristo. Pensaba que al menos una amenaza podría ser incluso más reconfortante que ese enfrentamiento a uno mismo.

Recordó leyendas. Viejas leyendas de krakens, de ciudades hundidas, de serpientes marinas, buques fantasmas, tenebrosas sirenas y seres de las profundidades abisales. Por un motivo del todo irracional, temió más la aparición de uno de esos

monstruos que la de tiburones o barcos que lo embistiesen en la noche.

Su cuerpo empezó a temblar de miedo. Gritó el nombre de su amigo una y mil veces, esperando una respuesta espectral que al menos le recordase algo remotamente parecido a lo humano. No le contestó ni el callado silencio. Buscó en el horizonte la silueta fantasmal de algún navío muerto. Husmeó entre las olas intentando capturar un movimiento difuso y minúsculo que delatase la presencia de su camarada ahogado o de algún horror marino que viniese a por él. Rezó supersticiosamente, implorando entre lagrimones como un niño que sabe que hay un engendro bajo su cama y que solo su ángel de la guarda puede salvarlo. Se mordió nerviosamente las uñas. Se revolvió el pelo en su turbación. Le crepitaron los dientes. Guardó silencio sin moverse como lo haría un conejo asediado por perros de presa. Se cantó una nana a sí mismo intentando reconfortarse, intentando volver a su segura infancia.

Después de la pesadilla, ya más despierto, quiso matarse. No había posibilidad alguna de salvación y la muerte que le esperaba iba a ser horrible, lenta, cruel. Pero no tuvo valor. Nuestro instinto de supervivencia, en muchos casos, es la maldición de un dios cruel que juega con nosotros forzándonos a vivir un plazo más, no mayor al tamaño a un grano de sésamo.

Pasmado, como mesmerizado, se quedó mirando al bamboleo de la mar durante largo tiempo. Estaba psíquica y físicamente agotado y ya no esperaba nada. Solo aguardaba a que el Abismo interminable lo enguliese. Le daba igual.

Fue entonces cuando, en un movimiento fugaz, una ola extraña dibujó a lo lejos un lomo que ni apreció ni le hizo salir de su ensimismamiento. Continuó extasiado, enloquecido, mirando al agua. Luego apareció otro lomo esquivo algo más allá. Era oscuro, húmedo, brillante, escurridizo, musculado. Desapareció rápidamente. Y después, el mismo lomo replicado casi rozó su embarcación.

Despertó súbitamente de su obnubilación. Los resortes del peligro se habían activado, inyectando adrenalina a su atención, sacudiéndola con un latigazo de alerta. Buscó rápidamente la navaja multiusos por si le sirviera de defensa, en un intento absurdo de defenderse. Pensó que aquello que tanto había implorado venía a por él. Se agazapó de cuclillas con el arma en la mano y los ojos bien abiertos, procurando notar de nuevo cualquier cosa que aconteciera. Su cabeza comenzó a funcionar muy rápido, a ritmo trepidante, procesando mil opciones, matices, elecciones. Podría ser una alucinación. Sabía que ocurría muy a menudo entre los náufragos, cuando llevan horas en silencio y soledad. También podría ser una mala interpretación, una secuencia de olas del todo normal mimetizadas por la bruma y la falta de luz. O un delfín, o tiburón, o ballena... pero estaba a demasiadas millas de la zona donde estos animales viven y la posibilidad era irrisoria.

Podría ser una serpiente marina... Tragó saliva. No tenía lógica. Ninguna lógica. Los krakens y las serpientes marinas eran fábulas de marinos supersticiosos e incultos arremolinados en torno a una mesa de cualquier tasca portuaria. Jamás se había

afirmado ver una desde 1848, cuando la tripulación del *HSM Daedalus* navegaba en la ruta hacia Santa Helena. Probablemente fueran errores debidos a muchos factores. Era estúpido pensar esas cosas. Precipitado y pueril. Pero en ese momento, perdido entre pensamientos confusos, sintió que algo golpeaba secamente el casco de la balsa, en una embestida hueca.

Todo su cuerpo se tensó. Torpemente pero sin dudar, revolvió entre el equipo buscando una bengala que lo ayudase. Pero al intentar encenderla, con los nervios, esta cayó al agua dando una cabriola, perdiéndose en la mar en compañía del cadáver de su amigo, al que ahora devoraban los peces con fruición. Se dejó ver otro lomo de gris antracita haciendo un guiño raudo, en apenas un parpadeo. Luego dos lomos, uno tras otro. Esquivos, súbitos, acechantes, serpenteantes. Esta vez los había visto, sin duda alguna. O eso juraría. Quizá. Pensó en las posibilidades. Eran inexistentes y lo sabía.

Comenzó a temblar de miedo. Empezaba a imaginar cómo sería su final, ahora que había logrado salvarse del naufragio. Se preguntaba si esos monstruos tendrían dientes ariscos como cuchillas o si lo engullirían tras romperlo en pedazos con un solo movimiento. Imaginó las miradas frías, feroces, inhumanas, eternas, taladrantes. Sintió, en su turbada mente, que lo rodeaban unos brazos de agua salada que lo acunaban hasta un sopor eterno y letal que era incapaz de vencer.

Los monstruos comenzaron a ceñir cada vez más la embarcación, acorralándola, enlazándola, anudando su suerte con sus cuerpos oscuros, viscosos y duros como un cable de acero.

Seis horas después, la lancha salvavidas fue localizada gracias a la señal de auxilio que emitía su equipo de supervivencia. La unidad de salvamento envió un helicóptero en su rescate desde la costa, que apenas se situaba a un par de millas de distancia.

Cuando un hombre descendió hasta la balsa mediante un cable de acero que aseguraba su arnés, se enfrentó a un panorama desolador. En una esquina de la lancha, hecho un guiñapo, había un marino muerto con una expresión de espanto en el rostro. Los ojos estaban abiertos. La boca presentaba un gesto crispado. Los brazos, extendidos en gesto protector. Los dedos de sus manos estaban tensos como garfios. Todo apuntaba a que había fallecido de un infarto, presa de su propio terror desbocado. Una espuma bermellón le manchaba la barbilla, y su mirada estaba desorbitada y clavada en un punto indeterminado.

El agente de rescate se quedó unos segundos mirando al muerto, meditabundo. Por su cabeza pasaron muchos recuerdos y experiencias. Muchas meditaciones. Muchas imágenes vividas. Luego movió la cabeza blandamente hacia los lados, en señal de negación condescendiente, apenada, y procedió a recoger los restos que quedaban de aquel naufragio. Tras el debido expediente judicial se avisaría a la familia y se le daría sepultura eterna. Iba a haber silencio respetuoso en el entierro,

como siempre ocurre con la gente que muere en la mar.

Como ha pasado desde hace siglos, los marinos curtidos siguen contándoles a sus nietos entre susurros que la mar, Ella, la Líquida Dama, es el único monstruo que existe y al que hay que temer realmente, y que sus múltiples formas entran en nuestras cabezas por la puerta que nosotros mismos les abrimos.

Nadie volvió a recordar a aquel náufrago.

LA MUJER DE AGUA

Laura Luna

Tras tanto tiempo, volvió al río y se sentó en la orilla, como había hecho antes de que pasara aquello. Aspiró fuerte para sentir aquel aroma familiar de la hierba mojada, para sentir el perfume de ella. Y lo sintió, la sintió dentro de él, donde se había instalado para siempre.

Pero ella ya no volvería. Siempre había cumplido sus promesas. Nunca le mintió, era transparente, como el agua.

Con manos lentas, empezó a buscar piedras y a metérselas en los bolsillos. Pequeñas y medianas, todas valían y todas juntas pesaban; servirían.

Esperó, con la vana esperanza de verla de nuevo y pedirle perdón. Todo sería diferente, le diría, y no una promesa vacía y típica. Sería un propósito firme.

Y ella no iba a aparecer. Porque ya estaba con él, aunque no como él quería.

Con los ojos cerrados, se concentró en los dedos de brisa que le acariciaban el rostro y le atusaban el cabello. El viento arrastraba con él pequeñas gotas de agua que, al lloverle despacio sobre la piel, se imaginaba que eran sus dedos.

Las lágrimas corrieron sin pudor por su rostro y el rastro húmedo que le dejaban, a pesar de ser salado, era como los besos de ella, los besos que él cortó de golpe.

Se concentró en la primera tarde, cuando se conocieron.

Aquella tarde había dejado que el tiempo muriera a la orilla de aquel río tan anónimo que ni figuraba en los mapas, como era costumbre en sus tardes desde niño. No era por el dulzón olor de la hierba mojada, ni por el murmullo de aquellas aguas vírgenes de contaminación. Tampoco era por las cariñosas caricias del sol y la brisa primaveral. De hecho, acudía allí cada tarde de primavera, verano, otoño e invierno, y con más ilusión en los días de lluvia, ya que creía que eso aumentaba las posibilidades de ver satisfecha su curiosidad.

Junto con la niñez, había abandonado sus creencias en los Reyes Magos, en el Ratoncito Pérez y en los genios que habitan en lámparas, pero se había llevado a la adolescencia y a la vida adulta un clavo ardiendo que lo unía al mundo de la fantasía.

Pol, a sus treinta y dos años, creía firmemente en la existencia de mujeres de agua.

Las mujeres de agua eran una leyenda local que las describía como criaturas acuáticas, de las que se decía que poseían una belleza insuperable y el goloso don de conceder un deseo, por imposible que resultara, a aquella persona tan afortunada de cruzarse con una de ellas. Y Pol, que tenía inquietudes en su corazón que no podía calmar por sus propios medios, apostaba todas sus posibilidades en cruzarse con alguna de aquellas criaturas.

Y todas las tardes sucumbían en noches sin ningún resultado y Pol se retiraba cuando el sueño empezaba a domarlo. Una vez en casa, se ahogaba en una tristeza

vieja y silenciosa, mientras Cendra, su fiel compañero y único amigo, un viejo pastor alemán de hermoso pelaje gris, le consolaba con el cariño que solo una mascota sabe dar. Luego, a la hora de dormir, la tristeza abrazaba a Pol, esa tristeza que acompaña a la frustración ya conocida y repetida, y al recuerdo constante de la soledad, que se suele acentuar por las noches cuando uno se mete en una cama vacía.

Sin embargo, la noche de San Juan, lejos de las hogueras y las celebraciones alcoholizadas, el sueño sometió a Pol en un lecho de hierba húmeda, corteza de árbol con techo de ramas retorcidas y frondosas.

Se despertó con aquel tacto fresco y húmedo en la mejilla, como un lametazo y el corazón casi se le volcó cuando la vio.

Tenía los ojos más puros del mundo.

No era solo por su color azul transparente, sino porque sentía que detrás de los iris se veían todas las ideas y sentimientos de aquella joven. Y aquellas pestañas mojadas, de las que goteaban pequeños copos de agua.

Retrocedió contra el tronco para examinarla mejor. Su fascinación aumentaba mientras se convencía, extasiado, de que no se trataba de un sueño.

Era hermosa, más que ninguna otra mujer que hubiese contemplado en su vida, a pesar de que se había cruzado con pocas. Su rostro y su sonrisa tímida evocaban paz y serenidad, como la que le causaba contemplar el riachuelo y relajarse al sonido de su murmullo. Y ondas ámbar que brillaban rojizas bajo el sol que las besaba le caían hasta los tobillos, adheridas a un cuerpo esbelto y delicado, de curvas discretas y proporcionadas. Y desnuda sin pudores, como solo puede serlo la naturaleza.

—Has venido a buscarme.

Su voz sonaba como una cascada, limpia y alegre, y le inundaba los oídos de paz. Él buscaba indicios de que aquello no era un sueño. Las lágrimas de emoción corrían de sus ojos desorbitados libres por las mejillas sin que él se percatara.

—De verdad crees en nosotras, ha quedado sobradamente demostrado. En verdad no nos gusta salir... Sois una raza agresiva y, si nos mostramos demasiado, sería peligroso para nosotras, pero en ti hemos decidido confiar.

Pol asintió, con la garganta anudada.

—Sin embargo, solo me verás esta vez y en cuanto cumpla tu deseo volveré a mi reino. Solo uno, ya lo sabes, espero que en todo este tiempo lo hayas pensado bien.

Solo un deseo. Eso él lo sabía perfectamente. Y, aunque su corazón estaba cargando de cientos, había uno que predominaba por encima de los demás. Uno que jamás pudo realizar por sus propios medios, debido a su vida aislada en una aldea en la que cada habitante era un ermitaño y a su torpeza social.

—Quiero una mujer.

—¿Una en concreto? ¿O que te cree una ahora mismo?

Otro deseo oculto se le subió a la lengua, siempre más rápida que el cerebro.

—Tú.

Aquellos ojos de agua se agitaron de sorpresa.

—No me conoces —se excusó.

—Lo mismo pasaría con cualquier mujer que me crearas o me consiguieras. No conozco a ninguna ni sé conocerla. Y ahora mismo te he visto a ti y te quiero conocer a ti, como mi mujer.

—Pero tú eres un hombre de carne y yo una mujer de agua. Somos de mundos diferentes.

—Quiero que seas mi mujer —le exigió con voz imperiosa—. Has dicho que me concederías cualquier cosa que te pidiera, sin excepciones, y este es mi deseo. Quiero que seas mi esposa.

La criatura asintió, sin perder la serenidad en su bello rostro, y expuso sus condiciones:

—Seré tu mujer, si así lo deseas, y viviré contigo en tu mundo. Te amaré y te seré fiel y compartiré mi vida con la tuya. Tú me amarás también, y me serás fiel y me protegerás, pues si para tu especie dejamos de ser una leyenda, sería el fin de mi pueblo. No podré darte un hijo de carne, ya que mi vientre es de agua y nuestra unión durará hasta que la tierra te reclame, mientras cumplas una única condición. Inventa un nombre para mí, por el cual llamarme y con el que referirte a mí ante otras personas. Un nombre que agregarás a los apelativos cariñosos que me dirijas. Pero nunca, jamás y bajo ninguna circunstancia me llames mujer de agua.

—¿Por qué? Eres una mujer de agua, ¿no?

—No preguntes. Yo nunca te llamaré hombre de carne y tú nunca me llamarás mujer de agua. Es la única condición que te pongo.

Era una condición sencilla. Mujer de agua era un apelativo artificial para la que iba a ser su esposa y, si inventaba un nombre, no tendría que dirigirse a ella por el calificativo de su especie.

—Sé mi mujer, Ona.

Venció su inmovilidad, se levantó y se acercó a ella. Tomó sus manos frescas, cubiertas de agua, y la besó. Los labios no eran cálidos, sino frescos y dulces, y aquella sed que había acompañado a Pol durante toda su vida se empezó a saciar.

Ella no entendía de ceremonias pomposas y él no tenía ninguna necesidad de ellas, así que no celebraron una boda como las convenciones sociales entienden. Caminaron en silencio hasta el hogar de Pol, donde les recibió Cendra sacudiendo el rabo. Cuando los presentó, el can, lamió las rodillas de Ona y ella rio alegre. La mujer se despidió con una caricia que le humedeció la cabeza y entró en su nuevo hogar con su marido. Él la condujo hasta su habitación, sin mediar palabra. Ella se tendió en la cama, empapando las sábanas con la piel mojada, mientras Pol se quitaba la ropa con cierta vacilación. Él, al que nunca nadie le había hablado de sexo porque no lo creyó necesario, se tumbó encima de ella, tembloroso. La acarició con manos torpes y la besó con besos inseguros de ser los idóneos. Ella sonrió enternecida y lo guio a los rincones de su cuerpo, al mismo tiempo que descubría los suyos.

Finalmente, lo condujo hasta su interior, que se le antojó como un manantial cálido y se sumergió en él una y otra vez, mientras ella aprobaba cada gesto suyo con gemidos que se le antojaban como olas cada vez más intensas. El orgasmo le vino a Pol como un torrente que le volvió el mundo blanco por un segundo, mientras inundaba a su mujer con su semilla, y quedó abrazado a ella, entrando poco a poco en el sueño, como una balsa sobre el río.

Se cercioró de que lo acontecido el día anterior no era un sueño al despertar en aquel colchón humedecido por la hermosa criatura que le aguardaba con aquellos ojos de aguas tranquilas y esa sonrisa de paz. Los ladridos de Cendra llegaban lejanos y suaves.

—Buenos días, amor —saludó ella.

—Buenos días... ¿Qué tal has dormido?

—No he dormido. El agua nunca duerme.

—Oh...

—Ahora vas a desayunar, ¿no?

—Sí, tenía pensado tomar un tazón de leche con pan y queso, ¿qué te apetece a ti?

—El agua no se alimenta, al menos no como hacéis los humanos. Bueno, tomaré agua, eso sí.

—Bueno, parece que no vas a suponer un gran gasto —repuso Pol, con una sonrisa torpe.

Ella le miró en silencio, no muy segura de entender lo que había querido decir. En su mundo no existían los gastos ni el dinero.

Y los primeros días fueron así, un sueño despierto. El tiempo se deslizaba húmedo entre las sábanas y entre esos brazos frescos, con los dedos entre el cabello mojado, con los ojos dentro de los ojos de agua de Ona. Antes, tras volver de trabajar el campo, Pol recibía los ladridos alegres de Cendra. Le contaba cómo había ido el día y él le respondía con lametones y ganas de jugar. Y Pol nunca estaba cansado para correr con su amigo y compartir unos momentos de diversión sin preocupaciones. Ahora, además de eso, le esperaba Ona, llena de una paz que le envolvía a él también. Y cada tarde hablaban, reían y hacían el amor con una pasión creciente. Pol sentía algo cálido en el pecho, que cada día le calentaba un poco más, como un sol amable.

Pero los sueños no son eternos, y la realidad siempre aparece para pellizcarte y retorcerte la felicidad. Con el tiempo, Pol se dio cuenta de las diferencias entre la carne y el agua, en cómo veían el mundo unos ojos transparentes como los de ella y unos ojos opacos como los de él. A veces intentaban llevar un camino juntos, pero ella insistía en hacerlo a nado, y él estaba demasiado hecho a la tierra firme. En varias ocasiones, pensaba que lo único que compartían era un colchón húmedo que soportaba su pasión.

Una mañana, no sonaron los suaves ladridos de buenos días de Cendra. Pol se levantó extrañado, mientras Ona dormía plácida. En el rincón del salón que Cendra

utilizaba de dormitorio, el can reposaba, dormido para siempre. La imagen de su cuerpo inmóvil, sin hincharse en cada inspiración, fue un puñetazo seco en el corazón de Pol. Cendra había llegado al límite de su vida, que siempre había pasado al lado de su amo, desde que se lo regaló un vecino cuando era cachorro, ya que nadie más se podía ocupar de él. Pol le puso la mano en el costado y, al no recibir la respuesta de un latido, notó que un trozo de su propio corazón se apagaba doloroso.

—Anoche se cortó su hilo. Ha sido mientras dormía. Era su hora.

Ona estaba detrás de ellos y su voz sonaba como una cascada helada.

—Ha sido mi único amigo toda su vida. Ha crecido a mi lado. Y estaba lleno de salud.

—A veces la vida no necesita motivos para llegar al fin.

Pol la miró, estupefacto ante la frialdad de esas palabras.

—Me contaste que tenía quince años. Es lo que suelen vivir los perros. Ha vuelto a la Madre en silencio y sin sufrimiento. Amor, todos volvemos a la Madre un día u otro.

Pol se incorporó con una ira ardiente.

—Era mi amigo, aunque fuera un perro. Lo quería y aún lo quiero. Y se ha muerto. ¿No sabes cómo me siento?

Ona se encogió de hombros y le miró con compasión.

—Los humanos siempre habéis visto a la muerte como una tragedia que creéis que dejará de existir si la ignoráis.

—¡MALDITA MUJER DE AGUA!

La mano abierta de Pol salió disparada hacia la mejilla de Ona y vio cómo la mujer se disolvía en una columna de agua que le salpicó entero antes de convertirse en un vasto charco.

Pol repasó el grito de ira que la había asesinado con una promesa rota. Cayó de rodillas sobre los restos de su mujer de agua mientras la llamaba por el nombre que le había puesto. Le pedía que volviera, que todo había sido un desliz, que lo de la bofetada no se repetiría. Que no lo abandonara en un momento así, que la necesitaba, que siempre la había necesitado. Pero aquel charco era como si se le hubiera derramado una jarra. Pol lloraba con odio y arrepentimiento, arañaba las paredes y gritaba a Ona que volviera. Cendra no podía volver, pero sabía que Ona sí. Volvería, si no hubiera roto el pacto que formalizaron el día en que se unieron.

Golpeó el agua con las palmas abiertas mientras gritaba el nombre de Ona. Araba el suelo mojado mientras se forzaba a creer que en algún momento se convertiría en mujer de nuevo, que le sonreiría con paz y reconciliación. Pero aquella noche iba a dormir solo de nuevo. Más solo que en toda su vida.

Y, llevado por la desesperación de tener consigo la última parte de Ona, lamió el charco que había dejado. Su lengua lo recorría despacio, como otras veces había recorrido a la mujer, cuando tenía una piel pálida que recubría su esencia de río. Le

supo igual que le había sabido cada beso que le había dado, e ignoró el regusto de madera que le quedaba tras cada lametazo. Sintió de nuevo su humedad, su frescura y su calidez, e incluso la notaba palpar y estremecerse bajo su lengua, como había hecho durante tantas noches felices.

Al final, la madera estuvo seca, como si Ona nunca se hubiera deshecho allí. De hecho, en la casa no había quedado ni rastro de sus pisadas, siempre mojadas, ni de sus huellas empapadas, y el colchón estaba seco, como la ilusión de Pol.

Decidió enfrentarse a la realidad y cavó una tumba en el jardín para Cendra. La regó con lágrimas, impotencia y el deseo desesperado de poder devolver la vida. O, al menos, de poder retroceder en el tiempo. Besó el montón de tierra que arrojaba los restos del amigo de su vida.

El resto del día lo pasó como si fuera la pesadilla tras una mala noche de alcohol. Volvió a la cama y se esforzó en despertar a fuerza de desear que nada de lo que había ocurrido fuese real. Pero el colchón estaba seco y él volvía a estar solo, más solo de lo que había estado en toda su vida.

Buscó cosas en las que ocupar la mente y que aceleraran las horas. Decidió dar un paseo por el bosque. Sus pasos lo condujeron al río, con la subconsciente esperanza de encontrar a Ona. Pero el río seguía solitario, con su murmullo que se le antojaba como un llanto desconsolado. Sus ojos se cayeron en él, buscando algo que ya no iba a encontrar, y apenas se percató de que el nivel del agua estaba subiendo hasta que el cauce no era suficiente para contenerlo. Cuando quiso darse cuenta, Pol notó un lametón frío en los talones y resbaló. Una garganta gélida y empapada lo engulló y lo arrastró por una corriente violenta. Pol, con los ojos cerrados, procuraba no tragar agua, hasta que su cabeza se estrelló contra una roca.

Pol despertó en la cama con el corazón paralizado. Un tenue dolor de cabeza, como la huella de un golpe tonto y accidental con una puerta, le recordaba que lo del río no había sido un sueño. Pero tanto él como su ropa estaban secos. Y el colchón.

Se levantó y se dirigió al jardín. El montículo de tierra que envolvía los restos de Cendra seguía allí. Pol se acercó y contempló de nuevo la tumba para cerciorarse de que, al menos, eso sí había sucedido. Mientras deseaba que la vida de su amigo hubiese sido más larga, o al menos su compañía más disfrutada, la tierra empezó a empaparse y un pequeño surtidor de agua se abrió paso. Tímido al principio, y cobrando osadía por momentos, hasta que se convirtió en un pequeño volcán de agua. Escupió a los pies de Pol un regalo macabro, una burla de sus deseos: Cendra, con el cuerpo hinchado de agua y el pelaje coloreado de muerte, con olor a descomposición. En lugar de ojos tenía una mirada literalmente vacía, y sonreía con un gesto sádico y burlón, desconocido en ella. De pronto, el cuerpo se sacudió frenético, y antes de dejarle reaccionar cerró unas mandíbulas crueles y amorfas sobre el pie de Pol. La múltiple cuchillada le hizo ver todo blanco.

Y de nuevo, estaba en la cama. Mientras el ritmo del corazón se calmaba, el dolor

punzante del pie y el de la cabeza no parecían dejarle en paz. Y todo seco, como si no hubiera pasado nada. Se precipitó de nuevo al jardín y se acercó con temor a la tumba. Esta seguía intacta, sin rastros de humedad ni de cadáveres que insistían en volver a la vida. Sentía a Cendra, eso sí, como si solo estuviera durmiendo un largo sueño; no quería creerse que había desaparecido para siempre.

Pegado al oído, la oyó. No como la recordaba, con su voz de cascada alegre, sino que esta vez era de una lluvia furiosa.

—Maldito hombre de carne.

El suelo se le abrió bajo los pies y cayó por una garganta de piedra cilíndrica. Sintió un latigazo de los pies a la columna al caer. El agua le llegaba por la cintura. Era un pozo sin cuerda. Se asió a las paredes para escalar; estas lo rechazaban con humedad. Antes de dejarse dominar por los nervios, pidió ayuda a gritos, usando toda la potencia que su voz le permitía.

No respondió nadie. Y él se dejaba las uñas inútilmente para escalar. Notó la sangre en las yemas. Se la calmaba con el agua que lo acompañaba. Se dejó caer contra la pared cuando, al final de aquel túnel vertical, la vio. Mientras el corazón se le volcaba, se dio cuenta de la diferencia. Aquellos ojos transparentes no lo miraban con amor, sino con algo muy distinto. Ojos de aguas turbias. Y la sonrisa de paz no estaba allí, sino una mueca de desprecio dolorosa. Entonces, la boca se abrió y de ella fluyó un largo chorro de agua. Pol comprendió qué sucedía cuando el agua le llegaba al pecho. Intentó llamarla por el nombre de Ona, suplicarle perdón, que le ayudara, recordarle los días que habían pasado juntos, que empezaran de nuevo. Que la amaba.

Cuando el agua le inundaba la boca, supo que Ona ya no lo quería oír. Cerró los labios y esperó estoico hasta que el agua le inundara por completo.

Y no flotaba.

El agua le anegaba la nariz, los ojos y los pulmones, poco a poco le robaba el aire y notaba el cuerpo hincharse hasta tener la sensación de resquebrajarse. Al notar que el agua iba a abrirse paso por él, el dolor lo dejó sin conciencia, de nuevo.

Esta vez, al despertar, el colchón estaba húmedo. Y él. El agua le chorreaba por el pelo, las cejas, la barba, la ropa se le adhería goteando a la piel. Un susurro le llegó tenue pero distinguible, desde fuera la casa.

—Hombre de carne.

Lo llamaba con voz de cascada alegre, pero en ella había un rastro siniestro, un secreto escondido. Y, sin embargo, Pol no pudo evitar seguir el rastro de esa voz. Desde la puerta, la oyó más clara. Supo que venía desde el río.

—Ven, hombre de carne. Vuelve conmigo.

La siguió, sin preocuparse por si era otro sueño.

—Ven, hombre de carne. Ven con tu mujer de agua. Volvamos a estar juntos. Todo está perdonado. Yo ya no puedo volver a tu mundo, pero tú al mío sí. Ven.

En la voz de Ona había un rencor sutil, envuelto en toda aquella dulzura que había conocido. Sería una trampa, otra pesadilla, pero al menos la vería. Y algo le

decía que, aunque la evitase, ella volvería a buscarlo de otra manera. Ya no volvería a salir a la realidad. La realidad que iba a conocer serían ríos de pesadillas encadenadas, en los que trataría de emerger a la superficie sin lograrlo.

—Ven conmigo, hombre de carne. Ven a mi mundo y volvamos a casarnos. Seré tuya para siempre. Nadaremos juntos, yaceremos juntos en nuestro lecho en el fondo del río.

Se sentó y la esperó en la orilla del río.

Aspiró fuerte para sentir aquel aroma familiar de hierba mojada, para sentir el perfume de ella. Y la sintió, la sintió dentro de él, donde se había instalado para siempre.

La esperó largo rato, pero la voz se había callado. Ella ya no volvería. Ella siempre había cumplido sus promesas. Nunca le mintió, era transparente, como el agua.

Con manos lentas, empezó a buscar piedras y a metérselas en los bolsillos. Pequeñas y medianas, todas valían y todas juntas pesaban; servirían.

Esperó con la vana esperanza de verla de nuevo y de pedirle perdón. Todo sería diferente, le diría, y no sería una promesa vacía y típica. Sería un propósito firme.

Y ella no iba a aparecer. Porque ya estaba con él, aunque no como él quería.

Con los ojos cerrados, se concentró en los dedos de brisa que le acariciaban el rostro y le atusaban el cabello. El viento arrastraba con él pequeñas gotas de agua que, al lloverle despacio sobre la piel, se imaginaba que eran los dedos de ella.

Las lágrimas corrieron sin pudor por su rostro y el rastro húmedo que le dejaban, a pesar de ser salado, eran como los besos de ella, los besos que él cortó de golpe.

—Estoy aquí, mi amor. Mi amor de carne. Ven.

Se acercó al río y bajo su triste reflejo, la vio. Le sonreía con ternura y paz, como había hecho antaño. Los cabellos ámbar flotaban como algas. Y su cuerpo desnudo le reclamaba, para unirse de nuevo a él. En aquellos ojos transparentes ya no existía el rencor, sino la paz, la reconciliación.

Le esperaba en el fondo del río y el fondo del río le parecía lejano.

Y fue a buscarla.

Cuando llegó al fondo, creyó rozar con la punta de los dedos los labios de Ona. Cuando trató de abrazarla de nuevo, ella se había disuelto con el río, como una ilusión.

El agua empezó a anegarle la nariz, los ojos, la boca, los pulmones, el estómago. Le llenó su cuerpo hecho de carne y buscó sus límites como recipiente. Cuando se desbordó, el dolor no le hizo despertar en la cama.

AGUAS MARRONES

David Marugán

Los cinco permanecían sobre la cubierta metálica, impasibles, observando al hombrecillo menudo y asustado que sollozaba a sus pies, temblando sobre un junco lleno de peces todavía vivos, aferrado a su largo remo. La luz débil del ocaso arrancaba del agua marrón los últimos destellos del día.

—Pregúntale a este enano cabrón quién ha hecho toda esta mierda —le dijo Gore al intérprete señalando con el cañón a los cadáveres descuartizados que bajaban por el río con una cadencia que casi parecía premeditada. Después se produjo un nervioso intercambio de palabras que naturalmente ninguno de los soldados comprendió. Gore se encendió otro puro y escupió las hebras de tabaco marrones en el agua. Levantó la barbilla impaciente, interrogando sobre el significado de la letanía exótica y balbuceante del hombrecillo.

—Dice que han sido los hijos de Lac Long.

Los cuerpos hinchados se sucedían lentamente rozando el casco de la PBR^[1] con sus miembros desgarrados; mudos, con un rictus de dolor cerúleo congelado en sus caras podridas. Algunos tenían los intestinos fuera, flotando como ovillos blanquecinos mientras eran picoteados con avidez por los peces.

—¿«Lac Long»? ¿Quién coño es ese? —espetó Gore, asqueado.

—Son sus ancestros, sus dioses —contestó el intérprete en tono distante—. Dice que río arriba están sembrando el pánico. Dice que es por el monzón. Los pone furiosos.

—Ya. Como las putas tortugas doradas, las libélulas que predicen el futuro y toda esa mierda amarilla. Vamos, dile a ese cabrón que deje de beber licor de arroz y que nos cuente por dónde andan esos hijos de puta del Tío Ho^[2], o dentro de diez segundos no tendrá donde ponerse ese sombrero de paja.

El hombre, como si hubiese entendido al americano, rompió a llorar con todas sus fuerzas, implorando con los dedos entrelazados. Gore hizo un gesto breve y uno de sus hombres saltó dentro del junco, que se zarandeó casi a punto de volcar bajo su peso. Sin mediar palabra lo agarró por el cuello con una mano y desenfundó una pistola con la otra.

—Que este cabronazo nos diga dónde están los del pijama negro o le vuelo la cabeza. —Amenazó Gore, inexpresivo, exhalando volutas azuladas de humo. El hedor del río a esa hora se hacía insoportable y las nubes de mosquitos flotaban ominosas en la ribera.

El intérprete se aclaró la voz con un carraspeo nervioso, le preguntó de nuevo con voz suave y pausada, casi con ternura. De forma repentina, la cara cianótica del hombrecillo (casi estrangulado) dibujó una sonrisa demente. Unos pájaros levantaron el vuelo al unísono desde las copas de los árboles que hundían sus raíces en el lodazal

de la orilla.

Entonces comenzó el fuego.

Uno de los motores se quejó durante un par de segundos, luego arrancó con un estruendo infernal, agitando con fuerza las aguas achocolatadas. El artillero pareció despertar de un profundo letargo girando el cañón en todas direcciones, enloquecido, disparando a ciegas mientras gritaba «¡Emboscada!» sin escucharse así mismo, sin ser escuchado por nadie; astillando los bambúes y los troncos húmedos de los manglares en ambas orillas. Los fragmentos de fibra de vidrio arrancados del casco de la lancha volaban por encima de sus cabezas. El enemigo era invisible, solo se intuía su posición por el destello de las armas en la jungla.

—¡Arriba Mike, arriba! —gritó Gore al soldado, que había soltado el cuello del hombrecillo y disparaba agachado mientras observaba con impotencia cómo la lancha intentaba acercarse a él sin éxito. Decidió tirarse al agua para alcanzar los neumáticos cuando sintió una punzada aguda en el vientre que le llegó al cerebro como una descarga eléctrica.

—¿¡Qué coño...!?! —acertó a decir mirando al pescador con incredulidad antes de perder la conciencia.

El hombrecillo retorció un alargado cuchillo en sus entrañas mientras le sonreía con los ojos desorbitados. La diminuta mano, que sujetaba la empuñadura de madera hasta dejar los nudillos blancos, ya estaba totalmente cubierta de sangre negruzca y tiraba hacia arriba para abrirlo en canal.

Mike (que ya estaba preparado para saltar) cayó de la barca con las manos agarrotadas sobre el abdomen, en un vano intento por parar la hemorragia que teñía su uniforme.

La lancha comenzó a remontar el río con esfuerzo, entre el chapoteo de las balas que sembraba el agua y el rugido de los potentes motores diesel. El casco blindado acusaba los impactos con un tableteo sordo. El cuerpo de Mike se unió a la procesión de muertos que descendían por el río dejando una estela rojiza. El pescador blandía el cuchillo ensangrentado sobre su cabeza, soltando aullidos histéricos, apretando los dientes cariadados con furia, desafiándoles a lo lejos. Unos hombres armados con AK-47^[3], vestidos de negro con unas chanclas hechas con trozos de viejos neumáticos, emergieron de la maleza y se unieron al hombrecillo formando un enardecido coro desde la orilla.

—No debería haber bajado del barco —gruñó el intérprete jugueteando con un transistor de radio que colgaba de una correa de piel. Reventado por las balas, tenía los circuitos al aire.

Gore, que seguía apuntando hacia las orillas desde la popa, soltó la ametralladora y le dio un puñetazo en los riñones.

—¡Un puto paleta de ARNV^[4] no me va a dar lecciones sobre cómo patrullar esta mierda de río! ¡Los asesores somos nosotros, imbécil! —Escupió al intérprete, que

había caído retorciéndose de dolor en la cubierta.

—Vamos jefe, déjelo. En el fondo es un cabrón amarillo como todos —sentenció Steve, girando la cabeza desde el timón—. La única diferencia es si la puta de su madre los ha parido en Saigón o en Hanoi.

El artillero no se inmutó. Seguía colgado de las asas del cañón, detrás de la cúpula; había vuelto a su estado de sopor inicial. En Detroit no vendían Binocal^[5] por ocho piastras.

—Yanquis cobardes *hijoputas*, saldréis de aquí cagando leches como los franceses —les dijo Wu, que seguía tendido sobre la chapa embarrada de la cubierta en posición fetal.

—¿Le pateo el culo, jefe? —preguntó con desgana el artillero colocado, sin abrir los ojos.

Gore, que todavía sujetaba el puro a medio consumir entre sus dientes amarillentos, no contestó. Su vista se perdió en los zigzags marrones que describía el río ante ellos.

—Mierda de sitio —masculló—. Mierda de río. Mierda de país.

Los goterones del monzón comenzaron a repicar sobre las planchas de acero artesanales que recubrían el puesto de mando. Anochecía en el Mekong. La radio recibía conversaciones difusas, como de otra dimensión, que se mezclaban con el rumor del caudal y la lluvia.

—Jefe, allí están. Mire las luces.

Steve había encendido y apagado los focos según lo acordado, avisando al Zippo^[6] de su presencia. Este se encontraba varado en el aluvión formado por una masa ingente de troncos podridos y limo. Los cañones lanzallamas, todavía calientes, apuntaban a una extensa masa de vegetación chamuscada en la orilla izquierda.

—¿Dónde coño están los maricas de infantería? —se preguntó a sí mismo Gore. Steve se encogió de hombros y comenzó a maniobrar para realizar el amarre y abordar el barco.

—Parece que han desaparecido todos, jefe. Los de caballería aérea no responden a la radio, los dragaminas que iban delante y mandaron la señal de alarma tampoco.

Steve, visiblemente preocupado, se colocó el chubasquero y salió a cubierta junto a Gore, que solo llevaba su eterna camiseta de manga corta, ahora empapada y pegada a su cuerpo por la tromba. Wu no abrió la boca desde el incidente con Gore, limitándose a fumar cigarrillos con heroína apoyando la espalda en la mampara con la mirada perdida.

—Odio este puto río, Steve —le gritó al oído—. Odio a estos salvajes. ¿Te lo había dicho ya?

Steve asintió sonriendo, con el gesto transfigurado por el aguacero y los reflejos lunares.

—Yo también, jefe. Deberíamos haber arrasado toda esta mierda maloliente hace mucho, ya lo creo.

—Enfoca allí —ordenó Gore. El artillero permanecía detrás de la protección de sus cañones, silbando una canción sin prestarles atención alguna, chorreando agua.

—Iban en dirección a Vihn Te cuando activaron la baliza —añadió Steve, consultando el plano plastificado que llevaba en el chaleco.

Abordaron el Zippo apuntando con las armas, tensos, aguzando el oído en un intento de filtrar los sonidos de animales que llegaban de la espesura. Los botes de humo vertían una niebla anaranjada sobre la cubierta, confiriendo al escenario un aspecto malsano e irreal. El casco del Zippo (con unos ojos y boca amenazantes pintados de rojo en la proa) estaba totalmente abollado, como si un gigantesco mazo lo hubiera golpeado sin piedad por toda su estructura.

—¡Harry, cabronazo, somos nosotros! —gritó Gore sin obtener ninguna respuesta de la tripulación.

El artillero dio un respingó al escuchar unos chapoteos a su espalda. Wu se levantó de un salto, como activado por un resorte invisible, y contuvo la respiración al observar las nueve figuras que emergieron del río.

Nguyen no era un líder comunista, nunca lo había sido. Se alistó en un grupo de autodefensa del Viet Minh^[7] en la primera guerra, solo por defender su pequeña aldea de la corrupción colonial, de los abusos de los cobradores de impuestos y de los terratenientes. En aquel tiempo cultivaba arroz de día y luchaba en la selva por las noches. «Nací en el norte para morir en el sur» llevaba con orgullo tatuado en su pecho bajo el pijama negro de campesino.

Esa noche deberían realizar de nuevo el ensayo de la emboscada. Habían recibido información de los infiltrados en la ARNV. Los yanquis planeaban bloquear de nuevo la ruta a Camboya por Vihn Te. Su comando debía estar preparado para actuar en cualquier momento. El secreto era practicar los movimientos una y otra vez, en eso residía el éxito de las operaciones.

Cuando escucharon los primeros gritos se encontraban recogiendo agua de lluvia con sus *Non La*^[8] de bambú, agachados en cuclillas, mirando caer los goterones en silencio. Algunos comían arroz frío sazonado con pimienta bajo un techado de hojas, a la débil luz de un candil de queroseno fabricado con un frasco de perfume; otros calculaban el dinero que necesitarían para comprar cigarrillos franceses cuando pasaran a Camboya.

—¡Silencio! —ordenó a sus hombres levantando la mano. Estos cesaron su actividad de inmediato y recogieron las armas. Los guerrilleros avanzaron sigilosamente, agachados hasta llegar a la orilla. Se detuvieron con brusquedad obedeciendo una señal de Nguyen.

—Yanquis —sentenció, agazapado en la oscuridad.

Habían pasado meses patrullando el delta y creían haberlo visto todo, pero la escena que tenían ante sus ojos rozaba el horror de lo absurdo. Hoy no habían fumado opio. Lo que estaban viendo superaba con creces cualquier cosa imaginable.

Se quedaron petrificados viendo aquellos monstruos remontar el curso del río hacia los barcos. Los yanquis, paralizados por el miedo, no pudieron dispararles. El primer ser con cuerpo de dragón y tentáculos saltó ágil a la cubierta de la embarcación, agarró la cabeza del artillero y se la llevó a la boca con rapidez emitiendo un sonido gutural. Los gritos del soldado (masticado por aquellos enormes dientes) retumbaron entre los manglares como el eco de un animal herido. Las piernas dejaron de convulsionar sin control cuando las mandíbulas llegaron a la altura de la cintura. Todo su cuerpo desapareció convertido en pulpa dentro de las entrañas de aquel ser de pesadilla.

—¡Lac Long! ¡Lac Long Quan! —musitó aterrorizado uno de los guerrilleros señalando con un dedo tembloroso. Los demás se miraron desencajados, sin dar crédito a lo que estaban viendo.

El resto de seres, aferrados al casco con las garras, golpeaban con poderosos tentáculos la PBR, haciendo caer al agua a su segundo ocupante; de inmediato fue desmembrado por uno de ellos, que le arrancó los brazos con un rápido movimiento.

Los dos hombres del Zippo permanecían paralizados. Habían dejado caer las armas a la cubierta y contemplaban el espectáculo inermes, con expresión lunática y la mirada perdida, sabiéndose las próximas presas de aquellos demonios del Mekong. Gore se había orinado encima cuando aquellos enormes ojos rojizos de reptil habían reparado en su presencia, segundos antes de sentir cómo el tentáculo se le enrollaba por todo el cuerpo, aplastando su abdomen, levantándolo como un pluma hacia el cielo oscuro, casi tan oscuro como las fauces de los hijos de Lac Long Quan.

Centenares de barcasas circulaban por el agua turbia en una especie de caos controlado. Los turistas se arremolinaban para ver el espectáculo del mercado flotante de Cai Be. Un hombre joven les dejaba hacerse fotos alimentando a unos cocodrilos, que jugueteaban en un precario recinto de bambú sumergido en el río. Usaban unos trozos de carne que colgaban de una suerte de caña larga. Junto a ellos, un anciano escuálido, con el torso desnudo y el pelo lacio, contaba viejas historias a un reducido auditorio por unos cuantos *dongs*^[9].

—Este río se llama para nosotros Cuu Long, que significa «río de los nueve dragones» —dijo en tono solemne.

Después les habló del hada de las montañas: Au Co, que se enamoró de Lac Long Quan, el rey Dragón del mar y los ríos. De las batallas acuáticas de este para defender su territorio de terribles monstruos invasores.

Los niños se sonreían con curiosidad viendo los gestos exagerados del viejo, intentando leer una inscripción en vietnamita que decoraba su pecho enjuto. Una pareja madura de franceses le fotografiaba sin prestar ninguna atención al teatral discurso.

—Y cuéntanos, viejo, ¿cómo perdiste las piernas? ¿En la guerra? —le interrumpió con sorna uno de los aburridos oyentes, señalando los muñones que

descansaban sobre el junco.

El anciano detuvo su discurso, y sus ojos antes chispeantes se apagaron de inmediato, dejando paso a una expresión de tristeza infinita. Una mirada oscura, de miedo atávico, se dibujó en su demacrado rostro.

—Los hijos de Lac Long Quan —balbuceó después de unos segundos, con la vista puesta en las aguas marrones que discurrían a espaldas de los turistas en el bullicioso mercado, y que habían perdido cualquier interés por aquel viejo loco—: Los hijos de Lac Long Quan... —repitió sin que nadie le escuchara.

LA CANCIÓN DE LAS GAVIOTAS

Juan José Hidalgo

El canto de una gaviota. No el graznido, ese sonido desagradable con el que desgarran el aire. Una canción. Y en esa canción está el azul del cielo reflejado sobre las olas turquesa, el aire preñado de sal y especias de lejanos puertos. Flotaba en cada nota la espuma blanca, y dentro de su melodía se escondían turbulencias heladas.

Ella está allí, mirándole. Y sonríe. En su sonrisa están la canción de la gaviota y el rumor de la mar. En sus ojos, las piedras arrastradas por la marea.

Ella no tiene piel.

Llegó a la consciencia tan suavemente que por un momento pensó que estaba en una barca que encallaba en alguna playa tranquila. El sol acariciaba sus párpados con delicadeza, el salitre llenaba su nariz con fuerza, casi se atrevía a sonreír.

Entonces llegó el dolor. Tan veloz como un ave de presa sobre su víctima. Sin misericordia alguna. Nacía de cada una de sus heridas, pero saturaban su cerebro de agonía. El cuerpo se le preñó de sudor, el gesto se le retorció involuntariamente y, para ahogar el gemido que amenazaba con desgarrar las paredes de su garganta, apretó los dientes hasta hacerlos rechinar. Intentó volver a quedarse dormido, volver a la playa con la canción de la gaviota y la sonrisa de ella, pero su mente ya estaba despierta, y a lo único a lo que volvía era al fuego y el ruido.

La puerta se abrió de par en par, y por ella se fue el recuerdo del calor, de la luz, quedó solo el frío y el dolor. El criado entró con paso firme y sin decir palabra alguna, como de costumbre. Era de piel morena y portaba ropas amplias y blancas, con un fez oscuro. Todas las veces que había intentado hablarle, el criado había respondido con ignorancia.

—Hola, amigo.

Aquella no iba a ser una excepción.

—No eres muy comunicativo, ¿verdad? —intentó continuar—. *Parlez-vous l'anglais?* —intentó—. *Sprechen Sie Englisch?* —Probó—. ¿Habla inglés? —Tampoco el español servía.

Era una rutina habitual, en la que se entretenía probando a sacar no ya una palabra, sino una reacción al criado. Así evitaba pensar en el dolor del antiséptico contra sus heridas, evitaba mirar la más grave de todas, la que casi le había costado la vida y la que más dolor le producía. Dolor físico, dolor anímico. Cuando el criado terminó de vendar el muñón de su pierna izquierda, él ya se había dado por vencido y se dedicaba a mirar la lámpara de estilo árabe suspendida en el techo y a escuchar a las gaviotas graznar.

Era una habitación hermosa, de techos altos adornados con molduras de estilo árabe, y un gran ventanal cubierto por cortinas dejaba ver a lo lejos el mar. Apenas había muebles, pero los que había, de madera oscura, tenían un aspecto regio y

duradero.

El criado se marchó sin decir una palabra y, en cuanto se cerró la puerta, el fuego y el ruido volvieron a su mente. No había mar suficiente para apagar aquel fuego, ni habría tiempo en el mundo que le hiciera olvidar el ruido. Cerró los ojos y se dejó inundar por los recuerdos más recientes, como cada mañana desde hacía casi una semana.

Fuego en el cielo, fuego en la tierra. Fuego por todas partes. El mundo era una llama amarilla y ardiente que hacía crepitar su piel y su carne. Sus pulmones, llenos de ardor, intentaban arrancar una brizna de oxígeno de entre el humo que respiraba; al fracasar, su costado se convertía en el nido de mil agujas incandescentes. No podía parar, no obstante. Debía seguir adelante, un paso más, y luego otro, un ruego más a los músculos de sus piernas que pedían auxilio.

Ruido. Nada más que ruido llenaba sus oídos. El metal de la metralleta emitía los agudos, la detonación de las explosiones ponía acentos graves y los gritos de sus compañeros y sus enemigos se mezclaban en una melodía anárquica.

Era su primera incursión en una escaramuza de verdad desde su alistamiento. Apenas habían encontrado resistencia en Argel, pero las fuerzas alemanas se habían apostado fuertes en Túnez y no iban a dejarla caer tan fácilmente.

Empezó a escalar una duna, mientras fuego amigo y enemigo a la par lo rodeaban. El sudor se mezclaba con la suciedad y emborronaba su vista. Sentía como si el sol ocupase todo el cielo y la tierra ardiese desde dentro, atrapándolo a él en medio. Notaba cuerpos a su alrededor, moviéndose a toda velocidad, y él mismo se movía sin saber muy bien en qué dirección debía hacerlo.

Fue entonces cuando llegó el resplandor, lo siguió el dolor y al fin la bendita inconsciencia.

Ella estaba allí, y en su sonrisa estaban la canción de la gaviota y el rumor de la mar. Pero no era un sueño.

—Buenos días, caballero —dijo con un marcado acento francés.

—*Bonjour Madame* —respondió con un marcado acento inglés.

—Creo que podemos hablar en inglés —sonrió ella.

Él se rio, la risa le produjo tos y la tos un dolor indescriptible en ambos costados. Cuando las arrugas de su rostro desaparecieron, dejaron una sonrisa amarga e irónica.

—La he visto en mis sueños —dijo de repente.

Ella movió la cabeza hacia un lado, sin dejar de sonreír. Él sintió que sus orejas enrojecían de repente, pero permaneció sin torcer el gesto. Ella le pasó el dorso de la mano enguantada de blanco por la mejilla.

—Le haría falta un afeitado.

Él asintió.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—Los romanos la llamaron *Hippo Regius* y los franceses la llamaban *Bône* cuando era nuestra. Ahora la llaman Annaba, pero si quiere saber algo más concreto, está en nuestra casa, en la habitación de invitados, y lleva ya aquí tres semanas.

Intentó incorporarse, pero el dolor en el costado lo lanzó de nuevo a la cama.

—¿Tres semanas? Es imposible...

—Imposible no, pero créame, ha sido muy difícil mantenerlo vivo. Hasta hace una semana ha estado en coma, y no apostábamos mucho por su recuperación.

Sacudió varias veces la cabeza.

—Lo último que recuerdo fue el inicio de la campaña...

—Aún está en marcha. No se preocupe, no creo que termine pronto. Si quiere volver a jugar a la guerra, siempre habrá tiempo.

Él la miró duramente. Ella no había cambiado su sonrisa.

—No se burle de mí. Estamos luchando por ustedes también. Toda Europa está bajo el peligro de ese demente.

—Está luchando por banderas que a mí no me atañen. En cuanto a lo que mi marido opina sobre esta guerra, ya discutirá de política con él en la cena. Ahora necesita dormir, señor Cushing.

Ella se puso en pie.

—No tengo sueño, señorita... —dijo él. Pero en ese mismo instante se dio cuenta de que la quietud y la paz inundaban su cuerpo y hacían que sus párpados cayesen.

—Señora Andersson —aclaró ella—. Bienvenido a nuestra casa.

No vio cómo salía de la habitación, solo la oscuridad del sueño apoderándose de él. Mientras un mundo de olvido oscuro lo abrazaba como un mar de brea, una pregunta rondó por su cabeza, pero la olvidó dos segundos antes de formularla.

Lo primero que sintió fue la caricia de la cuchilla sobre su rostro. Sonaba áspera. El aroma a café y cardamomo mezclado con el inconfundible olor del aliento humano llegaban de forma regular a su nariz y una mano firme, áspera de callos, le sujetaba la frente. Entreabrió los ojos y reconoció al criado, que lo afeitaba cuidadosamente con una navaja grande y bien afilada. No se atrevió a decir nada hasta que este terminó su tarea.

—Gracias, amigo —dijo.

El criado, como de costumbre, no respondió. Usó una toalla mullida y suave para secarle la cara con delicadeza. Luego se apartó unos pasos, colgó la toalla en su brazo izquierdo y depositó los utensilios en una palangana de zinc. Hizo una leve inclinación de cabeza y, en inglés, con un tenue acento oriental:

—La cena será a las siete en punto. La ropa está en el diván. Le recomiendo no llegar tarde.

Y antes de que la sorpresa se borrara del rostro del herido, se marchó de la habitación.

Se miró al espejo. Había empezado en el mismo momento en que se había quedado solo y había tardado casi hora y media en terminar. El resultado no era nada malo, en realidad. Durante todo aquel tiempo había estado completamente desnudo y, en cierto modo, aquella desnudez le había hecho sentir cómodo. Libre de convenciones y de ataduras. Ahora las ropas le traían recuerdos de los deberes de la sociedad y de las limitaciones que tendría a partir de ese momento.

La camisa le quedaba bastante bien, era de color caqui oscuro, de cuello rígido, muy suave y fresca. El chaleco, blanco, era elegante y tenía botones llamativos. Había prescindido de la chaqueta. Los pantalones no es que le quedasen mal, ni mucho menos. Eran de un corte clásico en blanco y hacían una combinación perfecta con el chaleco. Pero estaba el problema. Con los calzones había ocurrido algo similar; por suerte habían tenido la delicadeza de conseguirle calzones cortos. Se tuvo que resignar. Terminó de ajustar el alfiler enjoyado y tuvo que reconocer que era un detalle de gran gusto, aunque su función fuera sujetar la pernera izquierda, vacía.

El criado había dejado una muleta funcional y cómoda, bien acolchada para la axila y con el mango de cuero. Probó a dar varios pasos por la habitación y, poco antes de las siete menos cuarto, se decidió finalmente a salir al exterior.

El sol del invierno se había marchado hacía casi dos horas, dejando su lugar a una tímida luna creciente que se colgaba del cielo con recato, pero el viento era cálido en comparación con su Norfolk natal. Se quedó unos segundos eternos a unos pasos de su puerta, apoyado a la barandilla pintada de blanco que se abría hacia un patio central. Estaba en el primer piso, desde donde podía ver la hermosa fuente que hacía de centro del patio y aspirar el aroma de la dama de noche que se encaramaba por las columnas blancas. La urgencia por no llegar tarde lo espoleó a moverse hacia el cuerpo central de la mansión, franqueado por dos puertas dobles de las que emergía un resplandor dorado. Descendió con cierta dificultad las escaleras con balaustrada de madera, tomó un respiro en la consola de estilo barroco que sostenía un jarrón preñado de geranios en la entreplanta y se lanzó, finalmente, hacia la puerta abierta del comedor.

Estaba atravesando el umbral cuando comenzó a sonar el gong grave y solemne de un reloj de pie. El artilugio, que enseñoreaba la habitación con su figura estilizada y su sonido inapelable, se encontraba en el lado contrario de la sala. Desde aquel punto, casi pareciera el invitado de honor a aquella enorme mesa que le esperaba.

—Llega justo a tiempo —dijo una voz masculina, lánguida y ronca. Hablaba inglés con un acento nórdico muy leve.

De detrás de la silla que presidía la mesa, tan barroca y oscura como el resto de los muebles, apareció una mano que sostenía un reloj de bolsillo. Pudo comprobar que se movía de forma simultánea con el reloj de pie.

—Buenas noches, señor Andersson —dijo tímidamente mientras entraba en la habitación.

Al acercarse, pudo distinguir dedos recios y vellos blancos en la mano que podía ver de su anfitrión.

—Espero que su estancia en mi hogar esté siendo agradable.

Se dejó caer en la primera silla, a la derecha de su interlocutor, agotado de su primera caminata.

—Ha sido muy amable. No tengo palabras.

Su anfitrión apareció al fin ante sí. Era un hombre recio y curtido, con la piel de cuero de mil soles y las barbas blancas tan recias como el cáñamo y tan pulcras como le era posible. Tenía los ojos de metal, llenos de filos.

—Bueno, dígame al menos dos: su nombre y apellido.

El señor Andersson tenía el ceño fruncido en un gesto que hacía colisionar las dos monumentales cejas blancas.

—Sí, sí, es cierto. Discúlpeme. Albert Cushing. Es un placer.

Tendió la mano al señor Andersson, que la estrechó con fuerza y firmeza. Vestía un jersey de cuello alto blanco y un traje azul oscuro con botones dorados.

—Sebastian Andersson, el placer es mío.

El anfitrión se guardó el reloj de bolsillo. El invitado dejó la muleta apoyada en el asiento de al lado y se volvió hacia su interlocutor.

—Bueno, señor Cushing, ¿o debo darle algún tratamiento especial?

El inglés alzó las manos con una sonrisa.

—No, no. Soy un simple soldado. —Se cuadró en su asiento—. Miembro del Séptimo Batallón de Norfolk, pioneros de la Cincuenta y una división de Highland, del Octavo Ejército británico.

Ambos hombres permanecieron unos segundos sumidos en una tristeza amarga y silenciosa.

—Ahora no suenan tan grandilocuentes esas palabras —añadió Albert.

—Nunca suenan tan bien después, joven —asintió el señor Andersson—. Disculpe si me dirijo a usted como joven, pero ¿cuántos años tiene? Si no le ofendo con mi indiscreción.

—No, no me ofende. Veintiuno cumplí la primavera pasada.

—Veintiún años. Casi un niño antes de estar en el frente.

—Todos somos niños cuando llegamos al frente.

El señor Andersson sonrió brevemente bajo sus barbas y resopló sonoramente.

—La guerra lo ha hecho más sabio, al menos.

—Me ha costado caro —añadió Albert con una sonrisa torcida, señalando su pierna izquierda.

El anfitrión asintió gravemente. Iba a decir algo, pero entonces la puerta se abrió y entró el criado portando una bandeja de plata. El señor Andersson tomó una pipa, grande, con la boquilla de marfil. Ofreció a Albert otra pipa, algo más pequeña, pero este la rechazó con una sonrisa. En cuanto el resplandor de la brasa emitió su primer brillo y su primer humo, el señor Andersson despidió al criado con un ademán.

—El precio, joven, nunca es equivalente a lo que ganamos.

Albert asintió. Apretó con fuerza los labios y dio un puñetazo en la mesa. El rubor llenó su rostro. Sintió deseos de huir, pero la dificultad de manejarse con la muleta lo dejaba clavado en el sitio, tanto en la práctica como en el ánimo.

—Lo siento —dijo.

Tenía la vista clavada en la vajilla, incapaz de mirar a su anfitrión, intentando inútilmente controlar el torrente de lágrimas. Una mano robusta y marinera palmoteó su brazo de forma cálida. Albert miró al señor Andersson. Este no sonreía, pero la severidad de su gesto traslucía más calor que muchas sonrisas.

—Joven, los británicos me obligaban a dar mi apoyo de alguna forma para esta guerra suya. ¿No se ha preguntado por qué le acogí en mi casa, entre todos los heridos de la guerra?

Albert asintió y clavó sus ojos azules en los grises del señor Andersson. No hubo respuestas, solo una pernera que se levantó y descubrió un trozo de madera. Albert miró alternativamente el rostro de su anfitrión y el miembro protésico. Las preguntas estaban atadas a su garganta, con tanta fuerza que no se atrevían a salir. Estaba a punto de reunir suficiente valor como para lanzarlas cuando la cena entró en un carrito llevado por el criado: cuatro enormes *tajines* en los que humeaban el cuscús, el cordero y el pollo. El olor a especias era casi agresivo a su británica nariz, derritiéndose en forma de saliva en su boca y transmutándose en rugidos en su estómago. El señor Andersson dio instrucciones a sus criados para servir la cena y, sin decir una palabra más, comenzó a comer.

Los primeros minutos fueron incómodos. El señor Andersson comía el cuscús con las manos, saboreándose los dedos y deshaciendo la carne tierna, blanca del pollo u oscura del cordero, con delicados bocados. Lo hacía de forma sistemática y cuidada, formando parte de aquel ritual en su forma más elegante. En cambio, Albert empezó usando los cubiertos que tenía dispuestos ante sí pero, al ver lo que hacía su anfitrión, intentó imitarle sufriendo un vergonzoso fracaso. Fue a disculparse por manchar las ropas que le habían regalado, pero el señor Andersson se encontraba en otro lugar, con la mirada fija en los recuerdos como si estos flotasen en el agua y tuviera miedo de que se deshicieran.

—Cuando la luna llena se refleja en la mar y es lo único que puedes ver, cuando las estrellas desaparecen del cielo y todo es negro excepto la luna y su reflejo...

El señor Andersson mantuvo la boca abierta, como si fuera a decir algo más, pero enseguida sacudió la cabeza y miró a su invitado.

—Deberá disculparme, los viejos como yo a veces divagamos.

Albert miró los ojos de metal, la incomodidad lo removió por dentro. Empezó a comer otra vez, pero cada sonido que hacía era un insulto al silencio tenso que se había formado en la mesa. Un silencio capaz de ahogar a un hombre.

—¿Su esposa no cena con nosotros? —preguntó como si boqueara en busca de aire.

El ceño de Andersson se frunció aún más, si eso era posible.

—No. Tessa no cenará con nosotros. —La frialdad de la respuesta no daba lugar a réplica.

Así pues, el silencio se estableció como único señor de la mesa durante toda la cena, aún más denso, más incómodo. Así que, cuando llegó el criado con una tetera que olía a hierbabuena y té verde, hizo lo posible por huir de aquel ambiente opresivo.

Ella estaba allí, en una cueva, y los reflejos del agua sobre su rostro la hacían aún más bella. Sonreía, le hacía señas para acercarse. Pero él no quería seguir avanzando. Porque no estaba sola en la caverna, y lo que en ella había lo miraba con ojos antiguos que nunca habían sido humanos.

El calor cubría todo su cuerpo como una pátina. Sentía que debía respirar. Era noche cerrada, el gajo de luna brillaba fuerte y se acompañaba por miles de estrellas. Retiró las mantas de su cama y se levantó, notando el sudor pegajoso contra su piel desnuda. Se puso en pie y entonces recordó que había perdido una pierna y dio de bruces contra el suelo alfombrado. Notó un dolor intenso en su costado y pudo ver cómo una nueva mancha de sangre teñía velozmente las vendas. Se arrastró, no obstante, hasta la silla que descansaba junto a la ventana. Aún sentía ese calor descomunal, esa sensación de estar siendo cocido en un horno de barro.

Necesitaba aire. Abrió la ventana. Y entonces pudo entrar el bramido de la mar y el aroma de la sal. Respiró, con los ojos cerrados, aquel frío estremecedor que se llevaba de su cuerpo y su mente el recuerdo de la explosión. El escalofrío que recorrió su espinazo sabía a gloria celestial. Cuando se hubo recuperado, abrió los ojos y los dirigió hacia las inmejorables vistas que tenía su habitación. Se encontraba en una mansión prácticamente a pie de la playa. La arena brillaba azulada en la noche, las rocas se recortaban en color de tinta en el horizonte y la mar se dibujaba con los contornos de su espuma. Aquella visión era un bálsamo para su alma rota.

Allí estaba ella. En la playa.

Albert sacudió la cabeza, convencido de que aquello seguía siendo un sueño. Volvió a mirar.

Era ella, no había duda. Y estaba desnuda.

El cabello suelto parecía el juguete del viento, que lo zarandeaba o lo acariciaba según su capricho. Era más negro que la propia noche, y sus evoluciones competían en belleza con las olas. La piel, más pálida que aquella luna, brillaba con una luz fosforescente. Era un falso faro, capaz de llevar a encallar mil barcos, que estaba haciendo encallar su ánimo y su voluntad. Se apartó rápido de la ventana, de repente inflamado por otro tipo de calor, más interno, más devastador. Solo cuando estuvo lejos de la imagen de ella bailando desnuda bajo la luna pudo notar lo agitada que era la respiración, cuánto había respondido su cuerpo al erotismo. Se sintió abochornado.

Ella estaba en la habitación. El pelo húmedo, como si acabase de salir del agua. La piel desnuda, llena de manchas de sal. Estaba en la cama y empapaba las sábanas y su cuerpo conforme caminaba sobre él, mirándolo, sonriéndole. Su sonrisa guardaba los secretos de los pecios piratas y sus ojos lo clavaban en su sitio. Se sintió morir de calor y frío.

Y ella no tenía piel.

Se despertó. Descubrió que sus calzones estaban húmedos y pegajosos, y no tardó en comprender el porqué. Fragmentos de la noche anterior se agolpaban en su memoria, pero era incapaz de saber qué parte de sus recuerdos correspondía a sueño y qué a realidad.

Se levantó trabajosamente, dispuesto a quitarse los calzones, pero ya se abría la puerta para dejar pasar al criado.

—Buenos días —dijo Albert, terriblemente turbado.

El criado no pareció darse cuenta. Dejó con delicadeza un albornoz en la cama y, antes de salir, dijo:

—El baño se encuentra en la planta baja. Deje aquí la ropa sucia. Cuando vuelva tendrá nuevas ropas.

Albert no se atrevió a discutir, hizo lo que le había indicado el criado y se dirigió al baño vestido solo con el albornoz.

—Antes eran los baños de una casa romana —dijo ella.

Albert se estremeció. Abrió los ojos de improviso y se encontró frente a frente con ella.

—Señora Andersson, yo...

La vergüenza estaba alimentada por tantas fuentes que creyó explotar. Se encontraba completamente desnudo, sumergido hasta el cuello en la enorme piscina de agua caliente. Ella estaba de pie, mirándolo desde el borde, vestida con una blusa blanca que marcaba impudicamente la curvatura de sus senos y una falda hasta las rodillas que dejaba ver unas pantorrillas bien formadas y unos tobillos delicados y encantadores. El recuerdo de la noche anterior, el tremendo poder de aquellas ropas para hacer imaginar los contornos de la mujer, la sonrisa misteriosa que ella llevaba. Todo aquello movía a su cuerpo a bombear la sangre más veloz. Tragó saliva con fuerza.

—Buenos días, señor Cushing. Lamenté no poder acompañarlos en la cena de anoche.

Ella avanzó unos cuantos pasos más alrededor de la piscina. Los reflejos del agua en su rostro la hacían aún más hermosa.

—Los mosaicos que le rodean datan de la época en la que el Norte de África pertenecía a la Roma Imperial. Esta casa se construyó en el siglo pasado sobre las ruinas de una antigua mansión romana. Se decidió adaptarla al gusto colonial francés, pero estas termas, mírelas.

Albert obedeció. Era la única habitación de techos bajos que había encontrado. Tenía los muros decorados con frescos de la época, en los que destacaban los motivos marinos. La piscina donde estaba sumergido estaba cubierta de mosaicos, en la que podían verse amorcillos usando herramientas de caza para intentar pescar a bordo de sus barcos de vela. Los tacones de la señora Andersson hicieron ecos detrás de su cabeza, se detuvieron un momento demasiado cerca de él, y luego continuaron por el otro lado, hacia el umbral de la habitación.

—Espero que nos pueda acompañar en el almuerzo, señor Cushing.

Él no dijo nada, solo miró los hombros desnudos de ella, y luego bajó la mirada por la espalda, la cintura bien definida y las caderas poderosas. Los ojos siguieron hasta los magníficos tobillos y hasta los tacones. Bajó más la mirada, presa de un embrujo, y bajo el agua, justo frente a él, pudo ver el rostro del dios Océano, con gruesos mechones de cabello gris y largas barbas convertidas en algas. Estaba coronado con pinzas y patas de marisco.

Las piedras que formaban parte de sus ojos se habían perdido tiempo atrás, pero aún así, podía sentir la mirada del dios, una mirada llena de ira vengativa.

A las doce y media, con el sol en su cenit y ninguna nube en el horizonte, Albert salió al pasillo preparado para el almuerzo. Vestía ropas muy similares a las de la víspera, limpias y planchadas con esmero. Se asomó a la terraza y, en el patio, vio una pequeña mesa preparada para acoger el almuerzo. Allí estaban los Andersson, él fumando en su pipa y ella pasando un dedo por el borde de una copa. En lugar de arrancar una música dulce al cristal, producía graznidos que se asemejaban al grito de la gaviota. Se dio prisa por bajar, siguiendo el mismo camino que el día anterior, para unirse al almuerzo que ya estaba sirviendo el criado.

—Buenas tardes, joven.

Ella no dijo nada, sin dignarse a dirigirle una mirada.

—Buenas tardes a ustedes —dijo Cushing, sentándose a la mesa.

El criado sirvió *tabulé* al estilo magrebí, con sémola en lugar de bulgur, y *chorba*, una sopa de garbanzos y verduras en la que destacaba el olor a *raz-el-hanout*. Todo aquello regado con un vino blanco francés bastante seco.

—Aún no sé cómo agradecerles su hospitalidad —empezó Albert.

—No se merecen, joven. Ya le dije que estábamos en cierta forma obligados por las fuerzas de ocupación.

—Ocupación, ocupar lo ocupado, desocupada preocupación —canturreó ella.

Albert miró a la señora Andersson con el ceño fruncido, pero su marido no pareció escucharla y continuó:

—Ya que teníamos que hacerlo, hemos preferido escoger.

—Es extraño que esto no fuera convertido en un hospital de campaña —agregó el joven.

—Lo habría sido si yo se lo hubiera permitido —agregó el anciano con un gesto

severo.

Albert masticó con deleite el sabor cítrico y fresco de la ensalada unos instantes antes de seguir hablando.

—Habla de mi ejército como invasores, con desprecio y me temo que, a pesar de toda su hospitalidad, me siento ofendido por tales términos.

El señor Andersson sujetó su pipa entre los dientes. Segundos eternos en los que solo se escuchó el jugueteo de la señora Andersson con las copas. Albert sintió una bola de plomo en el estómago, donde estaba grabada la vergüenza de haber insultado a su anfitrión.

—Las banderas de los hombres son solo trapos pintados —respondió ella.

El señor Andersson permanecía pensativo. Albert apuró su copa de vino, intentando ahogar su zozobra en alcohol.

—Joven, espero que no se ofenda por las palabras de este pobre viejo. Acepte que los juegos de la guerra no me interesen ya.

—La guerra implica a todos. Luchamos por el futuro no ya de Europa, sino del mundo entero.

—Debe creer eso, joven, por eso pelea.

—No es solo eso. ¿Es que no ha visto lo que ha hecho ese loco de Hitler?

La mirada del señor Andersson era antigua y triste, muy triste.

—He visto a tantos locos hacer tantas cosas, he visto a los que venían a salvarnos de los locos volverse locos ellos mismos.

—Luchamos por la libertad.

En ese instante, la señora Andersson escupió todo lo que estaba comiendo. Miró su plato con tal gesto de repugnancia que Albert pensó que iba a vomitar. Momentos después, abandonaba la mansión corriendo sobre sus tacones. El señor Andersson no prestó atención.

—La libertad es solo una palabra. ¿Luchar por una palabra?

Albert se había quedado mirando la puerta abierta de la mansión. En sus retinas aún se dibujaba la sombra de ella en aquel espacio. Se levantó apoyándose en el respaldo de la silla.

—Perseguir el rumor del viento es más útil —dijo con tristeza el señor Andersson.

El inglés lo miró. Seguía con la mirada perdida. No podía adivinar si seguía con su discurso derrotista o si estaba hablando de ella. Luego volvió la mirada al vacío que ella había dejado y, sin pensarlo dos veces, cogió la muleta y se lanzó en su busca.

Ella se encontraba de pie, mirando al mar. Tenía los zapatos en la mano derecha y enterraba los pies en la arena. Cuando Albert llegó, se detuvo a varios pasos de donde se encontraba. Desde esa distancia, podía ver las lágrimas que caían de su rostro.

—Yo confié en él y, a cambio, me la robó.

Se volvió hacia Albert, que la miraba confuso. La muleta se le enterraba en la arena y apenas podía mantener el equilibrio. Ella se dirigió hacia él con pasos vigorosos y, en cuanto estuvo a su altura, le arrancó la muleta de las manos y la lanzó lejos. Albert dio de bruces en la arena.

—Los hombres solo saben quitar y conquistar, pequeño soldado —añadió.

Luego se arrodilló ante Albert, que intentaba incorporarse. Pasó una mano por el pelo del joven inglés.

—Él la tiene y me tiene a mí, y lloro de pena por lo que oculta este mar que nos observa. ¿Acaso podría un ciego volver a ver?

Introdujo la mano en el bolsillo de la camisa de Albert y dejó algo allí antes de marcharse. Albert se dio la vuelta a duras penas, contemplando cómo ella se alejaba con dignidad de la costa. Miró lo que ella le había dado, que no eran más que un puñado de piedrecitas negras. Intentó levantarse, pero la sensación narcótica de hundirse en el sueño se apoderó de él.

Estaba en su habitación y la mujer le hacía señas de reunirse junto a ella en la playa. Estaba desnuda y así lo estaba él. Cuando quiso darse cuenta estaba desnudo, sobre la arena, viendo el cielo estrellado y sintiendo la proximidad del cuerpo de ella. Pero no despedía calor, sino un frío balsámico que lo limpiaba de recuerdos. Ella se levantó y lo ayudó a levantarse. Pero no necesitaba ayuda porque estaban en el agua, y allí podía flotar sin muleta alguna. Y ella se dirigió hacia el agua profunda, veloz, grácil, hermosa.

Él intentó seguirla, pero algo tiró de su boca hacia arriba. Cuando quiso darse cuenta, estaba fuera del agua y se estaba ahogando. Se retorció, se giraba, intentaba volver al agua. Las branquias le ardían en el aire, la piel se le secaba. Sentía que la consciencia se le apagaba. El dolor en su labio aumentó y centró la mirada en el enorme anzuelo que tenía clavado. Y ante sí, el señor Andersson que sostenía la caña de pescar en la cubierta de su barco.

Para cuando se despertó y pudo llegar a recoger la muleta y andar de vuelta el camino a la mansión, la noche había caído. En el umbral estaba el criado, sosteniendo una lámpara, inmóvil. Cuando Albert llegó, este comenzó a hablar:

—Muchos años ha que se cometió el crimen, y el padre de la novia nunca fue invitado. Pero todo tendría que cambiar con el paso de las eras. Y entonces el ciego vio de nuevo, y lo que vio no le pareció justo. Bajo las olas gritaron los frutos del pecado. Sobre la mar, el viento alzó las olas. Y llegó el agua.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Albert.

—No lo sé, señor. Ella me pidió que os lo dijera. Pero, si aceptáis un consejo de mis labios, no dejéis que os atrape el corazón entre sus dientes.

—Es una mujer casada, por Dios —se escandalizó el inglés.

El criado se acercó un poco más y Albert pudo ver en sus ojos negros el cielo del

desierto nocturno.

—Hay en mi tierra demonios que se hacen pasar por mujeres, y sé de mujeres que son demonios vestidos como ángeles, pero esta no es una mujer de mi tierra ni de ninguna que yo haya pisado. Sus velos y sus disfraces son tantos y de tantos colores que a veces creo que no existe nadie debajo de ellos.

El inglés que había dentro de Albert le llamaba a denunciar a aquel criado que hablaba en tales términos de su propia patrona, pero aquellos ojos, aquella voz y aquella serenidad le hicieron prestar atención a sus palabras y asentir levemente.

Sin mediar palabra, el criado se volvió y lo condujo al comedor, donde su anfitrión esperaba de pie, ante el reloj, y su esposa caminaba lentamente en círculos alrededor de la mesa. Al pasar cerca de alguno de los cuadros que adornaban las paredes, pasaba el dedo por el marco.

—Buenas noches, señor —dijo Albert.

El anciano se dirigió hacia él con grandes zancadas que apenas permitían distinguir cuál era la pierna protésica. Le ofreció la mano.

—Buenas noches, joven. Espero que el paseo por la playa le abriese el apetito.

Albert asintió con el ceño algo fruncido.

—Ya me ha contado Tessa que le ha enseñado parte de la rivera. Disculpará que no les acompañase, pero ¿sabe? Ver estas costas de mares calientes me hacen añorar mi tierra natal. Pero entre, entre. —Le puso una mano enorme entre los omoplatos y lo condujo hacia el interior. Ahora que estaba de pie, le sacaba al menos cabeza y media de altura—. Hoy es una noche especial, ¿sabe? Es la noche de nuestro aniversario. Así que tendremos una cena típica de mi tierra.

La mano del señor Andersson se abrió como un abanico mostrando una mesa plagada de comida. Cestas con distintos tipos de pan, grandes bloques de mantequilla y paté se alternaban con arenques y anguilas en salazón, salchichas, salmón y varios platos de queso entre los que destacaba una enorme rueda de *svecia*, con su color amarillo y con pequeños agujeros por toda su superficie.

—La llamamos *smörgåsbord*, y esto de aquí —se detuvo ante un plato de pequeñas albóndigas cubiertas de salsa—, esto es *köttbullar*.

Albert asintió, probando una de las albóndigas, que se deshizo en sabor en su boca. El señor Andersson le puso una jarra de cerveza fría en la mano y le dedicó una sonrisa breve. En ese instante, la señora Andersson deslizó su mano entre ambos hombres y cogió un arenque de la mesa, que introdujo entero en su boca.

—Me siento muy honrado por haberme invitado a algo tan personal como su aniversario —dijo Albert tras dar un trago largo a la cerveza.

Ella le sonrió, aún con la cola del arenque asomando entre los dientes. Aquel trozo de pescado siendo masticado por la sonrisa de la señora Andersson se convirtió en la vívida imagen de la advertencia del criado.

—Nuestro aniversario, señor Cushing, no tiene nada de especial —dijo ella, aún con la boca llena.

Albert frunció el ceño, dirigió su mirada al señor Andersson, pero este había vuelto su mirada hacia el infinito. Con su enorme talla y su envergadura, parecía una estatua de un titán más que una persona.

—Hace ya muchos años que estamos juntos.

—Muchos, muchos años —añadió ella.

Albert bebió dos tragos más de cerveza y se dirigió a su anfitriona:

—Entiendo la postura de su marido en cuanto a la guerra —dijo, añadiendo a sus palabras un gesto hacia su anfitrión con la jarra—. Porque su país es neutral en la contienda...

—Ah, la neutralidad, qué bonito suena. Será neutral, joven, pero el germen del nazismo se está colando en nuestra sociedad como una enfermedad.

Albert asintió, apretando los labios firmemente.

—Lo sé —dijo—. De hecho, hasta este momento, no estaba seguro de su proximidad al... ya sabe, al régimen alemán.

Los ojos grises se entrecerraron.

—No estoy próximo a ningún régimen, joven. A ninguno.

Albert asintió. Tras un momento, intentó retomar su discurso dirigiéndose a su anfitriona.

—Pero usted, señorita, su país ha sido invadido por los alemanes después de que estos firmasen un armisticio. No puede estar de su lado, ¿verdad? —En esa última palabra había más un ruego que una confirmación.

Ella lo miró unos instantes, entrecerró los ojos y luego soltó una risotada estridente. Lanzó su cabeza hacia atrás mostrando el ángulo de su cuello y permaneció en esa postura, sosteniéndose la barriga con ambos brazos. Cuando las contracciones de sus hombros cesaron, y su rostro volvió a tener un gesto normal, sonrió a Albert y le plantó un beso en la mejilla antes de abandonar la habitación con un plato de arenques en la mano.

—Tessa habla inglés con acento francés, habla sueco con acento español y habla árabe con acento polaco —dijo el señor Andersson.

—Es una mujer muy particular —dijo educadamente Albert.

El señor Andersson le quitó la jarra de cerveza y le dio a cambio un vaso pequeño con una bebida de color claro. Él mismo se servía otro vaso pequeño de una botella de cristal donde podía leerse Aquavit y, en una franja roja diagonal, O. P. Andersson.

—Un poco de agua de vida de mis tocayos, directamente desde Göttesborg —dijo el anciano, alzando su vasito—: En honor de las mujeres particulares.

—En honor de las mujeres particulares —sonrió Albert.

El dolor de cabeza que le despertó la mañana siguiente estaba teñido de metal, y resonaba en su interior el eco grave de la voz del señor Andersson. Había estado cantando, con gesto grave y rostro congestionado, una retahíla de canciones de soniquete repetitivo. El sueco, que a Albert le sonaba más parecido al arrastrar de

piedras debajo del agua, conformaba en aquellas cancioncillas un conjunto de martilleos repetitivos como tonos de un reloj, marcando el ritmo de las copas.

Habían acabado entre los dos con botella y media de *Aquavita*.

El resplandor del sol contra los ojos de Albert lanzaba puñaladas a sus retinas. Cualquier roce de las sábanas en su cráneo despertaba dolores desconocidos. Casi no notaba el fatigado dolor de sus costados y sus heridas, perdido en el mundo de la resaca.

Una explosión. Pero no de una bomba enemiga. Mucho peor. La puerta que se abría de par en par y golpeaba la pared. Una figura que era toda vuelo de faldas blancas y taconazos en el suelo se aproximó a la cama de Albert y tomó su rostro entre sus manos. Clavó aquellos ojos de piedra negra en los azules del inglés.

—Tiene que ayudarme —le gritó en la cara, esta vez con acento escandinavo.

Él apenas podía abrir bien los ojos, aún recuperándose de la cefalea que la entrada de la señora Andersson había espoleado.

—¿Qué quiere decir?

—Él la tiene, me la robó y tiene que recuperarla.

A duras penas, el inglés se incorporó en la cama.

—¿Ahora? —preguntó con voz pastosa.

Ella soltó el rostro y se puso en pie, de repente digna diosa de la venganza.

—Está tan borracho como él. Los hombres y su alcohol...

Albert se pasó una mano por la frente, intentando despertarse.

—Señora Andersson, ¿quién es él y qué le ha robado? Quiero ayudarla, de veras.

—Nadie puede ayudarme, señor Cushing. Ningún hombre puede. Mi padre me ayudaría, pero él me ha escondido de su vista.

—¿Quién? ¿Su marido? ¿Quién le ha escondido de la vista de quién?

Ella, hecha una furia, tomó las mejillas del soldado con una fuerza que Albert jamás se hubiera esperado ante la gracilidad de sus dedos.

—Él me la robó y desde entonces soy su esclava y mi padre está ciego por su culpa. El mar guarda los frutos del pecado, y no descansaré hasta que pague sus crímenes contra mí y la recupere.

—¿Recupere el qué?

Ella soltó un grito, furibunda. Lanzó al inglés contra la almohada y se largó de la habitación dando un sonoro portazo. Este se quedó unos momentos pensativo, cada vez más recuperado a la fuerza de la resaca, intentando encontrar sentido a las palabras de ella. Entonces, de sus mejillas heridas nació una frialdad agradable que se extendió bajo su piel y que le condujo suavemente al sueño.

—Poseidón, en cambio, es un dios de los pueblos del interior —decía el profesor de Mitología—. Así, para poder obtener el poder sobre las aguas, debe tener un matrimonio de conveniencia.

El profesor señalaba al propio dios, que se sentaba en un trono de corales y algas

en el atrio de la sala. El hijo de Saturno se mantenía erguido y orgulloso, con su tridente en una mano, y cuatro caballos pastaban a sus pies. Una de las piernas era de madera, pero Poseidón no era el señor Andersson porque el señor Andersson estaba a su lado, cantando canciones suecas mientras bebía *Aquavita*. Además, aquella pierna estaba hecha con los restos de cien barcos hundidos y tallada con motivos ecuestres.

—La escogida sería Anfítrite, una de las Oceánides, perteneciente a la cultura de los griegos costeros. En su *Teogonía*, Hesíodo... —continuaba el profesor de Mitología.

En ese momento, la hermosa Anfítrite entraba coronada con estrellas de mar. Pero no era Tessa Andersson, porque Tessa estaba recorriendo la fiesta repartiendo arenques de un plato enorme.

Y ella no tenía piel.

Hacía un día estupendo de invierno mediterráneo. El sol estaba alto en el cielo y el mar lamía con sensualidad la playa. Allí, sobre el mantel de cuadros, se habían dispuesto varios platos, casi todos de pescado, aunque también una cesta de pan. La señora Andersson cogía arenques en salazón y los devoraba de un solo bocado, pero con tal gracia y sensualidad que hubiera sido la envidia de muchas damas de la alta sociedad. Albert se había preparado un sándwich con arenque y mantequilla y lo mordisqueaba distraído.

Horas antes, Albert había bajado como de costumbre a la planta baja, pero al pie de la escalera, con una enorme pamelita sujeta con un pañuelo y gafas de sol se encontraba la señora Andersson. Llevaba bajo el brazo derecho una enorme cesta de *picnic* y, antes de que el inglés hubiera terminado de bajar el último escalón, ya estaba apremiándolo con gesto aburrido.

—Vamos, vamos, señor Cushing. Que se va a hacer tarde para el almuerzo.

El soldado la miró sin comprender del todo. Ella lanzó toda su irritación en forma de suspiro.

—Mi marido se encuentra indispuerto después de la juerga que se corrieron ustedes anoche. Hoy almorzará conmigo en la playa. ¡Pero vamos! Ya son casi las doce y tengo hambre.

Así pues, arrastrando la muleta, siguió a la señora Andersson, que abría la marcha con grandes zancadas hasta apostarse en un lugar donde las dunas eran más suaves.

Tras dar otro bocado pensativo a su sándwich, contempló a la señora Andersson. La piel de su rostro era tan tersa como la de una niña de dieciocho años, la seguridad de sus hombros reflejaban al menos cuarenta años de madurez, la tersura de sus manos no podía tener más de quince años y sus ojos, sus ojos perdidos en la costa, acumulaban tristeza de siete siglos y medio.

—¿Ve esa zona de ahí, donde el agua parece más oscura? —preguntó ella de repente con voz ajada.

Albert miró hacia donde ella señalaba y asintió.

—Allí están todos ellos. Los siete. Son fruto del pecado más ominoso y, aún así, los sigo amando.

—¿Qué pecado?

Ella negó con la cabeza.

—Usted, señor Cushing, tiene un libro negro metido en la cabeza y una barba blanca que le vigila desde arriba. No entendería la esencia de este pecado ni su implicación.

—Sé que hay cosas que están mal, aparezcan o no en la Biblia.

Ella lo miró con una sonrisa triste y condescendiente.

—No. Eso es lo que no entiende. Hay pecados que están bien y buenas obras que son un desastre. Ellos no tenían culpa, solo eran pecado vivo, y por ello ahora están allí los siete. Sé que no soy más que una mujer que no dice más que locuras, pero al menos por ellos, ¿me ayudará a recuperarla?

Albert se aproximó un poco más hacia ella.

—Señora Andersson, si alguien le ha robado algo estoy seguro de que la policía...

—No es la ley de los hombres la que debe juzgar este crimen, señor Cushing. Y no me la robó, me la quitó.

—¿Qué le quitó? Si no sé qué le quitó, no puedo ayudarla.

—Pero sí lo sabe, pobre soldado.

Él se quedó mirándola. Ella sonreía y de fondo escuchaba el canto de la gaviota.

—Escucha eso, ¿verdad? —dijo ella.

Él asintió.

—No son graznidos. No sé qué tienen las gaviotas de aquí que no graznan, parece que canten...

—Lo que tienen, señor Cushing, es misericordia por mí. Su canto es una pobre imitación del que mis hermanas componen desde que el tiempo es tiempo, pero al menos al escucharlas, puedo recordar qué tiempos más bellos pasé con ellas y con mi padre.

Albert la miró sin mucho convencimiento. Volvió a concentrarse en el horizonte y en su sándwich de arenque.

—¿Hace mucho que no ve a su familia? —preguntó.

—Desde que me casé. Desde que me la quitó.

El inglés la miró de reojo.

—¿Es que acaso no le deja volver a verles?

Ella se tragó un filete de salmón. Él se dio cuenta de que no estaba ahumado sino crudo.

—Mi marido no es un mal hombre, señor Cushing. No para la media de hombres. El problema radica en mi naturaleza y la suya. Él no puede evitar amarme tanto como para condenarme a esta esclavitud y yo no puedo evitar alejarme de aquello que me ata y me esclaviza.

—La unión entre un hombre y una mujer no debería basarse en la esclavitud.

—La unión entre un hombre y una mujer, señor Cushing, tal y como la entienden aquí arriba, siempre es una esclavitud. Porque él es siempre el único hombre de ella y ella la única mujer de él.

El rubor llenó el rostro de Albert de improvisó.

—Lo que está usted sugiriendo es...

—¿Inmoral? ¿Pecaminoso? —Soltó una risita—. Sí. Ese es el problema con los hombres, que ponen nombres horribles a lo que es natural.

No volvieron a dirigirse la palabra. Siguieron disfrutando del *picnic* hasta que el sol empezó a teñir de naranja el horizonte.

En el camino de vuelta, ella lo miró.

—No diga una palabra a mi marido de sus planes, los lleve a cabo o no. Y mucho menos al criado.

—Aún no sé qué planes son esos, señora Andersson.

—Tanto mejor, así se abstendrá aún más de mencionarlos. —Se volvió, dispuesta a abandonarle en el patio cuando, de repente, se volvió para decir—: Ah, y excúseme con mi marido, esta noche no voy a cenar nada. Estaré tomándome un baño en las termas hasta bien entrada la noche.

—Joven, no ha dicho nada hoy —dijo el señor Andersson.

Albert sacudió la cabeza, confuso. Miró su plato de *köttbullar* vacío y luego a los ojos grises del señor Andersson.

—Disculpe, señor Andersson...

Su anfitrión alzó la mano.

—No tiene que disculparse. El único que debería disculparse soy yo por mi actitud de anoche. Nunca debí perder el control...

—De verdad, no tiene nada de lo que disculparse. Era una noche de celebración y bebimos.

—¿Dije algo extraño mientras estuve borracho? —preguntó de repente.

—Solo cantó canciones. *Snapvisa*, ¿no las llamó así?

—Pero, aparte de eso, ¿no dije nada sobre la mar en la noche y la luna reflejada?

El soldado entrecerró los ojos.

—Eso me lo contó el primer día que nos vimos.

El señor Andersson asintió lentamente.

—Esas noches, esas noches puedes encontrarte cualquier cosa en la mar —dijo—. Esas noches en las que las estrellas se han ido y lo único que puedes ver es la luna en el cielo y su reflejo en la mar.

No se dirigieron una palabra más hasta que Albert se retiró.

Allí, bajo el agua, en un banco de arena, crecían hermosos corales, y ella nadaba entre ellos. Estaba desnuda, y su piel blanca se marcaba con los reflejos turquesa de las olas. Le sonreía y le llamaba a seguirla.

Nadó hasta donde ella estaba. Cuando llegó, ella estaba cavando con las manos bajo uno de los siete corales. Él la ayudó. Entre los dos, desenterraron un pequeño paquete de hule atado con cuerdas recias. Allí mismo cortaron las cuerdas y abrieron el paquete. En su interior había un esqueleto. Pequeño, delicado. Estaban las vértebras y los pequeños fémures, las costillas en miniatura y una pelvis que parecía de juguete. Muchos de los huesos eran aún cartílagos.

El cráneo era el de un pez y estaba fracturado. Y ella, que no tenía piel, lo besaba con lágrimas en los ojos. Porque era uno más de sus hijos muertos.

Cuando se despertó se dio cuenta de que estaba fuera del agua. Intentó boquear un par de veces. Se retorció en la cama. No fue hasta que el dolor de sus costados le trajo del todo a la realidad que recordó que no tenía branquias sino pulmones. Respiró unos segundos más, lentamente, recuperándose del sueño. Y tuvo plena consciencia de lo que tenía que hacer.

Saltó de la cama. Rápidamente se enfundó los pantalones, prescindiendo de la camisa. Se puso en pie sobre la muleta y se lanzó a la noche. La luna estaba partida por la mitad en su camino creciente, semioculta por nubes purpúreas. Bajo su cobijo, atravesó el pasillo y descendió la escalinata buscando el baño. Entró casi a trompicones, cerró tras de sí y, justo en ese momento, se arrepintió de todo lo que había hecho.

Ella estaba allí. Sumergida hasta el cuello en el agua, cuya transparencia permitía ver la piel blanca desnuda. Tenía una pequeña lámpara con ella que iluminaba su rostro y formaba reflejos en su piel, mas no era necesaria porque emitía una extraña fosforescencia ella misma.

—Sus hijos. Los de ambos. Están enterrados bajo el mar. Bajo los corales —dijo Albert.

Ella asintió. Su mueca se tensó y sus ojos se perdieron en algún lugar lejos del tiempo.

—Al principio le dije que no —dijo, esta vez sin acento alguno—. Lo intenté satisfacer con mi boca, con mis manos. Pero él quería algo más, quería entrar en mí. Poseerme, conquistarme. Como todos los hombres —añadió con voz dura—. Le advertí de los peligros, pero no me quiso hacer caso.

—Él los mató.

—Yo quedé embarazada. ¡Yo! Que había tenido mil hijos, me sentía indefensa ante uno solo. De repente, me veía tan hinchada y horrible por culpa de la semilla de él. Y sentir crecer en tu interior una vida, ¡una vida! ¿Cómo va un hombre a entender lo que siente una mujer? Era un pecado espantoso, pero era mío —se golpeaba el pecho con ambas palmas—. Mío.

—Era de ambos.

—¡No! —El grito resonó con ecos extraños contra el agua—. Él no lo alimentó de su propia sangre. Él no lo llevó en su vientre. Él no supo nada de eso. ¿Sabe usted

qué hizo él? En cuanto su lindo rostro apareció ante su digna barba, tomó de sus piececillos a la criatura y estampó su cabeza contra el suelo —Imitó el gesto a la vez que su voz se volvía ronca—. Y no una vez, no —Sonreía, y en su sonrisa no había nada similar al humor o la felicidad—. No. Varias veces. Manchó el suelo con mi sangre, ¡sangre de mi sangre! —Las manos se le convirtieron en garras, tendidas hacia delante intentando arrancar la empatía de Albert—. Hasta que su cráneo crujió y derramó los sesos contra el suelo.

Se quedó quieta, como una estatua. Las comisuras de los labios tensas con los músculos del cuello y los ojos empapados en lágrimas de ira. Después, sus hombros cayeron lentamente y sus manos se quedaron laxas. Su boca se relajó.

—El primero fue el peor. Fue el peor. Pero luego vino otro, y otro, y otro más.

—¿Por qué? —preguntó Albert, con la garganta transformada en un nudo corredizo.

Ella volvió la mirada y el agua a su alrededor comenzó a humear.

—¿Por qué? ¿¡Por qué!? —Dijo las últimas palabras con los dientes apretados y el cuello transformado en una palpitante red de venas—. Porque es un hombre. ¡Un hombre! Porque deseaba este cuerpo... —se apretó los senos con fuerza, hasta dejar las uñas marcadas—, estos pechos, estas caderas. —Había estado avanzando en la piscina y, al llegar al borde, se derrumbó sobre los brazos cruzados presa de las lágrimas.

Albert se aproximó a ella, sin atreverse a tocarla.

—Me deseaba... —Ella se dio cuenta y alzó la mirada—. Como me deseas tú.

La mano del inglés se retiró unos centímetros. Su corazón se detuvo.

—Me deseas, Albert Cushing, me deseas desde que me viste en tus sueños —dijo ella.

Cada palabra que salía de su boca tenía el color azul de la melancolía.

—Señora Andersson...

—Ven.

Él no pudo más que obedecerla. Mientras ella se alejaba del borde de la piscina, él entraba en esta sin molestarse en quitarse los pantalones. Cuando al fin llegó a donde ella estaba, le detuvo colocando la punta de los dedos en sus hombros.

—¿Cuándo se la quitó? —preguntó Albert.

—En mil ochocientos noventa y ocho, según vuestro calendario.

Albert asintió, contemplando los labios entreabiertos de ella. Quería abrazarla y besar el nacimiento de su cabello, pero los dedos de ella eran firmes y lo mantenían en su sitio.

—¿Dónde la guarda?

—Si lo supiera la habría recuperado.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Relajarte, Albert Cushing.

La cabeza de ella se sumergió lentamente en el agua, sin dejar de mirarlo. Él

permaneció unos instantes mirando el agua donde ella había estado, pero luego no pudo mirar nada más. Mientras ella lo arrastraba a las profundidades de su propio ser, Albert notó que algo le ardía en la nuca. Se volvió, apenas dueño de sus actos, y el Océano mismo lo censuraba con la mirada vacía.

El alba no había roto cuando Albert se despertó. Era ella, que lo sacudía con ímpetu y urgencia.

—Es la hora. Él no está. Vamos a buscarla.

Salieron todo lo rápido que le permitían a él las muletas y entraron en el cuarto al otro lado del que ocupaba Albert, el cuarto del señor Andersson. Era una habitación enorme, llena de muebles que parecían haber llegado directamente del camarote de un capitán. Un arcón gigantesco ejercía de mesa para un sinfín de astrolabios y brújulas. En la mesa, enorme, podían verse cartas de navegación y mapas. El cabecero de la cama estaba coronado por un enorme arpón ballenero. Ella se estremeció al verlo.

—Tiene que estar aquí, en alguna parte.

Albert asintió y comenzó a buscar.

—¿Cómo es? —preguntó de repente.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Es mía, es como es.

—Sí, pero ¿cómo la reconozco?

—Es mi piel, la reconocerás.

Albert no pareció muy convencido, pero reanudó la búsqueda. En ese instante, un portazo le hizo detenerse y darse la vuelta. El sol del amanecer recortaba la gigantesca silueta del señor Andersson.

—No sigas buscando, querida. No te la voy a dar.

Ella se volvió, de repente transformada en la misma diosa Némesis.

—¡Es mía! ¡Mía! Me lo has arrebatado todo, me los has arrebatado a todos ellos...

—Lo hice por ellos —dijo él con voz estrangulada.

Ella lanzó un grito espeluznante. Parecía haber sido concebido en las aguas abisales y provenir de todas las aguas del mundo, y a la vez era el grito de una madre herida. Se dirigió toda garras y dientes hacia su marido.

Una detonación. De nuevo detonaciones, fuego y ruido.

Pero esta vez era solo un momento. La pistola en manos del señor Andersson humeaba, y ella caía en la cama, cada vez más pálida, tiñendo de escarlata la colcha. Albert miró al señor Andersson y comprobó que este derramaba grandes lágrimas. El inglés se lanzó, saltando a la pata coja, contra su anfitrión, que sin apenas esfuerzo lo rechazó con un solo brazo, mandándolo fuera de la habitación. Cerró la puerta y pudo escuchar la llave girando en el cerrojo. Albert empezó a golpear la puerta.

—¡Señor Andersson! ¡Déjeme ayudarla! ¡Necesita ayuda médica! ¡Señor

Andersson! ¡Sebastian!

El criado apareció de repente.

—Ha ocurrido —dijo.

Albert asintió, recuperando el aliento.

—Tarde o temprano debía ocurrir —sentenció el criado—. Han pasado demasiados años.

En ese instante, la mente de Albert se iluminó.

—¿Qué ha dicho?

—Que han pasado muchos años...

—«Muchos años ha que se cometió el crimen y el padre de la novia nunca fue invitado».

—¿Qué dice?

Albert miró al criado con ojos febriles.

—«Muchos años ha que se cometió el crimen y el padre de la novia nunca fue invitado. Pero todo tendría que cambiar con el paso de las eras», es lo que ella dijo. ¡Es lo que ella dijo! Quédese aquí.

Se levantó sobre su única pierna y comenzó a moverse todo lo rápido que podía, apoyando parte de su peso en la barandilla.

—¿Adónde va? —preguntó el criado.

—A por los refuerzos.

Había sido penoso llegar hasta su habitación, pero una vez tuvo en su mano las piedrecitas que ella le había dado, se sintió con fuerzas suficientes como para bajar al baño. La piscina se encontraba vacía de agua en ese momento. Albert se descolgó en su interior y contempló el mosaico. No le quedó duda alguna sobre lo que tenía que hacer. Colocó las piedras allí donde debían estar, en los ojos del dios Océano. En cuanto terminó de colocar la última se apartó, temeroso. No obstante, no notó ningún cambio. Se sintió de repente muy ridículo por lo que acababa de hacer, hasta que los ojos de Océano se clavaron en él.

«Y entonces el ciego vio de nuevo, y lo que vio no le pareció justo».

Las piedras no se movían, pero el dibujo estaba vivo, palpaba. Como si hubiera dos imágenes en su cerebro. Una, la que veían sus ojos, era el mismo mosaico quieto e inmóvil. La otra, la que sentía su corazón, era el rostro enorme y sin compasión del mismísimo Océano en persona, con su corona de mariscos moviéndose con ira vengativa y su barba de algas temblando de indignación.

«Bajo las olas gritaron los frutos del pecado. Sobre la mar el viento alzó las olas. Y llegó el agua».

Océano abrió la boca, al principio lentamente, dejando escapar un reguero de

agua a presión por él, y luego más rápidamente, haciendo que un torrente de agua bañase a Albert y llenase en segundos la piscina. Era agua marina, salada, y venía acompañada por peces y arena que habían sido arrastrados por las olas. Albert salió de la habitación, viendo cómo el torrente de agua se desbordaba por la puerta y comenzaba a inundar el patio. A su espalda escuchó la voz del Océano, pero hablaba en una lengua que los hombres no conocen. Y algo más, algo que nunca fue humano, que venía con el agua marina.

Albert se agarró fuerte a una columna, evitando que la marea que entraba le arrastrase, viéndose finalmente sumergido en el lago en el que se había convertido la primera planta. Se deslizó, impulsado por sus brazos y su pie derecho, hacia la escalinata, y se arrastró fuera del agua en el primer piso. Desde allí pudo verlos llegar.

Eran cinco sirénidos. Todos portaban armaduras hechas de piedra volcánica forjada en las dorsales oceánicas. Aún conservaban entre sus grietas el brillo del magma. Sus torsos se alzaban, orgullosos, con el vientre nacarado surcado de manchas oscuras. En los brazos recios portaban afilados tridentes. Salían del agua escalando por las columnas, donde clavaban sin esfuerzo las recias patas que nacían de sus abdómenes rojos y acorazados, como de langosta. El criado se apartó de su camino. Ellos sabían hacia donde tenían que ir.

Los tridentes hicieron trizas la puerta en pocos instantes, pero en el umbral les esperaba el señor Andersson, que casi podía compararse a ellos en altura y envergadura, armado con un arpón ballenero.

—No me la quitaréis sin luchar —dijo.

La batalla duró poco. Los tridentes cayeron sobre el anciano, que en un instante yacía muerto en el suelo. Pisando su cadáver con sus patas de crustáceo, entraron en el cuarto y enseguida salieron.

La muerte le había traído una belleza sobrenatural. Más pálida y serena que nunca, con los labios azulados entreabiertos en la promesa de un beso y los párpados caídos en un sueño dulce. Uno de ellos la sostenía entre sus brazos, con delicadeza. Otro traía consigo el fruto de tantos desvelos. Una piel de foca. La depositó en el suelo y esa piel fue su sudario.

Entonces llegó el Océano.

Su cabeza emergió de entre las aguas, coronada con pinzas y patas de crustáceos, cubierta de cabellos y barbas que en realidad eran algas, clavando sus ojos terribles y ancianos en el cuerpo de su hija. Abrió la boca y los sirénidos introdujeron el cadáver en su interior.

Y luego todo desapareció. Solo quedaron Albert, el criado y el cadáver del señor Andersson. Pero en la retina del inglés aún estaba guardada la silueta de ella, justo allí donde había estado, donde nunca más estaría.

Graznidos de gaviotas. No canciones. Desde que ella se había ido las gaviotas

habían dejado de cantar. La noche estaba cerrada, ni una estrella se veía en el cielo, solo la luna llena que se reflejaba en el espejo negro de la mar. Mas en el agua sí había una estrella, un pequeño brillo que se acercaba lentamente hacia el horizonte.

—No hubiera permitido que lo hiciéramos en otra noche —dijo Albert.

El criado asintió mientras contemplaba la embarcación arder. Allí estaban los restos de Sebastian Andersson. Una lágrima se derramó por la mejilla tostada.

—¿Qué hará ahora? —le preguntó el inglés.

—Volveré a mi tierra, quizás. Buscaré tierras que no haya pisado, tal vez. Mis pies decidirán por mí.

Los dos permanecieron varios minutos más en silencio, hasta que el agua engulló el fuego y la luz se apagó para siempre.

—Es irónico, tanto dolor nacido de tanto amor.

La mano del criado se posó en el hombro del soldado.

—Es usted joven. El amor es irónico, si no, no sería amor.

Albert se volvió y lo miró fijamente.

—¿Qué era ella?

—¿A qué se refiere?

—¿Era una sirena? ¿Era una ninfa oceánide? ¿O alguna otra criatura marina?

El criado se levantó y, con una sonrisa, dijo:

—Ella era una mujer muy particular, señor Cushing.

El inglés sonrió, dejó que el criado le ayudase a levantarse y, mirando la luna, alzó una copa imaginaria:

—En honor de las mujeres particulares.

EN SUS SUEÑOS, MAR ADENTRO

Juan Ángel Laguna Edroso

El viejo se había echado tanto ron en el té que Víctor empezaba a sospechar que la infusión no era más que una excusa. Él mismo sintió el impulso de aceptar, finalmente, un poco de aquel «reconstituyente», pero se recordó que estaba ahí por trabajo, no para abandonarse a fantásticas disertaciones, por mucho que el lugar se prestase a ello. La acogedora chimenea, los sillones con orejas, la discreta iluminación...

—Podrá habilitar la estancia que desee del primer piso para las clases. No es necesario que usted mismo resida en la casa, pero convendrá en que es apropiado: la carretera no está en muy buen estado y en ocasiones, sobre todo en invierno, ha quedado cortada bien por las heladas, bien por algún árbol derribado.

Víctor asintió en silencio, sin saber muy bien qué decir. No veía mucha diferencia entre residir en el hostel del pueblo, a unos diez kilómetros de distancia, o en la propia casa. Ni en uno ni en otro iba a encontrar más actividad que la que le brindase su ordenador, sus libros y su propia imaginación. Antes de contestar a aquel estrafalario anuncio por palabras, no hubiera creído posible que existiesen lugares tan aislados en España. Había pasado toda su vida en Barcelona y, para él, playa era sinónimo de agitación y ambiente festivo. Casa Piovra, la mansión en la que residía el que a todas luces iba a convertirse en su nuevo patrón, estaba en las antípodas de aquellos conceptos. Parecía sacada de una película de fantasmas de la vieja escuela: sombría, vetusta, aislada, desgastada por el tiempo... Incluso tenía un absurdo toque de cartón-piedra.

—Sé que es una propuesta inusual —repuso el viejo, como si se hiciera eco de sus reflexiones—. No obstante, espero que entienda mi postura: para una familia como la nuestra, la casa es más que un mero edificio en el que vivir. Ambas cosas, la familia y la casa, están inextricablemente unidas.

La mano del anciano danzó por encima de su cabeza en un gesto que abarcaba toda la estancia. La mirada de su invitado la siguió, hipnotizada, por lúgubres retratos familiares, polvorientas panoplias, blasones deslucidos y exóticas antigüedades. No era una decoración obtenida a fuerza de talonario y desprovista de significado, sino un complejo puzzle, un mosaico que, tesela a tesela, narraba la historia de la familia.

—No estoy muy seguro de entenderla —confesó, quizás ablandado por el calor de la chimenea y el cansancio del viaje—, pero le aseguro que trabajar aquí no me supone ningún problema. Al contrario, un cambio de aires me vendrá bien.

El viejo asintió despacio.

—El cargo de instructor (espero que no le importe que lo denomine así) es multidisciplinar. A juzgar por su currículum, no tendrá ningún problema en cubrir la parte científica: matemáticas, química, física... He visto que es incluso aficionado a

la astronomía y que llegó a cursar cuarto de piano en el conservatorio. Supongo que nunca ha dado clase de estas materias, pero tampoco creo que sea un obstáculo insalvable.

—No, no lo será. Como le dije, he trabajado siempre con grupos de alumnos y con asignaturas de ciencias puras, pero la pedagogía sigue siendo la misma. De hecho, seguro que mejora el trabajo con un único alumno y con un temario más variado.

—Bien. ¿Ha leído *Los botes del Glen Carrig*? —siguió el viejo palpando el librito que había dejado en la mesilla cuando le recibió en el salón—. Es una novela de William Hope Hodgson.

Víctor cambió de postura, incómodo, en el sillón.

—Me temo que no. En el instituto nos quedamos en Bécquer y no he sido nunca un gran lector.

—Bécquer está bien —replicó su interlocutor torciendo el gesto—, pero tiene terribles lagunas. Es triste que nuestro más reputado folclorista no prestara mayor atención al mar y sus tradiciones. En este país (supongo que conocerá a Alberti) parece que sea patrimonio de poetas e historiadores. —Víctor, nervioso, intentó mantener un gesto neutro—. Y, sin embargo, hay tantas cosas por extraer de sus profundidades... ¿Es usted aficionado a la navegación?

—No, no lo soy.

El viejo ignoró la sequedad de su respuesta. Sus ojos brillaban de ron y sueños.

—No importa. Sin embargo, para su trabajo sí que necesitará un cierto bagaje literario.

—Me temo que no he leído tanto como usted, señor Intxausti. Quizás en otras áreas de conocimiento esté a la altura de sus expectativas, pero en cuanto a literatura se refiere, le voy bastante a la zaga.

—¡Pero si no es conmigo con quien ha de medirse! —replicó su anfitrión entre carcajadas—. Es a mi nieta Alicia a quien habrá de instruir, señor Puig. Yo soy demasiado viejo para aprender nada nuevo: a ciertas edades, solo se disfruta con lo pasado. Mirar al futuro resulta demasiado doloroso.

—¿Su nieta? —Víctor dudó, confuso; toda la conversación que habían sostenido quedaba iluminada por una luz completamente distinta—. Entonces, ¿por qué no la envía a un colegio en la ciudad? ¿Qué es lo que la ata a este lugar?

—Yo, por supuesto. —El viejo entrecerró los ojos y, tintado por el resplandor de las llamas, su rostro adquirió un aspecto terrible—. No pretenderá que me quede aquí solo, abandonado de todos. Sería un entierro en vida, ¿no le parece?

Víctor bebió de su infusión para no tener que contestar y su anfitrión no esperó respuesta alguna.

—Alicia tiene diez años, así que no debería resultarle difícil superarla en lecturas. Le ruego, eso sí, que evite a Lewis Carroll en su programa.

»Y ahora, si le parece, creo que es momento de retirarse. En el segundo piso

encontrará una habitación acondicionada para su propio uso; se ha hecho muy tarde para que vuelva hoy mismo al pueblo. Si es de su agrado, puede utilizarla durante su estancia en Casa Piovra. En caso contrario... bueno, ya conoce las alternativas.

Víctor se demoró un instante junto al coche. La fachada del caserón, apenas iluminada por la luna y un par de ventanas tuertas de vida, resultaba impresionante. Piedra negra, contraventanas de madera noble, columnas, gárgolas y escudos de armas, ¿a quién demonios se le habría ocurrido erigir algo así en aquella soledad?

Una lámpara se encendió en el vestíbulo y la silueta de una sirena, en vidrios de colores, se desangró a sus pies. El mar rugía, no demasiado lejos. El profesor se estremeció. Se subió el cuello del abrigo y, con una maleta en cada mano, se adentró en las fauces de la mansión.

Con deliberada lentitud, salvó la decrepita escalera hasta el primer piso, recreándose en cada crujido. Enfiló un pasillo tapizado en terciopelo rojo y flanqueado por quién sabe cuántos difuntos eslabones de la familia Intxausti y tomó un segundo tramo de escaleras hasta el segundo. No le fue difícil localizar su dormitorio: era el único que tenía la puerta abierta y la luz encendida.

Comprobó con agrado que le esperaba una mullida cama, funcional pero amplia, y, tras acomodar sus pertenencias entre la mesa y el armario, se sumió en un profundo sueño.

Profundo como las insondables simas abisales.

El mar tenía una tonalidad verdosa, como si el eterno azul del cielo hubiera sido emponzoñado con el amarillo de unos rayos de tormenta. Sargazos, anguilas muertas y restos de algún naufragio salpimentaban una sopa hedionda y mortal. Víctor despertó boqueando como un pez fuera del agua.

Como tantas otras noches.

A la mañana siguiente, tras darse una ducha en el baño anexo a su habitación, dedicó toda su atención a terminar de instalarse en el dormitorio y buscar un aula adecuada para su nuevo trabajo. Había decidido, antes aún de terminar de despertarse, que permanecería en el caserón por las noches. No veía ventaja alguna en conducir todos los días de vuelta al pueblo ni en gastar parte de su salario en vivir en un hostel cuando tenía a su disposición una cama razonablemente cómoda y un baño propio. Solo le quedaba, por lo tanto, encontrar dónde instalaría su clase.

Mató el hambre con una chocolatina que guardaba del día anterior (no quería comenzar su jornada huroneando por la cocina) y bajó al primer piso. Los retratos de los Intxausti que vigilaban el corredor resultaban menos terribles a la luz del día, pero solo un poco. No pudo evitar preguntarse qué había motivado a aquellos navegantes a pagar por ser inmortalizados de tal modo: no había un solo cuadro que despertase simpatía. Si la media sonrisa (ninguno sonreía abiertamente) no resultaba cínica o traicionera, entonces la mirada estaba inyectada en sangre o velada por algún bajo

instinto. Incluso los retratos de las damas oscilaban entre la lascivia y la crueldad. Los símbolos, así mismo, tampoco eran menos inquietantes. Apenas se veían libros o crucifijos; al contrario, abundaban las dagas, los cráneos, las bolsas de oro e incluso las patentes de corso. El único omnipresente, sin embargo, era un pulpo rampante. Aquello le extrañó. Después de todo, el animal no aparecía en el blasón familiar ni tampoco en los escudos que había visto por la casa.

Las primeras habitaciones que inspeccionó eran la continuación natural de aquel preludeo. Una sombría biblioteca de estanterías acristaladas, presidida por una aparatosa esfera astronómica, dio paso a un salón de música invadido por una excesivamente amplia gama de instrumentos: un arpa, un violonchelo, un piano, un clavicordio, dos guitarras, media docena de violines, una tuba... aquello tenía más aspecto de botín de saqueo que de estudio musical. Tras ella, una sala de té cubierta de sábanas y polvo, un despacho tapizado de cartas de navegación obsoletas, una sala de billar en la que habían acumulado todo tipo de trastos antiguos y, al final, cuando ya comenzaba a desesperar, una vieja sala de fumar que permanecía relativamente despejada. Solo tendría que arrinconar un par de sillones para ganar el espacio suficiente para su pizarra. Incluso podría aprovechar la mesa situada frente a la chimenea, quizás esta si el tiro estaba lo suficientemente limpio. Algo más animado, Víctor salió al pasillo y abrió la última puerta. Tras ella encontró la nota discordante de aquella melancólica melodía.

Era un dormitorio luminoso, aunque de algún modo los ventanales tamizaran con tristeza la luz del sol. La cama con dosel que presidía la estancia marcaba con su celeste desteñido los tonos predominantes en la decoración. El resto de los muebles, desde la silla auxiliar al tapete de la cómoda, se amoldaban para formar un conjunto armonioso y relajante. Hasta los vestidos de las muñecas de porcelana que salpicaban estanterías y muebles parecían conjuntados.

—¿Alicia? —aventuró, pero no hubo respuesta.

Se aproximó al lecho y dejó vagar los dedos por la colcha pulcramente estirada. Olía a lavanda, pero también a ausencia, a tiempo transcurrido. Víctor reparó en el camión plegado junto a la almohada. Ni una arruga. Parecía esperar a su primer inquilino.

Un escalofrío acarició su espinazo.

Se acercó a la mesilla de noche y tomó el retrato que, enmarcado en plata, presentaba a la que había de ser su alumna: una niña de unos diez años, de cabellos dorados y penetrantes ojos azules, el gesto algo altivo pero de expresión igualmente cautivadora. El silencio de la mansión se hizo todavía más significativo. Solo se oían los latidos de los relojes, el palpar del carillón del vestíbulo. No había gritos, ni risas, ni carreras, ni pasos. Solo su hueco.

Víctor dio la vuelta a la fotografía y miró la fecha. Databa de doce años antes.

Aquel día no consiguió entrevistarse con su empleador. El mismo mayordomo

que le sirvió la comida y la cena le explicó que no se encontraba disponible. Víctor no se atrevió a insistir y se retiró a su dormitorio a una hora temprana.

Esa noche soñó de nuevo con aquel mar agitado. Antes de despertar, sin embargo, alguien le tendió una mano en la oscuridad y le ayudó a salir a flote. Era la primera vez que conseguía no hundirse en sus tenebrosas aguas.

Despertó con el corazón agitado y el brazo cubierto de un sudor frío y viscoso.

Durante sus años de profesor en Barcelona se había habituado a todo tipo de absentismo escolar. Había alumnos que inventaban excusas tan elaboradas como improbables, dignas de la mejor literatura de evasión; otros ni siquiera mentían: cualquier capricho tenía más peso para ellos que la obligación de ir a clase. Entre medio, justificantes falsificados, extraños incidentes con mascotas, averías recurrentes en el transporte público y, cómo no, simples despistes.

Con lo que no se había enfrentado nunca, sin embargo, era con un alumno inexistente. Alguno adjudicado a su clase por error, sí, pero de carne y hueso al fin y al cabo. No como aquella Alicia. Empezaba a preguntarse si todo su cometido en aquella casa no sería, simple y llanamente, dar más cuerpo a una nieta que había abandonado la casa familiar mucho tiempo atrás. Aquello, muy a su pesar, podría haberlo entendido.

—Cosas más raras se habrán visto —murmuró entre dientes.

En ese instante, la puerta de su improvisada clase, que a fuerza de tiempo libre empezaba a semejar una auténtica aula, se abrió y el señor Intxausti le saludó con un punto de cortesía burlona.

—¿Qué es lo que ha visto, señor Puig?

—Más bien, a quién no he visto todavía. —El viejo se encogió de hombros, la mirada errante por la nueva disposición del salón de fumar—. Su nieta, Alicia —insistió Víctor—. Aún no la conozco.

Intxausti tomó una caja de marfil remachada en plata y jugueteó con ella antes de contestar.

—¿Ha probado a presentarse, señor Puig? —preguntó al tiempo que la dejaba en la repisa de la chimenea—. Es el mejor modo de empezar a conocer a alguien.

Víctor contempló, perplejo, cómo su anfitrión se retiraba sin mediar más palabras. Aún tardó unos instantes en reaccionar cuando la puerta se cerró a sus espaldas.

—¡Será posible...! —gruñó de camino a la chimenea.

Cogió con rabia la cajita y, para su sorpresa, la tapa de esta se desprendió con un leve clic. En su interior no había mecheros, fósforos o viejos habanos rancios, sino tan solo una solitaria llave.

La tomó con cuidado entre sus dedos. Era una llave pequeña, de factura elaborada. La cabeza era el cuerpo de un pulpo, mientras que el asta y las paletas estaban formadas por los tentáculos de este, que aparecían enroscados sobre sí mismos. En contraste, no estaba ornamentada con ningún metal precioso, sino que

estaba forjada en hierro crudo.

La levantó frente a sus ojos y se preguntó en qué tipo de cerradura encajaría algo así. Y sobre todo, qué era lo que podía custodiar. Entonces, sin pensarlo, se la guardó en el bolsillo y volvió a centrarse en su clase imaginaria.

Cuando llegó la hora de la cena, Víctor salió del salón de fumar y se encaminó al piso inferior, hacia la cocina. Al pasar frente a la puerta del dormitorio de Alicia se detuvo. Recorrió con los dedos la filigrana de la puerta y, bajo la mirada severa de una buena docena de ancestros, se introdujo en el cuarto de la chiquilla. En este nada había cambiado.

Se acercó a la mesilla de noche y observó de nuevo el retrato enmarcado en plata. Bajo la luz de la luna brillaba con un aura particular, como de cuento de hadas. A su alrededor, sin embargo, todo eran sombras.

—Buenas noches, Alicia —dijo sintiéndose el hombre más estúpido del mundo y, al mismo tiempo, trasgresor, desafiante—. Soy Víctor Puig, tu instructor.

A aquellas palabras siguió un obstinado silencio y, cuando se dio la vuelta y bajó por fin hacia la cocina, una densa inquietud fue aposentándose en lo más recóndito de su cerebro, ahí donde los instintos se recluyeron tiempo atrás, en los albores de la civilización, hartos de ser tantas veces ignorados.

Aquella noche, Víctor cenó solo de nuevo. El señor Intxausti, trámite su mayordomo, se disculpó por «tener que ausentarse por imperativos familiares». Ningún coche abandonó, sin embargo, la mansión; hubiera sido imposible no oírlo sobre el incansable batir de las olas.

—¿Se ha ido Alicia con su abuelo? —preguntó al sirviente cuando este ya se disponía a retirarse.

—No.

Firme y paciente, aprovechando que al menos había conseguido que se detuviera, Víctor insistió:

—¿Y no sabe dónde está entonces?

—No —sentenció el otro con una inusual sonrisa en sus delicados labios. Luego, en una salida de tono no menos extraña en él, añadió—: Y debería ser usted, de hecho, quien mejor pudiera contestar a esa pregunta.

—Eso es precisamente lo que pretendo —gruñó para sí mismo cuando el mayordomo lo hubo dejado solo en la cocina.

Cuando, después de cenar, entró en su habitación, Víctor se sorprendió al encontrar un libro sobre su cama. El tomo estaba encuadernado en piel y parecía una edición antigua. No tenía créditos ni ninguna otra marca distintiva que permitiera comprobar aquella impresión: el texto, que no estaba firmado, comenzaba inmediatamente después de la cubierta y en esta no había siquiera un título, solo una sirena repujada como el tatuaje de algún marinero errante.

Cuando se tumbó, no tenía ninguna intención de leerlo, pero no pudo evitar hojearlo un poco. Le intrigaba. ¿Quién lo habría dejado ahí? La mera idea de que una chiquilla de diez años hubiera entrado a hurtadillas en su habitación le hizo sonreír. No, seguramente había sido el viejo, pero, ¿por qué? ¿Con qué finalidad? Si esperaba estimular su interés por el mar con un viejo libro sobre monstruos marinos, ya podía armarse de paciencia.

Las palabras fueron saltando ante sus ojos como olas batidas por el mar. Pronto, Víctor captó que ahí no había barco alguno navegando sobre las páginas: no había hilo conductor, ni rumbo, ni derrota. Solo un océano encrespado de frases y mitos en el que poco a poco, vencido por el sueño, fue naufragando. En la confusión propia del que va perdiendo sus sentidos, Víctor aferró la llavecita que todavía guardaba en su bolsillo y esta, bajo el influjo de la lógica dislocada de los sueños, se transmutó en una improbable brújula que atraía el fuego de San Telmo y otros malos presagios.

Como cada noche, las tinieblas de sus pesadillas tenían una cualidad acuosa. Como cada noche, se embriagó del salitre hasta que su garganta quedó en piel viva. Como cada noche, como cada maldita noche, pataleó, braceó y boqueó con desesperación tras la estela cada vez más desdibujada de una niña. Aquella noche, sin embargo, supo que podría atraparla, que solo tenía que hacer un esfuerzo más, aguantar un poco más la agonía de la asfixia, y que, por fin, podría aferrarla. Así que apretó con fuerza los párpados y, guiado por su proteica brújula, se adentró todavía más en la oscuridad.

No tardó en percibir el tacto satinado del camisón; estaba empapado. Sin soltar la presa, tiró de él y buscó con la otra mano hasta dar con la melena. Palpó su cabeza, con el corazón a punto de estallar, en un intento por reconstruir un rostro largo tiempo perdido. En vano.

Abrió los ojos entre toses. Se ahogaba en sus propias lágrimas. Una luna plena brillaba al otro lado de las ventanas y el bramido del mar parecía más cercano que nunca. La inquietante decoración de Casa Piovra parpadeaba en la penumbra. Y contra ese telón de pulpos rampantes y viejos navíos azotados por eternas tempestades, se recortaba la silueta de Alicia.

La reconoció de inmediato: la mirada altiva, los rasgos nobles, algo despóticos, de niña acostumbrada a ver sus caprichos satisfechos, el brillo en sus ojos zarcos, esa llamada a la aventura. Y, sin embargo, no la llamó por su nombre.

—¿Nerea? —preguntó, y el llanto se recrudeció.

—Silencio, Víctor —exigió Alicia—. Es hora de zarpar.

—¿A-a dónde vamos? —tartamudeó mientras se ponía en pie e intentaba calzarse sus zapatos.

—Mar adentro —replicó ella y, dándole la espalda, salió de la habitación.

Víctor llegó al pasillo sin saber muy bien si se había despertado o seguía soñando, si aquel era un caminar sonámbulo o si iba tras la pista de alguna quimera. Apenas

llegó a ver la silueta blanquecina de la chiquilla desvanecerse por la escalera, un instante fugaz que tiró de él como un arponero. El anzuelo de sus propios fantasmas atravesaba su garganta.

—Espera —rogó, estrangulado. Pero la aparecida no aflojó el paso.

Alcanzó a verla girar en la primera planta, hacia la escalera principal, y luego vislumbró su sombra escurrirse por la puerta de la cocina. Corrió hasta esta y consiguió abrirla en el momento preciso en que, al otro lado de la estancia, una pequeña puerta de servicio se cerraba con delicadeza.

Víctor se detuvo. Si se había metido en una alacena, no iría muy lejos. Reflexionó. ¿Por qué perseguía a su alumna? La respuesta era tan obvia como absurda. No, aquella no era su hermana, y aunque la alcanzara nada iba a cambiar. El mar no devolvía a sus muertos.

Se apoyó en la mesa de cortar y el tacto de aquellas planchas desgastadas por el tiempo lo reconfortó. Entonces lo vio. Un espumarajo orlaba el cristal de las ventanas. Y lo notó. La casa entera se mecía, despacio, a babor. Tras un infinito instante, a estribor.

Se echó a temblar. Un sudor frío, helado como la muerte, perló todo su cuerpo. Su corazón se aceleró. El aliento huyó de sus pulmones.

Se acercó a la ventana.

Una nueva salpicadura tintó de espuma los cristales. *Mar adentro.*

—No puede ser —negó, con un hilo de voz, la evidencia de lo absurdo. Afuera, tras las ventanas, un inmenso océano de oscuridad se extendía más allá de los dominios del hombre.

Echó un vistazo a la hacheta que reposaba, clavada, sobre la tabla de cortar. Valoró abrirse las venas, despertar de aquel sueño o sumirse en otro bien distinto. Escapar. Escapar de ahí. Pero no se puede escapar de la inmensidad de la mar.

Caminó hasta la portezuela por donde había huido Alicia y encontró tras ella un pasaje de angosta piedra negra que, escalón a escalón, se perdía en el abismo. Sin buscar siquiera una vela se perdió por sus entrañas. Al fondo, muy al fondo, reverberaba una luz abisal, subacuática. Será suficiente, pensó.

Luego, ya no pensó nada más.

El viejo permanecía, desnudo, en el centro de la caverna. Su piel requemada por el sol pendía, como un velamen abandonado por el viento, de la arboladura de sus huesos. Tenía los brazos abiertos, en cruz, y el pellejo de lo que en tiempos fueron unos poderosos músculos tremolaba en la penumbra. Ahogados por el paso del tiempo, numerosos tatuajes encallaban en aquel lienzo de carne.

En contraste, Alicia danzaba en torno al anciano, llena de vitalidad, ligera como las nubes, fresca como la brisa del amanecer. Era el jirón de un viento inalcanzable para el pecio embarrancado. Sin embargo, no había alegría en aquel baile. Su ritmo estaba quebrado. No discurría al son de ningún corazón desbocado, porque no había

ningún corazón que latiera ya en aquel delicado pecho.

Víctor cayó al suelo.

Y, desde ahí, pudo ver al último engendro que albergaban las sombras: un horror tentacular de ojos biliosos y fauces de hierro extendía sus ocho brazos por los cimientos del hogar de los Intxausti. Era él quien mecía la casa. Era él el mismísimo espinazo de Casa Piovra.

—Dios santo, ¿qué es esto? —masculló el profesor.

El viejo se volvió como un espantapájaros reciclado en veleta.

—Es nuestro hogar —declamó, pero al ver que no había reconocimiento en los ojos de su invitado, tuvo que añadir—: Yo soy el viejo, y el kraken, y el mar, y la casa. Tú eres mi huésped.

Víctor vomitó lágrimas, agua de mar.

Alzó los ojos llorosos y suplicó una respuesta, unos engranajes lógicos con los que limitar la sinrazón. Ignorante.

—¿Por qué? ¿Por qué me habéis traído a este sitio? —Tembló mirando las fauces de la bestia abisal, que se replegaba a las sombras como si preparase un ataque.

—Porque sabes navegar en el crepúsculo —dijo el viejo— y mi nieta necesita un instructor.

—¡No es verdad! ¡No es cierto! ¡Yo no sé nada de todo esto!

—Sí lo es —le espetó Alicia, que se había detenido bruscamente, con una nota de desafío en los ojos, en mitad de la gruta—. Tu hermana Nerea me lo dijo. Y los muertos no mienten. *No podemos hacerlo.*

Víctor se puso en pie. Se tambaleaba, ebrio de horror, todo le daba vueltas. Buscó la salida. Se encontró con los ojos del viejo. Este sonreía. Él reía desquiciado. Trastabilló hacia la escalera, pugnó por emprender el ascenso, escalón tras escalón, un pequeño desafío tras otro hasta la libertad. Pero, entonces, Alicia empezó a cantar.

Entonaba una melodía hórrida, carente de toda armonía, un graznido que hubiera reventado el cerebro a una persona más cuerda pero que sonó a música celestial en sus oídos. El viejo se apoyó sobre los hombros de la niña y el kraken los envolvió a todos con sus tentáculos; el mismo Víctor quedó en mitad de aquel abrazo que lo conminaba a unirse a la familia.

No era necesario. Víctor caminaba ya hacia su pupila, la mirada por fin sepultada bajo un océano de locura. Podía oírla. Después de tantos años, podía oírla. Apenas un susurro entre las olas de aquel mar que se la había arrebatado aún siendo niños, pero podía oírla.

Quizás, pensó, podría llegar incluso a tocarla, algún día.

Y, si no podía, qué hermoso canto de sirena a seguir en sus noches de galerna.

ARKHANGELSK

Ángel Villán

—No puedo decirle más, comandante —escuchó Volkov por el auricular—. Mantengan su posición y actitud hasta que...

—Es del todo inaceptable. Llevamos tres días yendo a cagar de puntillas, señor.

—¡Comandante Volkov! No olvide con quién está hablando —le recriminaron desde el otro lado de la línea.

—Lo que no olvido es a las ciento cincuenta personas que dependen de mí, señor. Ciento cincuenta personas que llevan tres días aterrorizadas sin saber si pueden estornudar o no. Ciento cincuenta personas con los nervios a flor de piel en un submarino nuclear. Sin saber si la guerra ha estallado, si sus familiares están bien, o si todo se ha ido a la mierda.

—...

—Creo que al menos me merezco una explicación para saber con qué demonios estamos tratando.

Otros segundos de incómodo silencio, donde el tripulante podía imaginar a la perfección al comandante tapando el auricular y murmurando con los jefes de Estado.

—Hemos perdido el mar, Volkov. Estáis solos.

El Incidente kraken, como pronto se lo empezó a llamar en los medios sensacionalistas, fue mucho más allá de lo que suponía la bestia mitológica. Durante las primeras veinticuatro horas se pensó que era algún tipo de fallo de comunicación con las embarcaciones. Pronto se dieron cuenta que este incidente era a nivel global, y la preocupación se convirtió en alarma cuando los barcos que debían regresar de alta mar parecieron haber desaparecido.

No tardaron en llegar los documentos audiovisuales, grabaciones de ciudadanos filmando desde la costa cómo los barcos parecían ser arrastrados hacia el fondo marino por cadenas invisibles.

Cuando los gobiernos recomendaron no adentrarse en el mar hasta esclarecer lo sucedido, el pánico cundió en la mayoría de las ciudades costeras. Se produjeron movimientos masivos de población lejos del mar, la mayoría de las islas decretaron la ley marcial y el ejército tuvo que hacerse con el control de los aeropuertos tras la avalancha de ciudadanos que pretendían alejarse del océano.

Las televisiones no tardaron en lanzar toda clase de teorías conspiranoicas acerca de lo que estaba sucediendo. Los tertulianos hablaban acerca de experimentos militares descontrolados, civilizaciones acuáticas, monstruos marinos, extraterrestres... A los pocos días ya había surgido un movimiento ciudadano que hablaba de la venganza de *Gaia* por degradar los mares; al día siguiente de popularizarse en las redes sociales dicha teoría, la portada de todos los periódicos era la de un activista echándose al mar en un pequeño bote portando una gran cartulina

con el símbolo de la paz.

La fotografía fue hecha momentos antes de que el mar se tragase al ecologista.

Internacionalmente, los problemas logísticos no tardaron en llegar. Con el mar bloqueado por esa amenaza misteriosa que absorbía cualquier embarcación que se botase, la mayoría de las exportaciones quedaron paralizadas y el suministro de crudo por parte de los petroleros desapareció. Los satélites confirmaron que incluso las plataformas petrolíferas se habían volatilizado.

Tan solo una semana después, la mayor crisis imaginable azotaba el mundo. Se contaban por decenas los nuevos conflictos bélicos. La mayoría de las fronteras habían sido cerradas y la Unión Europea se tambaleaba, a punto de desmoronarse, como si no mirasen todos en la misma dirección: las jugosas reservas de gas del gigante siberiano.

—¿Y bien? —Zina descansó sobre su pecho el ajado ejemplar de *Relatos de Kolimá* e hizo el amago de asomarse desde arriba de la litera.

—No mires, me estoy cambiando. —El tono tajante de Lilya detuvo en seco a su compañera de camarote, no sin antes asaltarle una pizca de tentación y asombro.

Aquella prohibición le causó una gran curiosidad a Zina. ¿Quizás se había dado cuenta de que sus ojos la miraban más allá de la inocente ausencia de deseo? ¿Se había percatado de que se la comía con los ojos cada vez que podía ver un centímetro más de su piel?

Tampoco era de extrañar, pues cada día se volvía más descarada y desde que la situación se había puesto tan peliaguda parecía que inconscientemente iba a por todas. Aun así, era la primera vez que le prohibía expresamente algo que no tendría por qué evitar tratándose de algo común entre mujeres; aunque desde no hacía mucho Lilya era menos descuidada en ese aspecto y siempre iba lo más cubierta posible.

Zina recordó el cuerpo desnudo que tantas veces había visto compartiendo camarote con ella, o en las propias duchas del submarino, y se encontró a sí misma mordiendo tímidamente el labio inferior. Quiso tentar a la suerte y aun así mirar una vez más, pero no podía romper los lazos de complicidad que tenía con Lilya, pues provocarían que ella, incómoda, tomara la decisión de irse.

No solo le preocupaba el hecho de que se marchase el capricho que colmaba su mente; simplemente no le agradaba pensar que perdería a alguien tan importante, ni prescindir de una compañía y ánimos que tan bien le proporcionaba cuando *ellos* acechaban.

No, no era buena idea tensar aún más las cosas.

La escuchó revolverse entre las sábanas y finalmente el silencio volvió al cuarto. La oyó suspirar y esperó que respondiese a su pregunta.

—No lo sé. Todavía no he tomado la decisión —respondió al rato, con una suave voz que Zina escuchó distante, perdida entre susurros.

—Pero es mañana cuando...

—Ya sé que es mañana cuando nos... cuando se van.

—Ibas a decir «nos vamos» —contestó sin poder ocultar la decepción y el reproche.

—No me agobies, Zina. Ya lo hemos hablado, es mi decisión.

—Pero no sabes lo que ha...

—Será mejor que durmamos —cortó, tajante—. Ha sido un día largo y hay que descansar para mañana.

Zina estuvo a punto de replicar que cómo un día como este podía haber sido duro, si no habían hecho absolutamente nada. Más todavía su amiga, suboficial de unas comunicaciones inexistentes. Pero volvió a contenerse... no sin antes sentir un apretón en el estómago lejos de ser fisiológico cuando pensó en Lilya marchándose y dejándola sola.

Como en las últimas semanas, la tripulación del submarino Arkhangelsk^[10] no había hecho más que aguardar. Aguardar en absoluto silencio bajo el impenetrable hielo del ártico. Aun así era lo que se esperaba de ellos, siendo como eran la tripulación del más mortífero submarino nuclear del mundo.

—¡Ja! ¿Recordáis todos aquellos discursitos? —Kostik lanzó la cuchara contra el plato lleno de pasta que hacían llamar comida—. «Iréis en la máquina más gloriosa jamás construida, la destructora de naciones. Seréis invencibles, el temor constante del enemigo» y todas esas idioteces.

—Pero si esta antigualla no es más que una reliquia de la Guerra Fría —le replicó un camarada.

—¡Cállate imbécil! Aún podríamos arrasar el puto mundo si quisiésemos. Pero ahí está la gracia.

—Déjalo ya, Kostik.

—Tú cállate, Lilya, ¿acaso no ves la ironía? —Zina estuvo a punto de saltar a la conversación para defender a su amiga, pero recordó lo que eso podía llegar a molestarla—. ¡No hay nada! ¡Nada que destruir!

—¡Baja la voz, sabandija! —le recriminaron desde el fondo, seguramente algún oficial con la boca llena.

—Quiero decir —Kostik moderó su tono—, que estamos a bordo del submarino con el poder destructivo más grande del mundo... y ¿para qué? ¿Qué queda fuera? ¡Nada!

—¡Ssh! —le chistaron desde otro lado.

—Joder —protestó—, estoy harto de esto ¿sabéis? De no poder gritar cuatro cosas cuando hay que gritarlas.

Agarró la cuchara y dio otro bocado de mala gana, torciendo el gesto.

—No sabes si queda algo o no. Solo podemos imaginárnoslo —le rebatió Zina de forma tímida.

—¡Oh! Claro, están todos en una gran orgía en las estepas, por eso nadie responde a nuestras comunicaciones, ¿no, Lilya? Ni sintonizamos tan siquiera Radio PuebloPescadorDeMierda.

—No ayudas nada con tu actitud, Kostik. Si estás harto, ya sabes, esta noche te podrás ir —respondió ella.

—Oh, jo, jo, ten por seguro que lo haré... ¡y plas! —Dio una palmada y algunos lo miraron con cansancio y hastío—. ¡Os perderé de vista!

Tras dos meses de silenciosa inmersión bajo el hielo ártico, el Arkhangelsk navegaba rumbo a la isla de Yuzhny hacia una de las bases secretas que Rusia mantenía en el Círculo Polar.

Por supuesto, no lo hacían bajo ninguna orden expresa. Simplemente la tripulación no podría mantenerse mucho más tiempo a la espera de que el mundo diese alguna señal de vida.

Dos meses sumergidos desde que comenzó la rutinaria misión para probar diversas mejoras instaladas. Y un mes desde que recibieran la última transmisión oficial desde la armada, la cual les ordenaba mantener la posición.

Sin embargo, los detalles de la situación no les fueron comunicados. Tan solo estaba el comandante Slava Volkov, que era el único que sabía lo que realmente estaba sucediendo en el mundo, pero que se negó a compartirlo a pesar de las presiones de sus oficiales.

Aislados en medio del océano Ártico, bajo varios metros de grueso hielo y con provisiones asignadas a meras operaciones de maniobras, la situación del Arkhangelsk pronto quedó entre la espada y la pared.

Lo peor de todo, sin duda, era el desconcierto que reinaba entre la tripulación. Nadie tenía ni la más remota idea de lo que estaba sucediendo y el orden solo se sostuvo gracias a la fe ciega de los oficiales en Volkov. Al principio todos estaban convencidos de que los fantasmas de la Guerra Fría habían vuelto y que Rusia estaba bajo ataque, pero el comandante logró calmar los ánimos. No obstante, era lo único a lo que podían aferrarse, incluso después de que se hiciera evidente que el silencio era una mala señal: se evitaba una desmoralización fatal para el sumergible.

Había transcurrido una semana sin respuesta a las comunicaciones cuando Pavel, en el sónar, los escuchó por primera vez.

Una nueva clase de zumbidos y roces que se escapaban de los sonidos registrados hasta ahora. Se decretó la alarma silenciosa y nadie movió ni un solo músculo; se apagaron todas las máquinas y quedaron a la espera, pensando que el *enemigo* les estaba dando caza.

Los susurros, como los bautizó Pavel, desaparecieron a los pocos minutos. Los resultados del sónar indicaban que a pocas decenas de metros pasó por delante de ellos un gran cuerpo de forma indefinida. Cuando la información corrió de boca en boca, la paranoia empezó a hacer mella en los ciento cincuenta tripulantes.

Tanto Pyotr Bogdánov, el psicólogo de a bordo, como su adjunta Zina Smirnov, abordaron la ardua tarea de controlar que no se extendiera el pánico. El doctor Pyotr sí que parecía saber qué estaba sucediendo, pero su ayudante debía calmar a los compañeros de algo que incluso ella misma también temía y desconocía.

Días después todo parecía haber mejorado, pero aquella cosa regresó y abrazó con tentáculos de terror los corazones del Arkhangelsk. El comandante Volkov, tres horas después de que desaparecieran los susurros del sonar, ordenó sumergirse hasta la máxima profundidad.

Después de aquello transcurrió un mes de dura lucha psicológica hasta que todos, agotados, escucharon con alivio que Volkov ordenaba el lento camino de regreso a casa.

A velocidad mínima para no llamar la atención, tardaron casi veinte días en alcanzar la costa más cercana.

En su camarote, apenas cinco minutos antes de que se completara la evacuación voluntaria, Lilya cogía su petate que descansaba sobre la cama y se encaminaba hacia la puerta. Zina, en pleno acto reflejo, la cogió del brazo justo antes de que saliera, obligándola a voltearse, aunque ella mantuvo la cabeza mirando hacia fuera.

—Zina... —dijo con tono de reproche y tristeza—, tengo que...

Ella no la dejó terminar, pues soltó la carpeta llena de informes que llevaba en la otra mano y la cogió suavemente por la barbilla, obligándola a que ambas miradas se encontrasen.

—Tengo que irme, no se sabe qué...

Ella volvió a interrumpirla lanzándose sobre sus labios, dándole un tierno y cálido beso.

Por primera vez Zina se atrevía a mostrar el mínimo acto cariñoso hacia ella, siempre temerosa de recibir el rechazo de quienes no comparten su condición sexual. O incluso tratándose de Lilya, de recibir una patada tanto en sus partes como en el corazón por ser rechazada. Pero esta era su última baza, su última carta, su última bala. Y Lilya no la había rechazado, pero tampoco le había devuelto el beso.

—Quiero... no, necesito que te quedes —dijo, tocando la frente con la de su compañera, los ojos color miel ocultos tras los párpados, conteniendo la emoción.

—¿Por qué me haces esto, Zina? ¿Por qué ahora? Has tenido meses, no, años, para hacer lo que estás haciendo. Ahora, cuando ya he tomado la decisión más difícil.

Soltó el petate, haciendo pensar a Zina que era una señal de que se quedaba. Su corazón bombeó aún más deprisa. Lilya posó las manos en la cintura de su compañera, pero ni la apartó ni la acercó. En su cabeza volaban toda clase de pensamientos contradictorios. Nunca se había planteado que le gustasen las mujeres, pero no había sentido ni mucho menos desagrado cuando había recibido ese beso. La quería, por supuesto que la quería, pero ¿de esa forma?

Habían sido amigas durante años, se habían apoyado la una a la otra en un mundo machista y varonil, y en cierta forma se sentía engañada por Zina, que parecía haberse cambiado de bando.

No, rápidamente desechó esa idea, porque ese *bando* ahora mismo le resultaba más atractivo que nunca. ¿Quería decir eso que no le gustaban los hombres? Tenía claro que no. Disfrutaba como la que más en sus encuentros con Shurik, un buen

amigo sexual que tenía en San Petersburgo. Pero si era sincera consigo misma, no podía rechazar a Zina por no sentirse atraída hacía ella tanto emocional como físicamente. Sin embargo, era todo tan nuevo. Tan raro. Tan extremo... que no se atrevía a mover un solo músculo, totalmente bloqueada.

Notó la agitada respiración de Zina, su corazón bombeando a mil por hora. Necesitaba una respuesta, la necesitaba ya y eso la hizo entrar en pánico.

Suavemente la apartó, alejándola. Pero ella se resistió, agarrándola por los hombros, sin separar su frente de la de su amada.

—Debo irme —sentenció Lilya.

—¿Por qué?

—Ya lo hemos hablado. No saben qué se pueden encontrar ahí fuera, necesitan a alguien que sepa manejar una radio más allá de sintonizar los partidos del CSKA.

—Pero tú sabes qué os vais a encontrar. Bueno, sí lo sabemos. Con lo mismo que los mató a todos.

—No sabemos si están muertos. Tan solo... no responden. Y yo soy una solución para comunicarse con algo que está más allá de lo que puede verse.

—Yo te necesito más que cualquiera de ellos. Te amo, Lilya.

Aquellas palabras dieron un vuelco al corazón de ambas.

—Joder, Zina, no...

—No puedo dejar que te vayas, no puedo perderte. Quédate conmigo, por favor.

—La forzó a apretarse contra ella, abrazándola tan fuerte que evitó posibilidad alguna de escape.

Lilya seguía aferrada a su idea de cumplir con el deber. De ayudar a los demás, de demostrar el arrojo que se suponía que tenía que mostrar. Mil y una razones, pero todas obviando la verdadera, la que le impulsaba: salir de ese camarote y huir de esa encrucijada. Le resultaba imposible ocultar a esas alturas sus verdaderos sentimientos. Sentimientos tan desconcertantes que la aterraban más que lo que se podía encontrar fuera. Se marchaba para no responder a Zina, pues su orgullo no quería admitir que a estas alturas compartía los sentimientos e incluso, al parecer, los mismos deseos de su compañera de camarote. Estaba siendo todo tan precipitado...

—¿Por qué ahora, Zina? ¿Por qué tienes que decirme todo esto, justo ahora?

Ella no respondió, abrazándola con más fuerza.

—¿Por qué has esperado hasta que viste que me marchaba? Había tomado mi decisión y ahora te interpones, me haces elegir entre mi deber y mis deseos...

Aunque fuese un reproche, aquella confesión apaciguó el torbellino que Zina tenía en el estómago. No se había equivocado, el sentimiento era recíproco. Ahora solo tenía que evitar que se marchase.

Se separó unos centímetros de su abrazo, lo suficiente para alcanzar de nuevo los labios de ella y esta vez el beso sí fue correspondido. Lilya levantó la pierna como en una comedia romántica, pero buscaba cerrar la puerta del camarote, temerosa de que el resto de la tripulación las viese.

Una vez en la intimidad, fue la propia Lilya quien empujó a su amante hasta la cama. Aquello la estaba excitando demasiado. Ambas cayeron enzarzadas en sus propios brazos, pero Zina se golpeó en la cabeza contra la pared y sin querer la mordió el labio. Rieron y quedaron abrazadas, dándose pequeños besos.

—Eres idiota —dijo al rato Lilya, cuya vergüenza parecía querer salir a flote—. Mira a dónde me has llevado... Nunca pensé que yo... bueno, que...

Zina le respondió comiéndola a besos y la estrujó en otro abrazo, quedando sus labios a la altura de su oído.

—Nunca pensé que fuese lo suficientemente buena para ti. Eres tan... tan...

Los minutos transcurrieron entre caricias y muestras de amor, sin llegar en ninguna ocasión a término. Zina respetaba una frontera que todavía resultaba difícil de afrontar para Lilya y ella lo agradeció. Tan solo estaban explorando un cariño reprimido durante meses, y que acabó con la suboficial de comunicaciones tumbada sobre su nueva amante, escuchando su corazón con el oído pegado al pecho, hasta que la megafonía (a volumen mínimo, como de costumbre) dio el enésimo aviso de la extracción:

—El último bote partirá en dos minutos. Repetimos, el último bote partirá en dos minutos.

—¿Quieres ir echar un ojo desde la sala? —dijo Zina, refiriéndose a uno de los telescopios que tenía el Arkhangelsk, uno en el puente y otro para la tripulación.

—Da igual, estará abarrotado de gente. Quedémonos aquí, estoy bien.

—Sé que quieres ir, no me engañas. Estás preocupada. Venga, vamos. —Le dio una pequeña palmada en el trasero y recibió como respuesta una pícara sonrisa de Lilya.

Se levantaron, se adecentaron la ropa y el cabello revuelto y fueron a echar un vistazo. Como bien había predicho Lilya el telescopio estaba ocupado, pero ni mucho menos la sala se encontraba atestada de gente.

—¿Dónde están todos? —le preguntó a Kostik, que se encontraba tirado en el sofá ajeno a todo el revuelo.

—¿Los gatitos curiosos? Han salido a cubierta. Muchos todavía están indecisos sobre si largarse o no.

—El último bote ha zarpado —sonó entonces la megafonía—. Se ordena al personal de clase prioritaria que vuelvan a sus puestos inmediatamente.

La mayoría de los allí presentes se apresuraron a regañadientes a regresar a sus lugares de trabajo.

—Bueno, ya tuvieron que decidirse, ahora estarán agitando los pañuelos a esos jodidos afortunados.

—¿Tú no te ibas, Kostik? —preguntó Zina, recordando la de veces que había repetido que prefería recibir un misil por el trasero antes que pudrirse aquí dentro más tiempo.

—Eso nos habría gustado a los dos, canija. El comandante decretó servicios

mínimos y me agarró por los huevos. Tengo que quedarme.

Lilya, extrañada, quiso arañar algo más de información.

—Pero si tú eres el último mono de la sección de artillería. ¿Cómo puedes estar dentro de los servicios mínimos?

El marinero se encogió de hombros, levantó las palmas y, empujando su lengua contra el carrillo, demostró tanta incompreensión como rabia.

—Quizá sí que estamos en guerra, bien jodidos, y aquí nadie dice nada. Porque si no, que vengan y me lo expliquen, joder. Tú como suboficial de comunicaciones eres personal prescindible y te podías haber largado, lo que indica que no hay nadie con quien comunicarnos ahí fuera, y el señor Cargatorpedos y Aprietabotonesrojos sí que tiene que quedarse. En serio, me encantaría tener una animada charla con el comandante para saber qué cojones está pasando.

Kostik dio por terminada la conversación y volvió a la lectura de la vieja revista, la cual había sido ojeada cientos de veces.

—¿Qué es eso? —dijo de repente quien estaba oteando por el periscopio.

—A ver, aparta —contestó el que estaba a su lado, empujando a su compañero para echar un vistazo—. ¡La leche! ¡Algo los está atacando!

Todo el mundo que quedaba pululando por allí se arremolinó en torno al periscopio, dejando totalmente fuera del círculo a Lilya y Zina, las cuales tenían que conformarse con los comentarios de aquellos que luchaban por mirar. «¿Qué mierda son esas cosas? ¡Apenas se las ve!». «Solo ha llegado el primer bote, han hundido al resto». «¡Algo está atacando a los del puerto!».

Zina, desesperada porque el corrillo de gente no le permitía llegar hasta el periscopio, sorprendió a todos rompiendo su carácter conciliador con un grito:

—¡Atrás! ¡Tengo órdenes del doctor Pyotr de observar la operación! ¡Apártense!
—Tuvo que repetir el farol tres o cuatro veces hasta que por fin llegó al visor.

Cuando colocó los ojos frente a él, le llevó unos segundos orientar la vista en su ángulo correcto. Al hacerlo se encontró con una noche abierta y estrellada, lo que le permitía ver a decenas de hombres y mujeres chapoteando en una mar totalmente en calma.

Solo una balsa seguía en el agua de todas las que habían partido y sus ocupantes se afanaban en disparar con fusiles y pistolas al océano, atacando a lo que fuera que había hecho naufragar a sus camaradas. También, al fondo, los que habían alcanzado el puerto estaban siendo hostigados. Disparaban en todas direcciones, pero Zina era incapaz de observar contra quién.

Por un momento le pareció ver algo, pero cuando pestañeó había desaparecido. Sin embargo, el hombre en quien tenía puesta la mirada se partió en dos como por arte de magia, como si una gigantesca e invisible tijera lo hubiese cortado por la mitad.

Absorta por un espectáculo que parecía imposible, la mujer vio cómo el resto de tripulantes que estaban en tierra fueron asaltados por algo que era incapaz de

identificar, pues todo el puerto de la base militar estaba desierto a excepción de ellos. A veces conseguía ver unos extraños reflejos azules, otras veces unas siluetas transparentes y acuosas.

En primer plano apareció de repente la balsa alzándose por el aire, ensartada en lo que parecía ser un torbellino de agua. Sus ocupantes volaron de igual forma, despedidos en todas direcciones, y el torbellino se dividió en diversos ramales con reflejos azulados brillantes que ensartaron a los hombres en mitad del vuelo, arrastrándolos después al agua. Para ese entonces, los disparos habían cesado y los que quedaban en el agua gritaban pidiendo auxilio, agitando con terror los brazos, hasta que, uno por uno, fueron súbitamente engullidos por el mar.

Cuando ya solo quedaban dos o tres de la más de media centena de hombres y mujeres que se habían marchado, el agua cubrió el periscopio.

—Inmersión de emergencia. Todos a sus puestos, repito, todos a sus puestos —sonó la voz del comandante en la megafonía.

Zina quedó pasmada delante del periscopio, aun sin poder ver nada, hasta que Lilya la agarró suavemente por detrás y la retiró del lugar. Al apartar los ojos del periscopio se percató de que la alarma de extremo silencio se había activado en algún momento, apagándose todas las luces y quedándose únicamente encendida la tétrica iluminación roja.

Algún curioso se acercó entonces para ver si podía ver algo, mientras Lilya sentaba a su compañera en las viejas butacas de la sala.

—¿Qué has visto? ¿Qué ha pasado? —preguntó, comida por la curiosidad.

La aludida no respondió, su mirada perdida en el infinito. No podía dejar de pensar que si no hubiese conseguido detenerla, Lilya habría muerto víctima de esas cosas. Decenas de hombres habían perecido por algo totalmente desconocido y era incapaz de asimilar la idea.

Y como ellos, se temía, que todo el mundo. Por eso no había comunicaciones, por eso estaban aislados.

—Todos... —murmuró, echándose a llorar sobre el hombro de su compañera—. Han muerto todos...

Lilya intentó calmarla para que no levantase la voz, y ella lloró durante muchos minutos, siendo consolada únicamente por su compañera. El resto del personal se había ido, murmurando sus propias teorías sobre lo que había pasado. Todos estaban severamente preocupados, inmóviles quienes no tenían nada que hacer, andando de puntillas los que debían ir de un lugar para otro.

Ahora más que nunca se tomaban en serio las alertas de silencio.

Muchas horas después, sin saber ninguna de las dos mujeres cuánto tiempo había pasado exactamente, no se habían movido de la cama, abrazadas. En ningún momento la iluminación roja les había dado un respiro, todo debía seguir en minucioso silencio, por lo que la situación de estrés no ayudaba a que Zina se recuperase de lo que había visto. Sin embargo, sus propios conocimientos de

psicología y el cariño que Lilya le proporcionaba consiguieron que terminara por recomponerse.

Sin embargo, no eran las únicas que estaban afectadas por lo que había ocurrido. Toda la tripulación que quedaba en el submarino, apenas un tercio de la original, se debatía en silencio bajo el miedo y la ausencia de futuro. Había quedado patente que estaban encerrados en aquel ataúd insonorizado y que cualquier actividad fuera de la amortiguada navegación del Arkhangelsk podía suponerles otro ataque de «esas cosas».

El comandante se había enclaustrado en su camarote y no daba señales de vida, después de ordenar que se viajase a la mínima velocidad, en absoluto silencio, hasta el mismísimo Polo Norte. Nadie sabía qué se proponía, pero todos veían con claridad que era una retirada hasta algún lugar que tuviese el honor de llamarse «seguro». Qué harían al llegar y cuánto tiempo deberían esperar allí, lo desconocían, siendo una tenaza que retorció las esperanzas de la tripulación.

Zina se separó con suavidad de Lilya, que por fin parecía haber conciliado el sueño. Se levantó con toda la cautela que pudo, evitando despertarla, y salió al pasillo. Caminó de forma lenta y tortuosa, sin hacer el menor ruido, acongojada de que el caucho de sus botas rozando el suelo pudiese atraer a esas sombras acuosas que habían descuartizado y ahogado a tantos camaradas.

Se dirigía hasta el camarote y oficina del doctor Pyotr, pues estaba preocupada por su larga ausencia en su puesto de trabajo, por no haber sido de ayuda cuando su función más se necesitaba. Ahora se sentía con las fuerzas renovadas y quería contribuir a que todo siguiese a flote cumpliendo con su deber como psicóloga a bordo. Al igual que eran necesarios los médicos para curar las heridas físicas, Pyotr y ella eran los encargados de curar las heridas de la mente. Y, en mayor o menor medida, toda la tripulación había sido herida de gravedad.

Fue a llamar a la puerta del camarote cuando vio el letrero de «ocupado». Lógico, por otra parte, pues estaría atendiendo a uno de tantos que ya no soportaba más el hermetismo silencioso de la alarma. Sin embargo, algo en su interior la empujó a hacer lo que más detestaba el doctor: que se le interrumpiese en una de sus consultas. No sabía bien por qué, pero tenía la impetuosa necesidad de abrir esa puerta y ver que el gran pilar en el que necesitaba apoyarse seguía estando allí. Que todo marchaba como debía.

Nada más abrir la puerta la atizó una oleada de pestilencias nauseabundas, escuchando una siniestra voz en lo más profundo de sí misma que le decía: «Te lo dije». Su mentor sí que se encontraba en su puesto de trabajo, tras el gran escritorio, pero con el cuerpo inclinado hacia un lado y la cabeza colgando inerte.

Zina se tapó la nariz y boca con la manga y se acercó presurosa al doctor, comprobando tras tomarle el pulso que ya no podía hacer nada por él. De hecho, el olor que inundaba toda la consulta eran los desagradables fluidos corporales que ya habían abandonado el cadáver.

Sobre la mesa encontró el motivo de la muerte, una cara botella de vino y los antidepresivos más potentes que tenían en la enfermería. Pero debajo de ambas cosas, y manchada en una esquina por varios redondeles de vino seco que había dejado la botella, se encontraba una carta manuscrita.

Zina sabía qué era aquello: su despedida, sus motivos.

La cogió con manos temblorosas y, aunque no quería empezar a descifrar la mala ortografía del doctor, como si aquello supusiese que aceptaba lo que había ocurrido, no pudo evitar leer:

A mi querida Zina:

Porque solo tú eres capaz de ignorar mis severas órdenes de no interrumpirme en mitad de una consulta, serás quien te encuentres con esto. Porque solo tú eres la que debes saber mis motivos y manejar toda la información que tengo que contarte.

Soy un miserable. Así de sencillo, Zina.

Sabía lo que iba a pasar con esos muchachos. Sabía que no llegarían a tierra, y si lo hacían, que morirían en cuanto diesen dos pasos en el puerto. Lo sabía y no hice nada por detenerlos. Ni por detener al comandante, porque por terrible que parezca, era la única opción viable. Pero yo no soy fuerte como él, no puedo cargar con la muerte de tanta gente.

Te preguntarás por qué se permitió esa «evacuación». No fue una evacuación, Zina. Fue una purga. No queda nada en tierra, la civilización ha dejado de existir, hemos sido barridos por esos seres de agua que son imparables. Pero nos lo merecemos, sí, nos lo merecemos. Primero nos echaron del mar, hartos de nuestra actitud irrespetuosa. Contaminando, saqueando, destruyendo. Se alzaron contra nosotros y nos castigaron. Pero los humanos somos así, y en vez de aceptar la justa penitencia, buscamos la revancha. Hemos conseguido lo que buscamos, el exterminio. Desde la comodidad de nuestra tierra, lejos del mar, planeamos en pocos meses cómo acabar con la amenaza.

Nuestra prepotencia creó un veneno para ellos y cientos de aviones lo vertieron en el mar. Al principio pareció funcionar, pero desconocíamos tantas cosas... Pocos días después los ataques del océano se producían por todo el planeta. Les habíamos subestimado completamente. Se internaron en ríos, en cloacas, en bombas de agua, pantanos. Incluso en la lluvia, en la nieve. Estaban en todas partes y acabaron con nosotros. Pero ahora, a punto de abandonarlo todo, pienso de veras que ha sido un destino que nosotros mismos nos hemos labrado. Recibimos lo que nos merecíamos. Siembra vientos y cosecharás tempestades. La tormenta nos acaba de arrasar.

Y aquí estamos nosotros, a buen seguro los últimos seres humanos que

poblamos la Tierra. La eterna esperanza me hace pensar que quizá, en algún poblado del árido Sahara, resista alguna tribu ajena a todo esto, pero estoy seguro de que no tardarán en ser cazados. Somos los últimos y se nos acaban las provisiones.

Por eso Volkov organizó la evacuación. A menos bocas que alimentar, más tiempo podremos resistir bajo el hielo. Escondidos como ratas. Jamás aprobé dicha operación, y en mi conciencia quedan las horas de discusión con Volkov para evitar el desastre, pero no sirvió de nada. Me dijo que él mismo encabezaría la misión si pudiera, pero el capitán debe ser el último en abandonar el barco. En ese punto ya no sabía si creerle o no. Estaba obcecado en resistir el mayor tiempo posible, en esperar que los acuáticos volvieran de donde habían venido y pudiésemos salir de esta cárcel de silencio.

Lo que no entiende es que no volverán a ningún sitio. Siempre han estado ahí, pero nosotros ignorábamos su existencia. Son criaturas que individualmente son pequeñas, inofensivas, frágiles. El alimento base del océano, el ridículo plancton, algo tan nimio que jamás podríamos haber imaginado que realmente hubiese algo «detrás». Funcionan como un solo ente, como una mente colmena, aunque se agrupan en grandes o pequeños grupos según lo requieran, siendo capaces de dominar a su voluntad el agua que los rodea.

Quizá no hay un gran cerebro en el fondo del mar que controle a cada diminuto ser, pues no puedo imaginar los billones que existen por todo el planeta. Quizá su propia existencia colectiva forma la gran mente, infinitas conexiones microscópicas que crean una gran conciencia que se hartó de nosotros. Todo son suposiciones, Zina. Lo único que supimos es que no podíamos luchar contra algo microscópico, organizado, imparable y que decidió acabar con nosotros.

Pero sobre todo, lo más irónico es que los últimos en resistir somos nosotros. Los humanos que más tiempo han vivido bajo el mar.

Tal vez el comandante tenga razón. Quizás en tres o cuatro meses todo se haya olvidado y se pueda comenzar de nuevo. Pero yo no quiero estar allí. La carga de todas esas muertes está quebrando mi espíritu, mis ánimos, mis esperanzas. No aguantaré ni un solo minuto más en silencio, quiero gritar, patear y lanzar los veinte misiles a la tierra y partir el mundo por la mitad. Cada «quizás» de esta carta de despedida arrastra mi alma hasta el fondo del mar, ahogándome a cada instante que vivo. Por eso, antes de cometer una locura y mandaros a todos al infierno, pensé en ti. Has sido la persona más honrada y bondadosa de todas con las que me he cruzado, siempre pensando en los demás y reclusando tus deseos más fuertes bajo tus obligaciones. Por eso me retiré del juego y espero de veras que tengáis una oportunidad. Ojalá encontréis la redención.

Un abrazo, Zina. Un abrazo y mucha, mucha suerte.
Pyotr Bogdánov

La mujer se hallaba con todos los músculos en tensión tras leer la carta, terminándola completamente absorta. Tanto era así que no había escuchado las pisadas de Kostik acercándose hasta el momento en el que, detrás de ella, bajo el quicio de la puerta, exclamó:

—¡Joder, qué pestazo!

Ella se volvió con los ojos aterrorizados, viendo al hombre descubrir el cadáver del doctor sobre su butaca.

—La leche. ¿Nuestro psicólogo se ha suicidado?

Zina no sabía qué decir, tan solo acertó a esconder de mala manera la carta tras de sí. Lo hizo de forma tan torpe que resultó más evidente que si no hubiera hecho nada.

—¿Eso es la nota de suicidio? ¿Qué pone?

—Na... nada. Sal de aquí, por favor —dijo con las palabras atorándose en su garganta.

—No me jodas Zina, trae aquí eso. Estoy harto de esta mierda, hasta nuestro psicólogo ha decidido inflarse de pastillas. Trae acá.

Ella se retiró velozmente, esquivando el zarpazo de Kostik. Tropezó con el mugriento diván y se agitó nerviosa para recuperar el equilibrio. El hombre la agarró de la muñeca evitando su caída, pero arrebatándole a la vez el papel.

Zina quiso recuperar la carta, pues no podía pensar en una persona más inapropiada para leer lo que había escrito.

Kostik la dejó caer sobre el diván y, siendo todo músculo, no tuvo problema en impedir que la pequeña Zina se acercase lo más mínimo. Su rostro cambió cuando leyó por encima lo que el comandante había hecho y la mujer terminó por rendirse. Ya era demasiado tarde para luchar, así que decidió que intentaría negociar cuando terminase de leerla con atención.

—¡Ese cabronazo! —Arrugó la hoja del diario y la lanzó al suelo, encaminándose hacia la puerta.

—¡Kostik, espera! —Salió tras él, pero ya había echado a correr, empujando a Lilya que se acercaba por el pasillo. Alertada por las voces que se escuchaban por todo el submarino, había salido para ver qué ocurría.

—¿Qué ha pasado? —preguntó entre susurros, aún presa del miedo de la alarma silenciosa.

—Tenemos que detenerle. Va a haber un motín —dijo Zina con lágrimas en los ojos, sintiéndose una completa inútil por haber dejado que todo se fuera al traste. Por no haber defendido la última voluntad de su mentor ni por un triste minuto.

—¡Abre, cabrón asesino! —Kostik aporreaba a puñetazo limpio el camarote del comandante, seguido de una veintena de hombres—. ¡Abre y da la cara!

Volkov, obligado a intentar calmar a la muchedumbre que cada vez levantaba más

la voz y exponía al Arkhangelsk al peligro, tuvo que abrir la puerta.

—No entendedís nada —dijo nada más separar la puerta del marco.

En ese momento Kostik arrampló dentro del habitáculo y propinó un soberano puñetazo en la cara al comandante, tumbándolo sobre el escritorio.

—Pues ahora lo vamos a entender todos pero que muy bien —dijo tras agarrarlo y arrastrarlo fuera del camarote.

Lo llevaron al puente, donde algún oficial hizo amago de detener la situación de motín, pero al ver la clara inferioridad en que se encontraba, decidió esperar acontecimientos.

Los hombres dejaron al comandante frente al intercomunicador de megafonía y Kostik escupió:

—Habla. Díselo a todos. Cuéntales lo que has hecho —le obligó a punta de pistola el técnico de artillería.

Los oficiales leales al comandante sacaron las armas y apuntaron a Kostik, gritándole que arrojara la pistola al suelo. Él, como respuesta, apuntó al panel de artillería.

—Habla, o juro que reviento los misiles ahora mismo y nos vamos todos a la mierda.

—¿Qué quieres que diga? —La voz del comandante se escuchó con claridad por todo el submarino—. ¿Que os salvé a todos de morir?

—¡Pero no a costa de mandar a la muerte a nuestros camaradas! —reventó Kostik—. Cuéntenos todos los detalles, joder. Habla o reventamos todos juntitos.

El comandante tragó saliva y, solemne, se dirigió al micrófono.

—Yo, el comandante Slava Volkov del submarino nuclear clase Akula, TK-17 bautizado como Arkhangelsk, ordené la evacuación voluntaria —enfaticó— de todo aquel que quisiese abandonar la nave para llegar a tierra.

Hizo una pausa y peleó con Kostik en un duelo de miradas.

—Ordené dicha operación a sabiendas de que las posibilidades de supervivencia para los que abandonaran el submarino eran cercanas al cero por ciento. El objetivo final de dicha operación era reducir la tripulación del Arkhangelsk al mínimo en pos de alargar los víveres de a bordo. Me responsabilizo totalmente de la decisión, habiéndola tomado con el único fin de prevalecer frente al enemigo.

—¡Qué enemigo! ¿Qué son esas cosas? —exigió otro hombre al fondo.

Sin embargo, antes de que el comandante pudiese dar más detalles, Pavel, desde el sónar, anunció asustado:

—¡Comandante, tenemos dos... tres objetos acercándose a toda velocidad! ¡Colisión en pocos segundos!

—¿Estás contento, Kostik? —preguntó Volkov—. Ya nos condenaste a todos.

El técnico de artillería no tuvo apenas tiempo de replicar, pues una gran sacudida agitó el submarino y todos se fueron al suelo.

—¡Emersión de emergencia! —gritó Volkov—. ¡Motores a plena potencia, que

todo el jodido personal vaya a sus puestos y acabe con esta estupidez!

Decenas de alarmas se encendieron, pilotos parpadearon sin cesar y hubo alguna que otra fuga de gases, pero todos (incluido Kostik que lucía la ceja abierta y chorreando sangre) intentaron obedecer las órdenes del aún comandante al mando. El submarino no tardó en elevar el morro, inclinándolo de forma pronunciada la cubierta.

—¡Se acercan tres objetos más, uno es enorme, comandante! Los otros los tenemos pegados al casco...

—¡Comandante! ¡El casco exterior tiene innumerables fisuras! ¡Tenemos fugas en los compartimentos ocho, catorce y quince! ¡También en el dos!

—¡Señor, ¿ordenamos la retirada a los módulos de emergencia?!

—¡Negativo! —contestó Volkov—. Estamos bajo el hielo ártico, ¡primero debemos romperlo! ¡Debemos salir a la superficie!

—¡Colisión inminente del enemigo, comandante! —gritó al fondo Pavel.

—¡Agárrense!

Más atacantes abordaron el submarino, que fue embestido salvajemente y todo quedó a oscuras.

Zina y Lilya estaban resguardadas en un camarote anónimo, abrazadas la una a la otra, aguantando los envites que sufría el submarino sin saber muy bien qué hacer. La última orden del comandante por megafonía era no escapar por los módulos de emergencia, así que esperaban que el Arkhangelsk rompiera el hielo de la superficie.

La luz se había ido hacía unos minutos, pero no había tardado en volver a teñirse todo de rojo luminoso. Sin embargo no se habían atrevido a salir, pues pronto comenzó por todo el submarino una ópera de disparos y gritos estremecedores que se incrustaban en la médula espinal de ambas mujeres.

Desconocían qué estaba ocurriendo, qué clase de seres estaban entrando en el submarino y qué podían hacer para combatirlos.

—Yo los vi, Lilya. Yo los vi. No podemos hacer nada contra ellos. Son invisibles, amorfos, imparables. Resplandecen como el agua bajo la luna, a veces brillan con luz propia de color azul. Pero todos les disparaban y nada los detenía. Nada los detenía, Lilya. Nada...

Se echó a llorar de nuevo, aterrorizada, mientras su compañera intentaba consolarla, intentando que no hiciese todavía más ruido a pesar de que todo el submarino continuaba con la orquesta del horror.

La besó tiernamente y esperó un par de minutos a que se calmase.

—Escucha, Zina. Debemos salir de aquí. Seguimos subiendo, no tardaremos en romper el hielo y podremos escapar. Pero tenemos que movernos, quedarnos cerca de la salida. Estamos en la cubierta inferior. ¿Me entiendes, cariño? Te necesito a mi lado. Me salvaste la vida haciendo que me quedara a tu lado, ahora no me abandones.

Zina la miró con los ojos empapados y rojizos y ambas se besaron, haciendo que Lilya sacase aún más ímpetu al saborear las lágrimas ajenas en sus labios.

—Vamos —dijo, tirando de la mano de su compañera.

Se asomaron con cuidado al oscuro pasillo, iluminado intermitentemente por una luz giratoria de color rojo. Poco a poco los gritos y disparos iban apagándose, pero uno las sorprendió terriblemente cerca y las dejó heladas. Tardaron unos segundos en reaccionar, pero lo hicieron corriendo a toda velocidad.

Llegaron a la escalera de mano para subir a la cubierta superior. Lilya la abordó primero. Estaba a media altura cuando escuchó algo extraño sobre su cabeza, pero al mirar no vio nada. Al principio. Un segundo después notó reflejos extraños, como si estuviese mirando la superficie de un charco.

Había algo ahí, pero no comprendía si esa cosa también la estaba mirando o por el contrario la iba a sorprender por debajo. La respuesta llegó en un santiamén. La mujer notó cómo parecía acercarse algo a toda velocidad y, por acto reflejo, soltó los pies y se deslizó escalera abajo. Frente a su rostro se cruzó lo que parecía una extremidad puntiaguda formada de agua, que al moverse tan rápidamente parecía centellear en un azul eléctrico. El ataque se estrelló en la pared y Lilya cayó encima de Zina.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, lastimada.

—¡Corre! —No tardó en levantarse y tirar de la mano de Zina, aupándola de golpe.

Ambas mujeres corrieron por el pasillo y escucharon detrás el sonido de algo cayendo sobre la cubierta de acero. El picoteo metálico que suponían los pasos de aquella cosa no se hicieron esperar, persiguiéndolas casi en la más absoluta oscuridad. Tropezaron con varios cadáveres mutilados salvajemente, cortados en varios trozos o directamente como si sus entrañas hubiesen estallado en mil pedazos. Todo lo podían observar a duras penas, como si de instantáneas fugaces se trataran. Cada fotografía que se mostraba en los breves instantes de luz se quedaba impregnada en su memoria, convirtiéndose en un macabro álbum de los horrores propio de un psicópata.

Intentado despistar a su perseguidor, giraron un par de veces corriendo por otros pasillos y salas. Al fondo vieron a alguien que parecía luchar de forma desesperada contra algo, y pronto descubrieron que se trataba del propio Kostik. Cuando llegaron hasta él, no vieron otra cosa más que al hombre.

—¿Qué pasa? —dijo Zina, perdiendo el resuello.

Kostik se volteó y su rostro lo dijo todo. Tenía las manos en el cuello, de su boca brotaban borbotones de agua al intentar hablar. Aquellas cosas acuosas se habían introducido dentro de su cuerpo. Al no poder librarse del líquido en su interior, alzó las manos en dirección a las mujeres, suplicando ayuda entre gorgoteos.

Ellas retrocedieron, asustadas, pues su pecho y cara se iban hinchando por momentos hasta adoptar formas grotescas. El agua comenzó a salir por todos los orificios de su cara, incluso por los ojos, hasta que uno de ellos salió disparado de su cuenca con el ruido propio al descorchar una botella de champán.

Zina gritó e hizo retroceder más a Lilya, que miraba absorta cómo Kostik iba a

estallar de un momento a otro al igual que habían visto los cadáveres del camino. Y así sucedió. Su pecho reventó salpicando todo a su alrededor de sangre, vísceras y agua.

Las dos mujeres, tan manchadas como el techo, pared y suelo, quedaron petrificadas por lo que acababan de ver, y más cuando el agua que había quedado desperdigada parecía deslizarse con vida propia y volver a recomponerse al lado del cadáver. Cuando ya era un gran charco, se irguió como carente de gravedad. Gracias a la mezcla de agua y sangre, pudieron discernir una forma angulosa parecida a la mezcla de una medusa y una araña de patas largas como espadas.

Se elevó hasta alcanzar un metro o metro y medio, y cuando parecía estar completa, dio un par de pasos que tintinearón como el perseguidor del cual habían escapado hacía un momento.

Aquello les bastó para salir corriendo en dirección opuesta, volviendo a escuchar el repique de esas puntiagudas patas golpeando el suelo. Giraron por otro pasillo y Lilya, que seguía en cabeza, tropezó en la oscuridad con lo que seguramente sería otro cadáver. Ambas se vinieron al suelo, aunque Zina consiguió levantarse con prontitud, no así su compañera, que resbaló con la sangre. Tarde para reemprender la huida, aquel ser acuoso las alcanzó.

Zina, viendo en el suelo y totalmente expuesta a su amada, sacó un arrojito que jamás pensó que tenía y se plantó entre ella y el peligro, con los brazos extendidos al grito de: «¡Aléjate!».

Lilya, sin saber muy bien si se lo decía a la araña líquida o a ella misma, luchó por ponerse en pie. Cuando recuperó el equilibrio, vio que la locura de Zina la lanzaba a luchar a manos descubiertas contra aquella cosa. Increíblemente, la maniobra pareció funcionar, pues sus manotazos atravesaron las patas de la araña y la tumbó en el suelo.

Rabiosa, fue a patear la chepa de la criatura pero esta vez sus botas sí se toparon con una resistencia inusitada, a la vez que la superficie del animal resplandecía con luz propia, repeliendo el ataque. Un segundo después, el charco de sus patas delanteras se había recompuesto formando de nuevo las extremidades. Pero ella no se amedrentó y continuó desafiante.

—¡Vamos, Zina, vámonos, corre! —Quiso acercarse a compañera, pero ella ya se había lanzado de nuevo para atacar.

Esta vez, para estupor de Lilya, los acontecimientos fueron muy diferentes. Sus brazos golpearon en las mismas patas, pero esta vez no se descompusieron. Como antes, brillaron con un color azul tan sólido como el hielo.

Zina no pareció hacerle ningún rasguño. Un instante después, una de esas extremidades la ensartó por el estómago, atravesándola de lado a lado y saliendo por la espalda, quedando a pocos centímetros de la cara de Lilya.

Lilya se quedó petrificada, viendo gotear la sangre de su compañera en la zanca del monstruo, notando sus propias entrañas regurgitando horror y desazón. El ser

acuático pareció aprovechar el agujero que había hecho para traspasar al otro lado, pues desde la punta de la lanza surgieron nuevas extremidades a la vez que desaparecían desde atrás. La mujer dio pequeños pasos, resbalando con la sangre que había en el suelo, y cuando el atacante pasó por completo, el cuerpo de Zina terminó derrumbándose.

La araña dio un par de pasos hacia Lilya y ella comenzó a correr de nuevo con lágrimas en torrente sobre sus mejillas. Corrió y corrió, atravesando pasillos y estancias sin rumbo alguno. Llegó hasta una de las salas de mantenimiento y tuvo la ocurrencia de cerrar la puerta para recuperar el aliento, pues se encontraba a punto de desfallecer. Su perseguidor no tardó en llegar, repiqueteando el suelo, hasta golpear con todas sus fuerzas al otro lado de la hoja. Unas embestidas después parecía haberse rendido y la mujer pudo respirar con algo más de tranquilidad.

Tranquilidad que no duró más de unos segundos, pues sintió por sorpresa cómo algo la cogía del tobillo.

Aquel monstruo se había deshecho y se estaba colando bajo la rendija de la puerta, por lo que un pequeño tentáculo la estaba agarrando. Por fortuna no fue difícil pegar un tirón y soltarse, para salir corriendo de nuevo. Se sintió totalmente desamparada, sin ninguna forma lógica de luchar contra esas cosas. Intentó orientarse y descubrió que estaba cerca del siguiente compartimiento del submarino, los cuales podían sellarse de forma estanca con sus pesadas compuertas.

Voló hasta allí, aunque en el fondo sabía que solo la haría ganar unos segundos más, pues quedaba claro que se habían internado en las entrañas del submarino más protegido jamás construido. Al llegar, empujó la compuerta y giró el cerrojo hasta hacer tope.

No sabía cuánto tiempo había conseguido con eso, o incluso si se había quedado encerrada en un lado aún más peligroso, pero era lo único que tenía. Solo una luz giratoria al fondo iluminaba de vez en cuando el extremo del pasillo en el que estaba. La alivió observar que no había nadie más que ella. Con esos momentos de descanso tuvo el lujo de pararse a recordar la pérdida de Zina hacía tan solo un par de minutos, sintiéndose la mujer más desgraciada. Toda la ilusión y emoción que había sentido hacía tan solo unas horas al encontrarse con unos sentimientos que creía no tener, ahora se habían esfumado como si hubiesen sido evaporados.

Ese mismo símil que rondó por su cabeza le dio una idea para luchar. ¿No estaban compuestos, al parecer, de agua? ¿Y si conseguía elevar la temperatura del submarino hasta evaporarlos?

Parecía, *a priori*, un buen plan, pero no tenía ni idea de cómo conseguirlo. Pensó entonces en el reactor nuclear, pero carecía de los conocimientos adecuados para manipularlo. Sin embargo, de lo que sí se percató es que ese compartimiento era sin duda el más seguro, blindado y estanco de todos los que podía tener el Arkhangelsk. Aunque también el más delicado y vulnerable.

Como fuese, era la única opción para resistir viva el tiempo suficiente para trazar

un plan.

Se acercó hasta el pequeño mapa de situación que había en la pared, cerca de cada acceso de los compartimientos, y para su alegría comprobó que estaba justo al lado; tan solo debía atravesar este en el que se encontraba, yendo hasta la parte posterior del submarino, y podría llegar hasta el reactor. Era fácil de decir, pero el horroroso tintineo de las patas de aquellos bichos llegó de nuevo hasta sus oídos.

Al fondo del pasillo había cruzado la esquina un nuevo monstruo. No sabía si se trataba del mismo o de otro, solo que se interponía en su camino. Sabiendo que era su única posibilidad, recordó el ataque sorpresa de Zina y corrió como una posesa hacia él, ayudada de la pendiente de subida del Arkhangelsk y rezando porque su carga suicida funcionase de alguna manera.

Un par de metros antes del encontronazo, descubrió con pavor cómo el monstruo parecía protegerse de su ataque. Observó un leve resplandor azulado en las dos patas delanteras que acababa de levantar y con las que esperaba que ella misma se empalase. Quiso frenar, pero ya era demasiado tarde, impulsada por la inercia de la carrera y la pendiente.

Justo antes del fatal encuentro sonó un gigantesco crujido y todas las luces se apagaron. Lilya sintió que volaba por los aires y se estampó contra el techo, para momentos después desplomarse de nuevo en el suelo. Notó su cara empapada en agua y, con el espanto de saber sobre lo que estaba tumbada, se reincorporó en el mismo momento que parecía restablecerse la iluminación. Se sacudió de encima todo el líquido que pudo y volvió a correr, mirando cómo el charco volvía a alzarse formando la espantosa forma arácnida reflectada por la tenebrosa luz roja.

Gracias a una divina providencia no se encontró con ningún monstruo más y llegó como una exhalación hasta el compartimiento del reactor. Abrió la compuerta y accedió a la pequeña sala de seguridad, teniendo la sangre fría de cerrar tras de sí, descolgar uno de los trajes anticontaminación y abrir la siguiente compuerta del reactor.

Una vez cerró el segundo acceso, se permitió el lujo de pensar en todo lo que había pasado hacía unos segundos. La sensación de movimiento del submarino había cesado, así que el gran golpe de antes no podía haber sido otra cosa que el Arkhangelsk rompiendo hielo ártico. Su posición aún inclinada sugería que gran parte del mismo podía haber quedado posado sobre el propio hielo, subiendo al aparecer como un torpedo desde las profundidades. Eso le daba un tiempo indefinido a Lilya antes de que el hielo cediese ante el coloso de titanio y se hundiese de nuevo en el fondo del océano.

Ahora bien, cómo iba a llegar hasta la salida era otro cantar. Pensó en el plan de evaporar al enemigo, pero no entendía nada de lo que veía a su alrededor. Todos los controles pertenecían al siglo pasado y no había ni una sola pantalla o terminal de acceso que poder estudiar. No podía tocar alegremente los paneles que la rodeaban, pues podría provocar una explosión, un escape radiactivo o cualquier otro tipo de

catástrofe.

Descorazonada, se apoyó en la pared hasta deslizarse al suelo. Había llegado tan lejos, había perdido tanto por el camino... y sin embargo no parecía haber servido para nada. Lloró amargamente por todo durante largos minutos, embutida en aquel traje, sin saber qué demonios hacer. No se podía luchar contra un enemigo que se colaba por cualquier rendija, que no moría al ser disparado, desmembrado o pisoteado. Prácticamente invisibles, prácticamente imparables, y lo único que se le ocurría hacer quedaba fuera de sus conocimientos.

Durante un segundo pensó en irse a lo grande. En tocar todo lo que pudiera y hacer que el reactor reventara, llevándoselos a todos al mismísimo infierno. De hecho pensó que, puestos a morir, se le antojaba como una seductora opción. Se había rendido, pues la lucha era inútil, pero eso no quitaba que pudiese aplicar una colosal venganza contra aquellos que le habían arrebatado lo que más quería.

Extrañamente animada con la idea de su muerte, se puso a observar los controles, intentando discernir para qué podía servir cada cosa. Rememoró los motivos que habían precedido a los desastres nucleares de Chernóbil y Fukushima: todos tenían en común fallos en la refrigeración. Así que por ahí buscó. No tardó en encontrar botones, palancas y controles que hacían referencia a dicho módulo.

Era mientras buscaba qué destrozarse cuando se topó con algo que le hizo saltar una bombilla sobre su cabeza.

No podría evaporarlos. Pero sí congelarlos.

Frente a ella tenía una de las últimas chapuzas que se le habían practicado en los últimos años al Arkhangelsk: el módulo de refrigeración de emergencia. Constaba de unos grandes tanques llenos de nitrógeno líquido que alimentaban una serie de tuberías dispuestas por todo el compartimiento del reactor. Si bien dicho sistema solo estaba preparado para funcionar dentro del reactor y no podía rociar el submarino entero, podía pensar en algo para transportar y usar a su favor ese nitrógeno.

Ilusionada, buscó a su alrededor cómo podría fabricar algo con lo que poder usar ese gas en la manga y dio un salto de alegría cuando descubrió que lo tenía realmente fácil.

Descolgó uno de los extintores y lo examinó con atención. Era perfecto. Perfecto. Desenroscó la parte superior donde estaba el gatillo y la válvula de seguridad y con cuidado sacó la parte interna, una larga barra que contenía un depósito de CO₂ que expulsaba el polvo ignífugo. Vertió el mismo en un rincón de la sala; si ahora rellenaba el extintor con nitrógeno líquido, el CO₂ lo empujaría al exterior como una ráfaga ártica.

Repitió el proceso de vaciado con otro más y se imaginó a sí misma como un dragón de Siberia, congelando a sus enemigos con un aliento de hielo. Corrió a los tanques y pronto encontró una pequeña válvula para purgar el circuito, así que no tardó en rellenar los dos extintores con el preciado nitrógeno. Colocó de nuevo los depósitos de gas y enroscó el gatillo con la manguera. Usando unas cinchas que

sujetaban varias cajas en un rincón, se colgó uno de ellos a la espalda y cargó con el otro, notando el frío extremo que despedían los dos cilindros rojos.

Volvió sobre sus pasos, decidida a salir de ese ataúd de metal, y al poco de regresar a los oscuros pasillos se encontró con unos de esos monstruos acuáticos que parecían registrar minuciosamente todo el submarino.

El ser no tardó en detectarla, acercándose lentamente a ella, como si adivinase sus intenciones. Cuando estuvo a un par de metros, le apuntó con la manguera del extintor y apretó el gatillo. Una pequeña bocanada de gas surgió durante un segundo, pero pronto hizo un sonido ronco, como ahogado. La mujer se alarmó al no ver funcionar el invento, maldiciéndose a sí misma por no haberlo probado antes de salir.

Cuando la nube blanca se disipó observó aliviada que algo sí había conseguido: la mitad del repulsivo cuerpo ahora brillaba totalmente congelado y aprovechó para arremeter una patada contra él, tumbándolo en el suelo y quebrándolo en mil pedazos. Antes de que lo que quedase de él se restaurase, corrió a desenroscar de nuevo el depósito y arrojó parte del nitrógeno sobre el charco de agua que empezaba a alzarse.

Salió de allí a toda velocidad, con el extintor aún abierto en las manos, repasando qué había salido mal. Cuando comprendió el evidente error se sintió como una estúpida al pensar que el gas podría impulsar el nitrógeno, pues no podía expandirse al encontrarse con algo de temperatura tan baja. Tendría que luchar de forma menos refinada y lanzar directamente el contenido a todo aquello que se plantase frente a ella.

Marchó por todo el corredor de forma cautelosa, sin carreras ni grandes estruendos, evitando llamar la atención. Había sido contagiada por el propio silencio del submarino, pues por algún motivo las alarmas y bocinas de aviso se habían acallado y ya incluso antes de entrar en el reactor los gritos y disparos habían desaparecido. Parecía ser la única que aún resistía allí dentro, aunque era muy probable que muchos siguieran acurrucados en sus camarotes, esperando la muerte.

Ella no estaba dispuesta a morir, al menos todavía. No por culpa de esas cosas y mucho menos sin luchar.

Cuando subió a la última cubierta tuvo que enfrentarse con un par más de arañas que se interpusieron en su huida, lucha que no le supuso gran problema al mandarlos directamente al infierno glacial. No obstante, a medida que se acercaba a la escotilla de salida, los monstruos se multiplicaron y se vio obligada a correr desesperada, pues ya no le quedaba ni una gota de su preciado líquido. Tuvo que darles esquinazo hasta por fin alcanzar la escalera de salida.

Comenzó a subir escuchando el repique de decenas de patas que la habían seguido hasta allí, por lo que no le daría tiempo a abrir la escotilla y salir al exterior. Apoyándose a duras penas para no caer, descolgó el segundo extintor de su espalda y miró hacia abajo, viendo el suelo brumoso y difuminado por todos los seres que subían a por ella. Con celeridad lo desenroscó y volcó, congelando a todos los monstruos que, agolpándose unos con otros, formaron un bloque sólido y taponaron

el acceso, dándole el tiempo necesario para escapar.

Cuando por fin abrió los cierres de la escotilla y empujó con fuerza hacia arriba, sintió como una bendición la luz cegadora que deslumbró sus ojos. Terminó de abrirla y recibió sobre el plástico del traje la ventisca que arreciaba en el exterior. Echó un último vistazo al interior del submarino y lanzó escaleras abajo el extintor, que golpeó en el hielo y lo quebró en millones de esquirlas cristalinas que sonó como música de estrellas.

Brincó al exterior, sobre el casco del Arkhangelsk y comprobó que había imaginado bien cuando estaba en el reactor: tenía la proa apoyada en el hielo, y el agujero que había hecho al emerger ya comenzaba a congelarse de nuevo. De hecho, solo un par de metros la separaban del mar Ártico, quedando la escotilla casi al nivel del agua.

Escaló como pudo unos metros más arriba y se deslizó por un lateral hasta caer sobre un montón de hielo y nieve.

No habían pasado ni unos segundos desde que salió del submarino y ya notaba los estragos del frío polar colándose por cada rendija del traje. No llevaba ni mucho menos un atuendo adecuado para transitar por el casquete polar, y un equipo de descontaminación no la salvaría de congelarse, pero no podía pedir nada más. Había salido viva de aquella trampa de metal.

Caminó durante largos minutos vagando sin rumbo, azotada por fuertes y heladores vientos, hundiendo los pies en varios centímetros de nieve, a sabiendas de que seguramente estaba a cientos de kilómetros de cualquier lugar mínimamente civilizado. Desorientada, continuó. Y continuó. Y continuó. Notaba sus pies congelados, una auténtica falta de fuerzas la embriagaba a tirarse sobre la nieve, pero se resistía a rendirse.

No obstante el destino jugó con ella para llevarla hasta ese desenlace, hasta el punto y final de su historia.

Entre la ventisca de viento y nieve descubrió al coloso del Arkhangelsk varado en el hielo. Había caminado en círculos todo el tiempo. Maldiciendo su suerte, dio unos pasos más hacia lo que había sido durante meses su hogar, cayendo de rodillas frente a él. Su compañero de viaje permanecía inmutable, engullido lentamente por la nieve.

Rabiosa, se quitó la capucha del traje y sintió directamente en su piel el frío polar que hasta ahora los había protegido de caer como el resto de la humanidad.

Con sus ojos grandes cubriéndose de escarcha, echó una última mirada de odio al gigante de metal, como si él tuviera la culpa de haberse extraviado y no haber podido escapar. Antes de tener que cerrar los ojos por completo, escuchó unos crujidos y zumbidos que provenían de dentro del submarino... justo en el momento en que varias figuras con forma de araña se erguían rodeándola, visibles bajo una fina capa de nieve que empezaba a acumularse sobre ellas.

—¿Qué pasa, cabronas? ¿No pensáis congelaros aquí fuera? Pues yo sí. Pero ya... ya no importa.

El círculo se estrechó, escuchó más ruidos dentro del submarino y Lilya sonrió. Se alegró enormemente de haber toqueteado todo lo que pudo antes de salir del reactor. Al final sí que se iba por la puerta grande. Lo último que vio antes de que sus retinas se achicharrasen por la explosión nuclear, fue el hielo del Ártico reventando en miles de gigantescos pedazos que ascendieron al cielo formando la figura de un titánico arcángel.

EL FARO DEL ACANTILADO

Joaquín Fernand

Hacía muchos años que la luz del faro se perdía indiferente en la inmensidad del horizonte marino, sin más, sin objetivo ni interés en buscarlo, sin que abrazase ningún barco al que servir como guía. Era casi un faro olvidado, mantenido por la dificultad de una navegación ocasional frente al escarpado acantilado donde descansaba erecto e indiferente, allá donde una serie de piedras e islotes de tamaño inútil para el aprovechamiento humano sembraban de peligro las proximidades a tierra.

Una vez, pasar junto a aquel acantilado fue ruta de acceso, pero no lo era desde hacía demasiado. Otros puertos y otros faros conducían a barcos que iban por otras rutas mejores, más fáciles y efectivas. Si alguna vez sucedía, quienes navegaban bajo su luz no eran más que viejos pescadores de la zona en pequeñas embarcaciones de recreo, ridículas ante la presencia del armatoste de ladrillo perdido en el tiempo y en la historia cuya luz se hundía en la espesura de noches desterradas; pescadores y lugareños que solo frecuentaban aquellas rocas en graves épocas de carestía y malos tiempos, pues parecía que las aguas que lamían el acantilado estaban malditas para la pesca, para la navegación, para la vida en el mar, por ser escarpadas, toscas, ásperas, frías.

Si bien de día el lugar era complicado por su fisonomía, de noche el mar inspiraba miedo. Las olas nunca se mecían sino que atacaban la tierra por medio de aquel precipicio; el agua se impulsaba a sí misma hasta dispararse contra las rocas a la vez que dejaba escapar, desde las profundas y desconocidas entrañas del mismísimo mar, los alaridos salados de marineros muertos, de marinos en agonía, de humanos engullidos por las olas o arremetidos por bestias del mar; el agua iba a morir en rabiosas gotas hisopadas contra la pared del acantilado, el mar salpicaba su cuerpo en fragmentos violentos arañando la piedra, buscando su derrumbe progresivo en una batalla sin fin ni pausa.

Que el mar traía el eco recóndito de su insondable corazón hasta el pie del faro para comunicarse con tierra firme en una lengua ininteligible, todo el mundo lo sabía. Por supuesto, el primero era el farero, un hombre taciturno, silencioso, discreto, reservado. Hasta el lejano faro se accedía únicamente por una ondulada carretera de piedra que nadie recorría, ni tan siquiera el cartero o un repartidor eventual, por todo el tiempo que se perdía en caminarla cuando únicamente llevaba hasta el viejo faro, centinela sin alma, viejo espíritu que nunca fue lobo de mar porque solo sabía del mar por verlo frente a sí. El salario era muy bajo, pero el oficio de farero era estable además de incluir una casa donde habitar, lo que aumentaba sus menguadas fortalezas para encontrar una mujer. Con la intermediación y ayuda del cura del pueblo, el farero logró una esposa con la que se casó y de inmediato le dio un hijo. Entonces el

farero se sintió más completo, más satisfecho, más humano al lado de aquella mujer sencilla y servicial, hasta que el hijo, al poco de nacer, enfermó de gravedad. Fiebres, vómitos, náuseas y diarrea actuaban en el cuerpo del recién nacido sobre el que se aplicaban cuidados paliativos recomendados por el anciano doctor del pueblo cercano.

A pesar de la ausencia de mejoría, el hijo del farero permanecía estable a merced de los cuidados y la dedicación de sus progenitores. La monotonía frente al mar impetuoso era la voz de vida del farero, curtido en la reparación del edificio, la limpieza de las lentes de Fresnel, el engrasado de la maquinaria, el peligroso manejo de los agentes inflamables con que se hacía funcionar la lámpara, el sistema de señales de luz según las condiciones de la mar. A veces, cuando llovía a raudales o las olas se embravecían salvajemente, el agua inundaba por completo el interior de la muralla circular que rodeaba el perímetro del faro, la misma que en sus tiempos delimitaba el terrero ante asentamientos temporales de buscadores de trabajo que no se producirían nunca más. Entonces el farero sabía que la parte inferior del edificio se anegaría y con suerte, con una suerte extraordinaria tan impropia de unas aguas malditas nada condescendientes, encontraría uno o dos peces de buen tamaño que pudiesen ahorrarle el almuerzo de ese día.

Cada noche, el gran ojo de luz paseaba su mirada cíclica por un decorado idéntico, combustionando el tiempo. La construcción que le daba la vida tenía un cuerpo prismático con base perfectamente cuadrada. Su aspecto exterior era poco diferente al de una torre vigía de grandes proporciones propia de tiempos de grandes guerras y defensas imponentes, a ella se accedía por una única puerta metálica protegida demasiado tarde de la corrosión del óxido; sobre la base se alzaban cinco plantas con ventanas propias de castillo, la mayoría ciegas y hundidas en las paredes con marcos superiores decorativos y otras dos piezas más formaban la cúpula conteniendo la maquinaria y la lámpara vigía. Las pequeñas reformas efectuadas a través de los tiempos en su interior habían ido diseñando sus espacios en virtud de las necesidades de cada época. Para cuando se instalase el farero en él se habrían realizado transformaciones que debían servirle de hogar tras haber sido un almacén improvisado malavenido. Y, con maña, el farero y su mujer supieron adaptarse al frío edificio que parecía aceptar los usos humanos de su esqueleto como el buen hijo maduro acepta designios incontestables enviados por su dios creador.

Bajo la cristalera del faro quedaban varias estancias estrechas que constituían la vivienda en sí misma, a la que se accedía por una escalera interior interminable para el ascenso, por empinada, por estrecha, por su erosión. Estaba fabricada con maderas reutilizadas de barcos que encallaran en los albores de los tiempos, soportaban con resignación ejemplar las subidas y bajadas del farero, fiel a las necesidades de mantenimiento del faro casi olvidado que se había convertido en su único amigo en la soledad de los días vacíos de una existencia anodina, días idénticos entre sí desplazados en el calendario vital por el viento siempre inquebrantable que,

constante, golpeaba con su puño de aire la torre día y noche, incansable, quizá buscando derribar la construcción que osaba interponerse en sus dominios más allá del acantilado que coronaba.

El farero conocía las rocas a la perfección, a ellas y lo que sucedía en ellas, por lo que no le debía resultar llamativo encontrar en alguna ocasión restos de animales devorados. Cuando no peces, eran aves las que aparecían muertas; la vida en el mar era como en cualquier otro punto del mundo: ganaba el más fuerte, sin segunda oportunidad. Lo que sí le llamó la atención aquel día fue la limpieza de los restos que encontrara. Unos metros más abajo de su posición, aparecían perfectamente limpias las partes duras de gaviotas y frailecillos. Descendió por las rocas posibles hasta alcanzar la zona donde, caídos o mejor lanzados sin demasiada fuerza, contó hasta trece largos picos de gaviota, bien robustos, con sus respectivos cráneos, los cuales habían sido mordidos con ahínco para retirarle los restos de carne que los uniesen al cuerpo blando, cinco patas de igual forma atacadas desperdigadas alrededor, con las uniones repasadas de igual forma. La marea no había salpicado esta área del acantilado en demasía como para eliminar otros restos apercebidos por el olfato: sangre, órganos internos, cuerpos de peces abiertos, vida arrancada.

El farero tomó los cráneos en sus manos, los estudió con una curiosidad cercana al entretenimiento, se los llevó consigo al faro. Y este primer gesto fue el que le hizo reparar en la ingente cantidad de picos y patas que acumulase en breve tiempo.

Por eso, ahora el farero observaba con mayor atención el mar, con un ahínco que hacía muchos años no ponía sobre esta tarea.

Un par de días más tarde lo vio por primera vez.

Una mañana, desde el balcón de la vidriera donde ejecutaba sus labores, una gaviota que revoloteaba sobre su cabeza estaba interesada en volver a posarse sobre la veleta de la cúpula del faro desde la que había sido espantada. El pájaro decidió alejarse del edificio y continuó su vuelo errante hasta las rocas del acantilado. Con indiferencia, escogió un punto cualquiera en el que posarse. Apenas había apoyado sus patas con un movimiento automático que no le presentaba dificultad, apenas había tocado la superficie de lo que pensaba iba a ser piedra, un brazo la atrapó. El farero, que la observaba, sufrió un sobresalto por lo inesperado del suceso: había sido un brazo emergido entre las piedras, enhiesto y vigilante, concentrado en la espera, un brazo de color similar e idéntica textura a las rocas que lo rodeaban, un brazo erguido, que podría ser humano. La gaviota quiso retomar el vuelo y el brazo tiró de ella hacia abajo, a un pequeño nivel inferior de rocas donde ya quedó oculta. El farero dejó en el suelo el cubo que portaba para limpiar la cristalera. En ese momento, desde una altura inferior, un cuerpo antropomorfo tomó impulso para lanzarse al mar. Pudo ver una maraña de pelo húmedo ondear ante el brinco, el cabello de una cabeza de forma humana que de espaldas a él se había precipitado al mar.

El farero corrió a socorrer al desconocido. Alcanzó un nivel superior de rocas desde el que pudo comprobar la inaccesibilidad de la zona desde donde se produjese

el salto. Pero no había nadie allí ni nadando más abajo, ni cuerpo flotando en las aguas ni tampoco embarcación cercana que pudiese haber recogido al saltador o sobre la que este hubiera podido caer. Solo halló más patas de gaviotas y frailecillos, más picos y cráneos limpios de carne y sangre.

Una semana después volvió a ver el brazo. Al principio no estaba seguro de identificarlo correctamente por todo el tiempo que llevaba esperando que la ocasión de un nuevo avistamiento se repitiese, pero lo que observaba era sin duda un brazo extendido. El corazón le latía con tanta intensidad que podía escuchárselo por encima del estridente vaivén de las olas rompiendo contra la pared del precipicio. Con cautela, avanzó agachado lentamente hacia el punto donde el brazo emergía, midiendo cada uno de sus pasos, con la atención puesta en el miembro cuyo extremo se abría al cielo exhibiendo unos dedos estrechos que resultaban atractivos puntos de descanso para aves. Su sigilo y destreza le hicieron aproximarse a gatas hasta apenas unos metros de la extremidad rígida, inmóvil. Contenía la respiración, el miedo palpitaba en sus entrañas con la intensidad de quien quiere abandonar la misión encomendada que sabe podía costarle un susto desagradable; el aire venía cargado de gotas de agua que mojaban su rostro concentrado, por ello entrecerraba los ojos pasmados. Se incorporó apenas unos milímetros, irguiéndose, buscando conocer la forma física de una criatura que le quitaba el sueño.

Y el farero detuvo sus movimientos, permaneció tan estático como aquel apéndice emergente porque escuchó un clarísimo olfateo en el aire; acto seguido el brazo se plegó sobre sí mismo y con un movimiento rápido la criatura a la que pertenecía se desplazó resuelta y, enérgica, saltó al mar.

No pudo ver nada nuevo.

A partir de entonces, el farero vivía intrigado por la extraña criatura. Sin duda, el desconocimiento sobre la misma le causaba temor a la paz que una expectación con la que alimentaba sus días anclados en un trabajo rutinario y tan vacío. Recordaba el extraño brazo expuesto al sol como una roca más, su estructura parecida a la humana pero tan diferente a la suya propia; imaginaba qué aspecto tendría y se asustaba cavilando las más terribles de las morfologías, mas algo le hacía pensar que no debía desconfiar si tan temeroso era el comportamiento de la criatura que huyó de su presencia al identificarlo próximo.

Guardó silencio. No pretendía asustar a su esposa, necesitaba saber más antes de dar la noticia. Si se hubiese decidido a hacerlo, no hubiese sabido ni qué contar o a qué se enfrentaba; cuanto tenía por seguro era su condición de asustadizo, desconfiado, temeroso.

Fue por esto que, si bien el farero no era hombre de inteligencia boyante sino más bien limitada, el maquinarse de su mente hizo saltar el resorte clave que activa las luces entendederas del cerebro humano y así lo hace digno de distinción entre las especies y el hombre concibió la magnífica idea de procurarle alimento a la criatura con el fin de atraerla para sí. Sería una estrategia sencilla con la que demostrarle su benignidad:

consistiría en dejar a la vista un puñado de peces y aves colocados en el interior de una cesta de mimbre, junto a las rocas donde había visto el brazo elevarse contra el cielo, aguardando capturas con que alimentarse. En sus labores de acondicionamiento del edificio el farero recogía a diario peces y aves muertas de los que se deshacía, pero ahora podía hacer uso de ellos con la cesta que descartase su mujer esa misma mañana, al romperse el asa de transporte, la misma que el farero había hecho guardar en la pequeña leñera del edificio para servir de yesca en la estufa de la vivienda. De esa manera quizá podría ganarse cierta confianza con la criatura si esta disponía del entendimiento suficiente para asociar que la cesta procedía del farero.

Tan pronto como la preparase, colocó la cesta en un punto bien visible desde cualquier ángulo si se procedía del mar como, intuyó, sería lógico y lo más acertado. Su contenido fueron tres gaviotas muertas que abrió con un puñal para que su olor se extendiese y alcanzase la nariz de la criatura. Y esperó a que pasada la tarde, por la noche encontrara indicios de su presencia.

Solo halló moscas sobre los restos muertos.

La suerte le acompañó al día siguiente, cuando encontrara la cesta que dejase volcada en un lugar distinto adonde la había dejado. No era erróneo asegurar que había sido lanzada de la misma manera que lo eran los restos duros de las aves comidas que iba almacenando en casa. Este logro animó al farero a dejar alimento para la criatura a diario, lamentándose si al caer la tarde aún no había encontrado qué dejar en la cesta.

Tras cinco ocasiones fructíferas más en las que la criatura había interactuando con la cesta, decidió añadir a la ración de comida una nota manuscrita por él mismo, en la que simplemente saludaba y anunciaba su nombre y su condición de amigo, nada más. La puso sobre la carne abierta y se marchó.

Como cada mañana, el alimento había desaparecido pero la nota también lo había hecho sin que el farero encontrase respuesta o indicios de ella por ningún lado. Era probable que la criatura no la hubiese entendido, que no hablase su idioma ni tampoco otra lengua humana; no obstante, buscó el documento manuscrito por toda el área que le era accesible sin encontrarlo, por lo que albergaba alguna posibilidad de que la extraña criatura sobre la que no había hablado a nadie se comiese también el papel. O en el mejor de los casos, se lo hubiese llevado consigo.

Motivado, capturó un par de gaviotas más con trampas caseras que fabricase. Descendió por el acantilado con la destreza que su curiosidad le había forjado, llevando consigo los dos animales muertos. De rodillas, puso una de ellas sobre la piedra, a media altura del acantilado, e introdujo un puñal en el pecho del animal para despiezar su carne.

Al cabo de unos segundos, escuchó un sonido que de inmediato reconoció, sacándolo de su ensimismamiento: un olisqueo, un husmeo, un rastreo, el ruido de unas fosas nasales trabajando en busca de una mejor percepción de un olor concreto. El suyo.

El farero pareció volverse de piedra. Sus músculos se endurecieron más de lo que hubiese querido. Le fue costoso girar muy lentamente el cuello, sabedor de qué iba a encontrar.

Y como vez única desde que el farero recordara, el viento dejó de pronto de soplar en el acantilado. Tras de sí, a la altura de sus botas, comprobó la presencia de la extraña criatura cuya cabeza subió desde los pies hasta un palmo de la suya, quedando frente a frente cuando el farero se giró y el ser tomó una posición erguida, por encima de la altura del farero. Los ojos desproporcionadamente grandes de la criatura, indiscutiblemente propios de un pez, se movían buscando cada detalle del rostro humano que contemplaba con una mezcolanza creada por la fiereza que necesitaba mostrar y el terror recíproco que sentía. Sus fosas nasales eran mucho más estrechas de lo que el farero hubiese imaginado pero tan ruidosas en su función que despertaban escalofríos. El largo cabello oscuro, tan descuidado, caía parcialmente sobre la cara como un elemento muerto al que estaban adheridos líquenes, algas, hongos; su boca era prominente, similar a un hocico animal y a la vez como la de un pescado, y al llevarla entreabierta se sugerían en su pestilente interior unos dientes afilados dispuestos en una o varias filas. Detrás, lo que bien podrían ser branquias rasgaban su físico. La región supraorbitaria cambiaba a un tono más oscuro que el resto de la piel, a medio camino entre la elástica y rugosa de un sapo y la escamosa de un pez.

Disponía de dos brazos de configuración humana donde nacían dos aletas a la altura de los codos, con pequeñas pero férreas ancas casi transparentes en las manos extendidas entre los dedos; lo que debían ser las piernas lo mantenían de pie en un vaivén inquieto; el cuerpo mostraba una línea lateral coloreada visible de perfil, una panza abultada en la región del tronco y bajo el ano una aleta de dimensiones considerables en comparación con el resto del cuerpo, muy brillante y llamativa que se agitaba ocasionalmente, de modo rítmico.

El farero pensó que iba a atacarle, que mordería su cuello para hacerlo desangrar como él mismo procuraba la muerte a las capturas que tomaba por las agallas, estaba convencido de que este hecho iba a suceder de un momento a otro. Incapaz de soportar por más tiempo la tensión de su forzada posición en cuclillas, necesitó apoyar tras él un brazo en la roca para mantener su equilibrio al tiempo que con el otro pretendió cubrirse; estos movimientos imprevistos y necesarios para mantener el equilibrio del farero hicieron decidir a la criatura que era el momento de huir, por lo que inclinó su cuerpo hacia el suelo tras dar varios saltos hacia atrás. Auxiliada por sus extremidades, dio un par de brincos entre las rocas para lanzarse con una ligereza pasmosa, para su peso, al vacío del acantilado.

El farero escuchó el impacto del ágil cuerpo contra el agua, sin atreverse a mover un ápice. El viento comenzó a soplar de nuevo. Al incorporarse, pasados unos instantes, tragó saliva que le produjo dolor. Le dolía el pecho y quiso sentarte, pero la repulsión profunda que el fresco recuerdo de la criatura le causaba lo obligó a

alcanzar el faro con celeridad y cerrar la puerta exterior tras de sí. Sentía un miedo tan inusual e inesperado que hasta temió vomitar por las arcadas que convulsionaban su pecho.

Desterró la idea de alimentar por más tiempo a aquel individuo. ¡Cómo llegó a pensar que iba a ser capaz de entender el mensaje que le escribiese, una criatura tan asquerosa! Su inteligencia debía estar más que limitada, su condicionada comprensión dependería de su portentosa nariz con la que inhalara su olor corporal de humano, su huida repentina ante el movimiento del farero volvía a este vulnerable debido a que la criatura no entendería sus intereses amigables y sí podría encontrar amenazas que no eran pretendidas; además de ello, sus destrezas y sus habilidades físicas para el mar lo hacían más fuerte en un posible enfrentamiento inesperado en el que se evidenciaba la debilidad indiscutible del farero. Cayó en la cuenta del problema que había ocasionado para la seguridad y felicidad de su familia y avistaba la costa pendiente de hallar parcialmente oculto el espantoso brazo de tan horripilante criatura. Por más que lo buscaba no parecía que acertase con un nuevo avistamiento; ya no salía del faro si no era armado con su fusil de pesca, cargado con un arpón puntiagudo en el que resplandecía el sol sobre su superficie metálica.

Pasaron varios días en los que siguió sin encontrar signos de su presencia. Parecía haber desaparecido, era posible que su capacidad de comprensión por pequeña que fuera concluyese que el farero era un enemigo cuya zona era preferible no invadir. Este pensamiento tranquilizó al farero, quien no bajaba la guardia.

Llegó entonces la época habitual de fuertes tempestades, para la que el farero ya andaba preparado. Revisó la instancia inferior del faro que se anegaría una ocasión más, instaló refuerzos en las ventanas desde adentro, preparó provisiones de seguridad para su mujer y su hijo por si la situación general se veía recrudecida. Tan pronto como comenzaron a soplar los enérgicos hachones de viento con más fuerza que de costumbre se desató el cielo enrabiado con relámpagos magnánimos que flameaban desquiciados desde los cielos, la luz estallaba con tanta intensidad que invadía el interior del faro en una ola breve que producía ceguera. Las ráfagas de agua se arañaban de la superficie del mar desde donde eran izadas contra el cielo al romper con el acantilado, tal era la fiereza de la colisión que la misma se confundía con el sonido bravo de los truenos. A su vez, el cielo encapotado proyectaba hacia el faro un grueso aguanieve que ayudado por granizo ocasional colisionaba contra este esqueleto impasible que hacía frente sin resistencia.

El farero subió a comprobar las vidrieras del faro, temeroso de que los perdigones de nieve hiriesen los cristales e impactasen directamente contra las lentes de la lámpara. Abrió la escotilla de acceso a la zona superior y sintió de inmediato el vigor del viento que se colaba por mil rendijas que ahora hacían vulnerable su casa, su propio paso a aquella zona, su vida y la de los suyos. Consiguió acceder y cerrar tras de sí ayudado ahora por el viento, que propinó un portazo ensordecedor. El farero se puso en pie y alzó la linterna que traía consigo, enfocada hacia las lentes, por las que

pasó su mano izquierda buscando humedad.

El destello invasor de un nuevo relámpago sumergió la sala en luz viva. Una sombra se proyectó sobre las lentes y el farero se giró para identificarla: ¡allí estaba la extraña criatura, encaramada a la cristalera del faro, apoyando sus manos o lo que fueren sobre el cristal mojado al cual tenía su cara de pez pegada! El farero se tambaleó de lo imponente que la encontrase, cuando la criatura corrió por la cúpula del faro con un agilidad pasmosa, al igual que lo haría un reptil; recorrió la bóveda por completo hasta alcanzar el lado opuesto, aquel que daba al mar y al que llegaba bocabajo, y frente a los ojos del farero descendió por la estructura del faro, adherido su cuerpo a la fachada del edificio, hasta que la perdiese de su vista, una vez más.

Con aquella visión el farero pensó haber experimentado la pesadilla más desagradable de toda su vida. Obligándose a sí mismo a mantener en silencio la experiencia vivida, no alejaba de su mente la idea de lo próximo que aquel desagradable individuo había estado de su propia casa, en un punto físico al que ningún ser humano hubiese logrado acceder con facilidad en semejante tormenta, ¡más difícil aún era reptar por la cúpula y perderse bocabajo! De cualquier manera, la pesadilla que creía haber vivido iba a encrudecerse sobremanera apenas una semana después.

Resultó que un banquero de ciudad resolvió tener unos días de descanso en el pueblo natal de su recientemente difunta madre. Para ello alquiló una casa dentro del pueblo inmediato, que estuvo recorriendo con su mujer y sus hijos al tiempo que ensoñaba los paseos que allí y acá su madre debió dar en tiempos mozos hasta encontrar a su padre antes del matrimonio. La acomodada familia sintió interés por el faro, que de manera certera atrajo a los más pequeños, por lo que el padre decidió acudir a sus intermediaciones la única mañana que desde su llegada a la población no amanecía lloviendo.

El farero los observó llegar desde lejos, centrado en sus labores de acondicionamiento incrementadas en días de borrasca. El coche de caballos en el que se desplazaban se acercó a la última curva del camino para detenerse. Los críos bajaron de inmediato, eran cinco o seis; corrían de un lado a otro al tiempo que el progenitor voceaba las precauciones que debían tener en tamaña pared de roca con mortal caída. Los niños corrían libres tras los días de lluvia en tierras extrañas; inventaron un juego y todos buscaron dónde esconderse.

El más pequeño consideró la idea de descender parte del acantilado aprovechando la facilidad que ofrecía el tramo de mejor accesibilidad. Desconocedor hasta de los peligros más visibles debido a su pueril edad, no evitó herirse una pierna, un rasguño del que la sangre comenzó a manar con un hilo que descendía hasta sus zapatos. Contuvo con valentía el llanto ante el suceso, sabedor de la riña que recibiría al haber desatendido las reiteradas indicaciones de seguridad de su padre. Miró en derredor, procurando no apoyarse en ningún lugar mojado: lo que nunca podrían haber identificado sus ojos es la verdadera naturaleza de una roca indiferente con aspecto de

palo erguido, que se elevaba hacia el cielo con su cúspide abierta en pequeños ramales unidos entre sí por una membrana que reconociese erróneamente como algas.

Un primer grito anunció el susto mayúsculo del pequeño. Lo siguieron otros más, que hablaban primero de la impresión desmesurada que sintiese al ver que el palo estaba vivo, se movía y lo atrapaba; después de dolor por la presión férrea que se ejercía contra su cuerpo; a continuación de pavor esencial al comprobar la categoría sobrecogedora de su atacante imposible. Sus chillidos se extendían volátiles por el área del acantilado en cualquier dirección, proyectados contra las rocas se hacían fuertes con su rebote; el eco los reforzaba y los lanzaba al mar, quien lo devolvía a tierra amplificados, matizados, distintos. Luego, la voz limpia de su garganta se ahogó por un desgarró tan claramente identificable que pasmaba la sangre.

El oído instruido del farero supo dónde acudir a merced de la procedencia del sonido. Según descendía, ya podía contemplar que llegaba sumamente tarde: más abajo, parcialmente cubierto por las rocas, el cuerpo del infante no oponía resistencia alguna ante el ataque que aún le perpetraba aquella criatura, la misma que él había estado dando de comer. Su boca de pez maldito estaba incrustada en la garganta del pequeño y su cuerpo se blandía flácido, maleable, ausente, ajeno.

Tras contarle su historia, el banquero no podía creer de ninguna de las maneras lo que el farero afirmaba por más que le relataba una y otra vez la historia de un ser mitad hombre y mitad pez que rondaba el acantilado. Con el cuerpo muerto del menor de sus hijos en la morgue local, aquel padre se debatía entre la incredulidad más absoluta y la necesidad imperante de encontrar a un culpable. Era evidente que el cuento del farero era absurdo y fantástico, que no podía considerarse real en modo alguno; sin embargo aquel hombre le apenaba, su pobreza y las lágrimas solidarias y sentidas eran tan sinceras como las suyas propias. La intensidad de sus expresiones, el interés por explicar cada detalle, el brillo en los ojos de aquel hombre señalaban que decía la verdad, pero simplemente cuanto contaba era imposible. Por su seguridad, aterrado ante la idea de profundizar en todo lo acontecido detalle a detalle y que esto le implicase más en los hechos, el farero evitó ir más allá de lo que había sucedido la noche en que lo viese encaramado y el ataque de esa misma mañana, callando pasa sí que lo había provisto de alimento.

El médico desplazado a la zona reconoció que las heridas no podía haberlas causado la mordedura de un hombre, ni conocía de un instrumento que magullara del modo en que se había desgarrado la carne. Esto daba la razón al humilde farero, que era examinado con odio destemplado por el padre dolido mientras apretaba los puños.

Ya había entrado la noche cuando el farero regresaba a su casa. Después de haber recorrido un par de calles tras salir de la morgue, la voz decidida del banquero lo llamó desde atrás. Al girarse, su expresión dejaba muy claro, antes de hablar, que había tomado una decisión en firme, consciente y definitiva: le aseguró que haría todo lo posible por que pagara por lo que había hecho. No lo creía. Así se despidió del farero.

El farero marchaba a oscuras por el viejo camino de vuelta. El tropel de acontecimientos le había hecho olvidar la necesidad de llevar una lámpara o una linterna consigo para el regreso. Ni tan siquiera llevaba algo de ropa de abrigo; marchaba de frente a la ventisca agradeciendo que el cielo encapotado no decidiera desprenderse del agua que contenía.

Pero estas esperanzas de benignidad duraron poco. En el momento en que ya divisaba de cerca el faro que debía estar encendido, la lluvia comenzó a caer sin aviso ni contemplaciones. Al principio fue una fina capa de agua helada que rozaba al farero con una gélida caricia desagradable; él aceleró su marcha ante la que se avecinaba. Minutos después estalló de nuevo el desazón en los cielos, los hachones de viento empujaban su cuerpo en dirección opuesta como buscando que no llegase a su destino, que no lograra alcanzar su casa. El ulular del aire soplado invadía sus oídos desprotegidos; sus hombros y el cuello se aterían de frío aunque al farero ya no parecía importarle.

El agua ya estaba inundando la parte baja del faro. Accedió a la zona limitada por el muro que contenía el agua almacenada, sus pies se hundieron hasta los tobillos, para los que se revelase la baja temperatura como una dificultad superior a lo esperado. El aire sopló una vez más y la puerta de acceso al interior del olvidado faro tronó violenta contra el marco: estaba abierta. Esto alertó sobremanera al farero puesto que su mujer sabía de la importancia de la puerta como elemento de seguridad, más aún en noches de tempestad desaforada. Tropezó por la precipitación de su carrera, perdió el equilibrio al escurrirse cuando se estabilizaba y por ello se empapó por completo en la cisterna improvisada que formaba la planta baja impracticable del viejo faro.

Alcanzó por fin la puerta y lo que le aterró fue el silencio interior, solo perturbado por el crepitar de las olas generadas a su paso. Parecía un estanque dócil, en oposición a la bravura desencadenada en el exterior. Y silencio, demasiado.

Por eso comenzó a llamar a gritos a su mujer. El farero llegó a la escalera de ascenso con la fuerza del impulso que proporciona la inquietud, subió los escalones tirando de sus pantalones calados que, como el resto de la ropa empapada, se le adhería dificultando sus torpes movimientos realizados casi a oscuras. Para cuando se encontró frente a las dependencias que constituían su vivienda ya había recuperado su fusil de pesca, siempre cargado con su arpón resplandeciente. Su dedo índice derecho se acopló al gatillo como el soldado creyente se prepara para defender su tierra cuando vio por el suelo los cráneos con picos y las patas de ave que coleccionara desde poco antes de la aparición de la criatura: la caja había sido volcada desde encima del aparador donde el farero la guardaba con discreción. Arrastraba sus pies mojados por el maderamen de la vivienda, atento a cualquier ruido; así identificó el llanto monótono de su mujer, contenido y lastimoso, que procedía de la pieza donde descansaba su hijo enfermo.

Tras cruzar el umbral de la puerta, el farero encontró materializada la visión que

se iba forjando en lo más recóndito de su imaginación despertada desde que entrase al faro. La terrible criatura anfibia había conseguido entrar y estaba presente allí, en su propia casa; la tensa postura de su cuerpo evidenciaba su condición de atacante, las aletas estaban expandidas y temblaban buscando amedrentar, su boca se abría y cerraba exhibiendo las ristas de alfileres que eran sus dientes desgarradores, manchados de sangre, y olisqueaba continua y ruidosamente a su alrededor interpretando la información clandestina e inaccesible que el aire de la estancia le facilitaba sobre sus adversarios. Frente a la criatura quedaba arrinconada la mujer del farero que sostenía entre sus brazos al hijo de ambos, el ser anfibio se movía de un lado a otro protegiendo los flancos del rincón donde la mujer sollozaba incapaz de mover un solo músculo, centrada en la protección del niño. El farero observó con atención que los brazos de su mujer evidenciaban con heridas sangrantes que habían sido atacados. Esto hizo que el farero actuase al tiempo que la furia cegaba su razón. Con decisión, alzó el fusil de pesca hacia la criatura que ahora estática lo miraba con atención al haberlo reconocido, y disparó contra ella sin pensarlo ni calcular: el arpón salió despedido con un sonido ronco y fue a impactar por debajo del cuello del enemigo, que saltó hacia atrás. Sin duda, el tiro podría haber resultado más efectivo de colisionar directamente en la cabeza de un ser tan despreciable, pero el farero no reparó en la efectividad de su acción; pudieron más la desesperación y el odio.

La criatura emitió un chillido de dolor con una voz profunda que al farero le pareció provenir del Averno, erizándole el alma angustiada. Quiso incorporarse para aumentar su tamaño y al hacerlo el arpón que lo atravesaba le provocó un dolor inesperado en su cuerpo; trató de morderlo para retirarlo pero no alcanzaba a atraparlo con la boca y el daño se elevaba a cotas insoportables. El farero corrió al encuentro y atrapó entre sus manos el arpón incrustado en el cuerpo del ser; con fuerza lo movió dentro de la herida para provocarle mayores daños. La criatura golpeó enseguida con un brazo al farero, lo despidió de sí y lo hizo caer al suelo estrepitosamente, luego se abalanzó sobre él dejando caer todo su peso para limitar sus movimientos y quedó su pestilente boca abierta a escasos centímetros de la suya.

No se atrevía a atacar. La criatura amenazaba al farero intimidado, lo sometía al miedo pero no lo atacaba físicamente como era de esperar por su condición de salvaje, por la situación de abordaje, por necesidad natural. La criatura entonces se puso en pie de un salto y superó al farero tendido en el suelo abandonando la habitación. El hombre miró preocupado a su mujer, esta le indicó con un gesto sincero y tranquilizante que se encontraba bien, y el farero salió cojeando escaleras abajo tras el ente después de cerrar la puerta de la habitación.

En los primeros escalones, casi a la altura del nivel del agua acumulada, la criatura tenía su cabeza girada hacia arriba, buscando sus ojos coincidir con la mirada enrabiada del farero, que se detuvo al verse inerme. En su salida había golpeado un puñado de cráneos de gaviota de aquellos que coleccionara y que ahora caían escaleras abajo hasta alcanzar a la criatura, que se puso en pie una vez más, esta vez

con grandes dificultades para flexionar su cuerpo. Aún profería chillidos, pero de menor intensidad. De su boca descendía un hilo de sangre que manifestaba las consecuencias internas del arpón clavado en su cuerpo. Con un hábil movimiento aquel ser marino se tocó entre sus branquias, de donde cayó algo mezclado con sangre, y saltó al agua; una agitación desesperada lo hacía huir del faro, salir de su muralla delimitante para volver al mar.

El farero bajó las escaleras y se introdujo en el agua para cerrar definitivamente la puerta de acceso al faro. Así ponía fin a la pesadilla, al menos por esa noche. De vuelta a la escalera se evidenció la fatiga acumulada en el día más dificultoso de toda su vida. Necesitaba ordenar la maraña de vivencias y pensamientos acontecidos, y tomar decisiones sensatas, efectivas, acertadas.

A sus pies, en los primeros escalones, un objeto blando y arrugado llamó su atención. Antes de terminarlo de desplegar completamente, el farero reconoció que se trataba de la nota manuscrita que un día dejase a la criatura marina en la cesta de comida, aquella en la que se presentaba como amigo.

ESTE BARCO NUNCA DORMIRÁ

José Alberto Arias

Este barco nunca dormiré, lo sé bien. Aunque yo desaparezca, aunque quede desierto, nunca dormiré. Me he topado con todas las leyendas vivas: el *Holandés Errante*, el *Jian Seng*, el *USS Hornet*, el *Queen Mary* y, sobre todo, el peor de todos, el *Mary Celeste*. Naturalmente, no todos los barcos fantasma aparecieron juntos, sino a lo largo de estos meses a la deriva. Ahora estoy solo, y he perdido la esperanza. El *Esperanza Brava* no aguantará como lo han hecho estos barcos siniestros. No tiene la fortaleza ni el cuidado que tuvieron ellos, pero sí su maldición. Hace dos días, cuando desapareció Alisha, decidí arrojarlo todo por la borda. Sus pertenencias, el alcohol y el cuaderno de bitácora. Nunca aspiré a ser capitán de este barco, y por tanto no soy quién para mantenerlo a flote a pesar del miedo. Hay noches en las que tengo tanto que me quedo en cabina, temblando de pies a cabeza, prácticamente entre espasmos, con los dedos ateridos y agarrotados en torno al timón. Cuando pasa la noche tranquila, no hay problema; cuando aparecen los otros barcos o se oyen las voces, entonces rezo para ser el siguiente. Pero nunca lo soy.

El viaje comenzó por accidente. Cuando Alisha y Dennis vinieron de visita en el barco que acababan de comprar y tuvieron que ser rescatados en alta mar, no sabíamos nada de lo que se avecinaba. En una noche de luna llena quedamos para hacer una moraga junto al mar. Se nos unieron Sergio y Koldo y entre vinos y caladas surgió la idea de aventurarnos los seis en un viaje épico, una de esas travesías que los hombres han aspirado a cumplir desde el principio de los tiempos, el hombre contra el mar, fuera de su medio, en medio del miedo. A veces, de niño, me aterraba pensar lo que ocultarían las toneladas y toneladas de agua, las criaturas inimaginables en las zonas sin explorar, los recodos más recónditos de los océanos, la negrura húmeda, seres ciegos que respiran el agua envenenada del fondo, que son de hueso para aguantar la presión del agua en sus cuerpos pegajosos. Con el tiempo se me pasó ese miedo, aunque siempre que nado temo que algo me roce la pierna y tire de mí abajo hasta transformarme en parte del mar. Eso fue cuando creía que existían los monstruos marinos. Ahora que lo sé, aquel miedo me parece estúpido. Ojalá fuera ese el miedo que me mantiene congelado en la cabina de mandos.

Éramos ocho. Sergio y Koldo con los dos críos, Alisha y Dennis, dueños del barco y capitanes (siempre hablaban en plural, siempre juntos, como si nada pudiera dividirlos), y por último Margot y yo. Estábamos listos para la aventura de nuestras vidas, y comenzamos sin problemas. Atravesamos el Atlántico hasta alcanzar el Caribe, siempre con el apoyo de los amigos internacionales de Dennis, que le aportaban el combustible y los víveres que solicitaba por radio. No supuso una odisea, sino un paseo prolongado. Solo Alisha parecía tener problemas con el mareo provocado por el vaivén. A veces interceptábamos mensajes de otros barcos, la

mayoría en lenguajes desconocidos. Bordeamos América del Sur hasta adentrarnos en el Pacífico, donde las leyendas sobre barcos malditos y fenómenos inexplicables cobraban vida como en ningún rincón del mundo. Los niños se mostraban irascibles, discutían a menudo con los padres y agriaban el ambiente tranquilo de las tres parejas.

Quizás por ello tardamos en percatarnos de su ausencia varias horas. Koldo llegó alterado, con el pelo sobre la cara y hecho un puñado de nervios. Los seis retomamos las labores de búsqueda por el velero, aunque pronto desistimos. Solo había una salida: el mar. Los botes salvavidas seguían amarrados al barco, pero no había rastro de los niños. Sergio, histérico por la desaparición de sus hijos, creyó atisbar en el casco del barco unos restos de sangre, aunque todos estuvimos de acuerdo en que solo era un araño en la cubierta. Creímos eso, o hicimos como si lo creyéramos. Y sin embargo...

Las dos noches siguientes apenas descansamos. Cada ruido, cada chocar de las olas contra el barco, cada soplo agudo del viento nos parecían las voces de los niños pidiendo auxilio. Además, Koldo y Sergio no dejaban de discutir. Durante los días se reprochaban el uno al otro no haber estado más atentos y se retaban a abandonar el barco en un bote para no alejarse más del lugar donde habían desaparecido los niños. Sin embargo, decidieron esperar. Dennis terminaba de forma tajante todas las discusiones de la pareja, y exigía tranquilidad y respeto mutuo como capitán del barco.

A pesar de que procurábamos permanecer unidos para que la moral colectiva no quedara más minada, una mañana Sergio no estaba. Se había esfumado como sus hijos. Una vez más, Koldo entró en pánico y comenzó a amenazarnos a todos. Decía que habíamos sido todos, que nos habíamos deshecho de su familia porque no concebíamos su felicidad, que éramos homófobos reprimidos, que nos denunciaría para luego ocuparse de nosotros personalmente. Al fin, Dennis decidió encerrarlo en uno de los camarotes. Lo encerró y arrojó la llave al mar a pesar de los gritos de Margot y su amada Alisha, quien había demostrado ser mucho más que el nuevo ligue del capitán, tal vez incluso la definitiva. Lo cierto es que, a pesar de la aparente solución y calma impuestas por Dennis, cuando estudié el casco para encontrar rastros de Koldo, hallé una superficie impoluta, limpia de ralladuras o restos de sangre. Como si lo que se había llevado a los niños hubiera tratado de limpiar su huella. Eso me hizo pensar, aunque preferí no compartirlo con nadie para no alterarlos.

Al parecer, la idea de ocultar información para no desatar el pánico no era mía en exclusiva, ya que esa noche, tras encerrar a Sergio, mientras Margot y Alisha se ocupaban de la cena, Dennis y yo mantuvimos una conversación bastante reveladora.

—Prométeme que no dirás nada —comenzó, y se me aceleró el pulso.

—No te puedo prometer nada. Dennis, como hayas tenido algo que ver con lo de los críos o...

—No es eso. Cállate, joder, es importante.

—Dime.

—Estamos perdidos.

—¿Cómo? No está el horno para bollos, déjate de gilipolleces.

—Que va en serio, hostia. No tengo ni idea de dónde estamos.

—¿Y el mapa?

—Sin señal.

—¿La radio?

—Ídem. No funciona ningún aparato electrónico desde hace varios días, así que estamos jodidos.

—Pero tío, ¿cómo no has dicho nada antes?

—Y yo qué sé. Esas cosas pasan. *Shit happens*, como dicen los ingleses. Creía que se resolvería solo...

—¿Y si nos guiamos por el firmamento?

—No es posible.

—¿Por qué?

—Tú espera a que llegue la noche, ya verás.

—Empieza a tocarme los huevos ya tanto misterio... ¿Has visto que no quedan manchas de sangre en el casco? Quien se haya desecho de Koldo, ha limpiado las huellas.

—No tienes ni idea. ¿No ves que es el mar? No hay más, el puto mar que está siempre cambiándolo todo. ¿Por qué te crees que me compré un barco? Porque aquí todo es inesperado, no se puede planear lo que va a ocurrir. El hombre no está hecho para vivir en el mar y, cuando lo intenta, hace que nos acordemos pero que bien.

—¿Qué cojones...?

—Los barcos que desaparecen. Barcos enteros, ¿sabes?, zarpan y no se vuelve a saber de ellos o de su tripulación. Y la gente que está nadando y de pronto se hunde en el agua como si algo se los hubiera tragado. ¿Te crees que son tiburones o calamares gigantes? ¿Monstruos marinos? Eso no existe, te lo digo yo. Es el mar, que a veces nos recuerda que para nosotros ya hizo Dios la tierra.

Llegada la noche, cuando los demás permanecían abajo, salí un momento con la intención de observar las estrellas, la luna y así poder orientarme. Cuando miré al firmamento, encontré un manto negro donde no brillaba nada. Solo se oía el roce de la proa a medida que rasgaba el agua a merced del viento, pues habíamos apagado el motor para reservar el poco combustible en caso de emergencia.

En la noche cerrada no vi el otro barco hasta que pasó a unos metros del nuestro. Cuando leí las letras gastadas apenas podía creerlo: *Queen Mary*. La leyenda del barco fantasma, la madera vieja, las velas ajadas, la cubierta desierta, arrastrado en dirección contraria a nosotros a pesar de que el viento soplaba a nuestro favor, como si algo lo desplazara, una corriente oculta en el agua, una ballena jorobada que

empujara por debajo, cualquier otra extraña gesta.

Decidí bajar en busca de auxilio para que alguien me dijera que lo que acababa de ocurrir no era producto de algún delirio. En cuanto entré en el comedor, las dos mujeres y Dennis reían sin parar. No dejaban de repetir frases a las que no lograba encontrarles sentido, de modo que empecé a mosquearme. Aunque trataba de llamar su atención, seguían con su estúpido juego de chistes sin sentido.

—¡Hay un barco, joder! Hostia ya con las gilipolleces —estallé, y se callaron, se pusieron muy serios y volvieron a reír juntos, con carcajadas más fuertes aún.

Un grito nos heló la sangre y todos recobraron la compostura. El grito, como reconocimos de inmediato, era de Sergio, un grito de pavor, exaltado, el grito en el que cabía todo el miedo del mundo. Dennis abrió un cajón tras unos jarrones y sacó un revólver. Se dirigió hacia el pasillo, y yo le seguí.

—Vamos todos, no os separéis.

Fuimos los cuatro en cadena cogidos de las manos hasta el camarote cerrado a cal y canto de Sergio. De su interior ya no llegaba un grito de miedo, sino un llanto soterrado, casi silencioso. Parecía murmurar algo que no llegábamos a entender.

Dennis disparó al cerrojo y abrió de prisa, empujó la puerta con el hombro y entró. Le seguí yo. El camarote se encontraba vacío. Miramos hacia el techo, detrás de la puerta, por la ventana rejada, pero no había ni rastro de Sergio.

—Aquí pasa algo muy raro. Arriba acaba de pasar un barco vacío.

Dennis salió corriendo y volvió enseguida con una cajita de cartón.

—¡Vamos fuera, las bengalas! A ver si nos ven, tienen que andar cerca.

—Dennis...

—¡¿Qué?!

—Era un barco fantasma. Era el *Queen Mary*.

De todos modos, subió a cubierta y lanzó una, dos y hasta tres bengalas que ardieron y se consumieron en la noche. Apenas nos iluminaron a nosotros, supimos que no había escapatoria posible al mar una vez que este ha probado la carne.

Establecimos desde esa noche unas pautas de actuación. Siempre deberíamos ir juntos, o a lo sumo en pareja. De ir en pareja, lo que fuera que había acabado con los cuatro no se atrevería a atacarnos a los dos. Esto nos sirvió para profundizar en nuestras relaciones, ya que desde que habíamos comenzado el viaje, al estar constantemente rodeados de personas, habíamos descuidado a la pareja. Alisha se había soltado el cabello y no dejaba de manosear a Dennis a todas horas y en todas partes. A Margot le hacía gracia esa libido desatada de manera tan repentina, y a veces también le daba por jugar, aunque en esos momentos lo que menos me apetecía era pensar en el sexo. Mi instinto de supervivencia decía algo bien distinto como para preocuparme por compartir orgasmos.

No fui yo el único en avistar los barcos fantasma. A plena luz del día, mientras limpiaban la cubierta Margot y Alisha, pasó ante ellas el *USS Hornet*, aunque no

conocían el significado de ese encuentro. Dennis demostró ser todo un lobo de mar, al corriente de las principales leyendas marinas a lo largo de toda la historia. Siempre que trabajábamos juntos, mientras pescábamos o conservábamos los alimentos, se dedicaba a contarme historias imposibles ocurridas en el mar.

—¿Por qué te empeñaste entonces en lanzarte al océano? Es como si lo estuvieras buscando...

—No le tengo miedo. Tenía que demostrármelo... Tenía que demostrarle a Alisha que soy el hombre que necesita, ya sabes... Joder, no es tan difícil entender que tenía que cometer una locura por ella.

Si hubiéramos sabido que el amor puede condenar al hombre a un infierno de agua salada...

Esa noche apurábamos una de las últimas botellas de vino. Celebrábamos nuestro aniversario, los cinco años de relación con Margot, y cocinamos un pescado blanco con cebolla dulce y el mismo vino con el que brindábamos. Estábamos cerca del postre, cuando me iba a arrodillar con el anillo que llevaba escondido en los calcetines, cuando el techo crujió. Todos miramos arriba sin mediar palabra; era como si alguien o algo recorriera la cubierta.

—Quietos —dijo Dennis, y sacó el revólver del cajón.

—No hagas tonterías.

Me ignoró. Mientras tanto, las mujeres se escondieron tras de mí con mil imágenes horribles en sus cabezas.

—Es grande —comentó Dennis, como si los demás no supiéramos que el crujido solo podía ser provocado por algo grande o muy cabreado.

De repente, el barco comenzó a temblar y escuchamos el gemido de algo contra la nave central, como si otro barco o un iceberg nos hubiera golpeado de lleno. Dennis no aguantó más y salió corriendo escaleras arriba, de modo que lo seguí para evitar la catástrofe. Llegamos a cubierta y rodeamos todo el barco para observar los daños o la fuente de la colisión. No obstante, el casco se encontraba en perfecto estado.

—¿Qué es? —gritó Margot desde la puerta de la cabina.

—Vuelve dentro, no ha sido nada.

—¡La caldera! ¡Ha tenido que ser una roca! —indicó Dennis.

—Aquí había algo, Dennis. Cálmate, guarda la pistola. Lo hemos oído los cuatro, lo sabes. Bajo a comprobar la caldera.

Margot me acompañó, pasamos por los camarotes y llegamos a la caldera. Tampoco había nada ahí, de modo que subimos deprisa a cubierta para comunicárselo a Dennis.

—¡Nada! Abajo no hay nada, ¿qué cojones es todo esto?

—El mar. Ya te lo dije.

—¿Te parece muy divertido? ¿En serio? No se te ocurra apuntarme con el cañón.

—¿Y Alisha? ¿Ya la habéis dejado sola abajo?

—Estaba en el cama... —intervino Margot.

—Tú te callas.

—Si tienes huevos, me lo dices a mí.

Me abalancé sobre él y le empujé; cayó de espaldas contra el timón ornamental de cubierta, y al caer disparó al aire. Margot gritó y me abrazó por detrás. Yo estaba temblando, no podía dejar de sudar con ese sudor frío que me atería de dentro afuera. Me sacudí para quedar solo y acudí hasta Dennis, que observaba aterrado el revólver aún humeante. Se lo quité y lo ayudé a levantarse. Temblaba, temblábamos. En la puerta nos esperaba Alisha con los ojos llenos de lágrimas. Margot no estaba en cubierta.

—¿Y Margot?

—¿Margot...? No sé... yo acabo de salir. ¿Quién ha disparado?

—¡Estaba ahí! ¡Me estaba abrazando, no me toques los huevos! ¿Y Margot?
Alisha reemprendió el llanto.

—No sé nada... te lo juro, a... aca... acabo de salir... No estaba.

—¿Quién me ha abrazado?

Dennis abrazó a Alisha y ambos cayeron de rodillas sobre la madera de cubierta. Me asomé al puente de mando, como si Margot fuera a estar oculta entre paneles y muebles, pero no había nadie. Saqué el anillo del bolsillo.

Arrojé el anillo por la borda.

La convivencia se hizo un infierno. A veces, en mitad de la noche o incluso a pleno día, abandonaba la sala común y paseaba por la cubierta con la esperanza de que Margot apareciera como se había ido. Deseaba hallar restos de su pelo o su sangre o su vestido flotando en alta mar... pero no. El mar la había devorado por completo y cada día tenía más claro que haría lo mismo con nosotros, si es que no lo había hecho ya en ese limbo donde no cabía la civilización. No me importaba ponerme en peligro, y lo cierto es que a Alisha y Dennis tampoco les preocupaba que yo me alejara a solas, como clamando al monstruo o al mar que lanzara un tentáculo y me arrastrara hacia el fondo, en ese templo submarino poblado por los cuerpos de cientos, de miles, quién sabía si millones de desaparecidos en las inmensidades marinas.

No me asustaba nada, las cosas que flotaban en el agua, los ruidos que creía oír, a veces gritos lejanos de alguien perdido, un reflejo mío, algún pájaro que se aventuraba y llegaba a morir a nuestro barco... Todo aquello no me daba miedo; nada me dio miedo, ninguna desaparición, ni siquiera la de Margot. Lo que de veras me aterró fue lo ocurrido durante la noche de la tormenta.

Empezó a llover a media tarde, primero un viento loco preludeo del fin del mundo, un aire eléctrico que envolvía nuestros cuerpos y convertía al barco en medio del agua en un objetivo idóneo para ser atravesado por un rayo. Aguanté la guardia en cubierta hasta que, llegada la noche, me relevó Dennis. Salió a cubierta con su gorro

de capitán y un ridículo chubasquero con el que poco podría hacer en vista de las gotas que caían como cubos de agua. Como llevaba horas atrapado entre la lluvia y el frío, bajé a la sala común con el rostro lívido y los músculos ateridos. Alisha me esperaba con una manta entre las manos, abierta para recibirme. Desde la desaparición de Margot, se había vuelto mucho más comprensiva conmigo que su novio, y desde luego yo había respondido feliz a sus atenciones.

—Estoy asustada —dijo mientras me quitaba la sudadera y la camisa. Me dejé caer en la manta entre sus brazos. Me abrazó sobre la franela caliente—. Tenía la manta junto a la caldera para que te desentumeciera los músculos.

—Gracias... ¿Por qué tienes miedo?

—La tormenta. Podría hundir el barco con una ola más grande de la cuenta.

—¿Eso te asusta?

—El mar... Dennis me cuenta muchas cosas.

—No le hagas caso, ¿vale? Le gusta mucho el espectáculo, siempre con su gorrito de capitán y sus historias de viejo lobo marino. Solo tiene un puto barco de mierda, ¿se cree Barbarroja?

Alisha se rio conmigo. Ninguno pensaba en Dennis, luchando contra la tempestad para que el barco no tuviera ningún problema, para que no se nos pasara ningún barco o señal de civilización, por difícil que resultara en esa noche fría y violeta y gris y negra.

—He calentado agua para que entres en calor. Túmbate.

Me tumbé boca abajo. Me desnudé. Fuera, el viento aullaba y la lluvia golpeaba el techo como látigos metálicos. Alisha comenzó a masajearme con una esponja empapada en agua caliente y dejó caer su cuerpo contra el mío, sobre el mío, sus pechos en mi espalda como calambres de carne al rojo vivo. A nuestro alrededor, solo era el silencio y mis latidos y sus latidos, y mis gemidos y sus gemidos, las uñas sobre la piel, la lengua sobre la piel, la esponja en el suelo como testigo cómplice. Fuera, el frío y la lluvia, la oscuridad, el mar y sus criaturas, golpes de olas gigantes, objetos que caían de las estanterías a nuestro lado, disparos...

Los pasos nos descubrieron desnudos, Alisha abrazada a mi cuerpo con sus brazos y piernas. Cuando se abrió la puerta, Dennis irrumpió en la habitación, fuera de sí. Portaba el arma que había pasado a convertirse en parte de su atuendo habitual y venía empapado de pies a cabeza. Un hilo de sangre manaba de su frente. Ni siquiera reparó en nosotros, en nuestra desnudez, en nuestra pequeña traición; su mirada estaba perdida en algún punto ahí fuera, temblaba con auténticos espasmos de epiléptico, respiraba con dificultad, se mordía la lengua.

—¡Dennis! ¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho eso? —le gritó Alisha, y se le aproximó envuelta en la manta que me acababa de arrebatar.

—¡Le he dado! ¡Le he metido dos balas, pero no puede morir! ¡No podemos matarlo, pero estoy vivo! El mar no puede morir...

Estaba fuera de sí, parecía loco. Abrazó a Alisha y se dejó caer al suelo.

—¿Qué ha pasado ahí arriba? —pregunté al fin—. Dennis, mírame a los ojos.

Me miró al pecho, al abdomen, a la entrepierna. Apartó la vista molesto por mi desnudez. Entonces, fue como si recuperara el raciocinio y se diera cuenta, y comprendiera. Yo estaba desnudo, Alisha estaba desnuda bajo la manta, ambos estábamos solos, se respiraba el calor, se respiraba la tensión. Ella se levantó y se puso a preparar una infusión para Dennis. Mientras, él se quitó la ropa empapada.

—Vamos a morir los tres —anunció al fin.

Alisha temblaba, la cuchara no dejaba de retumbar contra la porcelana de la taza. Dennis, ya desnudo, se rascó la entrepierna y observó de cerca el revólver.

—Lo que se ha llevado a los demás viene a por nosotros. El mar tiene brazos, hijos de puta. Y ojos, tiene muchos más ojos que vosotros. ¿Vosotros me ibais a engañar? ¿Cómo, hijos de puta? Traidor, eres escoria...

—Dennis...

—Y tú eres una puta. Eres un putón de mierda, no te mereces ni una de mis balas. A ti te tiro al agua sin matarte, que se te coma el mar.

Alisha no podía sostener la taza. El agua no dejaba de derramársele a medida que se acercaba a Dennis. Cuando la tuvo a alcance, le dio un puñetazo que la tumbó; la taza se hizo añicos contra una estantería y el té fluyó por la madera del suelo. Salté sobre Dennis para que no le diera tiempo a apuntarme. Caí encima de él. Mi cuerpo contra el suyo sonó como una pechuga cruda sobre la encimera de la cocina. Nos dimos de bruces con las escaleras que llevaban a cubierta, cada escalón clavado a una altura distinta de la espalda de Dennis. Gritó y me metió varios dedos en la boca mientras trataba de clavarme otro en el ojo. Le mordí, pero no retiró la mano. Noté la sangre en la boca y al fin lo dejé ir. Me golpeó en el cuello con el puño cerrado y me alejé de espaldas. Choqué contra Alisha, pero no podía respirar: el cuello se había cerrado y no permitía el paso de aire. Por un momento pensé que todo acababa ahí, que la vida se escapaba en esa niebla blanquecina, en los gritos de Alisha y las patadas de Dennis, pero la arcada debida al golpe me obligó a toser con violencia. La sangre salpicó el suelo, el aire llenó mis pulmones.

Cuando pude ponerme en pie, entre el sillón y la mesita, vi que Alisha blandía un cuchillo de cocina ante su pareja y lo agitaba con violencia.

—¡No me tocas otra vez! Antes te mato o me mato, cabrón.

—Alisha, tranquila, aléjate —dije yo—. Puedes hacerte daño, ya ha pasado.

Dennis seguía chorreando el agua de la lluvia; parecía recién salido del mar. Cogí el objeto que tenía más a mano, el cazo donde Alisha había calentado el agua, y rodeé el sillón en guardia. Dennis echó a reír, los relámpagos se colaban por el hueco de la escalera. Fuera, el viento aullaba, la lluvia aullaba, la noche aullaba, el mar rugía. Alisha se abalanzó sobre Dennis con el cuchillo en mano y él le dobló el brazo y se apoderó del arma. Aproveché que me daba la espalda para golpearle con fuerza en la cabeza, encima de la nuca, en el bajo cráneo. Crujió la primera vez y la segunda, y la tercera, y así hasta la séptima, cuando la cabeza era una masa blanda y yo un asesino

y Alisha una criatura bañada de sangre.

Todo aquello tuvo lugar en poco más, poco menos que media hora. Nunca supe qué fuerza nos volvió locos, si ya lo estábamos y solo faltaba una tormenta para ponernos entre las cuerdas, si formaba parte del plan del mar. Sea como sea, colocamos una pieza más en el destino del *Esperanza Brava*, aquella nave maldita y huérfana de capitán.

Cargamos juntos el cuerpo de Dennis y lo arrojamos por la borda en la noche más lluviosa de nuestra travesía.

—Estoy muy, pero muy asustada.

—¿Por qué?

—Has matado a Dennis, por Dios. Lo has matado y yo no he hecho nada y estamos en medio del mar y nos va a devorar también a nosotros, y...

—Olvídalo. Olvida a Dennis y todo lo que te ha contado. Ya sé que él tenía sus teorías y todo, pero era un paranoico. Es por su culpa que estamos aquí. Él compró el barco y provocó que nos perdiéramos.

—¿Pero y el mar? Hay criaturas ahí, tiene que haber algo que nos devore cualquiera de estos días.

—¿El mar te da miedo? ¿En serio? Conozco historias que no tienen nada que ver con lo que pasa aquí y dan mucho más miedo. Me han ocurrido a mí y son mucho peores.

—Cuéntamelas. Pero solo si son verdad.

—¡Claro que son verdad! Todo el mundo conoce una historia terrorífica sobre el mar, ¿verdad? ¿A que tú también conoces una?

—Una de cuando era niña...

—Cuéntamela, y te cuento yo la mía.

—Yo... Bueno, esta era yo con quince años o así. Se me da fatal contar historias, perdona... bueno, pues pasaba el verano con mis padres en un pueblecillo de cerca de Cangas, ¿sabes? Y tenía una pandilla de siete amigos que siempre salíamos, casi todos del pueblo, y nos íbamos juntos y los del pueblo nos contaban las historias de miedo de la gente de ahí. Pues había una historia de un marinero que una vez salió solo a alta mar porque necesitaba la pesca para venderla, y fue en tormenta un día cuando no salió nadie más, y bueno, pues eso, que salió y no lo volvieron a ver. El barco volvió a los dos o tres días y estaba vacío, lo arrastró la corriente. Buscaron en el barco y no había nada, ni restos de haber vivido el hombre ahí, ni el cuaderno de bitácora, nada. Nada. Como si en el barco no hubiera partido nadie. Bueno, pues los chavales del pueblo contaban que algunas noches, si te acercabas a la orilla y te quedabas toda la noche sentado con los pies justo a donde llegaba el agua, aparecía de debajo del agua y se arrastraba por la arena con algas y conchas y tierra pegada y te agarraba y tiraba de ti al fondo para no estar solo.

—Dime que fuiste.

—Bueno, nos quedamos una noche. Estábamos como diez, todos en la orilla y al

principio bien, bebiendo y eso, pero hacía mucho frío. Teníamos los pies empapados. Algunos se fueron pasado un rato porque hacía frío y eso, porque no pasaba nada, pero nosotros nos quedamos. Sabíamos que si nos quedábamos aparecería el marinero. Fue una locura todo eso. Yo sabía que Antón se había quedado por mí, para demostrarme lo valiente que era y aprovecharse y eso, era como mi novio. Cuando me di cuenta, estaba algo borracha y me quedé tumbada mirando las estrellas, y casi no sentía las piernas del frío. Antón me dio su sudadera para que me tapara, y yo me quedé medio dormida. Al final, nos quedamos solos. Pues yo estaba dormida y no me acuerdo bien de todo, pero Antón empezó a gritar y a despertarme y decía que lo habían agarrado del pie, que ya había llegado. Me desperté corriendo y cuando fui a ponerme de pie me caí de boca porque tenía las piernas congeladas. Entonces miré atrás y Antón estaba dándole patadas a alguien y yo tiré de él con todas mis fuerzas hasta que salimos corriendo los dos como locos por la playa. Por pocas me muero aquella noche, nos cruzamos todo el paseo marítimo corriendo y cuando llegamos al final, yo estaba temblando muchísimo y él también, y tenía el tobillo lleno de algas que se le habían pegado. «¡Me ha dicho que soy un hijo de puta!», exclamó, y pasamos el resto de la noche juntos en el portal de un edificio, muertos de miedo... y bueno, es una tontería pero qué miedo, de verdad.

—¿Ves? Eso sí es miedo... ahora te cuento yo la mía, ¿te cuento la mía? ¿Segura? Vale, pues la mía también fue en un verano que pasé con una novia en su casa de la playa. Sería el ochenta y tantos, y fue un verano buenísimo, pero en el pueblo donde vivíamos empezaron a desaparecer niños. ¿Sigo? Pues era así, todas las semanas desaparecía por lo menos un niño, salió en la tele y todo y nadie sabía lo que pasaba, solo que siempre desaparecían en el agua cuando alguien se descuidaba. Un día fuimos a la playa mi novia y yo con su prima pequeña, Mónica se llamaba, y estaba jugando con sus amiguitas en el agua y nosotros a lo nuestro, cuando oímos a una mujer gritando porque no encontraba a la amiga de Mónica. Era la madre, pero es que Mónica tampoco estaba por ninguna parte. El tema es que pasamos toda la tarde esperando por si aparecían o se habían extraviado o algo, pero aquella tarde desaparecieron tres niñas: Mónica y sus dos amigas. Ya, ya... Imagínate luego en casa, la familia, los gritos, una locura... Y estuvimos todo el verano rastreando la isla, los pozos tierra adentro, los vertederos, equipos de la Guardia Civil y submarinistas voluntarios en el agua... Había unas cuevas a las que se podía llegar en unas lanchas de esas para turistas y siempre había recorridos con guiris. Joder, parece que estoy ahí. Con esa oscuridad, las grutas y cuevas con el eco bajo el agua, el poco aire... Llegado un punto se estrechaba tanto que no cabían las lanchas y se tenía que acceder nadando, buceando o escalando. Ahí se concentraron las búsquedas todo el verano, porque era el rincón más escondido, pero nada. Los niños seguían desapareciendo, la gente ya no bajaba a la playa, hablaban de tiburones y calamares, de monstruos... una barbaridad, ¿sabes? Pues nada, así todo el verano hasta que llegó septiembre y cuando se iba ya todo el mundo, con veintitantos niños desaparecidos, llegó la

noticia, y atenta, esto es lo que da miedo. En las grutas submarinas habían aparecido de la noche a la mañana los cuerpos de todos los niños, todos muertos, como si hubieran estado ahí todo el tiempo. Nadie los había tocado, no los habían violado, no los habían apuñalado o golpeado, solo estaban ahogados. Entonces, pareció que todo volvió a la normalidad, aunque jamás supimos dónde habían estado metidos los cadáveres todo el verano. Se hizo un entierro institucional, vinieron representantes del gobierno y la Casa Real, y solo se oían los llantos de las madres. Cada vez que se echaban a llorar, me entraba algo malo. Pero nunca supimos más de nada. Nos despedimos de Mónica para siempre y cuando acabó el verano, mi novia me dejó.

—¿Cómo es que no se supo nada más? ¿No investigaron?

—Supongo que un tiempo, unos meses hasta que vieron que no había nada que hacer, pero hay muchos detalles que no me cuadran. ¿Por qué solo niños? ¿Por qué si no querían hacer nada con ellos? Eso no pudo ser humano, Alisha. ¿Qué se llevó a los niños? ¿Dónde estuvieron sus cuerpos todo ese tiempo? ¿Qué se llevó a los niños, Alisha? ¿Qué se ha llevado a nuestros amigos?

Pronto sobrevivir se hizo difícil, aun estando solo nosotros. Se agotaban los víveres, se acabó el gas de la hornilla y pronto se agotaría la de repuesto, de modo que empezamos a pescar y a consumir el agua de lluvia que habíamos recogido durante la incesante tormenta. Comencé a ahumar pescado para conservarlo. Por suerte, Alisha no comía demasiado y proveernos de alimentos no nos resultó complicado al principio.

Un día, mientras estaba en cubierta, empecé a pensar sobre la situación con detenimiento. Si en ese momento hubiera aparecido un barco para rescatarnos, no habríamos sabido qué alegar en nuestra defensa: dos tipos en un barco donde no constaba el capitán por ninguna parte, donde no había registros, un hombre y una mujer que podrían haber secuestrado el barco y haber liquidado a su tripulación. Una pareja de piratas. Echaba de menos a Margot, pero a pesar de ello me volqué en Alisha, para algo la única persona para mantener la cordura.

Cuando se me ocurría que ella desapareciera un día, me daban ataques de ansiedad. Estar solo en ese barco con lo que fuera que estaba deshaciéndose de nosotros me aterraba; el silencio me aterraba. Sabía que, tarde o temprano, el barco acabaría llegando a alguna parte, aunque la incomunicación, la ausencia de puntos de referencia y la amenaza constante de desaparecer de la faz de la Tierra me impedían descansar. Apenas dormía. Soñaba que despertaba y que Alisha había desaparecido, que no había manera de volver a la civilización, que cuando caía la noche aparecían los cadáveres vivientes de los niños y Koldo, Sergio, Dennis y, sobre todo, Margot muerta de odio, de sed de venganza y reproches conmigo. Despertaba en mitad de la noche empapado, con el corazón en la garganta y las sábanas en el suelo, con Alisha en un rincón del colchón tiritando de frío.

Diez días después de la muerte de Dennis, al salir a cubierta me detuve en los

botes salvavidas, pero no estaban. Pregunté a Alisha si sabía algo, pero no tenía ni idea. No solo suponía un problema de logística en caso de accidente, sino a nivel de especulación. Quien descubriera el barco con nosotros daría por hecho que habíamos abandonado a los demás a su suerte en medio del mar, incluso que los habíamos matado y abandonado sus cuerpos en el agua sobre los botes. Si nosotros desapareciéramos por cualquier motivo, las teorías se volverían más descabelladas: abducción de toda la tripulación por extraterrestres, suicidio colectivo, un asesino en serie suelto a bordo que, llevado por la soledad, se había suicidado, borrachera, huida de algo peligroso, un maremoto que hubiera barrido todos los cuerpos, el saqueo de unos piratas, una criatura que nos hubiera devorado, algo surgido del mar para alimentarse de nosotros uno a uno...

Hace dos días desperté solo. Busqué a Alisha por todo el velero, pero no había rastro de ella. Para más inri, algo había cegado todos los ojos de buey, es decir, las ventanitas redondas que permitían ver el mar desde los camarotes. Era como si algo negro cubriera todos los cristales, a saber, algas o pintura o un tentáculo de una criatura que arrastrara al barco consigo. Cuando fui a comprobar en cubierta la ausencia de Alisha, descubrí con sorpresa que por fuera no había nada pegado a las ventanas. Solo permanecían cegadas desde dentro. Eso me asustó más que nada, ya que tendría que permanecer a oscuras mientras estuviera abajo. Decidí pintar con un bote de pintura blanca una señal de socorro en la cubierta, SOS, sobre la madera en caso de que alguien sobrevolara la zona. Mientras lo hacía, el barco se detuvo. Era como si la corriente hubiera cesado, como si toda el agua del planeta hubiera dejado de fluir de repente y permaneciera muerta. No había echado el ancla, pero di por hecho que se podía haber soltado hasta tocar fondo y detener el barco. Fui a comprobarlo, pero no había ancla. También había desaparecido, de modo que lo que fuera que mantenía el barco quieto no podía ser natural. Me asustó incluso más. Yo era el único superviviente y ahora era el capitán del *Esperanza Brava*. El nombre se me antojó insultante.

Retomar el día a día no me ha supuesto tanto conflicto como cabría pensar. Dado que Alisha ya ha desaparecido, no tengo la preocupación de quedarme solo. Ya estoy solo, de modo que el descanso no se hace más difícil a partir de esa situación. De hecho, para no obsesionarme con el pensamiento de su ausencia decidí coger la ropa y los enseres personales de los demás y arrojarlas al mar; así, olvidar que no siempre he estado solo debería ser más fácil. También arrojé por cubierta todo el alcohol que quedaba en el barco para no emborracharme y caer al mar o cometer cualquier locura.

No obstante, ayer sucedió algo. Me encontraba en la cubierta, tumbado sobre un colchón en el suelo, pues prefiero dormir con la poca luz nocturna a la oscuridad del interior, cuando oí el incesante roce del mar contra la superficie. De la noche, a popa, se aproximaba la silueta de un barco impresionante, con las velas desplegadas y la madera del cascarón y el nombre de la embarcación: *Mary Celeste*. El conocido barco

fantasma, aquel supuestamente irreal, inventado por algún escritor, sin embargo el mayor misterio de las leyendas de mar.

Se aproximó con lentitud, solo los crujidos de la madera al surcar el agua.

—¡*Ahoy there!* —dijo una voz procedente del bergantín.

—¡Ah, del barco! —respondí.

Un hombre apareció del otro lado y se aproximó. Mientras su embarcación se deslizaba junto a la mía, nos separarían a los sumo cuatro o cinco metros. Casi podía oler su aliento a alcohol. Tenía un aspecto inmundo: solo tenía pelo en algunas partes de la cabeza, como si se hubiera arrancado el resto; su rostro parecía el de una calavera envuelta en piel agrietada, quemada. La barba le cubría medio pecho.

—¿Ya los has visto? —preguntó, y negué con la cabeza. ¿Ver qué? ¿Ver los qué? Sacó de debajo de la chaqueta un revólver y me lo tendió—. Mátame.

Me aparté horrorizado y corrí hasta el colchón, donde me dejé caer para no verlo. Entonces comenzó a reír sin parar, su risa cada vez más débil, cada vez más eco. Supongo que a veces me engañan los sentidos, creo oír pasos, creo oír voces, llantos, pájaros como si estuviera cerca de tierra, pero no creo que las últimas palabras del capitán del *Mary Celeste* fueran producto de mi imaginación: «Hijo de puta, este barco nunca dormirá».

LA SIRENA

José Luis Cantos Martínez

Torres, de puro asombro, contenía la respiración y sus mejillas comenzaban a ganar una tonalidad cárdena.

A su lado, Villalba se llevaba las manos a la boca, sin creer lo que sus ojos veían.

Los cinco supervivientes, reunidos en torno al descubrimiento, guardaron silencio.

Sobre la piel áspera de la playa, inmersa en aquel corro de rostros desencajados, la sirena se retorció buscando una vía de escape, pero en tierra no era ni la mitad de ágil que en el agua, de modo que ante el mínimo intento de huida los hombres solo tenían que juntarse los unos con los otros y cerrarle el paso.

—Cuidado, he oído que son muy peligrosas, que pueden arrancarte la cabeza de un mordisco. —Pedreño, escuálido como un cadáver, se aferraba al crucifijo que su esposa le había regalado cuando partieron del puerto de Cádiz, tantos y tantos días atrás.

—Pues yo creo que esta se ha quedado sin dientes —se burló Castro. El deje andaluz en su habla transformaba cada sorna en un puñal del que todos, excepto el capitán, recelaban—. ¿Usted qué dice, capitán?

El susodicho había quedado absorto y, desde que acudieron al oír a Torres gritar en el otro extremo de aquella cala silenciosa, no había terciado palabra. El pelo castaño, pegajoso y sucio por el salitre. Los ojos azules, tan insondables como el propio mar, quebrados ante la imagen de aquel ser que durante tantos años había dado pábulo a los sueños de todo marinero.

—¿Capitán? —acució el contraмаestre.

—Átenla a un tablón, Castro —respondió como por acto reflejo, las órbitas abiertas, reverberando en el centro aquel azul indómito—. Que no se escape.

Nadie osó decir lo que todos pensaron, en lugar de eso, los hombres se miraron entre sí sin saber muy bien cómo encajar aquellas órdenes. En aquel mutismo ominoso, parecían esperar a que la propia sirena manifestara su opinión. Mas todos, sin excepción, convinieron en pacto mudo que la amargura que destilaban los ojos grises y ovalados de la criatura no conformaba ninguna respuesta, sino la reacción natural de un extraño entre extraños. Miedo a lo desconocido.

—Recogimos más que suficientes del naufragio, señor —apuntó Pedreño, presuroso por devolver a la situación la normalidad que esta había perdido por completo. A ninguno se le escapaba el terror que movía sus palabras—. También tenemos cuerda, está algo podrida, pero creo que aguantará.

—Siempre podemos hacer más, hay palmeras suficientes en esta maldita playa. No será lo mismo que una buena maroma pero... —El contraмаestre, sin embargo, semejaba disfrutar ante la idea de retener a la hermosa oceánida.

—Hágalo, Castro —ordenó Belenguer girando sobre sus talones y separándose del resto—. Ah, y amordácela. No quiero comprobar si también son ciertos los mitos sobre sus cantos.

El capitán siguió caminando a largas zancadas, dejando huellas sobre la arena húmeda.

A su espalda, amortiguado por el rumor perpetuo de las olas lamiendo la orilla, creyó oír el inicio de un grito que fue apagado de inmediato.

«Tengo una buena tripulación», pensó con el corazón encabritado y el cuerpo preso de un profundo escalofrío.

Todo pareció cambiar aquella tarde, el sol aún brillaba alto, blanco, orlado por su corona de luz. Del aire, mezclado con el profundo aroma de la sal y el liquen, pendía el cantar disonante de las gaviotas trazando círculos en el cielo raso. Las sombras, al pie de las palmeras, comenzaban a alargarse tímidamente, ofreciendo un remanso donde la brisa dejaba de ser una bocanada seca. Sentados junto a trebejos, restos de velamen y todo útil que pudieron salvar de su navío, los cinco hombres masticaban tribulaciones y pesares sin terciar argumento alguno. Eran incontables las jornadas que llevaban perdidos en la isla, tantas que incluso se habían acostumbrado a la rutina ofrecida por aquel paraje desierto. Dormían en pequeñas tiendas de lona y madera, se refugiaban en la espesura de la selva, tierra adentro, cuando una tormenta resquebrajaba el cielo. Comían fruta, recogían agua de un manantial no muy lejano y cazaban una especie de mamífero rechoncho, de hocico lánguido y pelaje corto y grisáceo. Echaban de menos su hogar, su patria, por supuesto, pero no con la desazón visceral de los primeros días, los primeros meses, los primeros años... Sino como un esguince, un acto ensayado, como si se obligaran a recordar que ninguno de ellos pertenecía a aquella playa. Una lucha constante contra el tiempo y la quietud; monstruos afincados en sus mentes que se esmeraban por borrar de la memoria los rostros más queridos, la vida pasada.

La aparición de la criatura había volcado y sacudido por completo su realidad, una realidad inventada a la que se habían adaptado, quizá, para rehuir la verdad. Pero su realidad al fin y al cabo.

Las reglas habían cambiado; todos y cada uno eran conscientes de ello.

—¿Y ahora qué hacemos? —Torres, sentado sobre un madero húmedo, dibujaba espirales sobre la arena sirviéndose de un palo—. ¿La vamos a dejar ahí para siempre? —Acompañó la pregunta con un gesto de cabeza; señalaba más allá del grupo, al extremo de la playa donde la sirena, atada la cola y los brazos, se debatía contra la cuerda y la mordaza.

—Yo solo quiero que deje de gritar —barbotó Pedreño con la mirada de ojillos pequeños socavados en las cuencas moradas, completamente ausente.

—Deberíamos darle de comer.

—Calla, Villalba... Es una sirena, no come lo mismo que nosotros.

Manteniéndola mojada basta.

—El contramaestre tiene razón, las sirenas no son... humanas.

Torres miró a Pedreño y deseó correr hacía el hombrecillo e incrustarle el puño entre mejilla y mejilla. Detestaba la facilidad con la que se dejaba llevar por las bravuconerías de Castro y su espíritu dominante. De buena gana se hubiera abalanzado sobre ambos. No le gustaba el cariz que estaban tomando las cosas desde la llegada de la sirena. Percibía un ambiente malsano, un zumbido endeble y subyacente que, aunque se esforzaran por obviar, seguía ahí. Zumbando. Advirtiéndoles que algo iba mal; que aquello no estaba bien.

No obstante, enzarzarse a puñetazos con Castro o con la molesta indolencia del capitán no era la solución. Durante las semanas previas habían surgido muchas tiranteces, la relación entre todos ellos ya no era la misma. Y aunque una parte de Torres así lo deseaba, no se atrevía a rebelarse y acabar con la cada vez más escasa armonía del grupo.

No, pelear no serviría de nada.

Tenía que convencerlos. Sabía que podía contar con Villalba, el único que parecía haber conservado la coherencia desde la aparición de la sirena. Pedreño y Castro, cada uno a su modo, eran casos perdidos.

«La clave es el capitán». Era tan obvio como desesperanzador, pues Belenguer, quizá desorientado por su posición privilegiada, semejava ser el más desconcertado de todos, como si sintiera pavor por las decisiones que habría de tomar y aún así se viera inquietantemente atraído por ellas.

—Chsst. —Castro se inclinó hacia delante y, con una sonrisa libidinosa, llamó la atención del resto del grupo—. ¿Os habéis fijado en las ubres que tiene? —Acompañó su comentario con un gesto obsceno, las manos abiertas a la altura del pecho, como si con ella sostuviera dos manzanas invisibles. Relamiéndose los labios con deleite—. Apuesto a que nunca habíais visto unas así, ¿eh?

Pedreño, sentado sobre la arena, con los brazos rodeando sus rodillas, se sonrojó como el niño que escondía en sus adentros.

Apretando los puños, Torres miró al capitán. Este, aún con la mirada a la deriva, esbozó una pequeña sonrisa.

A media tarde, cuando el grupo decidió comer algo, él fue a visitar a la sirena. Había esperado a que el ambiente se distendiera un poco; Villalba y su infinita memoria para los chistes le echaron una mano al respecto. Con la excusa de ir a mear, aprovechó para dejarlos sumidos en un alboroto de risas. Risas que ahora, mientras caminaba con el sol de poniente hostigando sus ojos, seguía escuchando a sus espaldas.

Se detuvo a cierta distancia de la oceánida, y la observó con infinita tristeza; un desgarró indecible se abrió en el fondo de su pecho como una herida sarnosa. En el rostro limpio y blanquecino de la sirena, las lágrimas habían trazado surcos violáceos

sobre la piel.

Cuando se acercó un poco más a ella, la criatura lo miró, y la súplica desafortunada que impregnaba aquellos ojos atravesó a Torres como una estaca de hielo.

Le resultaba casi imposible ver una sirena sobre aquel tablón de madera, cautiva e indefensa. Derrotada. Apenas podía apreciar la miriada de escamas plateadas recubriendo la extremidad inferior. No podía convencerse de que los labios, deformados por la mordaza que llenaba su boca y el resto de facciones de aquel rostro delicado estuvieran hechos para respirar en el agua salada. Ni que aquel cuerpo, de madurez incipiente, fuera el de un ser cuyo hogar son las profundidades del mar.

No veía ante él una sirena, sino una igual.

Una muchacha inocente y aterrada.

Se aproximó hasta acuclillarse junto a ella. La tristeza dio paso a la quemazón de la vergüenza. Estiró los dedos temblorosos para quitarle la mordaza de la boca, mientras un «lo siento...» luctuoso y prácticamente inaudible caía a pedazos de entre sus labios.

—Por favor... perdónanos...

Pero cuando estaba a punto de rozar el trapo que ahogaba los gemidos de la sirena, un grito tras él le sobresaltó haciéndole caer sobre sus posaderas.

—¡Eh, Torres! ¿Qué estás haciendo?

Era el capitán quien, seguido de Castro y Pedreño, se aproximaba a grandes zancadas.

Tras ellos, Torres pudo observar a Villalba que se afanaba por alcanzarlos, con el gesto preñado de urgencia.

«Oh, no...»

—¿Qué estabas haciendo? —inquirió al llegar a su altura. Había furia en el tono del capitán y así lo constató Torres cuando, pateando el suelo, su superior le lanzó una nube de arena que abrasó sus ojos y le llenó la boca.

—¡Seguro que estaba intentando liberar a la sirena, capitán! —azuzó Castro.

—¿Es eso? ¿Querías quitarme a mi sirena? ¿Es eso? —gritó, llenándole el rostro con otra nube de arena.

Torres cayó de espaldas, con la faz entre las manos. Sentía los granos arañándole los ojos, quemando el interior de sus párpados. Sin embargo contuvo el llanto. No había marcha atrás.

—¡Se te está yendo de las manos, Pedro! —increpó escupiendo la arena de su boca.

—¡Se atreve a llamarle por su nombre, capitán!

—¡Cállate, Javi! Creo que deberíamos... —trató de intervenir Mario, abandonando ya por completo su papel de Villalba.

Carlos también había dejado de ser Pedreño, pero su actitud timorata seguía siendo la misma.

—Chicos... dejad de gritar —masculló lastimero.

Se produjo un silencio, los cinco amigos se miraron entre sí. En ese instante, Pedro, que no paraba de intercambiar miradas entre Marta y Julio, habló dirigiéndose a este último:

—Ya veo lo que pasa aquí, te gusta, ¿verdad? ¿Te gusta mi sirena? ¡La quieres para ti!

—Q... qué estás diciendo, Pedro... —Julio, tirado aún sobre la playa, guiñando con fuerza los ojos a fin de librarse de la arena que los empañaba, no podía creer lo que estaba oyendo—. Es solo un juego... Tranquilízate.

—Ya sabía yo que no debimos dejar a una chica jugar con nosotros —musitó Carlos, cruzando sus brazos enclenques sobre el pecho.

Marta, maniatada, gimió con fuerza a través de la mordaza. Volvía a llorar, las venas del cuello tensas como cuerdas de guitarra.

—Está bien, está bien... Veamos qué tiene tu sirena. Castro, quítale la camiseta —ordenó Pedro respirando con fuerza. En sus ojos refulgió algo desconocido para todos; un resplandor salvaje; peligroso.

—¿Pero qué estás diciendo? —Julio comenzó a incorporarse.

Javi pareció dudar unos segundos, pero en seguida se decantó por su *alter ego*, volvió a ser Castro y, como si el mero acto de pensar en lo que estaba haciendo le doliese, se abalanzó sobre la indefensa Marta y comenzó a rasgarle la camiseta húmeda que cubría su pecho.

Luego siguió con el bikini.

Fue como si el tiempo se detuviera. La fantasía, su juego de niños con el que habían pasado las tardes de las últimas semanas de agosto, se diluyó en torno a ellos como un lienzo fresco bajo la lluvia. De repente, ya no existía la playa desierta, ni los restos del naufragio. Ya no había selva en la que cazar para sobrevivir, sino un ejército de urbanizaciones en los huesos, abandonadas a medio edificar, lejos de ojos adultos; páramo perfecto para sus escarceos adolescentes.

Se cayó la fachada de hombres curtidos, y volvieron a los catorce, a los quince y a los dieciséis.

Ni capitán ni tripulación. Solo jóvenes asustados.

Marta seguía llorando, implorando que la desataran.

Javier, poseído por un diablo, hacia jirones las ropas de la muchacha, desnudando su cuerpo de joven mujer.

Carlos seguía abrazándose a sí mismo, como si no quisiera ceder al pavor que le causaba la escena.

A Pedro, aún perdido en sus delirios de capitania, un deseo oscuro parecía devorarle el rostro, hacerle la boca agua.

Julio, con el cielo del paladar hollado por la arena, seguía atónito, partido por la mitad, debatiéndose entre la ira y el pánico. Clavados los pies en el suelo, incapaz de tomar una resolución.

Resolución que tomó Mario (que aun cuando se calzaba la piel de Villalba, nunca

dejó de ser el mismo; valiente y justo), lanzándose como una exhalación contra Javier.

Los dos rodaron por el suelo, convertidos en un nubarrón de arena, golpes y bufidos.

Aprovechando el desconcierto, Julio corrió hacia la chica y desató la cuerda que la unía al tablón. Le dio su camiseta. La rodeó con los brazos.

Era una tarde cálida, pero Marta temblaba descontroladamente.

El grito volvió a tomarlos a todos por sorpresa. Un alarido que decayó repentinamente, cercenado.

Miraron a Javi, quien se alzaba junto al cuerpo espasmódico de Mario, con una piedra del tamaño de una naranja en su diestra.

La algarabía de la violencia, tan tangible instantes atrás, se disipó como un fantasma exorcizado. La sangre manaba perezosa de la brecha en la cabeza de Mario, y la arena se apresuraba por absorber aquel charco oscuro.

El mar, ajeno a su locura, seguía murmurando en su lenguaje.

Algo cambió esa tarde: todos, sin excepción, supieron que aquel día, de un agosto tan lejano, en la cala que ya nunca volverían a pisar, era su inocencia la que moría desangrada.

LA LLAMADA DE DAGÓN

Rubén Serrano

A Xuacu, buzo y viejo lobo de mar, por sus sorprendentes historias sobre las profundidades submarinas.

Mi nombre es Sonia Dueso y, como última superviviente de la tripulación del velero *Stella Maris*, me veo en la obligación de dejar constancia de los terribles e insólitos sucesos en los que nos hemos visto inmersos en los últimos días...

Créanme, preferiría no tener que hacerlo. No solo por no evocar de nuevo tan espantosas escenas de horror, sino también para evitar toda esa caterva de apelativos desdeñosos con la que, seguro, me obsequiarán quienes lean esto.

Sé que pondrán en tela de juicio mi cordura (yo misma lo he hecho varias veces en las últimas horas), pero quiero que sepan que esta narración se ajusta fielmente a la verdad y que todo lo referido en ella ocurrió realmente... por fabuloso e increíble que parezca.

Mi marido, Bruno Cocchiola... Fue él quien nos embarcó a todos en esta disparatada empresa. Pero la culpa no fue solo suya: nosotros tampoco le hicimos cambiar de opinión. De hecho, en aquel momento y según nos lo planteó, nos pareció una interesante aventura. De modo que nos lanzamos sin pensarlo, incapaces de imaginar siquiera la tragedia que se cernía sobre nosotros.

A pesar de ser un prometedor biólogo, Bruno se había sentido atraído durante los últimos años por una rama poco ortodoxa: la criptozoología. Sí, me refiero al estudio y búsqueda de hipotéticos animales desconocidos y no recogidos en los catálogos de zoología contemporánea.

Todo su afán era sacar a la luz alguno de los denominados *criptidos*, esos supuestos animales considerados ya extintos, pero presentes en la mitología y el folklore, y de cuya existencia solo habría evidencias circunstanciales y testimoniales, o bien pruebas materiales consideradas insuficientes por la comunidad científica.

Ni nuestros amigos ni yo creíamos que quedarán en nuestro mundo especies secretas por descubrir. A lo sumo, pequeños invertebrados escondidos en las selvas tropicales o peces de los fondos abisales. Pero nunca ictiosaurios viviendo en lagos ni enormes homínidos en los bosques. Teníamos claro que *Bigfoot* o *Nessie* eran meras invenciones.

No obstante, Bruno no descartaba la posibilidad de que hubiera grandes criaturas desconocidas, seres cuya existencia no había sido probada aún, pero que estaban ahí, a la espera de que alguien como él demostrara su presencia en nuestro mundo.

Su interés y su atención estaban puestos en la cuna de la vida: el mar.

—Las aguas de nuestro planeta albergan una enorme biodiversidad —solía

decirnos—; tan vasta que nuestro conocimiento sobre ella es mínimo: apenas sabemos nada de las maravillas que se ocultan en las profundidades submarinas...

—«Conocemos mejor la superficie de Marte que los fondos de nuestros océanos» —le parafraseaba Óscar entonces, repitiendo la expresión que Bruno más pronunciaba.

Sin embargo, lejos de desanimarse por la falta de fe de sus amigos, mi marido persistía en su argumentación:

—¡Exacto! Haría falta siglos de estudio para poder disponer de un inventario más o menos completo de todas las especies que habitan en ellos...

Eso no lo discutíamos. Y, de hecho, habríamos aceptado sus postulados de no ser por la circunstancia de que los seres que interesaban a mi esposo eran exclusivamente los que parecían ser producto de la imaginación humana: los monstruos marinos.

—¿Qué me decís de las sirenas, los tritones y las ninfas? ¿Acaso no podrían ser el reflejo de alguna criatura acuática desconocida para la ciencia, cuya existencia ha impregnado las leyendas de diversas culturas y pueblos de navegantes? —nos planteó una noche, durante una cena en casa de Daniel y Vilma, el pasado otoño.

Óscar, probablemente el más escéptico de todos, se apresuró a replicarle:

—Si hubiera toda una comunidad de ignorados sirénidos campando por ahí a sus anchas, ya nos habríamos topado con algún ejemplar...

—No si son inteligentes y saben mantenerse ocultos a los ojos del hombre.

¿Seres racionales viviendo bajo las aguas, compartiendo el planeta con nosotros, pero sin revelar su presencia? Eso no sonaba muy verosímil.

—No obstante, aunque nunca haya sido verificada de forma científica, su existencia habría quedado registrada a través de los siglos mediante relatos fabulosos —siguió defendiendo su teoría—. Pensad en todas leyendas que hay sobre ellos desde épocas remotas; desde que el hombre empezó a surcar los mares. Tritones y sirenas aparecen en la mitología griega, aunque ya antes los fenicios adoraban a dioses-peces. También están presentes en las leyendas medievales y los cuentos infantiles, aunque es en la época de los grandes navegantes, en el siglo XVI, cuando los relatos sobre estos seres proliferaron enormemente...

—Lo único que tienes son historias de ficción —señaló Alba, la mujer de Óscar, con indiferencia.

—Tal vez —pareció aceptar Bruno—. Sin embargo, estas asombrosas criaturas constituyen por sí mismas un universo que no tiene parangón, repleto de misterios y enigmas por resolver. Y algunas de las características que presentan me hacen pensar que hay posibilidades de que existan realmente.

Supongo que ya en aquel momento mi marido estaba investigando el tema de las sirenas en serio. Sin embargo, no sería hasta la primavera cuando realmente se decidiera a montar una pequeña expedición por el Mediterráneo en nuestro barco: el *Stella Maris*.

El padre de Bruno (un rico empresario italiano afincado en Barcelona) nos había

regalado aquel velero con motivo de nuestro enlace matrimonial, dos años atrás. La embarcación, de doce metros de eslora, permanecía amarrada en el puerto deportivo de Alicante. Desde allí solíamos partir en nuestras puntuales escapadas a Ibiza o en las travesías que hacíamos durante las vacaciones.

Aunque mi marido era el que poseía el título de patrón de yate, yo tenía que ayudarlo en las tareas de gobierno del velero cuando salíamos los dos solos, pues a pesar de que la nave contaba con piloto automático para rumbos, plóter GPS (cartografía digital con posicionamiento por satélite) y demás aparatos electrónicos que ayudaban en las maniobras, no era fácil que una única persona pudiera llevar a cabo todas las acciones que la navegación requería.

Por eso me pareció una buena idea su propuesta de que nos acompañaran nuestros amigos: así los hombres se encargarían de las labores más duras, mientras las mujeres nos dedicábamos a tomar el sol en la cubierta.

¿Que él quería bucear en busca de sirenas? Pues que lo hiciera. Estaba claro que los demás (que no creíamos en monstruos marinos) nos íbamos a tomar aquel viaje como unas vacaciones.

De este modo, zarpamos de Alicante el día 28 de mayo, casi a media mañana, después de haber repostado unos ciento cincuenta litros de combustible y cargado a bordo el equipaje, el equipo científico de mi marido y víveres para una semana.

Tras trazar la derrota en la carta náutica y escoger las escalas, nos pusimos en marcha.

Salimos a alta mar haciendo uso del motor, abriéndonos paso sobre unas aguas de color azul turquesa, y luego caímos a estribor con rumbo sur, para navegar a vela con viento de popa.

La primera parte del viaje la dedicamos a una navegación relajada, bordeando la costa a un par de millas náuticas de distancia, para que Óscar y Daniel se fueran familiarizando con nuestro velero.

Los hombres se encargaban de las maniobras y de las velas, aparte de fregar y realizar otras tareas engorrosas, mientras que a las mujeres nos tocaba únicamente cocinar, lo que nos dejaba bastante tiempo libre.

Unas pocas horas después, fondeamos en una cala de la isla de Tabarca para poder disfrutar de un baño después de comer, mientras Bruno revisaba sus notas y mapas en su ordenador portátil.

Me habría gustado enseñar la isla a nuestros amigos, pero no pudo ser: en cuanto subimos de nuevo al velero, mi esposo puso rumbo al cabo de Palos, pues tenía intención de hacer noche en el náutico de Cartagena... y aún nos quedaba un buen trecho.

Sin embargo, los vientos no acompañaron el resto del trayecto, dejándonos en zona muerta en varias ocasiones. Y cuando soplaban, lo hacían a través, perpendicular a la embarcación, obligando a levantar la orza para hacer la navegación más rápida. Las velas tenían que ir un poco más sueltas, lo que exigía tener que estar

más pendientes de ellas para evitar que llegasen a flamear. La situación era bien diferente de la confortable navegación en popa, requiriendo un mayor esfuerzo...

—«El pesimista se queja del viento. El optimista espera que cambie. El realista ajusta sus velas» —recitó Bruno, citando a Ward.

Pero sus palabras no sirvieron para animar a sus marineros, como esperaba.

Pronto, el cansancio de una dura jornada hizo mella en Óscar y Daniel, que no estaban acostumbrados a navegar, por lo que al final, dada la imposibilidad de llegar hasta Cartagena, nuestro capitán optó por pernoctar en el fondeadero de Isla Grosa, frente al mar Menor, que nos pillaba más cerca.

Era ya bien entrada la noche cuando nos detuvimos por fin junto a la parte oeste de la isla, que nos ofrecía un cierto resguardo de la mar y del viento de levante. Y allí echamos el ancla, a unos doscientos metros de la línea de la costa, sobre un fondo formado por arena, algas y piedras, donde la sonda marcaba quince metros.

—¡Vaya par de grumetillos estáis hechos! —se burlaron Alba y Vilma cuando sus maridos, agotados, se dejaron caer de espaldas sobre la cubierta del velero.

—Ahora entiendo por qué al mar lo llaman *el Hacedor de viudas* —expuso Daniel—. Si es que esto de tripular te deja *muerto*.

—Anda, anda. Os quejáis de vicio —alegué yo de broma, sabedora de lo duro que era—. Miradnos a nosotras, que nos ha tocado la ardua tarea de tomar el sol a un lado u otro de la nave para ir haciendo contrapeso y seguimos tan frescas.

Así estuvimos un rato, bromeando y contando chistes antes de bajar por fin a ducharnos y cambiarnos para cenar.

A pesar de las reducidas dimensiones, el *Stella Maris* era como una pequeña casa flotante, equipada con todo: tres camarotes dobles, dos aseos con ducha, cocina con fogones, horno de gas, nevera y microondas, y hasta un comedor con mesa y sofá para seis personas. Allí disfrutamos de una agradable velada, tomando unas copas después de la cena, al tiempo que comentábamos las incidencias del viaje.

Habíamos divisado delfines durante la travesía, por lo que Óscar no dudó en relacionar este tipo de avistamientos con los relatos de sirenas de la mitología griega. Sin embargo, mi marido se apresuró a echar por tierra su hipótesis:

—Los antiguos navegantes del Mediterráneo estaban acostumbrados a ver delfines y los conocían de sobra, como demuestra el hecho de que los dibujaran en sus vasijas y mosaicos... Por lo tanto, nunca los confundirían con sirenas —le aseguró—. Así que tiene que tratarse de otra cosa...

—Sí, de inventiva —saltó Alba, en apoyo de su esposo—. Los antiguos griegos tenían mucha imaginación.

—No se trata solo de los griegos —rebatí Bruno—. Las leyendas árabes también mencionan a misteriosos hombres-peces... Y no olvidemos a Himilcón, un navegante y explorador cartaginés del siglo V antes de Cristo que realizó un viaje por las costas occidentales de Europa. En el relato de su periplo describió también la presencia de monstruos marinos y grandes cantidades de algas que le impedían avanzar.

—Seguro que exageró la historia para darse importancia ante sus admiradoras — se rio Daniel.

Bruno no se dio por vencido.

—También tenemos seres acuáticos misteriosos mucho más cerca de nosotros... Ahí está, por ejemplo, la historia del hombre-pep de Liérganes, recogida por el ensayista Benito Jerónimo Feijoo, un erudito de la Ilustración poco dado a creer en supersticiones, quien esgrimió numerosos argumentos para explicar la posibilidad de existencia de hombres anfibios o marinos... O la historia de los *mariños* gallegos, narrada en el siglo XVI por el licenciado Luis de Molina en sus *Descripción del Reino de Galicia y de las cosas notables*, y por Antonio de Torquemada en el *Jardín de flores curiosas*. Ambos hacen referencia a seres surgidos del mar que se aparean con humanos y generan descendencia: los llamados *mariños*.

Vilma pareció recordar algo en ese momento:

—Yo vi hace años una película de terror sobre unas criaturas que vivían en el mar y salían para cruzarse con los habitantes de un pueblo pesquero de la costa gallega... Creo que los llamaban *profundos* o algo así.

Bruno también conocía el tema:

—Esa película se titula *Dagon, la secta del mar* y está basada en un relato del escritor norteamericano H. P. Lovecraft —nos ilustró—. La verdad es que resulta curiosa la conexión entre esa narración y la leyenda de los *mariños* gallegos, ya que en ella aparecen también unos seres con aspecto de batracios que son capaces de procrear con los humanos, dando lugar a extraños híbridos... En cualquier caso, esto viene a reforzar mi teoría: las historias sobre hombres-pep surgen por todo el globo y en todas las épocas, y sobrepasan con mucho las de otros fenómenos más o menos legendarios, por muy universales que estos sean.

Abrió entonces su ordenador y puso en pantalla varias imágenes de diversas deidades antiguas con aspecto de peces.

—Lovecraft tomó el nombre de Dagon (o Dagón) de un dios filisteo surgido de las aguas, que era representado como un ser mitad hombre y mitad pep... —nos explicó mientras señalaba con el dedo un viejo grabado—. Pero antes, en Asia menor, adoraban a Oannes, que también era un pep antropomórfico. Y en el antiguo Egipto, Nun era una divinidad representada a veces con cabeza de rana... Y este es Aqueloo, dios griego representado como hombre con cola de pep, el cual tuvo con Terpsícore cinco hijas sirenas: Agláoep, Telxínoe, Pisínoe, Parténope y Ligeia.

Buscó entre sus archivos digitales nuevas imágenes y nos las mostró.

—Junto a las nereidas y los tritones —continuó—, los griegos tenían también a los telquines, que eran nueve hermanos, mitad marinos, mitad terrestres, con cuerpo de pep, cabeza de perro y los dedos de las manos palmeados... Y estos son Glauco y Escila, que eran inicialmente humanos, pero acabaron transformándose en criaturas marinas... como los híbridos descritos por Lovecraft en *Los Mitos de Cthulhu*.

Todos observábamos las ilustraciones en silencio, mientras aguardábamos a ver

adónde quería llegar con su argumentación.

—También encontramos referencias a sirenas en las leyendas celtas y germánicas. Estos son los *mermen* y *mermaids*, hombres y mujeres marinos... Como veis, es algo que se repite en las más diversas culturas de la antigüedad, con historias míticas cuyo argumento es muy similar.

—Bueno, es lógico que los pueblos que vivían de la pesca acabasen incorporando en sus leyendas a deidades relacionadas con las aguas —apuntó Óscar—. Y ese substrato mítico ancestral, unido a la atracción que el hombre siente hacia el mar, ha permitido que esas historias pervivan en tiempos más recientes... Pero no creo que eso signifique que realmente existen los dioses-pep.

Sin embargo, mi esposo no estaba de acuerdo:

—Pues yo creo que el hecho de que estas leyendas se repitan por todo el globo y aparezcan incluso en culturas que no tuvieron relación entre sí hace pensar que realmente hay *algo* bajo las aguas —replicó—. La solidez y verosimilitud de estas historias y tradiciones de antaño que hablan de dioses marinos y hombres-pep han marcado las pautas que me llevan a pensar que hay cabida para estos seres, habitantes de las grandes profundidades y moradores de cavernas submarinas.

Ninguno de los que estábamos allí (ni siquiera yo, aunque esté mal el decirlo) compartía las ideas de mi marido. Sin embargo, nadie se esforzó por rebatirle. Supongo que todos pensábamos que ya se encargaría de ello la dura realidad. Así que le dejamos que siguiera soñando con sirenas.

Cansados como estábamos, pronto nos fuimos a acostar.

Bruno y yo nos habíamos reservado el camarote de proa, que era el más grande, dejando los dos de popa para las otras dos parejas.

Dormir en el velero era una práctica habitual, que solíamos hacer amarrados a un muelle en algún puerto. De ese modo, protegidos del oleaje, la embarcación apenas se movía. Sin embargo, en aquel fondeadero no estábamos igual de resguardados. Y aunque la isla ofrecía un cierto cobijo frente al viento de levante, no nos sirvió de mucho cuando empezó a soplar el lebeche procedente del Sudoeste.

A pesar de haber arriado y recogido las velas antes de echar el ancla, la nave estuvo bamboleándose como una cáscara de nuez durante buena parte de la noche, agitada por las fuertes olas.

Ese zarandeo, sumado a las historias de monstruos marinos de mi esposo, provocó (o al menos así lo quise creer en ese momento) que mi subconsciente desatara mis temores más profundos y diese rienda suelta a inquietantes y turbadoras pesadillas. Así, en mis sueños se me aparecieron unas repugnantes figuras anfibas, a medio camino entre el hombre y el pep; grotescos espíritus acuáticos de ojos saltones, manos palmípedas y piel escamosa cubierta de fango gris verdoso.

Pude verlos nítidamente y con todo detalle, distinguiendo las palpitantes branquias de su cuello, el espinoso arco vertebral de su espalda o el color blancuzco de su vientre.

Aquellos siniestros demonios inmortales, habitantes de secretas grutas submarinas, se me antojaron como monstruos atávicos... Sí, ya sé lo disparatado que suena. Pero durante el sueño tuve la sensación de que, en el fondo, los espeluznantes humanoides subacuáticos tenían alguna relación con nosotros, como si fueran nuestros remotos antepasados... o tal vez unos primos lejanos.

El grupo que aparecía ante mí estaba formado por una docena de miembros, que realizaban algún tipo de actividad en el interior de una amplia caverna al tiempo que croaban con una voz desagradable y salvaje. Era un habla repleta de gorgoteos y sonidos guturales, que parecía un lenguaje inteligente a pesar de resultarme del todo incomprendible.

De repente, todos callaron al percatarse de algo... Y, uno a uno, aquellos seres se fueron volviendo hacia mí, como si acabaran de descubrir mi presencia.

Sé que es absurdo, pero en ese instante tuve la sensación de que podían verme mientras yo los observaba a través de la ventana de mi propio subconsciente...

Me desperté atemorizada, empapada en sudor y temblando a causa de un frío más interno que real. Mi corazón latía aceleradamente y estaba desorientada.

Me llevó un tiempo comprender que me hallaba en el *Stella Maris*, al lado de Bruno, el cual descansaba plácidamente, como un bebé.

Tratando de calmarme, me abracé a él, buscando refugio en su pecho. Sin embargo, las turbadoras escenas oníricas dejaron en mi alma un poso de inquietud que se negó a desaparecer, de modo que ya no pude volver a conciliar el sueño durante el resto de la noche.

Por suerte, con la llegada del amanecer, la razón se impuso y los ilógicos temores se tornaron infantiles y absurdos. La pesadilla de la noche se diluyó como la niebla bajo el sol y su recuerdo, descolorido, quedó relegado a un segundo plano ante a la luminosidad del nuevo día.

A pesar de no haber descansado bien, me espabilé en cuanto el café me hizo efecto, de modo que ya ni siquiera necesité la terapia catártica de contar mi sueño a los demás.

Todos estaban alegres y hacían bromas sobre la noche tan movidita que habíamos tenido.

—Yo llegué a pensar que os habíais puesto a echar un polvo salvaje y que por eso se meneaba todo el barco —le dijo Daniel a Óscar, con su jocosidad habitual.

—Pues yo pensé que eran tus pedos y que nos iban a hacer zozobrar —replicó el otro, riéndose por adelantado de su propia ocurrencia.

Así estuvieron un buen rato, lanzándose pullas graciosas hasta que terminamos de desayunar, momento en que Bruno se puso a revisar la nave para comprobar que no hubiera sufrido ningún desperfecto durante la noche.

Por suerte, todo estaba en orden, aunque descubrió en una rápida inmersión con el *snorkel* que el ancla había garreado varios metros, dejando un pequeño surco en el fondo.

—Venga, muchachos, a vuestros puestos —solicitó mi marido cuando todo estuvo listo.

—A sus órdenes, mi capitán —pronunció Daniel, llevándose la mano a la frente en imitación del saludo militar.

Tras izar las velas, abandonamos el fondeadero escoltados por las gaviotas de Isla Grosa, que nos despedían con sus chillidos.

El viento volvía a soplar del Norte, entre flojo y bonancible, lo que nos permitió navegar a buen ritmo, con rumbos largos y de empopada.

El velero volaba sobre las aguas, subiendo y bajando las olas de suave pendiente.

Bordeamos el cabo de Palos y, tras pasar el pequeño faro de Los Punchosos, pusimos rumbo Sudoeste, hacia el cabo de Gata, nuestro siguiente destino.

Poco antes de comer, pudimos divisar a estribor, a lo lejos, el puerto de Cartagena. Aunque nuestra ruta ya no pasaba por allí...

—¿Sabíais que el culto a Dagón llegó hasta estas costas? —nos informó Bruno en ese momento, mientras aferraba la rueda del timón con ambas manos—. Los antiguos cartagineses le dieron el nombre de Baal Hammon, cuya traducción sería algo así como «amo oculto». Era el dios fecundador, protector de la riqueza material, del éxito y de la felicidad. Y en su nombre se hacían sacrificios humanos, especialmente niños de corta edad.

—Pues vaya un dios cabronazo... —protestó Vilma, indignada. La mujer, cercana ya a la treintena, llevaba más de ocho meses intentando quedarse embarazada sin éxito, por lo que la idea de asesinar criaturitas inocentes le resultaba especialmente desagradable, a pesar de que esos hechos se hubieran producido hacía más de dos milenios—. No entiendo cómo podía existir una sociedad capaz de matar a su propia descendencia.

Fue Óscar quien trató de explicárselo:

—Ellos creían que de ese modo conseguían el favor de su dios... Es lo que se denomina «pensamiento mágico», un razonamiento causal no científico basado en la fe y la superstición. De este modo, entendían que si las cosechas no eran buenas o escaseaba la pesca, la única forma de no pasar hambre era hacer ofrendas dignas de su deidad. ¿Y qué mayor muestra de devoción que entregar la vida de tu propio hijo?

Vilma no podía aceptar eso de ninguna manera.

—Eran unos salvajes —fue su azarosa conclusión.

Poco después de comer, la fuerza del viento aumentó, imprimiendo un mayor empuje y permitiéndonos alcanzar los 4,8 nudos. Ello, sumado a la mayor pericia adquirida por nuestros amigos en el gobierno de la embarcación, contribuyó a cumplir los tiempos previstos para esa jornada.

—¡Qué caña! —llegó a exclamar Daniel en varias ocasiones, poniendo de manifiesto lo mucho que se estaba divirtiendo.

Pasaba ya largo rato de la media noche cuando llegamos por fin al puerto deportivo de San José, en el cabo de Gata.

Al verlo tan lleno de barcos, tanto veleros como yates, llegamos a pensar que no podríamos atracar allí. Pero Bruno ya había llamado por radio y sabía hacia dónde tenía que dirigirse, lo cual fue un alivio, pues ninguno queríamos pasar otra nochecita como la anterior.

A pesar de que era tarde, nos aseamos y nos vestimos para salir a cenar, pues tras dos días navegando, sentíamos la necesidad de pisar tierra firme.

En aquel momento, ninguno de nosotros podía llegar a imaginar que esa sería la última vez que tendríamos la oportunidad de pasear por el mundo civilizado. Y ese desconocimiento de los acontecimientos venideros hizo que no pusiéramos demasiado empeño en disfrutarlo: nos limitamos a tomar unas raciones y unos bocadillos en un bar y, agotados como estábamos, regresamos enseguida al *Stella Maris* para dormir.

La marina nos ofrecía abrigo de todos los vientos, por lo que, allí atracado, nuestro velero se iba a mover poco y nos permitiría descansar... Al menos, así sería para los demás. Yo, en cambio, me vi asaltada de nuevo por extraños e inquietantes sueños, que perturbaron mi reposo y estremecieron mi alma.

La historia no empezó mal: estaba sola en la playa de una isla rocosa, debajo de una campana de estrellas, dándome un baño completamente desnuda.

Al principio, la sensación era de bienestar; pero, de pronto, las aguas se oscurecieron a mi alrededor, como contaminadas por una gran mancha de petróleo... Y enseguida pude sentir la picadura del miedo.

Un hedor profundo y penetrante lo invadió todo, justo antes de ver emerger a mi alrededor a decenas de aquellos repulsivos seres marítimos y anfibios que ya aparecieran en mi anterior sueño.

«Estoy rodeada», pensé, alarmada.

Sin embargo, las abominaciones no repararon en mí. En lugar de eso, fueron saliendo a tierra al mismo tiempo que emitían unos detestables chillidos, los cuales parecían ser algún tipo de cántico.

Inmovilizada por el horror, pude contemplar desde el agua cómo las desagradables criaturas acuáticas de piel brillante y aspecto resbaladizo se detenían junto a un gran monolito de piedra y lo rodeaban, en un ritual que no alcanzaba a comprender.

No obstante, supe que aquellos seres, guardianes de arcanas creencias y ritos inmemoriales, eran adoradores de una aterradora deidad de las profundidades abisales.

A través de ellos se escuchaba... ¡la voz de un dios!

Mi mente no pudo soportarlo por más tiempo y pugnó por salir a toda costa del delirante sueño.

Para alivio de mi cordura, desperté en medio de un brusco sobresalto.

El corazón me palpitaba tan rápido que hasta me dolía el pecho. Respiraba con dificultad, afanosamente, sintiendo una fuerte presión en el ánimo. Y aunque traté de

calmarme y razonar con lógica, no podía quitarme de la cabeza la idea de que tan inusuales sueños parecían ser algún tipo de comunicación...

—Y luego dices que soy yo el que tiene ideas raras —se mofó mi marido por la mañana cuando, nada más despertarse, le narré mis visiones y le conté mis impresiones al respecto.

—¿De veras no te parece extraño que sueñe de forma reiterada con esas monstruosidades anfibias?

—Cariño —me dijo, adoptando un tono paternal—, es evidente que has interiorizado mi búsqueda de los hombres-peces y que tu subconsciente se ha visto influenciado por ello, haciendo aflorar la imagen de esas criaturas en tus sueños. Nada más.

—Tú dijiste que esos seres podrían ser inteligentes...

—Bueno, no lo descarto —concedió—. Pero ni siquiera hemos confirmado que existan de verdad. Todo son especulaciones.

—¿Y no cabría la posibilidad —continué con mi razonamiento— de que, en caso de existir y ser inteligentes, pudieran intentar contactar conmigo... no sé, por medio de telepatía o algo así?

Mi marido tenía una mentalidad abierta, pero no por ello aceptaba cualquier hipótesis sin más.

—Creo que eso es mucho suponer —sopesó—. Quiero decir que, aun admitiendo que pudieran poseer esa capacidad telepática, no tendría mucho sentido contactar con nosotros, cuando resulta que han estado ocultándose todo este tiempo. ¿No te parece?

—No lo sé —tuve que reconocer ante la inconsistencia de mi teoría.

Sabedor de que me había quedado sin argumentos, Bruno me abrazó y me besó en la frente.

—Mira —pronunció a continuación—, nada me gustaría más que creer que los hombres-peces existen y que se han puesto en contacto contigo a través de tus sueños. Pero la lógica me dice que eso es poco probable... Es como en aquella película que tanto te gustaba, la de *Contact*. ¿Recuerdas aquello de la navaja de Ockham? «En igualdad de condiciones, la solución más sencilla es probablemente la correcta». Pues aquí sucede algo parecido. Con todas las limitaciones que pueda tener ese postulado, lo cierto es que la explicación de que todo sea producto de tu subconsciente es más fácil de admitir que el hecho de que unas criaturas cuya existencia aún no hemos demostrado tengan la capacidad de introducirse en tu mente mientras duermes y te muestren incomprensibles escenas sobre sus actividades. ¿No estás de acuerdo?

Por supuesto, tuve que darle la razón: su discurso era irrefutable. Y yo, en el fondo, deseaba dejarme convencer de que no me estaba ocurriendo nada extraño o sobrenatural. De modo que acepté su palabra.

Tras un frugal desayuno, procedimos a la recogida de los cabos dados a tierra y a la maniobra de salida del fondeo para, a continuación, reemprender la navegación. De este modo, nos adentramos en el mar de Alborán, donde Bruno creía poder hallar

indicios de la existencia de *sus* míticas criaturas submarinas.

Semejante especulación se basaba en antiguas leyendas, relatos de pescadores y, sobre todo, en las fotografías de unos ajados mapas en los que los cartógrafos medievales habían dibujado sirenas y monstruos marinos frente a las costas africanas. Sin duda, eran unas referencias bastante inconsistentes. Sin embargo, para mi marido resultaban más que suficientes para empezar a indagar.

Esa mañana navegamos con vientos moderados de través procedentes del Oeste, bajo un cielo de un azul impecable, sin una nube.

El sol caía ya a plomo sobre nuestras cabezas cuando Bruno decidió hacer un alto en mar abierto para permiternos tomar un baño. Tras aproar el barco al viento, arriar velas y echar el ancla, todos saltamos al agua y estuvimos chapoteando un buen rato entre juegos y risas.

Sin embargo, mi marido tenía otras prioridades, por lo que no tardó en regresar al *Stella Maris*, ascendiendo por la escalerilla de popa, para desembalar su equipo y comenzar con su ansiada exploración submarina.

Había alquilado para la ocasión una moderna cámara-robot, uno de esos mini-vehículos para filmaciones bajo el agua manejados a distancia, parecido al que encontrara en su día los restos del famoso *Titanic*. De este modo, la tecnología le permitiría llegar a mayores profundidades que las que podría alcanzar él buceando.

Daniel y Óscar hubieron de subir también al barco para ayudar a mi esposo a llevar el artilugio al agua.

El robot, de alta maniobrabilidad, era guiado por control remoto desde la cubierta del velero. Podía sumergirse hasta los trescientos metros y llegaba a coger los dos nudos de velocidad. Además contaba con diversos dispositivos de medición, sensores electrónicos, orientación submarina, GPS, iluminación... La cámara subacuática, de movimientos independientes, disponía de un ángulo de visión de ciento veinte grados.

Tanto las imágenes como los datos recogidos por los sensores se recibían al instante en el monitor.

Las mujeres también terminamos saliendo del agua poco después para asomarnos a la pantalla y ver lo que grababa la cámara.

El relieve submarino era un paisaje espectacular, compuesto por escarpaduras, despeñaderos y valles.

—Es precioso —manifesté, encandilada por su belleza.

—El fondo del Mediterráneo está repleto de zonas subacuáticas impresionantes, con curiosas formaciones geológicas, volcanes sumergidos inactivos, cañones y pasadizos, cavidades, cuevas, arcos, cautivadores fondos de arena blanca... Y en esta zona del mar de Alborán, la profundidad media es de unos mil metros, aunque en algunos puntos supera los dos mil. Además, es uno de los lugares más importantes del Mediterráneo en cuanto a biodiversidad. En definitiva, un buen sitio para albergar hombres-pep, ocultos a nuestros ojos —declaró Bruno, más como si pensara en voz alta para sí que como respuesta a mis palabras.

Sin embargo, después de dos horas explorando con la cámara y sin hallar ni el más mínimo indicio de lo que buscaba, Bruno ordenó regresar al robot.

—¿No han aparecido tus sirenas? —le preguntó Daniel cuando le vio apagar el equipo.

—No esperaba encontrar nada aquí —se justificó él—. Aún estamos lejos de nuestro destino... De modo que seguiremos hasta Melilla y desde allí nos moveremos para explorar las costas argelinas.

—Deberías dedicarte a recuperar tesoros hundidos —le propuso Alba, convencida de la inutilidad de su investigación—. Al menos eso da dinero.

—Yo no busco dinero, sino conocimiento —le aseguró. Y puedo dar fe de que así era. De hecho, si sus sospechas se confirmaban, estaba dispuesto a seguir invirtiendo su propio capital para alquilar un mini-submarino y continuar así con sus investigaciones. Su única pretensión era que su trabajo sirviera para hacer una aportación importante a la ciencia.

—Recuerda que, en las historias de Lovecraft, los que persiguen el conocimiento suelen acabar perdiendo la cordura —le advirtió Daniel, bromeando.

Pero mi esposo, atareado como estaba, ni siquiera le replicó.

En cuanto hubo terminado de recoger el equipo, se puso de nuevo al timón y proseguimos nuestro viaje.

El viento era generoso, otorgándonos una buena velocidad. En algunos momentos incluso tuvimos que reducir algo de vela, pues escorábamos mucho. Tras largar las escotas para bajar la tensión sobre la mayor y el foque genovés, y así estabilizar el velero, la marcha se ralentizó un poco.

Por la tarde, la intensidad del viento siguió subiendo, dificultando cada vez más la gobernabilidad del barco.

Llevábamos rumbo de ceñida, de unos cuarenta y cinco grados con respecto al viento, por lo que avanzábamos haciendo bordadas.

Bruno gritaba las órdenes, que Óscar y Daniel se apresuraban a cumplir. Sin embargo, su inexperiencia y falta de destreza hizo que al final mi esposo tuviera que dejar el timón para ir a ayudarles, por lo que me llamó a mí para que pilotara.

Aunque yo no poseía el título, tenía los conocimientos y la habilidad necesarios para hacer las viradas por avante y mantener la ceñida. Ya lo había hecho otras veces cuando navegábamos los dos solos.

No obstante, en esta ocasión se me hizo más difícil: el aire nos atacaba a filo de roda, con rachas variables y endiabladamente intensas, como si estuviera decidido a no dejarnos avanzar. Y luchar contra él nos obligaba a ir en zigzag, entorpeciendo con ello nuestro desplazamiento. De hecho, en cuanto las velas flameaban, el barco se frenaba en seco y, en ocasiones, hasta retrocedía.

Los lamentos de la jarcia empezaban a ser inquietantes a medida que el viento arreciaba, por lo que hubo que recoger mayor superficie vélica, haciendo que la embarcación se quedase sin arrancada y con poca capacidad de ceñida.

A pesar del ventarrón en contra y del fuerte oleaje, la previsión meteorológica no nos era desfavorable (de lo contrario, habríamos dado la vuelta para dirigirnos al puerto de Almería). Por eso mi marido, que estaba decidido a seguir hasta Melilla, al final optó por enrollar génova al máximo y meter motor, pues ese empuje adicional era la única forma de mantener el ritmo y obtener el impulso necesario para remontar las crestas más altas y no quedarnos parados en el valle entre dos olas.

Navegamos así, proa al viento, durante varias horas, con la esperanza de que las condiciones cambiasen pronto para poder volver a desplegar todo el trapo.

No fue hasta poco antes del anochecer que las ráfagas se fueron espaciando a medida que decaía su potencia.

Pensamos entonces que lo malo había pasado, pero no fue así: la fuerza eólica se había tornado tan débil que hubo que apresurarse a destensar escotas y drizas para llevar las velas más embolsadas. Y ni con eso nos proporcionó el empuje necesario para continuar, ya que acabó convirtiéndose en una leve brisa que terminó por morir del todo tan solo unos segundos después.

A pesar de estar en aguas calmas, navegar únicamente con el motor habría supuesto demasiado gasto de combustible, de manera que la estrategia más razonable en ese momento era esperar... O eso creíamos. De haber sabido entonces, como supimos después, lo que nos aguardaba, no habríamos dudado en quemar el motor con tal de salir de allí. Pero, en nuestra ignorancia, simplemente aprovechamos para descansar un rato en cubierta, mientras nos manteníamos expectantes.

Una hora estuvimos así, hasta que la noche se cerró por completo sobre nosotros. Y entonces, viendo que el aire no regresaba, desistimos de esperar y nos pusimos a cenar.

—¿Sabéis qué? Estamos prácticamente a la misma distancia de Melilla que de Almería —nos informó Bruno tras comprobar las cartas.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Vilma con inquietud.

Y es que la observación de mi marido había sonado a «como tengan que venir a rescatarnos, lo llevamos claro».

—Nada, nada —se apresuró a tranquilizarla—. Es solo que me ha llamado poderosamente la atención... Pero todo está bien: es algo normal que haya momentos de calma chicha en alta mar.

—Sí, pronto habrá viento de nuevo —le garanticé yo—. Ya lo verás.

—Y aunque no fuese así —alegó él—, todavía tenemos suficiente gasoil para llegar a puerto. Lo que pasa es que es preferible esperar a disponer de impulso eólico antes de jugar esa carta.

—Entiendo —asintió ella, forzando una sonrisa.

Vilma pareció quedar convencida, lo cual agradecí secretamente. En ese momento, lo que menos deseaba era que un ataque de pánico acabase arruinándonos las vacaciones.

Con la mar completamente echada, sin una ola que rompiese la monotonía de

aquella superficie plana y pulida como un espejo sobre la que se reflejaba el cielo estrellado, no nos quedó otra que recoger las velas e irnos a dormir.

Y de nuevo, a medida que avanzaba la noche, llegaron los sueños: una vez más, me vi acosada por extrañas visiones, al tiempo que oía la llamada de las profundidades...

Me vi a mí misma buceando en oscuros abismos de los fondos marinos, sin equipo de inmersión y completamente desnuda. Era como si yo ya no fuese yo. Podía respirar bajo el agua y soportar la inmensa presión que esta ejercía sobre mí. De esta guisa, pude llegar a una tenebrosa fosa, donde se hallaba una recóndita y milenaria ciudad de piedra, cubierta de algas y árboles de coral que hacían que pasara completamente desapercibida a ojos ajenos. Una ciudad construida por esa raza de extraños seres subacuáticos que venían apareciendo en mis sueños, criaturas de perversa inteligencia que (según pude saber entonces) servían a Dagón, líder de su raza, y a otro dios todavía más poderoso y terrorífico: alguien a quien llamaban el Gran Cthulhu.

Este conocimiento me llegó a través de unos extraños jeroglíficos grabados en las paredes de roca, totalmente desconocidos e incomprensibles, pero que, para mi sorpresa, pude leer y entender. Se trataba de los glifos de R'lyeh, la lengua escrita utilizada por los hijos de las profundidades.

Allí, en bajorrelieves tallados sobre los irregulares muros, estaban también representados aquellos humanoides con forma de batracio, miembros de una antigua raza que habitaba desde tiempos inmemoriales en ciudades secretas, ocultas en las insondables profundidades de nuestros mares y océanos.

Durante un rato, observé los grabados con interés científico, estudiando y aprendiendo de ellos. Supe así que aquellos extraños seres acuáticos eran eternos, aunque no inmortales, ya que las armas podían acabar con sus vidas.

Las escenas mostraban también su veneración a Dagón y al Gran Cthulhu, así como sus obscenos rituales en los que realizaban sacrificios y exigían su tributo.

Cual tenebrosos mensajeros de su dios dormido, los habitantes del fondo marino trataban de extender su maldad por el mundo, mientras oraban y conspiran para que se alzase de nuevo...

Pero lo que más me sorprendió fue descubrir imágenes de los profundos copulando en una burla grotesca del acto sexual... ¡con hembras humanas! Y el fruto de esas uniones impías era una aberrante descendencia, normal en apariencia, pero que con el tiempo se metamorfoseaba hasta transformarse en horrendas criaturas que acababan sintiendo la llamada del mar y procedían a sumergirse en sus aguas para reunirse con los suyos.

En mi sueño, seguí avanzando por la ciudad, perdiéndome en espacios incomprensibles, ajenos a toda racionalidad, hasta llegar a una especie de templo de retorcidas formas. Tras acceder a su interior por una abertura situada en una extraña roca, comencé a sentir un impulso irrefrenable que me invitaba a la transformación, a

la sublimación...

De repente, unos tentáculos enormes emergieron de entre las sombras y me agarraron. Era él, Dagón, el Dios Pez, guardián de la ciudad sumergida de R'lyeh y servidor de Cthulhu.

Me hallaba frente a una inmensa y horrenda monstruosidad, un ser pesadillesco de seis metros de altura y millones de años de antigüedad, anterior incluso a la aparición del hombre. Tenía el cuerpo cubierto de escamas y los dedos de manos y pies palmeados.

Cuando me atrajo hacia sí, pude contemplar sus espantosos ojos, abultados y vidriosos, de mirada espeluznante y enloquecedora, así como sus enormes dientes enmarcados por unos labios flácidos y tremendamente anchos.

Sin embargo, a pesar de la intensa aprensión que ahora me produce y que me intimida con solo recordarlo, en el sueño no sentía temor alguno. Por el contrario, estaba orgullosa y agradecida de que Dagón hubiera puesto sus zarpas sobre mí. Desnuda como me encontraba, el contacto con su fría piel me hacía estremecerme por dentro de placer...

Por primera vez en los últimos días, despertar no fue un alivio, sino un fastidio.

Cuando me di cuenta de lo absurdo y depravado de semejante sentimiento de frustración, lo justifiqué diciéndome a mí misma que era por saber más cosas de ese mundo submarino que mi subconsciente había creado... Aunque supe que me auto engañaba en cuanto me di cuenta de que se me habían erizado los pezones y percibí la humedad de mi sexo: estaba excitada.

—Cariño, ¿qué te pasa? —me preguntó Bruno, medio adormilado. Sin duda, le había despertado al moverme.

—No es nada —me apresuré a responder, avergonzada.

—¿Has tenido otra pesadilla? —se interesó él.

—No. Es solo que hace demasiado calor aquí. —No sabía si era yo o la temperatura del camarote había subido, pero aquello me sirvió como excusa—. Voy arriba un rato a tomar el aire... Tú vuelve a dormirte.

Me levanté, me puse la camiseta y subí a la cubierta.

La noche era cálida y la luna, tan brillante que parecía un gran agujero en el firmamento por el que se filtrase la luz del otro lado del universo.

El mar, cristalino, permanecía en calma, invitándome a darme un baño para quitarme el sudor y el mal sueño.

Todos dormían, de modo que me despojé de la camiseta, dejando mis pechos al descubierto, y me quedé solo con las braguitas.

Justo en ese instante, Bruno llegó y me abrazó por detrás, rozando con sus dedos mis senos desnudos.

—Deberías haberte quedado en la cama —le indiqué—. Ya te he dicho que estoy bien.

Pero él no respondió. Simplemente, se limitó a abrazarme con más fuerza y a

besarme en el cuello, acrecentando mi excitación.

Luego, se metió en el agua y me hizo un gesto con la mano para que le siguiera.

Cuando llegué junto a él, descubrí que estaba desnudo, a pesar de que no le había visto quitarse su *slip*.

Comenzó a besarme de nuevo mientras me atraía hacia sí sujetándome por las nalgas.

Conducido por una pasión inusual, me hizo el amor en el agua, como nunca me lo había hecho, de una forma casi salvaje, siendo capaz de mantenernos a flote a los dos.

Era algo extraño, como si Bruno poseyera una destreza y un vigor desconocidos.

Y entonces tuve la sensación de que no era él; de que, en realidad, un ser invisible y poderoso era el que estaba tocándome, enroscándose en mí, introduciéndose en mi cuerpo...

Fantaseé largo rato con aquella idea, casi sin pretenderlo, como si fuese un pensamiento ajeno a mi mente.

Tras hacerme sentir un orgasmo brutal, que me dejó extenuada y sin fuerzas, tuve que regresar al barco para sentarme a descansar.

Bruno, en cambio, se quedó un rato en el agua, flotando sin dejar de mirarme.

—Me has dejado agotada —manifesté cuando hube recobrado el aliento.

Me incorporé, me puse de nuevo la camiseta y le dije que le esperaba dentro. Necesitaba echarme un rato a descansar, por lo que regresé a nuestro camarote. Y, para mi sorpresa, ¡allí estaba Bruno, durmiendo plácidamente!

La realidad pareció quedar entonces en suspenso, como en un sueño. En mi interior se mezclaron confusas sensaciones, que iban desde la incredulidad hasta el horror. Incluso llegué a pensar por un momento que lo había imaginado todo. Pero el escozor en mi zona genital evidenciaba que aquello había ocurrido de verdad.

Tuve entonces la sensación de que todo ha cambiado... Y algo profundo y oscuro se instaló en mi espíritu para siempre.

Mi esposo me lo notó por la mañana:

—Tienes mala cara —me dijo—. ¿Te encuentras bien?

—Me siento un poco rara —tuve que admitir.

Me puso la mano en la frente y, al comprobar que no tenía fiebre, no le dio mayor importancia.

—Seguro que no es nada —fue su diagnóstico—. Verás cómo se te pasa en cuanto te tomes tu cafetito matutino.

Pero se equivocaba, por supuesto. Mi experiencia tuvo un profundo y permanente impacto en mi cuerpo y en mi alma. De alguna forma, establecí algún tipo de conexión con una especie de banco de memoria colectivo que contenía recuerdos y conocimientos completamente ajenos y de naturaleza no humana. Y eso me cambió para siempre: creo que en este punto es cuando dejé de ser yo misma, Sonia Dueso, para convertirme en otra... *cosa*.

Ya no era la misma persona que solía ser. Y, aunque mi comportamiento no

resultó trastocado en demasía, la nueva visión del mundo y de la realidad hizo que todos mis esquemas se vinieran abajo, modificando mi escala de valores y también mis prioridades e inclinaciones.

Ajenos a todo esto, mis compañeros de travesía contemplaban aquel mar desconocido y extremadamente calmo (al menos en superficie) con la esperanza de que el viento volviera a soplar.

Bruno no quería usar aún el motor para no agotar el poco gasoil que nos quedaba, por lo que decidió darle un poco más de tregua.

—Así, mientras tanto, podré explorar también esta zona —dijo al tiempo que soltaba un par de palmaditas sobre el cajón que guardaba la cámara-robot.

En ese momento, temí que aquel artefacto pudiera llegar a grabar algo que confirmase la realidad de mis sueños y mis experiencias, pues, en el fondo, aún tenía la esperanza de que todo hubiera sido producto de mi imaginación. Por eso, creo que fue un alivio cuando, al tratar de encender el equipo, Bruno descubrió que no funcionaba.

—¿Cómo puede haberse estropeado? —se preguntaba una y otra vez, mientras trataba de descubrir cuál era el problema.

Sin embargo, fue incapaz de dar con él, por lo que al final hubo de desistir.

A medida que avanzaba el día, el calor del sol, que al principio era agradable, se tornó cada vez más sofocante. Esto hizo que todos optaran por meterse en el mar para refrescarse.

—No deberíais nadar en estas aguas. Es peligroso —les advertí desde la cubierta del barco.

—¿Qué dices? Pero si son ideales para darse un baño —declaró Bruno—. Anda, anímate.

Negué con la cabeza.

A pesar de que el calor era asfixiante, una parte de mí se resistía a entrar nuevamente en contacto con el mar.

—Prefiero quedarme aquí —le aseguré.

Aunque no podía verlas, intuía que allí, a varios metros por debajo de mi marido y nuestros amigos, se movían extrañas criaturas parecidas a batracios antropoides.

«No son conscientes del peligro», me dije.

De repente, una extraña neblina comenzó a formarse alrededor de nuestro barco, por lo que me apresuré a alertar a los demás.

—No pasa nada, cariño —manifestó Bruno con su irritante indolencia—. Es solo vapor de agua producido por este calor.

—Creo que deberíais salir —insistí—. Tengo un mal presentimiento...

Bruno se acercó al barco para tranquilizarme.

—Todo está bien —me garantizó.

—No me escuchas —le chillé, molesta, antes de dirigirme de nuevo a los demás—. Os digo que va a pasar algo malo...

—¿Hablas de premoción? —preguntó Óscar, sonriente, siempre dispuesto a combatir cualquier atisbo de pensamiento mágico—. ¿Acaso puedes predecir el futuro?

Creo que se disponía a darme uno de sus habituales discursos sobre el método científico cuando, de pronto, Alba gritó:

—¡Coño! Algo me ha rozado el pie —dijo, mirando hacia el agua.

—Anda, déjate de bromas —le pidió él.

—Va en serio. Algo me ha tocado.

—¿Ves lo que has conseguido? —me reprochó—. Ya has hecho que mi mujer se sugestione.

En ese momento, al palparse el pie, una pequeña mancha de sangre diluida ascendió lentamente hacia la superficie, justo delante de ella.

—¡Vamos, todos al barco! —ordenó entonces mi marido, encaramándose a la escalerilla de popa.

Nuestros amigos nadaron hacia el velero a toda prisa, como si los persiguiera un tiburón. Y así, uno a uno, fueron saliendo del agua, ayudados por mi esposo, que tiraba de ellos como si quisiera arrancárselos al mar.

Una vez que todos estuvieron arriba, procedimos a examinar el pie de Alba, el cual tenía una pequeña incisión en el talón, alargada pero poco profunda.

—No es grave —informó Bruno mientras abría el botiquín y sacaba el alcohol para desinfectar. Solo tenía un curso de primeros auxilios, pero apoyó su dictamen en sus conocimientos sobre biología—. Lo más probable es que haya sido una mantarraya: su cola es afilada y puede cortar como un estilete... ¿Te duele?

—Un poco.

—No creo que vayas a necesitar puntos de sutura —dijo cuando terminó de limpiar la herida—. Pero ahora mismo ponemos rumbo a Almería para que te lo miren en un centro de salud, por si acaso.

Mi esposo se puso entonces a los mandos del *Stella Maris* para descubrir en ese preciso instante que el motor no arrancaba y que todo el sistema eléctrico había dejado de funcionar.

—Esto no puede estar pasando —masculló después de mirar por todos lados y no ser capaz de encontrar la causa del problema.

Por si eso fuera poco, la situación habría de complicarse aún más:

—La niebla se está haciendo cada vez más espesa —alertó Daniel.

Una densa y blanquecina opacidad no tardó en instalarse a nuestro alrededor, cubriéndolo todo. Incluso al sol le costaba atravesarla y solo podía derramar sobre nosotros una luz enfermiza, mortecina, espectral... Ya no era el brillante y cálido astro que nos había acompañado tan solo unos minutos antes.

—Bueno, no os preocupéis: voy a pedir ayuda por radio.

Bajó a llamar y, cuando regresó poco después, supe por su expresión que no lo había conseguido.

—La radio tampoco funciona.

—¡Joder! Esto no es normal —estalló Vilma—. Parece que estemos en el puto triángulo de las Bermudas.

Inmersos en un banco de niebla, completamente inmovilizados y sin comunicaciones, nuestras opciones no eran muy halagüeñas.

—Bueno, pues algo tendremos que hacer para salir de aquí —nos apremió Óscar.

—Estamos sin visibilidad, sin sistemas de orientación, sin motor y sin viento. No hay forma de que podamos ir a ninguna parte...

Y entonces, lo vi claro:

—No van a dejar que nos marchemos —expresé con toda naturalidad.

Todos me miraron, extrañados.

—¿Quiénes? —inquirió Bruno.

Su pregunta me pareció lejana, como si me llegara desde la otra punta del universo y de más allá del tiempo.

—¿Quiénes qué? —repetí yo.

—¿Quiénes no van a dejar que nos marchemos? —recalcó.

Me encogí de hombros.

—No lo sé.

Óscar empezó a ponerse nervioso, consciente de que algo no terminaba de encajar; de que *algo* estaba actuando allí, alterando con ello su esquema racional del mundo.

—Entonces, ¿por qué cojones lo has dicho? —me increpó, exasperado.

—No... no lo sé. Estoy confusa —me disculpé. Realmente, me sentía aturdida.

Mi marido se apresuró a defenderme:

—Déjala. No duerme bien por las noches y la falta de descanso hace que diga incoherencias —fue su forma de justificarlo. Luego, volviéndose de nuevo hacia mí, me dijo—: Tal vez deberías acostarte un rato.

—No hace falta —rechacé—. Estoy bien.

—De acuerdo —aceptó mi palabra. Luego, dirigiéndose a los demás, dijo—: Ahora lo principal es conservar la calma. Estamos en medio de una ruta marítima transitada, de modo que algún barco dará con nosotros tarde o temprano...

—Con esta niebla, ni nos verán —observó Daniel—. Tendremos suerte si no nos pasan por encima y nos hundan.

Nuestros amigos estaban cada vez más nerviosos.

—Os prometo que todo irá bien. Ya lo veréis —se esforzó por tranquilizarlos, sin imaginar siquiera que nos esperaba un auténtico infierno.

Las horas pasaron, pero la niebla se negó a desaparecer. El viento no se arrimó a nosotros y la mar siguió en calma.

Bruno permanecía de guardia en cubierta, con los sentidos atentos y la esperanza puesta en detectar alguna embarcación que pudiera rescatarnos... Pero sus anhelos no iban a verse cumplidos.

—Esto no es normal —me confesó cuando subí a llevarle algo de beber. Él, que hasta ese momento había sabido mantener la entereza, empezaba a flaquear—. Parece como si estuviéramos encerrados en una burbuja de cristal, aislados del resto del mundo.

—Pronto vendrán a buscarnos —expresé.

No me refería a que fuese a llegarnos ayuda, pero él lo interpretó así.

—Tienes razón —asintió con la cabeza—. Hay que ser positivos.

Me habría gustado poder decirle que estaba entrando en un estado diferente de conciencia y que mi mente empezaba a tener acceso a otro plano de conocimiento y de recuerdos ocultos... Pero sabía que me tomaría por loca, por lo que decidí callarme.

Con el transcurso de las horas, y viendo que la situación no cambiaba, nuestros amigos comenzaron a desesperarse.

Óscar se puso entonces a echar un vistazo a las cartas náuticas de papel... Y algo llamó su atención:

—¿Esto es una isla? —le preguntó a mi marido al tiempo que señalaba con el dedo un punto relativamente cercano a nuestra posición.

—Sí, es la isla de Alborán —reconoció él enseguida—. Aunque, por sus dimensiones, es más bien un islote... Pero posee unas instalaciones militares y una pequeña dotación —recordó de pronto—. Está prohibido acercarse; aunque, en caso de mal tiempo, ofrece refugio a la flota pesquera y a barcos en tránsito. Sin duda, la guarnición de la isla podría echarnos un cable si fuésemos capaces de hacerles llegar un mensaje de socorro.

—Puesto que la radio no funciona, tendremos que ir nosotros hasta allí. ¿Podría hacerse remando en la lancha hinchable? —quiso saber.

Bruno meneó la cabeza.

—Hay más de veinte millas... Es un disparate.

—Pero no podemos permanecer de brazos cruzados —protestó Daniel—. A este paso, nos quedaremos sin comida y sin agua potable.

Mi esposo era consciente de ello. Por eso no se cerró en banda a aquel plan.

—Está a punto de hacerse de noche... Esperemos a mañana —les propuso—. Si todo sigue igual, estudiaremos detenidamente esa alternativa para ver si es viable o no. ¿Os parece?

Desconocedores de lo que les deparaba el futuro, ambos se mostraron de acuerdo, permaneciendo ajenos al hecho de que ninguno llegaría a ver un nuevo amanecer.

La noche llegó de golpe, como si se hubiera abierto de súbito un agujero negro en medio del mar, devorando toda luz. La niebla que nos envolvía se convirtió en una nube tenebrosa, en una oscuridad palpable que el resplandor de la luna llena, que debía de estar ya alta en el cielo, era incapaz de atravesar.

Bruno encendió una linterna y dirigió el haz hacia el infinito, pero su fulgor parecía morir nada más cruzar los límites de nuestra borda.

Hasta el silencio del mar parecía más espeso...

—Esto no tiene ningún sentido —murmuró mi esposo para sí mismo, incapaz de comprender lo que estaba ocurriendo.

Y de repente, en medio de aquel sepulcral mutismo, pudimos escuchar los lejanos *cantos de sirenas*: una especie de lastimero croar, como una letanía inarmónica y disonante.

—¿Qué demonios es eso?

—Son tus hombres-pezu —le informé—. Por fin vas a conocerlos, tal y como anhelabas.

—No digas tonterías —me espetó.

Daniel subió la escalerilla y se presentó en cubierta.

—¿Qué es ese sonido? —inquirió—. ¿Es un barco?

Iba a contestarle, pero Bruno me hizo un gesto para que callase. Sin duda, no quería que mis desvaríos inquietasen aún más a nuestros amigos.

—No estoy seguro... —expresó él—. Suena de una forma extraña.

Era un idioma ininteligible, a base de sonidos irrepetibles, que ninguno había oído jamás.

Y yo era la única que sabía que estaban recitando una oración...

Los demás acabaron saliendo también al exterior. Incluso Alba subió cojeando: no quería perderselo.

—¿No tendríamos que lanzar una bengala para señalar nuestra posición? —preguntó Óscar, convencido de que el rescate estaba próximo.

En ese momento, la atmósfera pareció cargarse de una siniestra energía, lo que provocó que en el *Stella Maris* también se extendiera un manto de tenso silencio. Todos miraban con preocupación hacia la negrura, presintiendo que algo extraño iba a ocurrir.

—El aire huele a muerte —manifesté.

Supongo que, en circunstancias normales, habría parecido que actuaba como una lunática; como alguien que ha perdido todo contacto con la realidad... Pero lo cierto es que yo era la única allí que sabía lo que estaba pasando.

En cuestión de segundos, un hedor putrefacto se instaló en el ambiente, un olor intenso a pescado podrido que anunciaba la proximidad de los profundos.

La niebla empezó entonces a brillar con una tenue fosforescencia verdosa y enfermiza... Y en ese instante pudimos ver sus siluetas, alrededor de nuestro velero.

—Hay gente en el agua —señaló Vilma.

Había decenas... cientos de aquellos seres flotando en el mar.

—Tal vez ha habido un naufragio... por culpa de la niebla —especuló Óscar, tratando de dar una explicación racional incluso a lo que no la tenía.

Los inhumanos cánticos se intensificaron y enseguida una pesada aura, sobrecogedora y perturbadora, se abrió paso desde el fondo marino.

Miles de burbujas ascendieron hasta la superficie, seguidas de un asombroso

movimiento de agua que estalló en un inmenso géiser a pocos metros de nosotros.

—¿Qué es eso? —preguntó Alba, aterrada.

—No lo sé —tuvo que admitir Óscar, incapaz de comprender todo aquello.

—¡Hay que marcharse ahora mismo de aquí... aunque sea a nado! —chilló Daniel, visiblemente intimidado por la impresionante columna de agua.

—No perdamos la calma —manifestó Bruno, tratando de mantener el control de la situación.

Pero en ese momento, la corrompida atmósfera se llenó aún más de efluvios repugnantes y nauseabundos que hizo difícil hasta respirar.

—Me ahogo —farfulló Alba un segundo antes de empezar a sufrir arcadas.

Óscar la agarró y corrió a llevarla abajo, confiando en poder aislarse allí de la terrible pestilencia.

Por supuesto, no lo consiguieron, pero al menos, gracias a eso, se salvaron de presenciar la horripilante monstruosidad que surgió de la columna de agua, en medio de un sinfín de colores extraños e imposibles.

Parecía uno de aquellos profundos, aunque de un tamaño descomunal; una inmensa criatura de pesadilla, rodeada por una aureola insidiosa y maligna.

A pesar de que su figura era vagamente antropoide, era tan grotesco, inquietante y de aspecto tan amenazador, que su sola presencia resultaba insoportable y del todo incomprensible para la mente humana.

Tal vez por eso Daniel no pudo resistir su visión y, antes de que nos diéramos cuenta, se había lanzado al mar, con la esperanza de poder escapar de allí nadando.

Todo su afán era salvar su miserable vida, dejando a su mujer abandonada a su suerte... así que le estuvo bien empleado que los profundos que nos rodeaban le atraparan, le desmembraran salvajemente y tiñeran de rojo las aguas con su sangre en medio de terribles alaridos de dolor.

Era nuestro amigo, sí. Pero reconozco que, debido a su egoísmo y a su traición, no lamenté su muerte.

En cambio, sí sentí lástima por Vilma: la muy ilusa se arrojó al mar en un vano intento por ayudar a su esposo, que tan rastreramente la había plantado.

Bruno había tratado de detenerla, pero se le escabulló...

—¡Vuelve a bordo! —le gritó cuando ya era demasiado tarde.

La pobre no llegó a acercarse siquiera a su moribundo esposo: aquellas aberraciones nacidas de las más negras profundidades la agarraron y la arrastraron al fondo, desapareciendo para siempre de nuestra vista.

Entretanto, otras de aquellas criaturas comenzaron a asomar por la borda y a ascender por ella para irrumpir en la embarcación.

Mi esposo no pareció alegrarse de reencontrarse por fin con sus añorados hombres-pez. A pesar de ser uno de los pocos mortales que tenían la suerte de poder ver sus sueños convertidos en realidad, renunció a ellos enseguida. Supongo que por eso dice el refrán: «Ten cuidado con lo que deseas, no vaya a ser que se cumpla».

—¡Dios santo! —profirió.

—Clamas al dios equivocado —le indiqué con absoluta tranquilidad.

Mi voz pareció recordarle que estaba allí. Corrió hacia mí y me arrastró con él al interior del barco, intentando así ponerme a salvo. Luego cerró la portezuela y se esforzó por atrancarla para que aquellos apestosos seres de cuerpo escamoso no pudieran entrar.

—¿Qué está pasando? —nos preguntó Óscar—. ¿Dónde están Daniel y Vilma?

Bruno, sentado en la escalera y con la espalda apoyada contra la portilla, agachó la cabeza.

—¿Están...? —empezó a decir Alba, pero se detuvo.

—Lo siento mucho... No he podido hacer nada para evitarlo —se disculpó mi esposo, sintiéndose responsable.

—No. No puede ser... Te equivocas —rechazó.

Imagino que siempre resulta difícil de aceptar la repentina y trágica muerte de una persona a la que acabas de ver viva minutos antes.

Alba hizo ademán de ir a buscar a sus amigos, pero Óscar la retuvo.

—Han muerto —insistió Bruno—. No se puede hacer nada por ellos.

—¡No, no han muerto! Queréis engañarme... Seguro que es una broma de las vuestras. ¿A que sí? Dime que es una broma —le imploró a su marido, lloriqueando, antes de derrumbarse sobre su pecho.

En ese momento, golpearon la portezuela con fuerza, aunque esta resistió el envite.

—Intentan entrar... —nos advirtió mi esposo—. Coged algo con lo que defendernos.

Perplejo, aunque consciente de que la amenaza era real, Óscar corrió hacia la cocina y agarró un cuchillo grande.

—¿Quiénes son? ¿Qué es lo que quieren de nosotros?

Bruno no se atrevía a decirles lo que había visto.

—Eso da igual. Lo que importa es que, si logran echar la puerta abajo, estamos jodid...

No pudo terminar la frase: una nueva arremetida contra la puerta la hizo salirse de los goznes.

Del empellón, mi esposo salió despedido hacia adelante y acabó de bruces en el suelo.

—¡Sonia, llévate a Alba a nuestro camarote y encerraos allí! —me gritó al tiempo que se incorporaba.

Sin embargo, no me moví del sitio...

Y los demás, tampoco, petrificados como estaban ante la imagen que vieron: uno de aquellos seres con aspecto de batracio descendió lentamente por la escalerilla, acompañado por el fuerte olor a pescado en descomposición. Fluidos legamosos le corrían por la escamosa piel y estaba rodeado por un halo de repugnante corrupción.

Al primer monstruo le siguió un segundo. A este, un tercero... Y luego, un cuarto.

Nos superaban en número y eran más grandes y fuertes. No había nada que hacer contra ellos. Pero, a pesar de todo, parecía que el instinto de supervivencia obligaba a tratar de resistir de alguna manera.

Incapaces de ver la esterilidad de sus actos, Bruno tiró de mí y de Alba, y nos arrastró a ambas hacia el camarote, mientras que Óscar se plantó ante aquellos seres, cuchillo en mano, dispuesto a enfrentarse a ellos.

No tenía ninguna oportunidad... Estoy convencida de que lo sabía. No obstante, supongo que lo hizo para tratar de ganar algo de tiempo para los demás.

Su mujer le llamó entre sollozos para que retrocediese y corriera a atrincherarse en el camarote, pero él rehusó. En lugar de eso, enfiló el arma hacia el blanquecino vientre de una de aquellas criaturas y atacó...

Mi esposo, espantado, cerró la puerta en cuanto vio que el profundo le arrancaba la cabeza de cuajo a nuestro amigo.

Los segundos que nos concediera Óscar con su sacrificio no sirvieron de mucho: los hijos de Dagón no tuvieron problema para destrozarse la puerta que nos separaba de ellos e irrumpir en el camarote.

Bruno intentó oponer resistencia, pero recibió un fuerte manotazo en la cara que le lanzó contra la pared y le dejó en el suelo, inconsciente.

Sin mostrar clemencia, otro profundo agarró a Alba por los pelos y se la llevó a rastras, mientras la pobre gritaba como una histérica. No sabía la suerte que había tenido al ser elegida como tributo para Dagón...

Cuando mi marido recobró la consciencia, casi media hora más tarde, todo había acabado. Los profundos se habían marchado, llevándose consigo sus *trofeos*.

En el *Stella Maris* solo quedábamos él y yo.

—Tranquilo —le dije mientras sostenía una servilleta con unos cubitos de hielo sobre su cabeza para bajarle la inflamación.

Aún un poco aturdido, me apartó la mano y se incorporó a toda prisa.

Salió del camarote y buscó a los demás.

—¿Dónde están todos? —me preguntó al ver que allí no había nadie.

Hasta el cuerpo de Óscar había desaparecido.

—Se los han llevado los profundos —le indiqué.

Bruno dio un golpe de rabia sobre la mesa y luego se sentó, llevándose las manos a la cabeza.

—Es culpa mía. No debí traerlos —se lamentó.

—No pasa nada —traté de animarle—. Todo está bien.

Alzó la mirada y me preguntó:

—¿Qué demonios eran esas cosas? —Al instante, debió de pensar que cómo iba a saberlo yo, por lo que empezó a plantear él mismo una posible hipótesis—: Tal vez sean producto de ciertas mutaciones aparecidas en el curso de la evolución, impulsadas por la contaminación de los mares o la radiactividad...

En el fondo, seguía con la idea de que se tratase de sus anhelados críptidos.

—Aunque llevan mucho tiempo aquí, no son originarios de este mundo —le revelé.

Mi esposo me miró con incredulidad.

—Ellos me lo han mostrado a través de mis sueños —le dije.

A pesar de todo lo que había presenciado, aún le costaba dar crédito a mis palabras.

Bruno se mantuvo un rato en silencio, cavilando sobre todo lo sucedido.

—¿Por qué nos ha ocurrido esto a nosotros? —me preguntó por fin, transcurridos unos largos segundos—. ¿Ha sido por simple azar o la culpa es nuestra por buscar lo que no debíamos?

—Cariño, tú y yo hemos sido elegidos... —manifesté orgullosa—. Ellos detectaron tus ansias de conocimiento y están dispuestos a revelarte los antiguos misterios de los profundos océanos...

—¿Ah, sí? —me preguntó con tono sarcástico—. ¿Y a qué precio?

—Bueno, tendrás que renunciar a tu vida tal y como la conocías hasta ahora... Pero podrás vivir eternamente en su ciudad secreta bajo las aguas —aseveré—. Como tú sueles decir, cada sacrificio tiene su recompensa al final del camino. Y todos tus esfuerzos y tu entrega te han traído a este punto. Ha llegado el momento de recoger el fruto de tu trabajo y tus desvelos.

Bruno se mostró indignado.

—¿Y olvidar que han matado a nuestros amigos? ¿Así, sin más?

—Ellos eran diferentes... No habrían encajado en su mundo —traté de hacerle ver.

—Pero no tenían por qué morir —insistió.

Me senté a su lado para explicárselo con calma:

—Los infieles han de ser purgados. Eliminados —apunté—. Es la ley de Dagón.

Mi esposo se levantó y se apartó de mí, consciente de que ya no veía las cosas de la misma manera que él. Sin embargo, la curiosidad pudo más que su aprensión hacia mí, por lo que se volvió para preguntarme:

—Entonces, ¿Dagón es real?

—Tú mismo lo has visto ahí fuera. ¿No te ha parecido bastante real?

—No es eso... Es que nunca me lo habría imaginado así —me aseguró—. Es un dios demasiado horrendo para que alguien se atreva a adorarlo.

Su limitada visión resultaba, en cierto modo, conmovedora.

—No le adoran por su aspecto, sino por su poder. Desde el nacimiento de las primeras civilizaciones, e incluso antes, los hombres han recurrido a él para obtener felicidad, riquezas, inmortalidad... Gracias a los profundos y sus contactos con los pueblos de navegantes, su culto se difundió ampliamente en el pasado. La supremacía de los fenicios, por ejemplo, fue gracias a Dagón, al igual que su final llegó cuando lo abandonaron por otros dioses...

—¿Y su culto sigue vivo en la actualidad? —se atrevió a preguntar, aunque deseaba de todo corazón que la respuesta fuese negativa.

—Hoy su veneración se lleva bastante más en secreto... De modo que no verás por ahí ningún cartel anunciador de la Orden Esotérica de Dagón, pues eso fue una invención de Lovecraft —sonreí—. Pero lo cierto es que su doctrina sigue igual de activa que en el pasado... Has de saber que, de las miles de personas que desaparecen cada año por todo el mundo, la mayoría termina en alguna ciudad submarina por mandato de Dagón. Por eso no se las vuelve a ver.

—Así que Lovecraft nos advirtió de todo esto en sus historias... —comprendió.

—Sí. Supongo que el pobre tipo se vio obligado a presentar como relatos de ficción esa otra realidad a la que había tenido acceso. La única forma de que no le tomaran por loco era hacerlos pasar por cuentos de miedo.

Bruno cayó en la cuenta enseguida de un detalle importante:

—Sin embargo, el compendio de su obra no se titula *Los Mitos de Dagón*, sino *Los Mitos de Cthulhu* —observó.

—Eso es porque Dagón y sus hijos sirven en realidad a una entidad superior, a Aquel cuya llamada se oye en las profundidades: el Gran Cthulhu. «Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn» —pronuncié en perfecto r'lyehiano—. «En su morada de R'lyeh, Cthulhu, muerto, aguarda soñando» —traduje a continuación—. Ellos saben que un día serán convocados para despertar a Cthulhu. Tienen la certeza de que, bajo las estrellas adecuadas, Él regresará a la vida. Y aguardan con impaciencia ese día en que volverán a hundir los continentes para que el mar los cubra de nuevo...

—Y la humanidad perecerá —alegó él con frialdad.

Sus ojos reflejaban el desprecio que empezaba a sentir hacia mí.

—Es cierto que, cuando Cthulhu despierte de su letargo, devorará las almas de los hombres y provocará la extinción de toda la humanidad. Sin embargo, la venganza del dios muerto no será absoluta. Habrá un pequeño grupo de seguidores bendecidos con la sangre de Dagón que se salvará y podrá permanecer junto a Él. Y tú y yo formamos parte de los escogidos...

Mis palabras le escandalizaron.

—No sé qué es lo que te está pasando, Sonia —me interrumpió—, pero tú no eres así. Te conozco y sé que no puedes querer de veras formar parte de esta locura. Admito que la situación es desesperada y que nos enfrentamos a fuerzas que escapan a nuestro entendimiento... Pero no por ello debemos claudicar. No dudo de que ponernos de parte de ese ente malévolo hará que salvemos la vida, pero creo que el precio a pagar es demasiado alto. Y mi conciencia no me permitirá asumirlo.

Me acerqué a él y tomé su rostro entre mis manos.

—Cariño, no digas eso. Piensa que somos muy afortunados. Se nos ofrece una oportunidad única: podremos vivir juntos, para siempre, tú y yo... y nuestro hijo.

Su expresión cambió completamente, asomando un tenue atisbo de alegría.

—¿Estás...? —empezó a preguntar, pero enseguida se dio cuenta de que algo no cuadraba—. ¿De cuánto?

—Desde ayer... —confesé—. Pero ya puedo sentir la nueva vida creciendo dentro de mí.

—Eso no es posible —objetó, incapaz de comprender el milagro.

—He sido elegida para dar a luz a un vástago de Dagón —expresé con júbilo.

Bruno me miró con asco y repugnancia.

—Cariño, no quiero perderte —le aseguré—. Debemos hacer esto juntos. Por eso tienes que abrir tu corazón a Dagón... Escucha su llamada. Permite que te cambie como a mí. Así podremos ir con los profundos y vivir juntos para siempre.

Creo que fue en ese preciso instante cuando Bruno inició el descenso hacia la desesperación y la locura más absolutas. Sin embargo, no supe darme cuenta de ello.

—Voy fuera un momento... Necesito pensar con calma. Déjame un rato a solas —me pidió.

—Está bien —concedí, sabedora de que tantas revelaciones a la vez no eran fáciles de digerir por la limitada mente humana.

No podía imaginar siquiera que Bruno, preso de la demencia, optaría por suicidarse.

Inmerso en su trágica locura, plenamente convencido de que nada se podía hacer frente a los horrores que habían irrumpido de repente en su vida, buscó un cabo y se ahorcó, colgándose del mástil.

Al escuchar el golpe seco, subí corriendo a cubierta... Pero ya nada pude hacer por mi marido: se había partido el cuello.

¡Qué estúpida fui al dejarle solo! Tenía que haberme imaginado que descubrir de repente lo que se oculta tras el velo de aquello que, ingenuamente, conocemos como realidad y saber que somos meros títeres a merced de la caprichosa voluntad de los dioses puede abocar en un desorden psicológico que no todo el mundo es capaz de soportar.

Sintiéndose desbordado y diminuto ante los horrores de pesadilla y las titánicas abominaciones que acechan en las sombras y en las profundidades marinas, Bruno optó por la salida fácil.

Renunció a la inmortalidad y a la eternidad conmigo, al conocimiento y el poder, a los placeres y la felicidad... Y todo por miedo, miedo a lo desconocido...

Me sentí enfadada con él y le insulté, a pesar de que ya no podía oírme.

Lamenté su cobardía y le odié por no querer seguirme en mi nueva vida...

—¿Dónde queda ahora aquel «juntos para siempre» que tanto te gustaba repetirme? —le pregunté a su cadáver. Pero no me respondió.

Más tarde, los profundos volvieron y se llevaron su cuerpo.

Y entonces, lloré.

No sé si fue la pérdida del ser amado o la mera angustia de quedarme sola, pero el *shock* que me produjo su desaparición me hizo comprender que la eternidad no tenía

mucho sentido sin la persona con la que esperaba compartirla.

Fue en ese momento cuando recuperé algo de lucidez, como si el vínculo con los profundos se hubiera diluido, reapareciendo mi olvidado sentimiento de pertenencia a la especie humana. Y entonces comencé la escritura de estas páginas, con la esperanza de que alguien llegue a encontrarlas y se sepa lo ocurrido con el *Stella Maris* y su tripulación.

Pero, sobre todo, escribo esto por él, por Bruno, para que quede constancia de que al final encontró a sus añorados hombres-pezu... a pesar de que no eran lo que él esperaba.

Aunque supongo que el mundo no está preparado para conocer la verdad... Y esta historia, si llega a ser conocida, acabará convertida en una leyenda urbana o un cuento, una mera ficción como las de Lovecraft, para evitar que pueda atentar contra la cordura de la gente normal.

Es evidente que la ignorancia es lo que hace llevadera nuestra fútil y nimia existencia...

Qué lejano parece ahora aquel tiempo en que todo estaba bien y cada cosa ocupaba su lugar en el mundo. Sin embargo, por una desafortunada casualidad, todo eso se ha ido a la mierda.

Ahora que lo increíble ha invadido mi pequeña parcela de realidad, lo cotidiano se ha tornado imposible. Y por eso, volver a mi vida anterior es una de esas cosas sencillas que ya quedan fuera de mi alcance.

Me hallo inmersa en una pesadilla de la que no puedo escapar.

La niebla continúa ahí, envolviendo el barco... Y algún conjuro incomprensible para mi limitado entendimiento sigue actuando para que nada funcione.

Pero, en realidad, eso da igual, pues no voy a intentar escapar.

No puedo: su semilla está dentro de mí...

Y yo misma estoy cambiando.

Ya no me reconozco cuando me miro al espejo. Mi propio reflejo me devuelve la imagen de unas facciones desfiguradas... Y esas marcas en mi cuello, como arañazos, anuncian la aparición de unas incipientes branquias.

Me preparo para ir al mar, a las profundidades, con Dagón y sus hijos.

Pronto podré llegar a ese lugar que me ha sido mostrado en mis sueños.

Ya no hay vuelta atrás.

Es mi destino.

Dagón llama...

Y lo hace en nombre de Cthulhu.

El documento original en el que se narran estos hechos fue encontrado por un viejo marino y buzo amigo mío en el interior de un velero abandonado a la deriva en el mar de Alborán, el cual apareció de pronto en medio de la niebla. No había ni rastro de sus ocupantes en la cubierta, por lo que, tras llamar repetidas veces, decidió subir a

bordo para ver si se encontraban en apuros.

La embarcación estaba desierta, pero había un puñado de folios manuscritos clavados en la mesa de madera con un cuchillo. Al empezar a leerlos y ver que se trataba de la declaración de una tripulante, los cogió y se los llevó a su barco mientras llamaba por radio para pedir ayuda. Sin embargo, no logró establecer comunicación hasta que la niebla se disipó... Y con ella desapareció también el velero de forma inexplicable.

Las autoridades iniciaron una investigación y se quedaron con el manuscrito como prueba, aunque nunca se hizo público su resultado (posiblemente, le dieron carpetazo enseguida).

Por lo tanto, el presente relato está basado en los recuerdos y las posteriores anotaciones que hizo el descubridor del documento del *Stella Maris*.

Salvo pequeñas concesiones literarias, he tratado de respetar tanto los sucesos descritos como el estilo y la estructura del manuscrito original, transcribiendo los hechos tal y como me fueron transmitidos.

A día de hoy, ni siquiera hay registros que atestigüen la existencia del *Stella Maris* ni su desaparición, por lo que es posible que todo sea una simple broma. No obstante, la historia es digna de ser contada... aunque sea como «una mera ficción».

EL CANTO DE LA LAMIA

Mikel Rodríguez

Según reza una antigua inscripción en la portada de la iglesia de Otxate, cuando el mundo era joven solo habitaban la tierra y los océanos seres primordiales a los que no resultaba agradable contemplar. Extraños y deformes, procedentes del vacío y las estrellas. En una época aún arcana, estos seres primordiales se ocultaron más allá del tiempo, pero dejaron su semilla. Cthulhu engendró a los seres de la tierra; Dagón, a los marinos, y Derleta, a los lunares.

Fruto de la impía unión de los hijos de Dagón y Derleta nacieron las lamias.

Ella observaba triunfante cómo su enemiga se arrastraba moribunda, mientras la sangre abandonaba su cuerpo y los estertores anunciaban su próximo fin.

La joven bajó del vagón entre la lluvia en el apeadero de Oronoz. Era noviembre y los días resultaban cortos, así que ya había anochecido. La estación estaba desierta y ella misma cargó con la maleta. Se desplazó una milla siguiendo las vías, observando con mal disimulado desprecio aquella línea metálica, aparentemente sin fin. Finalmente abandonó el tendido y tomó la senda que llevaba a Osinbeltz. Allí, el paisaje inalterado y familiar la hizo sentirse reconfortada. Las diecisiete viejas casonas del pueblo permanecían igual, luciendo aquel escudo que ella recordaba. Solo había un edificio nuevo, el palacio Gaiztarro, muestra de que el progreso, como por entonces lo llamaban, había llegado al valle. Al contemplar sus piedras de sillería, se estremeció.

Pero aquel no era su destino. A pesar de que el temporal arreciaba, cruzó el puente medieval y reanudó el camino por la embarrada vereda. Cuando concluyó su ruta descubrió que la heredad donde pensaba albergarse estaba totalmente desmochada: no quedaba piedra sobre piedra. Estalló en un rugido de rabia y retornó sobre sus pasos hasta Osinbeltz. Cuando atravesaba el puente que daba acceso al pueblo, la oyó. Reconoció enseguida su canto único, aunque nunca lo había escuchado antes. Se le erizó el cabello y un instinto atávico le hizo correr a buscar refugio en la villa.

Golpeó la primera puerta donde vio luz filtrándose por las contraventanas. Prosiguió con su enérgica llamada hasta que abrieron un portillo en la segunda planta.

—¿Qué desea a estas horas de la noche?

—Soy una forastera. ¿Hay alguna posada en el pueblo donde pueda hospedarme?

—Pruebe en Dagonalde, es el primer caserón junto al puente.

La joven tocó la aldaba del portalón y enseguida se oyeron pasos nerviosos. Una asustadiza mujer le flanqueó el paso. Era la dueña de la heredad, una joven viuda que

la interrogó sobre sus intenciones.

—Mi propósito es alojarme en su mansión por algunas semanas. Deseo seguir una cura de reposo en el balneario de Elgorriaga.

—Ay, *ene*, ¿usted no tendrá la sarna, verdad? —dijo, retirándose un par de pasos—. Sepa que esta es una pensión muy humilde, aquí nunca se hospedan los clientes de la estación termal —objetó en un intento vano de aparentar finura—. Actualmente mi único huésped es un clérigo, el párroco del pueblo. Usted estará acostumbrada a comodidades que aquí no le podremos proporcionar. Solo dispongo de una criada y es una tullida de la inclusa, una cojitranca un poco retrasada. Además, en Elgorriaga la temporada de baños no comienza hasta las ferias de Santesteban, dentro de una quincena.

—Me alojaré aquí hasta que abran el balneario —cortó con el tono de voz de quien está habituado a imponer su voluntad—. Debido a mi enfermedad permaneceré en mis habitaciones todo el día. No acostumbro a desayunar ni almorzar. Solo deberán subirme la cena cada noche. Ocúpese de todo.

—Bien, si insiste... —aceptó con desgana—. Mientras preparo su cuarto con la sirvienta, pase al salón. Así podrá conocer al señor párroco, es todo un sabio.

La dama entró en una amplia estancia, escasamente amueblada y decorada con útiles de labranza en las paredes. Halló a un hombre con sotana que fingía leer un libro piadoso. Ante su presencia, levantó la vista al instante:

—Buenas noches... por decir algo. ¡Parece el Diluvio Universal! Permita que me presente: soy Juan Alberto Mañaria, párroco de Osinbeltz —dijo, extendiendo el dorso de la mano.

—Viviana de Arrazubia —señaló secamente, sin besar el anillo que le tendían.

—¿Arrazubia? —dudó—. Un antiguo apellido de esta región. Disponían de capilla propia, por lo que no hallará en nuestro templo su *hobia*, la parcela que cada familia poseía para enterrar a sus miembros bajo el banco donde seguían la Eucaristía. Me alegro mucho de no ser el único huésped. Nuestra patrona... ¿cómo decirlo sin faltar a la caridad cristiana?... resulta bastante limitada en su trato social. ¿Así que residirá una temporada con nosotros? Estupendo. Pero le advierto que deberá resignarse al tedio, en este pueblucho no hay mucho que ver, sigue igual desde hace siglos. Perdona, no me ha dicho de dónde procede, ¿verdad?

—¿Y el palacio nuevo que hay junto al camino? —preguntó Viviana cambiando de tema.

—¿El palacio Gaiztarro? Nuevo no se puede decir que sea, se construyó hace más de un siglo. Precisamente, con piedras de la mansión Arrazubia. Si lo desea, le mostraré la villa y seré su cicerone.

—Gracias. Pero acaba de mencionarme que no hay nada interesante que ver.

—Sí, es un villorrio, pero no carece de cierta historia. La totalidad de las casas ostentan su blasón nobiliario. Si se fija, verá que todos los escudos lucen una sirena. Es en recuerdo de Fausto de Osinbeltz, el primer vecino del valle, cuyos actuales

pobladores son sus descendientes directos. Se lo concedió Carlos III el Noble en premio a su elocuencia pues, siendo embajador, evitó que el reino entrase en la guerra de los Cien Años. Mañana se las mostraré a la luz del sol, si amaina este insoportable temporal.

—No me ha entendido —respondió mirándole fijamente—. No creo propio pasear con un cura. Y lo que aparece esculpido en las fachadas no es una sirena, es una lamia.

La niña que la atendía rondaría los diez años, escuálida y con el cabello trasquilado para evitar las liendres. Resultó muy espabilada, más que su patrona. Probablemente había desarrollado el ingenio para compensar su cojera. O quizá había heredado la inteligencia de alguno de sus progenitores. De aquellos que la abandonaron. También era infantil, como denotaba la muñeca de trapo que colgaba inerte del bolsillo de su mandil. Una forma de escapar de su vida miserable y carente de expectativas, pensó Viviana. Trabajar, sufrir, marchitarse para, al final, desaparecer dejando, si encontraba marido, unos niños que proseguirían el mismo ciclo eterno. La servidumbre había sido abolida legalmente por la Constitución, pero ciertas realidades se resistían a morir.

Tras depositar sobre la mesilla la bandeja con la sopa de ajo y los talos con chistorra, se le quedó observando. Buscaba entablar conversación o una caricia, como una mascota necesitada de amo.

—Y tú, ¿cómo te llamas, niña?

—Martina. ¡Ay, mi madre! ¡Qué piel más blanca tiene usted! ¡Y qué ojos tan bonitos! —exclamó mientras observaba los pequeños pies de la dama.

—Cojeas. ¿Qué te pasó?

—Es de nacimiento. Las monjas de la inclusa de Pamplona me decían que era por el pecado de mi madre.

—No hagas ni caso. Las monjas odian a las niñas, aunque menos que a las mujeres.

—Usted, ¿viene de muy lejos? Yo, desde que la ama me sacó de la inclusa hace dos años, no he salido de este pueblo. —Tras un silencio lleno de dudas, añadió—: ¿Podría servirla?

—De acuerdo. Dile a tu señora que deseo que me traigas la cena cada noche. Que, si quieres, la podemos compartir, porque estás en los huesos. Y me irás contando las cosas que suceden en la casa y en la villa.

—¡Cuenta con ello! ¡Déjeme que le cepille el pelo! —respondió entusiasmada.

—No, gracias —negó con una sonrisa que asomaba con dificultad a sus labios—. Otra noche quizá. ¿Has visto alguna cosa inusual recientemente?

—Pues sí, hoy he visto algo terrible. Nuestra gata se ha peleado con una rata enorme. La rata parecía llevar la peor parte y ha ido retrocediendo hasta entrar donde está encharcado. Allí, entre el barro y la corriente, ese bicho asqueroso se ha rehecho

y ha matado a la pobrecica gata.

—Es una buena lección. Nunca se debe librar batalla en el terreno del enemigo. Te tengo que preguntar otra cosa: ¿no has oído ningún canto?

—¡Sí! ¿Usted también lo ha escuchado, verdad? Se lo dije a la dueña y me dio un bofetón por fantasiosa. Es la lamia, que estaba dormida, y con la inundación ha despertado y me está llamando.

La tormenta no cesó en toda la noche. Todavía de madrugada, Viviana acudió al puente. Observó el río y el pueblo. La crecida era impresionante; el sonido de las aguas, ensordecedor. La lluvia empapaba a la joven, envuelta en los jirones de la niebla. Pese a la falta de luz, era como lo recordaba. Las mismas diecisiete casas, paralelas al meandro que trazaba la corriente. La fachada con el escudo siempre orientada hacia tierra, como un umbral de salida. Y la parte posterior, hacia una pieza de terreno alargada que finalizaba en las aguas. En alguna hasta se distinguían los restos del antiguo embarcadero, vestigio de cuando el curso del Baztán era navegable. El nivel del río iba subiendo y las parcelas comenzaban a encharcarse. Unos pocos palmos más y se desbordaría. La riada llegaría a las casas.

Las aguas bajaban grises y con un estruendo atronador. Pero sobre su sonido se distinguía otro, un canto que helaba de horror. Viviana percibió la cercanía de la lamia y supo que ella tampoco habría dejado de percatarse de su presencia. De niña, su criada Uxoá le había hablado de esa abominación, que por entonces se creía extinguida para siempre. Un ser acuático y demoníaco que se alimentaba de la sangre de los niños. Dormía durante siglos en madrigueras en los márgenes del río o en el pantano, como las nutrias o las ratas de agua. Despertaba cuando había una riada importante o si el párroco del pueblo perdía la fe.

Y despertaba con hambre. Con mucha hambre.

Entonces la vio, en medio de un remolino. Una masa imprecisa e indefinible, una mezcla deforme de tritón y ofidio, frotándose la cabeza con una aleta. El gesto que los antiguos confundieron con el de la sirena peinándose. Aquel engendro miraba con ansia hacia Dagonalde. Y, si seguía lloviendo así, pronto podría deslizarse para saciar su apetito.

La dama creía vigilar oculta tras el pretil, pero la lamia se giró y clavó en ella sus ojos, verdes como el agua estancada. Su cabeza se transformó en la de una mujer bellísima, muy pálida y de dorada cabellera. También su aleta se transmutó en una fina mano que, con un peine de oro, se alisaba el cabello. No abrió los labios, pero el canto preternatural cobró una intensidad abrumadora y fascinante.

El amanecer iba avanzando, la claridad lucía menos mortecina y, a duras penas, Viviana logró romper el hechizo y retornar a Dagonalde. Era hora de retirarse. No se debe librar batalla en el terreno del enemigo.

Aquella noche, mientras Martina daba buena cuenta del revuelto de hongos de la

huésped, Viviana le pidió que conversaran.

—Vale, ¡cómo me está cebando usted! Siéntese delante del espejo del tocador mientras le aliso el cabello y hablamos de nuestras cosas.

—Prefiero que me peines en la cama. ¿Cómo te ha ido el día?

—Como todos. He empezado atendiendo el gallinero, he limpiado la casa, después he ido al lavadero, he recogido los puerros y las berzas, más tarde he hecho la comida, luego fui a buscar hongos, fregué, estuve repasando costuras y, por la noche, desgranando la alubia... Estoy molida. Usted no necesitará una criada para la ciudad, ¿verdad?

—¿Sabes algo del Palacio Arrazubia? —preguntó Viviana desviando el tema—. He visto que no queda piedra sobre piedra. Quizá hayas escuchado comentarios en el vecindario...

—Eso ha estado tirado desde siempre. Y la patrona me ha ordenado que no me acerque por allí. —Martina miró absorta cómo las gotas repiqueteaban contra el cristal de la ventana—. ¡Nada! Sigue llueve que te llueve. A la mañana sí he contemplado algo especial. Estaba recogiendo estos hongos cuando un águila se ha posado sobre la rama del árbol donde vive una ardilla preciosa, de cola roja. ¡Pues al momento ha llegado una bandada de cuervos que han empezado a volar y a *ciriquear* al águila! Hasta que la han echado de allí. Entonces me he tenido que volver porque han sonado las tres y había que fregar. ¿Estaban defendiendo los cuervos a la ardilla?

—No. Los cuervos no tienen corazón. Simplemente, era su coto de caza y no puede haber a la vez dos depredadores en el mismo sitio. Ya lo dice el viejo refrán: *Oian orotan, otso bana*, «en cada bosque, su lobo». —Mientras acariciaba suavemente la cabeza y el cuello de Martina, le confesó—: Eres muy especial, ¿lo sabías?

También aquella noche los chaparrones se sucedieron sin descanso. Eso suponía que la jornada siguiente la lamia podría nadar hasta la casa y entrar en ella. No iba a hallar resistencia. Viviana había asistido a numerosas riadas y el paisaje previo le resultaba familiar: rostros humanos acongojados tras puertas y ventanas. Pero en Osinbeltz no había nerviosismo, ni nadie vigilaba el río. Todo quedaba meridianamente claro. Aquellos escudos de las fachadas eran una señal de sumisión, la marca de un pacto arcano entre los primeros habitantes del valle y el ser que moraba en las aguas.

Eso le había insinuado entre susurros su criada Uxoa cuando era niña. Ya entonces Viviana concluyó que eran cuentos para asustarla y para que no tratase con los niños de Osinbeltz. Ella era una Arrazubia y su linaje siempre los había mirado con desprecio, encaramado en su palacio de la colina. Los habitantes de la ribera del Baztán, que utilizaban su agua para cultivar, pescar o moler el maíz, conformaban una raza inferior. Pero finalmente descubriría que aquella antigua historia era real, terriblemente real.

Toda la jornada siguiente fue una réplica exacta de la anterior: niebla y aguaceros. El río se había desbordado y las piezas que daban a su ribera estaban anegadas. Para la noche la corriente incluso entraba en la planta baja de los caserones. Viviana sabía que la lucha sería mortal. Ella no iba a ceder, ni la lamia tampoco. El monstruo acuático era más fuerte, pero en su mundo antediluviano probablemente no dispondría de gran entendimiento.

—¿Ha dormido bien, señorita? —preguntó solícita la criada cuando subió la cena.

—Martina, en caso de necesidad, ¿tú sabrías defenderte?

—Bien que sí. ¿Lo dice por mi pie? Ya he zurrado a más de un niño. Y de una pedrada descalabro al más *pintao*. ¿Ha pensado en lo que le dije de ser su criada? —inquirió sin poder refrenar su ansiedad.

—¿Podrías defenderte de la lamia? —preguntó la dama sin molestarse en responder—. Contra ella no te serviría utilizar la fuerza, pero hay algunos gestos que te pueden proteger. El *puye*, el ademán contra las fuerzas del mal, encerrando el pulgar entre los dedos índice y corazón. O mediante un *kuttun*, el amuleto que protege de los hechizos. Con la tela de un vestido eclesial, sal y ajos, puedes confeccionar uno fácilmente.

Tras un momento de tenso silencio, Martina respondió:

—No hace falta que me proteja —protestó—, porque ella sí que es mi amiga.

—Ella no es tu amiga, Martina. Solo te quiere como comida... un alimento delicado y delicioso —susurró indeseadamente.

—¡La señorita bromea! ¿Por qué iba a hacerme daño? Ayer pude verla en la regata. Era muy guapa, más que usted —la retó—. Mucho más alta y rubia, con el pelo muy largo. Y poderosa. Cantó para mí. Me cantó que viene a rescatarme —fantaseó con la mirada perdida—, a llevarme a su reino. Allí estaré mejor que aquí. En cualquier lugar estaré mejor que aquí.

—Te equivocas totalmente. Juegas con fuego, niña.

—¿La señorita necesita algo más? —respondió bruscamente Martina, queriendo mostrar que estaba muy ofendida.

—Sí. ¿Puedes enseñarme los pies, niña?

—¡Claro que no! ¿Usted también quiere burlarse de mí o qué?

—No era esa mi intención. No me los enseñes entonces, pero tráeme una botella de carburo.

—¿Y para qué necesita usted eso?

—Me han dicho que es bueno para pescar.

Poco después de abandonar Martina la habitación, sonaron unos golpes titubeantes en la puerta.

—¿Puede concederme unos instantes? Es esencial que hable con usted —explicó nervioso el párroco, algo bebido—. Reconozco que el otro día comenzamos con mal

pie y solicito su indulgencia para exponerle un asunto que no admite dilación.

—Pase por su propia voluntad —respondió fríamente Viviana.

—Dejaré la puerta abierta, no deseo que vuelva a malinterpretarme. Vengo a advertirle de que ambos corremos un gran peligro. ¡Debemos abandonar Osinbeltz! —advirtió atropelladamente—. Creo que ya conoce que recopiló viejas leyendas. El otro día nombró usted a la lamia, ¿qué sabe de ella?

—En verdad, muy poco.

—Para la imaginación popular, son simples brujas —comenzó, paseando en círculo—. Fáciles de desenmascarar por sus deformes pies de pato, que siempre ocultan. Pero son seres diferentes. En una época arcana, anterior a los gentiles, a *Andre Maria* o a Cristo, adoramos a otros dioses. Dioses primitivos y salvajes para personas primitivas y salvajes. Los *famerijelak*, brutales y sanguinarios; *Sugaar*, el reptiliano consorte de Mari; la perversa *Gona-gorri*... Y las lamias, seres de maldad pura, súcubos, vampiros acuáticos, emparentados con las empusas griegas o la Lilith judía... ¡El principio femenino del mal! —Se mesó el cabello con manos temblorosas.

—Está usted muy alterado...

—Comprendo que lo que le digo le pueda resultar insólito pero, por favor, permítame continuar. Los antiguos creyentes abrieron una puerta a la oscuridad y el demonio entró. Aquellos dioses no desaparecieron. Cuando anidan en un lugar, ¡es para quedarse por siempre! Pero su poder ha ido disminuyendo a medida que sus devotos escaseaban. ¡En Osinbeltz el pacto impío se mantiene y protege al pueblo! Pese a lo escabroso del país, este es el valle más feraz del reino. Cuando durante la última guerra civil el general Mina redujo a cenizas toda la comarca, solo respetó Osinbeltz. Ahora el mal resurge y exige su tributo. Así que no estamos seguros, ¡debemos escapar mientras haya tiempo!

—¿Fugarnos juntos? —rió Viviana—. No es tiempo de eso aún. Y en sus investigaciones, ¿ha llegado a saber algo del linaje de los Arrazubia?

—Sí —respondió extrañado—. Las actas del proceso se guardan aún en el archivo diocesano de Pamplona. Sucedió hace más de tres siglos. Johannes de Arrazubia partió a servir al emperador Carlos en el sitio de Viena. Fue dado por muerto pero regresó años después, infectado de una extraña enfermedad. En pocos días toda su familia, hermano, nuera y sobrina, falleció, lo mismo que gran parte del vecindario. Su palacio se quemó, quedando despoblado y maldito. Las losas sirvieron para erigir el palacio Gaiztarro.

—¿Y no ha considerado —comenzó a decir, poniéndose en pie— que si huimos dejamos a Martina desamparada? Yo tengo otra propuesta —sonrió con sorna—: ¿Por qué no vence al dragón invocando el poder de su Dios? Ah, olvidaba que el único poder de su divinidad es hacer más ricos a sus sacerdotes. —Y cerró la puerta.

Osinbeltz estaba anegado. En la planta noble de Dagonalde había varios codos de

agua. En la mansión solo habían quedado Viviana y Martina, como ofrenda.

—Ven conmigo, niña. Sube las escaleras y refúgiate en mi habitación —la apremió Viviana.

—¡No! Voy a irme con ella a su reino. Ella sí que me quiere. ¡Le importo!

—Pobrecita... ¡No va a llevarte a ningún sitio! ¡Te va a devorar!

En ese instante la puerta trasera reventó, llenando de astillas el salón. La lamia entró, serpenteando por el agua. Su forma era la de un híbrido: cola de pez y extremidades palmeadas, con la cabeza como único vestigio humano. Martina se sobresaltó. No era como había pensado. Nunca lo es. El monstruo se alzó y abrió sus enormes fauces. La niña chilló y comenzó a subir, patética, todo lo rápido que pudo las escaleras. La lamia zigzagueó tras su presa.

Viviana, con un salto imposible, clavó el atizador hasta el puño en la blanda espalda de la lamia. Luego tiró, rajando y descuartizando más de un metro de su enemiga. El líquido negruzco que salió del cuerpo acuático la abrasó. Entonces la lamia la rodeó con su tronco, estrujando y rompiendo su espina dorsal. Todos sus huesos largos, la tibia, el fémur, el húmero... chasquearon al partirse y salieron rotos al exterior, perforando la piel de la joven. Pero el monstruo no podía devorarla, de igual modo que Viviana tampoco podía alimentarse de ella.

El hambre acumulada durante centurias le hizo volverse hacia la niña. Su sinuosa lengua como de camaleón babeó sobre la mejilla de Martina. Se aproximó abriendo la mandíbula desmesuradamente, como para engullir entera su cabeza. La niña, chillando histérica, cerró los ojos. Un chorro de sangre cubrió su cuerpo. Una sangre negra.

Martina seguía viva y aquella sangre no era la suya. Viviana, milagrosamente entera, había cortado la cabeza de la lamia con una hoz de las que decoraban las paredes. Antes de que ambas partes se uniesen de nuevo, con una velocidad que pocos ojos podrían seguir, tomó la botella de carburo y la vertió sobre el corte sangrante. La herida no pudo cerrarse y el interior de la lamia comenzó a burbujear. La negra sangre escapaba a borbotones, con la cadencia de la respiración acelerada de un pez que se ahoga en tierra. El engendro intentó alcanzar el agua, arrastrándose penosamente. Pero la joven lo impidió clavando la cola a la tarima. La lamia se estremeció y arañó el entablado algunos minutos. Viviana observaba triunfante a su enemiga moribunda, mientras la sangre abandonaba su cuerpo y los estertores anunciaban su próximo fin.

—¡Gracias! ¡Me has salvado! ¡Ahora sé quién eres! ¡Tú eres quien vivía en el palacio Arrazubia hace siglos!

Viviana ya no presentaba traza alguna de sus heridas. Apenas prestó atención a la niña. Pensaba en el fin de la lamia, mucho más antigua que ella. Y en lo que con ella desaparecía, una existencia más cercana a la suya propia que a la de la humana ante la que se hallaba.

—¡Gracias, gracias, gracias! —sollozó Martina mientras le besaba sus heladas

manos de muerta—. ¡Ahora me llevarás contigo!

La vampira la miró, por un instante, casi con dulzura. Pero su expresión fue mutando según sentenciaba:

—No, niña, no. No te he salvado. Lo que has contemplado solo significa que no puede haber dos cazadores en el mismo coto —susurró sin remordimiento, mientras acercaba los colmillos a su pequeño cuello.

Oian orotan, otso bana
(En cada bosque, su lobo)

BIOGRAFÍAS DE LOS AUTORES

Anna Morgana Alabau (Ripoll, 1983) es escritora de terror, ciencia ficción y fantasía, además de animadora, correctora editorial y miembro de NOCTE. Con una antología propia, *El vástago de las tinieblas y otros relatos* (Eldalie, 2010), ha publicado cuentos en antologías como *Versículos prohibidos* (23 escalones, 2011), *Crónicas de la marca del Este*, vol. II (Holocubierta Ediciones, 2012), *Legendarium* (Tombooktu, 2012) y *Las mil caras de Nyarlathotep* (Edge Entertainment, 2012). Sus aventuras literarias pueden seguirse en su web <http://deliriumtemenz.wordpress.com>

Carlos L. Hernando nunca se ha ahogado, pero si sigue buscando sirenas en mares de asfalto es probable que acabe asfixiado en su propia mente. Mientras llega ese momento, se dedica al periodismo, a la escritura y el desarrollo de videojuegos. Actualmente trabaja como analista de medios freelance para el extranjero. Ha participado en muchas antologías y espera que esta no sea la última. Hace poco ha fundado, junto con otras seis personas y una cabra, un estudio de desarrollo de videojuegos llamado Risin'Goat. La página web del estudio es www.risingoat.com. Su dirección de Twitter: @CarlosLHernando

Angel Sucasas es editor de contenidos y webmaster de Scifiworld, ha escrito cientos de artículos en papel para medios como *El País*, *Fangoria* y *Diario de Ferrol* y ha publicado numerosos relatos en antologías como *Historias Asombrosas*, *Calabazas en el trastero: Tijeras*, *Los nuevos mitos de Cthulhu*, *Antología Z6*, *Epic*, *Cryptonomikon vol. 5*, *Las 1000 caras de Nyarlathotep*, *King Kong solidario*, *Body Shots*, *Estrambóticos* o *Cuentos de un futuro incierto*. Es autor de dos novelas: *Hamelín* (23 Escalones, 2011) y *El encuentro* (NGC Ficción, 2011) y una antología de relatos en solitario *Áireán* (Sportula, 2013). Actualmente se encuentra trabajando en su cuarta novela, primera entrega de una saga sobre el mundo de los sueños protagonizada íntegramente por adolescentes.

Jacobo Feijóo es un coruñés licenciado en Derecho, profundo enamorado del terror gótico en general y del mito vampírico en particular. Ha sido premiado en dos concursos de microrrelatos (Páginas de Espuma y Círculo de Lectores) y finalista en un tercero (Fundación Mezquita de las Tornerías). Ha participado en varias antologías de cuentos de terror en lengua gallega y ha publicado la novela *Sombras Hambrientas* (Literaturas com Libros). Es coautor de dos librojuegos titulados *En la feria tenebrosa* e *Infeción*, editados por Saco de Huesos. Actualmente, orienta toda su creación literaria a este tipo de literatura lúdica.

Laura Luna (Esplugues de Llobregat, 1984) ha cultivado la escritura desde los

nueve años de edad. Miembro de la Asociación Española de Escritores de Terror NOCTE, su primera publicación en papel es el poema «El beso» en la antología *Poemas para un minuto II*, de la editorial Hipálage. Ha participado en las revistas *Ícaro Incombustible*, *Valladolid Fantástica* y *Cuentos de un Futuro inCierto*.

David Marugán es un escritor de relatos de terror, lector compulsivo y aficionado a la historia, miembro de NOCTE (Asociación Española de Escritores de Terror). Ha participado en varios concursos y ha publicado el relato «El informe» en la antología *Calabazas en el trastero: Monstruos de cine* (Saco de Huesos Ediciones); también ha publicado «Crisantemos» en *Calabazas en el trastero: Día de Difuntos* (Saco de Huesos Ediciones); y ha sido finalista del premio Liter Imaginarius 2012 de relatos de terror y del III Certamen de relatos de terror Círculo Rojo, con el relato «Me hace señales». Antología publicada por la editorial Círculo Rojo.

Juan José Hidalgo nace en Málaga en 1984 pero se cría en Torremolinos. Licenciado en Medicina, ha visto sus textos publicados en las revistas *Calabazas en el Trastero: Entierros*, *Especial: Barker y Empresas*; *Karma Sensual IV*; y en antologías como *No Tocar*, *200 baldosas al Infierno*, *Sopa de sapos*. Pertenece a las asociaciones NOCTE y ESMATER.

Juan Ángel Laguna Edroso (Zaragoza, 1979), ingeniero químico, inventor del libro de plástico, esgrimista y escritor, actualmente vive en Metz, desde donde dirige la web *OcioZero.com* y trabaja como traductor *free lance*. Es el autor de *Pesadillas de un niño que no duerme*, *Adraga*, *Lección de miedo*, *La casa de las sombras* y *Caín encadenado* y responsable de la versión en castellano de *Cazador destriges*. Más información en www.abadiaespectral.com

Ángel Villán (Madrid, 1986) está especializado profesionalmente dentro del sector tecnológico e informático. Comenzó el camino literario con un relato en la *Antología Z* vol. 1 (Dolmen, 2010), y publicó poco después su primera novela *Infectus* (Editorial Séneca, 2010-2012) dividida en dos volúmenes. Tras ingresar en NOCTE, la Asociación Española de Escritores de Terror, ha aparecido en diversas antologías como *Taberna Espectral* (23 Escalones, 2010), de nuevo en la *Antología Z* vol. 3 (Dolmen, 2011) y en *Legendarium* (Tombooktu, 2012). Ha participado en distintos jurados y en otras antologías gratuitas, además de prologar alguna.

Joaquín Fernand es autor de distintos trabajos literarios y cinematográficos. Ha trabajado la novela, el relato corto y la poesía con muy buena acogida por parte de crítica y público; además ha escrito y dirigido varios cortometrajes a partir de sus propios relatos de ficción, ha sido actor en diferentes proyectos cinematográficos,

participado en múltiples programas de televisión y radio y trabajado en televisión colaborando en distintos espacios y presentando el suyo propio. Su primera novela *Las almas desnudas* de Andrés Caballero lo reveló como un autor camaleónico cuyas historias se caracterizan por tener elementos de intriga y misterio como hilo conductor, descritas con una prosa muy descriptiva, viva y profunda. El Ateneo de Córdoba, de donde es oriundo, lo distingue como una figura de gran proyección. Con NOCTE ha colaborado en antologías y otros proyectos literarios siendo uno de los miembros más jóvenes de esta asociación. Twitter. @JoaquinFernand

José Alberto Arias Pereira (Bélmez de la Moraleda, 1987), licenciado en Traducción de inglés y máster de Profesorado en la Universidad de Granada. Ha publicado la novela *La traición de Wendy* (Berenice, 2010 - Premio Andalucía Joven) y *Nosotros, que poseemos la tierra* (Premio Diputación de Jaén, 2011). Desde 2007 colabora con numerosos medios *on-line* como crítico y redactor. Es miembro de Nocte y del equipo de redacción de la revista cultural La Cuerva. Ha sido incluido en numerosas antologías de poesía y relato, y durante 2011/2012 disfrutó de una beca para creadores en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Su bitácora personal es <http://josealbertoarias.blogspot.com/>

José Luis Cantos (Murcia, 1982). Varios de sus relatos han sido publicados en diversas antologías como *H-Horror*, *Las Crónicas de la Marca del Este*, *Antología Z* (vols. 2 y 6), *Legendarium* o *Calabazas en el trastero: desastres naturales*, entre otras. Es colaborador del portal web Cultura Hache y desde el 2012 pertenece a NOCTE.

Rubén Serrano (Madrid, 1970) es periodista y escritor, autor de obras de género fantástico, ciencia ficción y terror. Estudió Periodismo en la facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid y lleva más de veinte años dedicado a la comunicación. Ha trabajado para el diario *ABC* y la agencia de noticias EFE. Actualmente, se dedica a la comunicación política, aparte de desempeñar el cargo de jefe de prensa de la Asociación Española de Escritores de Terror NOCTE. El autor alterna la creación de relatos fantásticos y de terror para adultos con la escritura de libros de narrativa infantil y juvenil de carácter pedagógico, varios de ellos destinados a la promoción de la lectura en el ámbito docente y el aprendizaje de idiomas.

Mikel Rodríguez Álvarez (Oiartzun, 1967) es profesor de Historia en el instituto del valle del Baztán, epicentro de actividades brujeriles y pactos satánicos. Ha publicado diversas monografías en las editoriales Txalaparta, Pamiela y Txertoa. Sus libros *Sacamantecas y otros relatos vascos de terror* (Txertoa, 2011) y *Caperucita y otros*

relatos vascos de terror (Txertoa, 2013) fusionan algunos hitos del género de terror con la mitología e historia vascas. En este relato retoma a los protagonistas de Sacamantecas en su eterno nomadeo.

Notas

[1] El *Patrol Boat River* es un bote de patrullaje de ríos rígido, utilizado por la marina de guerra de los EE. UU. en la guerra de Vietnam. <<

[2] *Tío Ho* en referencia a Ho Chi Min, presidente de la República Democrática de Vietnam entre 1954 y 1969. <<

[3] Acrónimo de *Avtomat Kalashnikova* modelo 1947, un famoso fusil de asalto de fabricación soviética. <<

[4] Las Fuerzas Armadas de la República de Vietnam (ARVN) eran las Fuerzas Armadas de Vietnam del Sur. <<

[5] Droga muy adictiva que se vendía en tabletas en los mercados negros de Vietnam.

<<

[6] Denominación que recibían los barcos equipados con cañones lanzallamas usados para «limpiar» las orillas de enemigos y escondites. <<

[7] Liga para la Independencia de Vietnam, antecesor del EVN (Ejército de Vietnam del Norte) y el Vietcong. <<

[8] Gorro cónico típico de Vietnam y otras zonas de Asia. <<

[9] Moneda de curso legal en Vietnam desde el año 1978. <<

[10] El submarino TK-1, de la clase Akula, bautizado como *Arkhangelsk*, es uno de los seis submarinos nucleares más grandes jamás construidos, alcanzando los 172 metros de eslora (más grande que la torre Picasso de Madrid). Es completamente autosuficiente —a excepción de los víveres— y puede permanecer indefinidamente bajo el hielo del Ártico de forma completamente silenciosa. Su principal arsenal consta de veinte misiles intercontinentales que suman más poder destructivo que todas las bombas lanzadas durante la Segunda Guerra Mundial. <<